

*EL MUNDO PRE-INKA:*  
*Los abismos del cóndor*

**Tomo II**

3ª edic., corregida y aumentada / Agosto, 2000 / Lima • Perú

**Alfonso Klauer**

[www.nuevahistoria.com](http://www.nuevahistoria.com)  
[klauer@nuevahistoria.com](mailto:klauer@nuevahistoria.com)

© *El mundo pre-inka: Los abismos del cóndor*  
Alfonso Klauer, Lima, 2000  
ISBN (Obra completa): 9972-817-02-4  
ISBN (Tomo II): 9972-817-04-0  
Depósito Legal: 2000-2712  
© [www.nuevahistoria.com](http://www.nuevahistoria.com)  
Alfonso Klauer, Lima, 2000  
Reservados todos los derechos

# ÍNDICE

## TOMO II

|  |     |
|--|-----|
| • <b>El Imperio Wari</b> .....                                     | 189 |
| El comercio: vehículo pacífico de expansión cultural .....         | 193 |
| El comercio: puente entre Chavín - Tiahuanaco y Wari .....         | 195 |
| Estratificación e invasión: correlación de fuerzas .....           | 199 |
| • <b>Consolidación de las naciones andinas</b> .....               | 211 |
| La importancia de la riqueza agrícola .....                        | 213 |
| El pueblo tallán: condicionamientos histórico-geográficos .....    | 216 |
| La nación chimú .....  | 220 |
| De Sechín a Chimú: la historia vs. la Historia .....               | 224 |
| El Imperio Chimú .....   | 227 |
| La nación lima .....   | 232 |
| Los pueblos Cañete y Yauyos .....                                  | 234 |
| La nación ica .....  | 240 |
| El hombre tras la huella del agua .....                            | 241 |
| Mercaderes, conquistadores nativos y toponimia .....               | 247 |
| La toponimia andina y los conquistadores españoles .....           | 250 |
| Chinchas, los primeros aliados de los inkas .....                  | 253 |
| Chincha y sus mercaderes: la historia vs. la Historia .....        | 254 |
| Chincha: el subjetivismo en la Historia .....                      | 257 |
| Chincha: el pueblo y la élite hegemónica .....                     | 258 |
| Chincha: la aparición de la “propiedad privada” en los Andes ..... | 259 |
| Chincha y su población: enjuiciamiento a la crítica .....          | 262 |
| El Estado y el dilema consumo - inversión .....                    | 265 |
| El extremo sur: una historia sin Historia .....                    | 273 |
| La nación kolla .....  | 284 |
| Las colonias kollas fuera del Altiplano .....                      | 287 |
| Las chullpas: sepulcros de inversión .....                         | 291 |
| La nación chanka .....   | 293 |
| • <b>Colofón: reeditemos la historia andina</b> .....              | 295 |
| Notas bibliográficas .....   | 308 |
| Índice de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y anexos .....   | 316 |
| Bibliografía citada .....  | 318 |

## El Imperio Wari

Los hombres de Pacaicasa, según las evidencias conocidas hasta hoy, habrían sido los iniciadores de la Cultura Andina –como afirma Del Busto<sup>1</sup>–.

Los vestigios de estos primitivos y pequeños grupos de recolectores–cazadores que habitaron la cueva de Pikimachay, en Huanta, 20 Kms. al norte de la ciudad de Ayacucho, serían los más antiguos del territorio andino. Datarían del año 20 000 aC<sup>2</sup>.

El área cordillerana de Ayacucho resultó lo suficientemente benigna a los pocos recolectores–cazadores que empezaron a poblarla, como para asegurar su subsistencia, multiplicación y pervivencia a partir de entonces. El hombre dispuso allí de protección, agua dulce y alimentación.

Sólo así puede explicarse que la cueva de Pikimachay fuera reiteradamente ocupada por más de cien siglos.

Además del hombre de Pacaicasa, en la cueva de Pikimachay, en efecto, han dejado testimonio sucesivo y superpuesto otros grupos a los que la arqueología reconoce con otros tantos nombres: Hombre de Ayacucho (16 000 – 12 000 aC); Hombre de Huanta (11 000 – 8 000 aC); Hombres de Puente y Jaywa (8 000 – 6 000 aC); Hombre de Piki (6 000 – 4 000 aC); Hombres de Chihua y Cachi (4 000 – 2 000 aC)<sup>3</sup>.

Todos esos testimonios prueban el prolífico y exitoso poblamiento de esa parte de la cordillera. Población que, como pocas en el extenso territorio andino, fue acumulando de esa manera una larga y riquísima tradición.

Tradición a la que sin duda pertenecen también, aunque de datación más reciente, los vestigios de la Cultura Chupas (600 aC), cuya población probablemente alcanzó a caer bajo la hegemonía de *chavín*. Y a la que después corresponden las evidencias de la denominada Cultura Rancho (500 – 100 aC), encontradas en el área de la actual ciudad de Ayacucho. Y tradición histórica a la que corresponden, además, los testimonios de la Cultura Huarpa (0 – 400 dC), cuyos creadores fueron pues contemporáneos de *moches* y *mochicas*, *nazcas* y *kollas*.

Y tradición a la que finalmente pertenecen además los protagonistas del segundo imperio de los Andes: Wari, cuyo despegue probablemente se concretó en torno al 800 dC.

Como vimos antes para el caso del Imperio Chavín, también en este caso gran parte de la historiografía tradicional ha optado por la mimetización del Imperio Wari bajo el neutro e impoluto nombre de “Cultura Huari”<sup>4</sup>. A lo sumo como hace Del Busto, se habla de un “posible” y de un “presunto” imperio<sup>5</sup> (aun cuando en su texto proporciona

## Mapa N° 16 Territorios ancestrales de la nación *chanka*



evidencias incontestables de conquistas militares y sojuzgamiento imperialista).

Pues bien, hablando sucesivamente de las culturas Chupas, Ranca, Huarpa y Huari, y tratándolas en general como compartimentos estancos –casi sin vinculación entre sí y menos con los remotos habitantes de la cueva de Pikimachay–, la historiografía tradicional ha logrado soslayar la responsabilidad de definir qué pueblo –o pueblos– habrían sido los protagonistas de aquéllas.

Así –en lo que nos parece una penosísima consecuencia– se ha logrado, por añadidura, desvincular en los textos de historia a los *ayacuchanos* de hoy con la más remota y prolongada historia de los Andes que, sin duda, les es propia e inalienable.

Del Busto, hablando de la Cultura Huarpa, la predecesora inmediata de Wari, nombra a sus protagonistas como “huarpas”<sup>6</sup>. Pero luego, hablando de la Cultura Huari, atribuye su autoría a unos genéricos e imprecisos “guerreros de Huari”<sup>7</sup>. ¿Por que, entonces, no llama “waris” o “huaris” a éstos? Mas nominarlos “waris” no es la única ni parece ser la mejor alternativa. Veamos.

El propio Inca Garcilaso de la Vega, en el siglo XVI, reconoció que en área ayacuchana

fue a la “nación *chanka*”<sup>8</sup> a la que vencieron y conquistaron los *inkas*. ¿De dónde pues había surgido esa nación? ¿Y cuándo y cómo se apoderó ella precisamente y nada menos que del territorio desde donde se había expandido y adquirido forma el Imperio Wari?

Pues será el propio Del Busto –paradójicamente, diremos–, quien nos dé el derrotero. Dice en efecto, hablando de los *chankas*, que “su país [fue] la hoya del río Pampas”<sup>9</sup>, esto es precisamos, el centro de gravedad del territorio ayacuchano (como bien puede apreciarse en el Mapa N° 16). Y dice también que los susodichos *chankas*, a través de sus leyendas, se reputaban originarios de la laguna de Choclococha, allí donde justamente nace el caudaloso río Pampas.

¿Y qué tan antiguo habría sido ese asentamiento de los *chankas* en torno a las márgenes del Pampas? Según Julio C. Tello –el llamado padre de la arqueología peruana–, y según Rafael Larco Hoyle –citados ambos por Del Busto–, se “encuentra en los *chankas* una vinculación con Paracas...”<sup>10</sup>.

Siendo que esta cultura fue contemporánea de Chavín, los *chankas*, entonces, tenían un milenario asentamiento en los valles ayacuchanos. Hay pues razones absolutamente suficientes para considerar que la na-

ción *chanka* que conquistaron los *inkas* fue la misma que siglos antes, por intermedio de los distintos grupos humanos que contribuyeron a formarla, fue la protagonista de las culturas Chupas, Rancho y Huarpa, y luego la que formó y hegemonizó en el Imperio Wari (tal como presentamos más adelante en el Mapa N° 17).

La historiografía tradicional, sin embargo, no razona en los mismos términos. Así, Del Busto, el mismo que nos ha permitido conocer cuán antiguo fue el asentamiento *chanka* en el territorio ayacuchano, como por encanto los hace desaparecer durante el imperio Wari para colocar en su lugar a esos imprecisos y desconocidos “guerreros Huarri”. Para luego –en lamentable absurdo y confusión, que ha confundido a muchos– hacerlos aparecer otra vez, pero como “invasores bárbaros” y nada menos que propinando el “golpe de gracia”<sup>11</sup> al Imperio Wari.

Sin dudas, reconozcamos pues como *chanka* a la más remota y longeva nación de los Andes. Por lo demás, un solvente lingüista como Torero, reconoce también genéricamente con ese nombre a los pobladores del área ayacuchana<sup>12</sup>.

Como muestra el mapa, los distintos *ayllus* de la nación *chanka* ocupaban el área cordillerana formada por la pronunciada curva del Mantaro y las caudalosas aguas de sus tributarios los ríos Pampas, Pachachaca y Apurímac. Esto es, una diversidad de valles interandinos entre los que sobresale el del Huarpa. Precisamente en éste los *chankas* forjarían las culturas Rancho y Huarpa. Más tarde fue en sus inmediaciones que se erigieron primero Ñawinpuquio y luego la gran ciudad de Wari (y hoy está asentada allí la ciudad de Ayacucho o Huamanga).

Desde ese territorio<sup>13</sup> central, de casi 20 000 Km<sup>2</sup>, alcanzaron a afianzar su dominio

territorial sobre el área que incluye la cabecera del río Pisco y gran parte de los departamentos de Huancavelica y Ayacucho y la provincia de Andahuaylas, es decir, sobre un total<sup>14</sup> de algo más de 50 000 Km<sup>2</sup>.

Más tarde, entre los siglos IX y X, en clara hegemonía imperialista, la nación *chanka* desde su sede central en la ciudad de Wari, conquistó una vastísima extensión del territorio andino.

Como muestra el gráfico del Mapa N° 16, la mayor parte del territorio ayacuchano está entre los 2 700 y 3 500 metros sobre el nivel del mar. Así, es obvio que el *chanka* era y es un pueblo eminentemente cordillerano. Como también lo fueron los protagonistas centrales del Imperio Chavín, asentados sobre los 3 000 m.s.n.m. Y como también lo serían los gestores del posterior Imperio Inka, cuya capital, el Cusco, está a 3 400 m.s.n.m.

¿Puede considerarse una simple casualidad que los tres únicos imperios de amplitud panandina de la historia peruana, hayan tenido su sede en la cordillera, y no en la costa? Quizá sea en efecto una simple coincidencia.

¿Qué impide, sin embargo, postular una o más hipótesis alternativas, cuyas respuestas podrían ayudar a comprender mejor nuestra historia, y a proyectarnos a partir de ella con más probabilidades de éxito en el futuro?

Una primera, que la ciencia médica bien puede contribuir a deslindar definitivamente, es que, genéricamente, parece más fácil al hombre cordillerano desenvolverse en la costa, que al costeño desenvolverse en las alturas. Así, pero ya específicamente, el guerrero cordillerano en la costa sería más eficiente que el soldado costeño en las alturas o laderas cordilleranas. ¿No contribuiría ello a explicar, en principio, el coincidente mayor éxito histórico–militar de los pueblos cordilleranos?

Complementariamente, y aunque asome también como de perogrullo, todo parece indicar que los ataques militares –aunque también las defensas– son más exitosos cuando se acometen “de arriba hacia abajo”

que a la inversa. Ello también coadyuvaría a entender el coincidente éxito histórico-militar de *chavines*, *chankas* e *inkas*.

¿Será acaso que porque estas hipótesis asoman como tan simples y obvias, es que la historiografía tradicional no las ha planteado nunca? ¿Asume entonces ésta, que por obvias y simples, aquéllas están sólida y firmemente instaladas en la mente de los peruanos? ¿Y que por simples y obvias son lecciones que la historiografía no explicita para no ofender la inteligencia de los peruanos?

Pues bien, si todo ello es claro y nítido, ¿cómo explica entonces la historiografía tradicional que en los casi doscientos años de nuestra historia republicana, estructural y sistemáticamente se venga cometiendo el monumental error de tener y mantener la inmensa mayoría de nuestras costosísimas infraestructuras militares y no menos costosas fuerzas armadas en la costa y no en la cordillera? ¿Acaso porque lo que parecía obvio en realidad no lo era? ¿O acaso porque los que más y mejor debieron aprenderlas son los únicos que no han aprendido las lecciones implícitas de la historia –ni los aprensivos silencios de la historiografía–?

¿No es monumentalmente suficiente este ejemplo para concluir que hasta lo que parece más simple y obvio de la historia hay que explicitarlo? Porque siempre serán menos costosas las cuatro líneas de su presunto exceso de palabras, que los miles de millones de dólares de mal gasto militar acumulado en doscientos años.

Pues bien, herederos de esa rica tradición fueron también, aunque posteriormente, en el siglo XVI –según refiere Garcilaso<sup>15</sup>, los *ayllus* de los *hancohuallus* (a), los *utunsullas* (b), y los *urumarcas* (c), que compartían el valle del río Pampas; los *vilcas* (d), de la meseta que está sobre la orilla izquierda del mismo río Pampas; los *pocras* (e), de los valles que circundan la actual ciudad de Ayacucho; los *iquichanos* (f), de las montañas de Huanta, al norte de Ayacucho; los *morochucos* (g), de Cangallo, sobre las nacientes del Pampas; los *chankas* (h) de Andahuaylas; y los *tacmanes* y *quiñuallas* (i) asentados entre Abancay y la cordillera nevada. Y ciertamente y entre otros muchos, los *lucanas* (j),

de la margen derecha del Pampas y vecinos de los *nazcas* (ver sus correspondientes ubicaciones en el Mapa N° 16).

Disponiendo desde antiguo de agua y tierras, se dieron entonces condiciones suficientes para el trabajo agrícola. Sin embargo, el perfil topográfico en la zona es tan agreste que reduce drásticamente los valles a estrechas y en algunos casos insignificantes franjas de tierra. Así, al cabo de miles de años de lento proceso de poblamiento, esos reducidos espacios fértiles quedaron plenamente ocupados.

En adelante fue pues inevitable incorporar a la agricultura laderas y pendientes, cada vez más pronunciadas, cada vez menos fértiles. La tarea agrícola constituyó, pues, un titánico desafío. En respuesta, varios siglos antes del inicio de nuestra era, ya los gestores de la cultura *Rancha*, como también hicieron sus similares de otros rincones de los Andes, resolvieron parte de la demanda alimenticia mediante la esforzada construcción de toscos andenes<sup>16</sup>. Ello constituyó una trascendental modalidad de ampliación de la frontera agrícola andina.

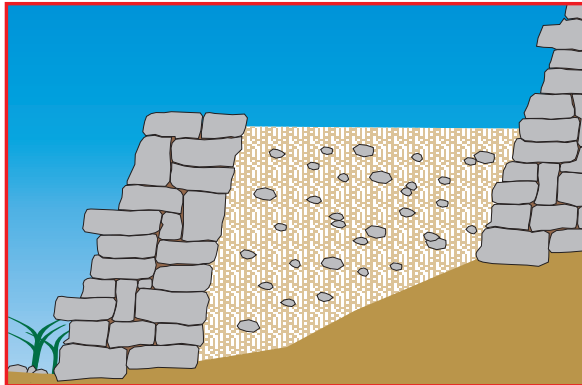
Los andenes significaron, además, y particularmente en las zonas de pendiente más pronunciada, una adecuada solución contra el carácter erosivo de las lluvias; permitieron el máximo aprovechamiento agrícola del agua, y atenuaron los *huaicos* –la acción aluvional y destructiva de las lluvias torrenciales–.

También aquí debe observarse que son sólidas las evidencias de una muy vieja andenería *chanka*, muchos siglos anterior al Imperio Inka.

No obstante, deformándose una vez más la historia, y usurpando indebidamente ahora a otro pueblo una de sus conquistas más notables, la historiografía tradicional ha sem-



**Ilustración N° 22**  
**Corte transversal de un andén**



**Ilustración N° 23**  
**Andenería**



Fuente:  
– En Del Busto, **Perú Incaico**, p. 140.

brado empecinadamente en la mente de los peruanos el falso dato de que fue mérito del Imperio Inka la difusión de la andenería.

Algunos siglos después, durante la fase cultural Huarpa, se prosiguió en la titánica construcción de andenes, y se construyó los

primeros canales, como el de Racay Pampa. Y reservorios, depósitos y graneros como los de Quicapata. Mas había también un templo piramidal, mansiones, recintos públicos, así como plazas y patios <sup>17</sup>.

El tesonero esfuerzo, la habilidad agrícola y la abundancia de agua, permitieron cosechas que, sin duda, facilitaron y propiciaron el crecimiento poblacional.

Entre los años 200 y 400 dC, cuando el pueblo *chanka* seguía todavía forjando pues la cultura Huarpa, la población debió alcanzar una cifra relativamente alta, a juzgar por la presencia de casi trescientas pequeñas aldeas <sup>18</sup> desperdigadas en el territorio.

Habida cuenta de una presumible gran densidad poblacional, la existencia de depósitos y graneros advierte sin duda entonces de la existencia de una gran producción agrícola, capaz de generar incluso pues una producción transitoriamente almacenable. Pero la existencia de depósitos y graneros permite saber también que los *chankas* tuvieron conducta previsora.

Los *chankas*, hace casi dos mil años, tenían cabal conocimiento de la irregularidad de los ciclos pluviales: lluvia – sequía, y sus consecuencias.

Con una permanencia tan prolongada como la que tenían en ese territorio, habían experimentado, además, las desastrosas y hambreadoras consecuencias de las episódicas –pero también reiterativas– situaciones extremas: sobreabundancia de agua – sequía grave.

La previsión de almacenar era, pues, el resultado de un adecuado conocimiento de los ciclos de la naturaleza. Previsoriamente se almacenaba los excedentes cosechados durante la temporada de abundancia para consumirlos así en los de escasez.

## El comercio: vehículo pacífico de expansión cultural

Pero generar excedente agrícola suponía, además, contar con producción intercambiable. Ello permite explicar por qué los *chankas* mantuvieron, desde muy antiguo, estrecha relación con sus vecinos, de los que recibieron aquello que a éstos, a su vez, resultaba excedentario.

Quizá en su origen ese intercambio comercial haya sido sólo de comestibles. Siglos más tarde el trueque se amplió haciéndose extensivo a muchos otros bienes, incluyendo por cierto alimentos preparados y bebidas. Y junto con estos últimos pasaron de un pueblo a otro, quizá involuntaria pero irremediablemente, los recipientes de cerámica que las contenían. Después, sin duda, la propia vajilla de cerámica fue objeto de ese comercio.

En los primeros y viejos tiempos de agricultura inicial, el intercambio de alimentos no supuso sino la diversificación del consumo alimenticio de los pueblos involucrados. Pero el trueque permitió a los pueblos romper la monotonía de la producción local y pasar a consumir lo que la naturaleza ofrecía en distintos pisos ecológicos y en variadas latitudes.

Imperceptiblemente, sin embargo, el proceso era más complejo. De ello vinieron a darse cuenta, muchos siglos después, cuando repararon en que con los productos alimenticios que intercambiaban llegaba también una rica y variada información: clima y tipo de suelo en que ese alimento podía ser cosechado, cantidad de agua que requería para producirse, etc. Inclusive muchos productos eran, o portaban dentro de sí, la semilla necesaria para su reproducción. Es decir, el inter-

cambio propiciaba un lento pero riquísimo proceso de diversificación dentro de cada pueblo e, inadvertida y simultáneamente, de homogenización cultural entre los pueblos.

La difusión cultural se amplió con el intercambio de productos elaborados. Los alfareros de un pueblo, por ejemplo, obtenían valiosísima información cada vez que llegaba a sus manos un cerámico extranjero. Rescataban de cada nueva pieza todo aquel dato que les permitía mejorar su propia producción. Ensayando, observando, estudiando e innovando habían dado los pasos iniciales de su trabajo productivo, mas el trueque facilitó que, alternativa o complementariamente, los especialistas recurrieran también a imitar o copiar.

Siendo fronterizos, los pueblos *chanka* e *ica* establecieron, desde períodos muy remotos, un fructífero intercambio. Ese trueque comercial permite entender la similitud entre las cerámicas de las culturas Chupas y Paracas Cavernas <sup>19</sup>, elaboradas entre los años 700 y 600 aC. Explica también que más tarde, entre los años 500 y 100 aC, se siguiera dando semejanza entre las alfarerías de esos pueblos en sus versiones Rancho y Paracas Necrópolis <sup>20</sup>. Y, por último, da cuenta de las similitudes que, entre los años 100 y 400 dC, se dieron entre las cerámicas de las versiones culturales Huarpa y Nazca <sup>21</sup>.

Esa manifestación *nazquense* en Ayacucho corresponde al período en que se dio gran beligerancia entre las naciones andinas. Sin embargo contra lo que podría imaginarse, esa presencia de la cultura Nazca en valles de la cordillera presuntamente no significó que la nación *ica* (*nazca*) hubiera invadido el territorio ayacuchano. No hay indicadores de ocupación *nazquense* allí –afirma categóricamente Lumbreras <sup>22</sup>. Pero, pacíficamente, a través del comercio que llegaba principalmente de la costa pero también des-



de el Altiplano en ese período, la influencia y los consecuentes beneficios que iba obteniendo el pueblo *chanka* eran ostensibles e incuestionables.

Desde muy antiguo, los artesanos se las ingenieron para decorar vasijas y tejidos. El conjunto de imágenes con las que se adornaron los objetos, es decir, su iconografía, era también un retrato del mundo, un eficaz vehículo de información y de difusión entre los pueblos. A través de esa parte del trabajo de los artesanos, los pueblos ofrecían el testimonio de su flora, fauna y riqueza natural. Pero también de sus usos y costumbres. Y de sus héroes, mitos y sus dioses.

Variada y rica información fluía con y en los objetos, aun cuando el intercambio se concretara sólo en la frontera. No obstante, no siempre era así. En múltiples ocasiones, y en muchos casos, en efecto, los propios comerciantes cruzabas las líneas divisorias y llegaban al pueblo anfitrión portando su mercancía.

En el peor de los casos, con señas y otros ingeniosos modos se superaban las barreras idiomáticas. En otros, los comerciantes demostraban sus eficaz bilingüismo. Y en el mejor de los casos, los dos pueblos hablaban el mismo idioma, o variantes idiomáticas que, con la frecuente interacción que promovía el comercio, se hacían, precisamente, cada vez más inteligibles.

Todo ello permitía reforzar, incluso como argumento que incentivaba aún más el intercambio, toda aquella información de la que implícitamente era portador el objeto: usos, técnicas de confección, representación iconográfica, etc. Los tratantes, en el resto de sus conversaciones, dejaban otro cúmulo de información: costumbres, tradiciones, religión, idioma. Y quizá, a instancias de algunos de sus interlocutores, aquella otra referi-

da al territorio de donde provenían, sus riquezas disponibles, organización, ejército, defensas, etc. Y también, involuntaria o deliberadamente, viendo y oyendo, recogían otro tanto del pueblo anfitrión.

Así, más allá de su voluntad —e, incluso en muchas ocasiones, a pesar de ella—, los comerciantes se constituyeron pues quizá en los más importantes protagonistas de la difusión cultural, y, claro está, del espionaje. Ya sea relacionando directamente, de manera intensa y permanente, a pueblos aledaños; o, a manera de puente, vinculando indirecta, tenue y esporádicamente a pueblos no fronterizos.

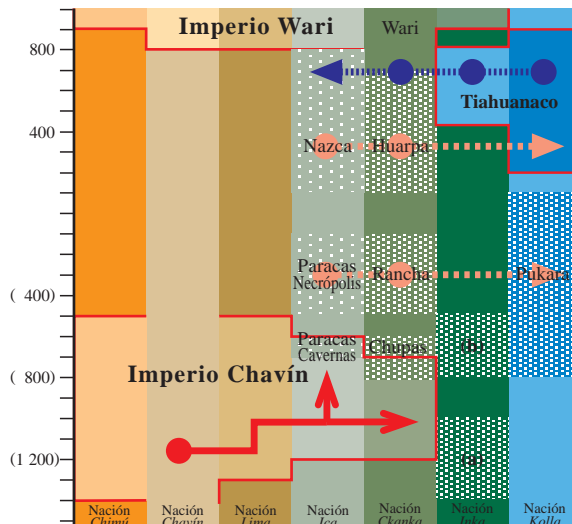
Así, el intercambio habría permitido al pueblo *ica*, durante la cultura Paracas, convertirse en el puente que vinculó los pueblos ubicados al norte de su territorio con los que estaban al sur y sureste del mismo. Así, por ejemplo, por mediación de los *paracas*, habrían llegado a construirse templos de lejano parentesco chavinoide en Ayacucho <sup>23</sup>.

## El comercio: puente entre Chavín, Tiahuanaco y Wari

Simultáneamente al comercio con la costa, los *chankas* tenían establecida una fuerte y también antigua relación de intercambio con sus vecinos del sureste: los habitantes del área del Cusco e, incluso más allá, con los pobladores de Tiahuanaco en la zona altiplánica lacustre.

A través del comercio, *icas*, *chankas* e *inkas* fueron intermediarios, en el espacio y en el tiempo, entre los pueblos *chavín* y *kolla*, o, si se prefiere, entre las culturas Chavín

**Gráfico N° 38**  
**Puentes territorial y temporal entre**  
**Chavín – Nazca – Tiahuanaco – Wari**



y Tiahuanaco. A la postre, no sólo influyeron en ellos, sino hasta los catapultaron.

Es así que la iconografía *chavín*, ilustrando los famosos mantos *paracas*, pasando por manos de los *chankas* e *inkas*, debió llegar a las orillas del Titicaca. Allí fueron acogidos calurosamente los dioses y/o los mitológicos personajes *chavín*. Primero bajo la cultura Pukara, en estatuillas y adornando su cerámica. Y luego, con la cultura Tiahuanaco, perpetuando el principal personaje mitológico *chavín* en el elemento iconográfico central de la denominada Puerta del Sol <sup>24</sup>. De todo ello dan perfecta cuenta las Ilustraciones N°24, 25 y 26 (en la página siguiente).

Siglos después, en camino de regreso, ese mismo motivo iconográfico adornaría la cerámica Wari, y la de los pueblos a los que a su vez ésta influyó posteriormente (*nazcas* incluidos).

Con Tiahuanaco, la culminante y portentosa creación de la nación *kolla*, ésta habría adquirido, frente a sus asombrados vecinos, las características de “minoría creadora” de

que habla Toynbee. Sin duda, el descubrimiento del bronce <sup>25</sup> les resultó trascendental. Se le utilizó incluso como grapas que, uniendo entre sí grandes piedras, elevaron notablemente la consistencia de los muros –como acaba de mostrarlo Bill Collins <sup>26</sup>. Se habría repetido así, como puede suponerse, el fenómeno que ya se había dado antes con *chavín*.

De allí que en este período la nación *kolla* se comportó como colonizadora <sup>27</sup>. Y el comercio, sin duda, facilitó la penetración cultural *kolla* con la que fueron impactados tanto los *ayllus inkas* asentados en el área del Cusco como, más hacia el norte, los *ayllus* del pueblo *chanka*.

Durante el esplendor de Tiahuanaco, la influencia *kolla* se hizo presente con gran suceso en todas las manifestaciones de la vida del pueblo *chanka*. El estilo cerámico Conchopata, materializado en Ayacucho en esta etapa, resultaría así el más viejo y directo vínculo de Wari con Tiahuanaco <sup>28</sup>.

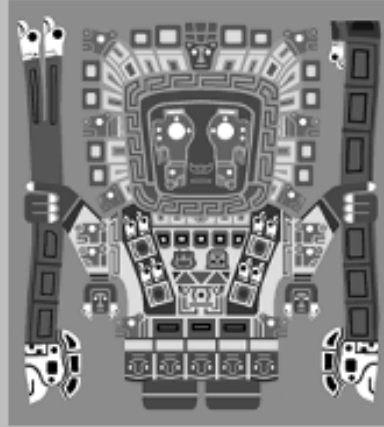
Estando el pueblo *inka* a mitad de camino entre Tiahuanaco y la tierra de los *chankas*, si

### Ilustraciones N° 24 - 25 - 26

## Influencia Chavín en Tiahuanaco, Wari y Nazca



Divinidad Chavín  
en la Estela de Chavín



Divinidad Tiahuanaco  
en la Portada del Sol



Divinidad Wari  
en un ceramio Nazca

Fuente:

aquél impactó poderosa y sistemáticamente en éstos, otro tanto o incluso más debió ocurrir entonces con aquéllos. Y así como se ha encontrado evidencias de lo uno, bien debería haber testimonios de esto otro.

Mal se puede desconocer sin embargo que, siglos después, el desarrollo material del Cusco imperial fue extraordinario. Y en el proceso debió destruirse innumerables evidencias. Mas –como aún ocurre en las grandes ciudades del mundo–, es probable que bajo los grandes muros del Cusco estén todavía guardadas muchas pruebas de la enorme influencia *kolla* sobre los *inkas* preimperiales.

En el ámbito religioso, siglos después de haber pasado hacia el Altiplano como dios *chavín*, en camino de regreso, la macrocéfala divinidad Tiahuanaco se convirtió en omnipresente elemento decorativo en la cerámica y en la textilería *chanka*.

Durante la vigencia de la cultura Huarpa, esto es, a lo largo de los primeros cinco siglos de nuestra era, el pueblo *chanka* recibió

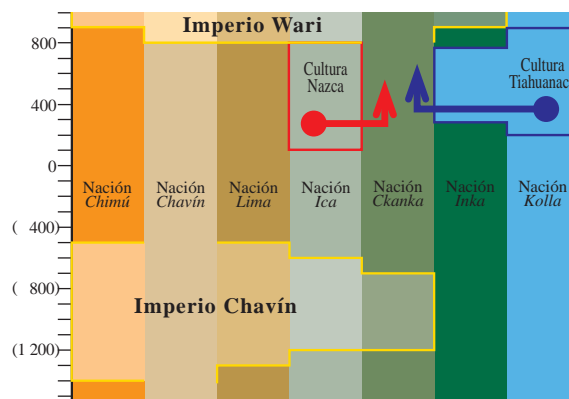
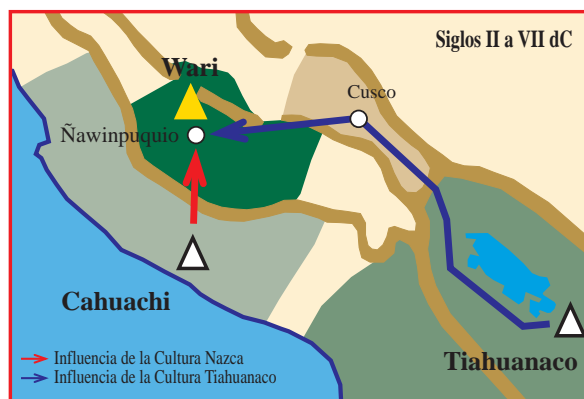
pues, sistemática e intensamente, la influencia tanto del pueblo *ica*, como del *kolla*. Es decir, tanto de la cultura Nazca como de Tiahuanaco.

Ese influjo cultural Nazca y Tiahuanaco tuvo gran significación en la historia del pueblo *chanka*. Representó, sin duda alguna, trascendentales aportes.

Con influencias de uno y otro lado, el mestizaje en la cerámica fue sólo una de las modalidades en que ello se puso de manifiesto. Los *chankas* quizá también asimilaron de la costa avanzados conocimientos astronómicos y técnicas que contribuyeron a repotenciar su ya bien desarrollada productividad agrícola. Del Altiplano incorporaron además prácticas ganaderas que les permitieron mejorar la dieta alimenticia. Pero de allí mismo asimilaron la metalurgia del bronce, de enorme significación en la actividad bélica.

La obtención de considerables excedentes agrícolas y ganaderos permitió también que la población *chanka* dispusiera de mayor

**Gráfico N° 39**  
**Influencia sobre los *chankas*:**  
**perspectiva geográfica y perspectiva cronológica**



tiempo libre susceptible de ser dedicado a actividades no agropecuarias, de carácter intrínsecamente urbano. Así, la textilería, la alfarería y la joyería tuvieron auge precisamente en este período. A ello contribuyó la propia tierra ayacuchana, que era generosa en las materias primas que esas actividades demandaban.

Tejedores, ceramistas y joyeros hicieron crecer los centros poblados *chankas* y, en particular, Wari, que terminó así desplazando en importancia a Ñawinpuquio.

Ya casi no deberíamos dudar de que el relevo de ésta por aquella fue el resultado de una disputa por la hegemonía del pueblo *chanka*.

Wari albergó al nuevo grupo dirigente y a la cada vez más nutrida población de especialistas productivos de que se rodeó. En ella residieron además los especialistas militares, cuyo surgimiento fue también una consecuencia de la acumulación de excedentes. Habiendo excedentes quedaba en evidencia el sobrante de fuerza de trabajo en esas áreas productivas. Y, por cierto, se hizo necesario adoptar medidas de protección para garantizar la posesión de esas riquezas.

Dirigentes, especialistas y militares se fueron congregando cada vez en mayor número en Wari. Con ella el pueblo *chanka* experimentó quizá el primer fenómeno de explosión urbana de los Andes: su capital estaba en camino de constituirse en el primer gran centro urbano en la historia andina.

Así, con el aporte de las singulares innovaciones que captó de sus vecinos, impregnado de matices *nazquenses* y *tiahuanauenses*<sup>29</sup>, y en trance de urbanización, el pueblo *chanka* emprendió su máxima expansión y desarrollo.

Ello se consiguió, sin embargo, cuando probablemente entre los *kollas* se producía –como había ocurrido antes con *chavín*– la transformación de la “minoría creadora” en “minoría dominante”. Y cuando al oeste, en la nación *ica* hegemonizada por los *nazcas*, se daba un cuadro de profunda división social.

Es decir, el pueblo *chanka* alcanzó su momento de máximo poder autónomo, precisamente cuando las dos grandes naciones que lo flanqueaban –y lo habían catapultado– habían ingresado en proceso de franco deterioro y decadencia. ¿Tuvo algo que ver la na-

### Mapa N° 17 El Imperio Wari



turaliza en la declinación de la fuerza de unos y otros?

En ese contexto, entre los años 700–800 dC, el pueblo *chanka*, premunido de un carácter aguerrido muy notable, estaba ya lanzado en vertiginosa carrera de conquistas militares. Entre *kollas*, a un lado, que mantenían aún dominio sobre la meseta altiplánica e influencia sobre el área cusqueña; e *icas*, del otro lado, todavía hegemónizados desde Nazca, los estrategas *chankas* decidieron enfrentar primero al que apreciaron más débil.

Así, “el ejército, poderoso a más no poder” –como textualmente asegura Del Busto<sup>30</sup>– descendió hacia el mar y sojuzgó a la nación *ica* (Nazca, Ica, Paracas y Chincha).

Inmediatamente después arremetieron contra Cañete, y luego con Pachacámac y Lima, y no detuvieron su marcha sino en Chavín de Huántar. En una segunda arremetida –como sigue diciendo Del Busto–, lle-

garon por el sur hasta el valle del río Sihuas; y en su nueva acometida al norte el ejército conquistador “aniquila a los hombres de la Cultura Mochica”<sup>31</sup>.

“Aniquilar” es “reducir a la nada”, “destruir por entero”<sup>32</sup>. ¿Por aniquilación de los hombres debemos entender de los varones o de toda la población? ¿Significa esa ambigua expresión que el naciente Imperio Wari exterminó a la población *moche* de los valles de La Libertad? ¿Debemos tomar en sentido textual la expresión del historiador?

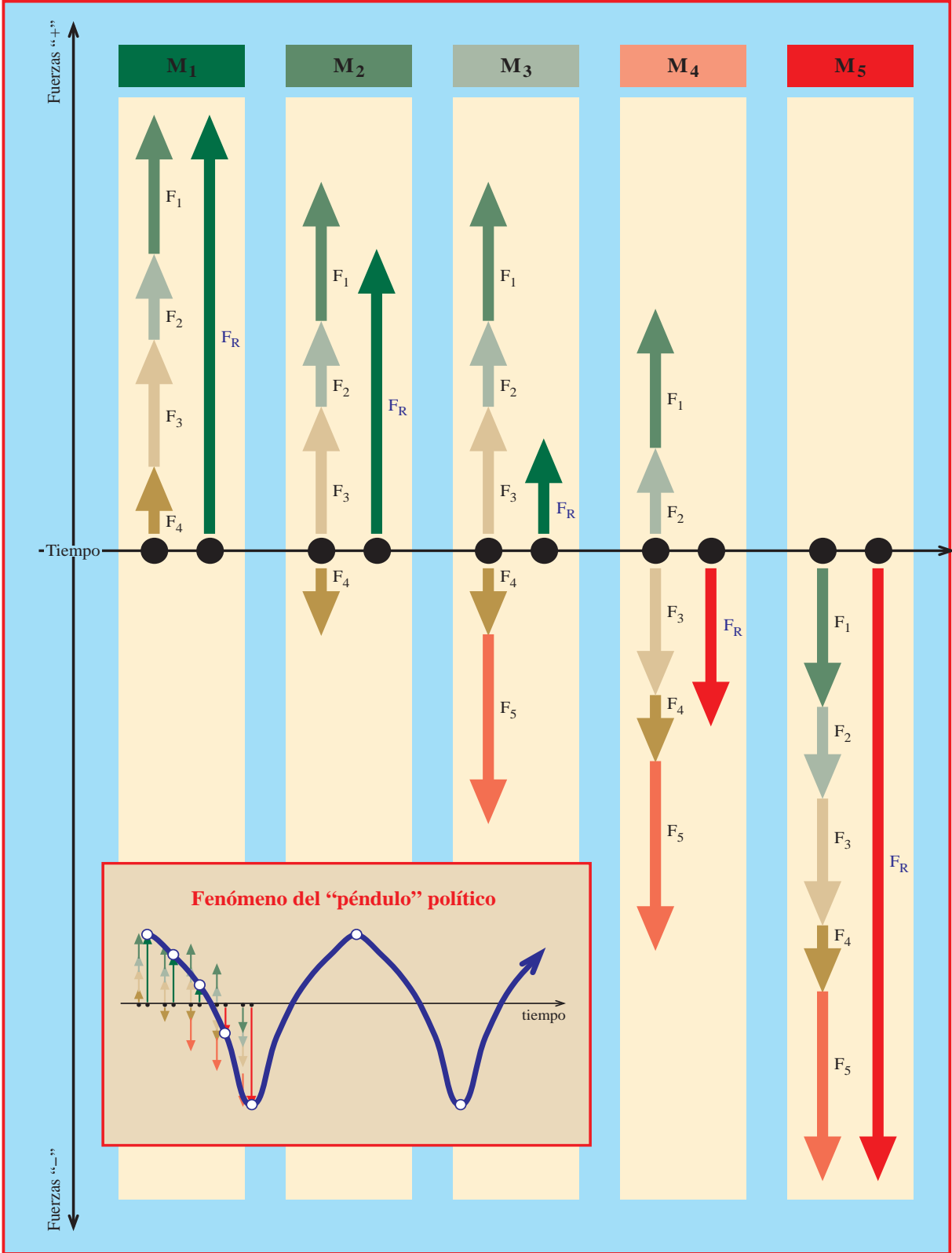
No, el contexto circunstancial en el que aparece la discutible expresión no necesariamente lo permite. Pero el contexto general de su libro sí, como en efecto habremos de ver más adelante, cuando liquidado el Imperio Wari, sobre el mismo territorio de los *moche*, y virtualmente sin ninguna explicación, el historiador “hace aparecer” otro pueblo.

Es difícil sostener que las sucesivas y arrolladoras conquistas *chankas* estuvieron sólo sustentadas en argumentos de estrategia, táctica y fuerza militar. Proponemos, pues, que sus éxitos militares se vieron significativamente facilitados por la marcada estratificación y profunda división interna en que los grupos dominantes habían fracturado sus correspondientes naciones.

### Estratificación e invasión: correlación de fuerzas

En efecto, para los sectores esclavizados por los *moches*, que no podían estar identificados con sus dominadores, la conquista por los *chankas* quizá no significaba deterioro alguno: ya no podían estar peor. Hasta cabía la posibilidad de algún tipo de mejora. Esperanzados en ello –como ocurrió después ante la invasión española–, muy probablemente, no sólo no actuaron en defensa de sus dominadores, sino que quizá hasta se com-

**Gráfico N° 40**  
**Fuerzas sociales y evolución de la correlación de fuerzas**





portaron como aliados implícitos de los invasores.

Con los grupos regionales dominados por los *nazcas*, esto es, con el resto de la nación *ica*, se dio, quizá, una conducta parecida. Así, en revancha contra sus dominadores, los campesinos *icas* y *chinchas* pudieron haberse conducido, deliberadamente, de modo pasivo frente a la invasión *chanka*. Así, se habrían comportado, aunque de modo seguramente implícito, como aliados tácitos de los conquistadores.

Objetivamente, por lo menos en apariencia, *chankas* e *icas* poseían recursos equiparables: territorio, población, recursos naturales, desarrollo técnico, etc. Fue, entonces, un factor distinto a los mencionados el que inclinó de manera irreversible la correlación de fuerzas en favor de los primeros.

¿Acaso un ejército significativamente más poderoso? ¿Quizá una estrategia militar mejor elaborada?

¿El hecho de que los *chankas* “caían” arrollando desde la cordillera? ¿O la ya mencionada división social de la nación *ica*?

Con recursos equiparables a los de ésta, ¿cómo habrían podido montar los *chankas* un ejército bastante más poderoso? Por otro lado, estrategias mejor diseñadas y la privilegiada posición geográfica explicarían, sí, victorias pasajeras. Pero difícilmente dan cuenta de un proceso de dominación que a la postre duraría varios siglos.

Así, el fraccionamiento social interno, con las consecuencias de sensible debilitamiento que genera, es el factor que explica, con más consistencia, la derrota militar de la nación *ica* y la caída y virtual exterminio del grupo dominante *nazca*; así como la derrota de *moches* y *mochicas* y el también probable

exterminio de sus élites ante el naciente y arrollador imperio.

Tanto en la nación *ica* como en la nación *moche-mochica* (*chimú*) habían estado actuando por lo menos cuatro grupos sociales, cuatro grandes estratos, cuatro fuerzas sociales significativas (como las que se ilustra en el Gráfico N° 40, en la página anterior).

La mayor (F<sub>1</sub>) —como pretendemos sólo sugerir en el gráfico, porque sería absurdo pretender insinuar algún tipo de cuantificación— correspondía al grupo hegemónico, al grupo social privilegiado. Y porque sus intereses estaban estrechamente ligados a los de éstos, incluía además a los especialistas.

Una segunda fuerza (F<sub>2</sub>) agrupaba a otros pobladores urbanos y a los pobladores rurales que pertenecían a la misma región que los grupos hegemónicos: *nazcas* y *moches*, respectivamente.

La tercera fuerza (F<sub>3</sub>) nucleaba a los grupos regionales sojuzgados: *chinchas*, *icas* y *piscos*, dominados por los *nazcas*; pescadores de Casma y Huarmey, y probablemente incluso *mochicas* lambayecanos, dominados por los *moches*; y a otros pequeños pueblos que esas naciones mantenían dominados.

Y la cuarta fuerza (F<sub>4</sub>) estaba compuesta por el conjunto esclavizado de *mitimaes* y *yanaconas* que los grupos hegemónicos habían colocado a su servicio.

Cada una de esas fuerzas aportaba una fracción de la fuerza social resultante (F<sub>R</sub>) de cada una de esas naciones. Fuerza resultante que, por lo demás, estaba orientada a alcanzar, principalmente, los objetivos del correspondiente grupo hegemónico. Es decir, esa resultante era la fuerza social que —en la práctica— estaba materializando el proyecto del grupo dominante.

Catalizado por la invasión *chanka*, dentro de cada una de las grandes naciones invadidas se operó un cambio muy importante. Por lo menos una de las fuerzas cambió, empezando a actuar en sentido contrario, en alianza tácita con los invasores. Ninguna más probable que la de los más descontentos: los trabajadores esclavizados. Eso fue suficiente para que, sin aparecer ni desaparecer fuerza alguna, es decir, manteniéndose el mismo espectro inicial de fuerzas, la resultante –la correlación final– cambiara.

En efecto, durante un determinado período (M<sub>1</sub>) el sector esclavizado (F<sub>4</sub>) –*mitimaes* y *yanaconas*–, había estado contribuyendo a hacer efectivo el esplendor material de los poblados de Nazca y Moche. Construían y, por consiguiente, actuaban en el mismo sentido de los objetivos que perseguían sus opresores.

Es presumible, sin embargo, que, incentivados por la inminente invasión *chanka*, a partir de allí (M<sub>2</sub>) pasaran de constructores a saboteadores. Su fuerza siguió siendo la misma, pero empezó a actuar en sentido contrario. Así, el simple cambio de dirección de una de las fuerzas alteró la magnitud de la fuerza resultante:  $FR(M_1) > FR(M_2)$ .

Los estrategias políticos y los estrategias militares de todos los pueblos entendieron la enorme importancia de este hecho. De allí que siempre dedicaron tiempo y recursos a incentivar y desarrollar, desde el exterior, actividades que minaran la fuerza resultante de las naciones enemigas. Se alentaba el sabotaje, la subversión, el terrorismo, el magnicidio, el descontento, la desertión, el desatacamiento a la leva, etc. ¿No lo hemos visto acaso en toda la historia de Occidente?

Actuando en simultaneidad con sus “aliados” en el territorio invadido, la presencia *chanka* (F<sub>5</sub>) terminó a la postre (M<sub>5</sub>) por

cambiar completamente el valor y la dirección de la fuerza resultante. Mas, como se vio en las primeras páginas, muy probablemente la naturaleza, a través del fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, dio también su cuota en el proceso expansivo *chanka* al debilitar las fuerzas y economía de *moche* (*chimú*), pero quizá también de los *nazcas*.

Con la nueva correlación de fuerzas necesariamente entraba en vigor un nuevo proyecto. Así, en los territorios conquistados, los proyectos de las élites dominantes en las naciones *ica* y *moche* (*chimú*) –o en su defecto los proyectos nacionales, como en el caso del pueblo *cañete*, por ejemplo–, quedaron sustituidos por el proyecto imperial Wari.

La expansión inicial del Imperio Wari fortaleció la economía y reforzó el poderío militar de los *chankas*. Los botines de guerra capturados permitieron gratificar a los combatientes y solventar la actuación de huestes cada vez más numerosas. A tal efecto, los pueblos sometidos engrosaron los ejércitos con reclutamiento forzoso.

Puestos luego en dirección sureste, los ejércitos *chankas* atravesaron los valles de Apurímac y Cusco, llegaron al Titicaca e incursionaron en Tiahuanaco. Todo parece indicar, no obstante, que los invasores finalmente decidieron no ocupar militarmente ni conquistar el Altiplano. ¿Qué los neutralizó o qué los disuadió? No se sabe.

Mas, en coherencia con la hipótesis de Kolata –que hemos presentado en el Tomo I–, puede presumirse que la gravísima sequía por la que atravesaba entonces el Altiplano ahuyentó forzosamente a los conquistadores.

En todo caso, después de destruir el centro urbano se retiraron –según refiere Lumbreras<sup>33</sup>–. Pero previamente capturaron ar-

quitectos, constructores y labradores de piedra que fueron llevados a Wari para erigir edificios <sup>34</sup>.

El Imperio Wari alcanzó a extender sus dominios luego hasta Cajamarca <sup>35</sup> y Lambayeque <sup>36</sup>, por el norte, y hasta Arequipa, Cusco y Sicuani <sup>37</sup>, por el sur.

Es decir, además de la nación *ica* hegemónica desde Nazca; de los *cañete* y *limas*; en la costa central; sucumbieron los *moches* y *mochicas*, en la costa norte; los *recuay*, *conchucos* y *cajamarcas*, en la cordillera norte; así como los *huancas*, *tarmas* y *yauyos* en los Andes centrales; el pueblo *inka*, en los valles de Apurímac y Cusco; y las colonias *kollas* de Arequipa, Moquegua y Tacna.

Como está dicho, presumiblemente las élites más poderosas, *nazcas*, *moches* y *mochicas*, habrían perdido ya gran parte de su poder, inmediatamente antes del aluvión *chanka*, en el contexto de un grave y enorme evento climático.

En ese vasto territorio <sup>38</sup>, de aproximadamente 600 000 Km<sup>2</sup>, quizá llegaron a ser sometidas cuatro millones de personas, sobre algo más de cinco millones y medio que poblaron los Andes durante el apogeo del segundo imperio andino.

**Cuadro N° 4**  
**Población andina 600 - 1 000**

| Año aC | Población (miles) | Tasa de crec. por siglo |
|--------|-------------------|-------------------------|
| 600    | 3 611             | 10,99                   |
| 700    | 3 990             | 10,50                   |
| 800    | 4 422             | 11,00                   |
| 900    | 4 483             | 12,51                   |
| 1 000  | 5 537             | 11,12                   |

**Mapa N° 18**  
**Red vial andina (siglo IX)**



La nación *chanka* difícilmente superaba el 10% de esta cifra. Es decir, hacia el año 1000 dC, su población habría sido del orden de 550 000 personas.

La rápida expansión militar se vio también facilitada por la extensa red de caminos que los pueblos y naciones habían construido en los Andes, para su propio uso y para facilitar el tránsito comercial.

Los dirigentes del Imperio Wari, sin embargo, prestaron singular importancia a mejorar la calidad de tales vías. Así, en el apogeo del imperio de los *chankas*, la populosa ciudad Wari estaba enlazada por anchos y bien trazados caminos <sup>39</sup> con todas las áreas pobladas importantes de los Andes: Cusco, Puno, Nazca, Huancayo, Arequipa, Lunahuaná, Pachacámac, Huamachuco, Cajamarca, Trujillo, Lambayeque, etc.

En el esplendor del Imperio Wari, Chakipampa y Ñawinpuquio, los dos centros po-

blados ayacuchanos que en los siglos anteriores habían tenido importancia, fueron abandonados<sup>40</sup> y desplazados por Wari. Quizá ello refleje que, en la disputa inter élites, la de Wari alcanzó finalmente a hegemonizar.

Wari –también llamada Viñaque, la ciudad *chanka* más importante<sup>41</sup>–, asentada en las inmediaciones de la pampa de La Quinoa, 22 Kms. al noreste de la ciudad de Ayacucho, llegó a albergar, en sus 2 000 hectáreas de extensión, hasta 50 000 personas<sup>42</sup>, entre jerrarcas, funcionarios, militares, sacerdotes y multitud de especialistas. Y ciertamente albergó también a prisioneros de guerra puestos al servicio de la élite *chanka*.

¿Cómo se ha calculado que la ciudad de Wari habría llegado a tener 50 000 habitantes como indica Del Busto? ¿Y cómo se ha estimado el tan distinto dato de “casi 100 000 habitantes” del que habla el catedrático ayacuchano Mario Benavides<sup>43</sup>? ¿Cómo se explica que la historiografía dé cifras tan significativamente disímiles? No lo sabemos, pero parece más sensata la cifra que acoge el doctor Del Busto.

Obsérvese que en el Cuadro N° 4 –uno de los apriorísticamente descalificados por la crítica–, postulamos que en torno al año 1000 dC, el territorio andino habría tenido 5,5 millones de habitantes.

¿Parece razonable que la población de la capital del Imperio Wari –incluidos los extranjeros allí llevados compulsivamente– hubiera concentrado el equivalente a casi el 1% (uno por ciento) de la población total del territorio peruano de entonces? Sí, parece absolutamente razonable. Baste tener como referencia que, siete siglos más tarde, esto es, cuando la tendencia de urbanización necesariamente había arceciado, la capital del Virreinato (a 165 años de su fundación española) apenas concentraba el 3% de la población del territorio peruano<sup>44</sup>.

Así, pues, si la relación porcentual –casi 1 %– resulta sensatamente verosímil, y la presunta población de la ciudad Wari inobjetable –50 000 habitantes–, aritméticamente no existe otra alternativa que reconocer que la también presunta población total de los Andes que se ha postulado 5 550 000 personas es igualmente sensata y verosímil. ¿Por qué, pues, prejuiciosa y gratuitamente fue descalificada?

¿Debe de este último cálculo colegirse que nuestra hipótesis demográfica está probada? Ni con mucho. Asoma cada vez más verosímil, pero no está probada. Siempre serán los especialistas los que tengan la última palabra (pero con razones y demostraciones, no apriorísticamente).

Esos prisioneros de guerra asumieron distintas funciones. Unos, como los alarifes y picapedreros llevados desde Tiahuanaco, quedaron convertidos en *mitimaes* urbanos, especialistas en obras de ingeniería. Otra modalidad de *mitimaes* urbanos la constituyeron los maestros de orfebrería, llevados desde el Callejón de Huaylas y Cajamarca, que bien pudieron haber conformado también unidades militares especiales –como sostiene Kauffmann<sup>45</sup>–.

Es posible además que, entre los *chankas*, imitando lo que vieron de *nazcas* y *moches-mochicas* (*chimú*), algunos prisioneros de guerra quedaran destinados, en condición de *yanaconas* urbanos, al servicio personal de la élite dirigente en Wari.

Esa suerte pudo corresponder, entre otros, a aquellos que fueron obligados a cargar las andas o literas<sup>46</sup> en que empezaron a movilizarse los miembros de la cúspide jerárquica *chanka* (copiando una tradición que –como se vio en el Tomo I– ya habían instaurado siglos atrás los *moches*).

La administración y control del territorio obligó a que parte de la población *chanka* dejara sus tradicionales ocupaciones agrícolas y ganaderas. Así, muchos campesinos *chankas* fueron llevados a la ciudad de Wari o a algunos de los lejanos territorios conquistados para asumir obligaciones administrativas, organizativas y militares.

En su reemplazo, las tierras de las inmediaciones de la sede imperial empezaron a ser trabajadas por extranjeros, trabajadores de los pueblos conquistados. Inicialmente,

quizá por prisioneros de guerra. Más tarde, por los típicos *mitimaes* rurales, grupos completos de familias que, desarraigados de su tierra, fueron compulsivamente llevados a cultivar las tierras ayacuchanas.

Abandonar sus propios campos para repoblarlos con campesinos extranjeros, significaba para los *chankas* un riesgo enorme.

El estratégico abastecimiento alimenticio, puesto en manos de *mitimaes* extranjeros, significaba, de hecho, pasar a depender, ni más ni menos, que de los propios enemigos del Imperio Wari. Ya antes, el Imperio Chavín –como el Imperio Romano en el Viejo Mundo– habían incurrido en el mismo gravísimo error.

Estos *mitimaes*, por lo demás, fueron obligados a rendir elevada productividad. Mas es presumible que en los reiterativos períodos secos de menor producción, debieron sacrificar buena parte de su propia alimentación para asegurar los grandes volúmenes de alimento que demandaba la numerosa población urbana de Wari.

Los *chankas*, para la administración y control de los territorios conquistados, destinaron ingentes recursos para la construcción y mantenimiento de múltiples centros urbanos y sus correspondientes destacamentos militares de ocupación. Pachacámac, al sur de Lima, mantuvo y hasta acrecentó su importancia <sup>47</sup>.

Se erigió nuevas ciudades: Pikillacta, a 27 Kms. al sureste de la ciudad del Cusco; Cajamarquilla (o Jicamarca), en las proximidades de Lima; San Nicolás, en Supe, al norte de Lima; Pacatnamú, en el valle de Jequetepeque; Honcopampa y Wilkawaín, cerca de Huaraz; Warivilca, en Huancayo; Wiracochapampa, en Huamachuco; Otuzco, en Cajamarca <sup>48</sup>; Sonay, en Camaná <sup>49</sup>; y Cerro Baúl,

en Moquegua <sup>50</sup> (ver las ubicaciones correspondientes en el Mapa N° 17).

Wiracochapampa, Pikillacta y Cerro Baúl, en los extremos del imperio, se erigieron “calcando” a Wari <sup>51</sup>. En casi todas las ciudades, el diseño amurallado –indica Kauffmann <sup>52</sup>–, dotado de un cauteloso sistema de protección militar, que a veces incluía una sola puerta de acceso y otra de salida –asegura Lumbreras <sup>53</sup>–, es una buena prueba del ambiente belicista y violento que reinó durante la expansión y consolidación del Imperio Wari.

Y así como surgieron prósperos nuevos centros urbanos, vinieron a menos, en cambio –y no por simple casualidad–, Moche y Cahuachi, las sedes de residencia de las virtualmente liquidadas élites *moche* (*chimú*) y *nazca*.

La estrategia de los *chankas* fue, probablemente –y según puede sospecharse de las evidencias observadas–, debilitar al máximo a *nazcas*, *limas*, *moches*–*mochicas*, las tres más importantes entre las sociedades conquistadas. Para ello desarrollaron ciudades, centros alternativos de poder, en las que conjuntamente con los militares *chankas* destacados a someter, administrar y colonizar, residían grupos locales distintos –y eventualmente hasta opuestos– a los que habían estado hegemonizando en dichas sociedades antes de la conquista *chanka*.

Los hallazgos arqueológicos permiten concluir que el proyecto imperial implícito de la élite *chanka* privilegió pues el desarrollo urbano. Y, a fin de dar coherencia al proyecto, se puso énfasis en el mejoramiento y ampliación de la red vial, que resultaba indispensable para el control del territorio, el abastecimiento de los centros urbanos administrativos y militares, y la comunicación con la sede central.



Ese desarrollo infraestructural, vial y urbano, así como el abastecimiento de una enorme población militar y administrativa, y la satisfacción de sinnúmero de privilegios, sólo fue posible porque el grupo hegemónico pudo disponer sistemáticamente de grandes volúmenes de excedentes generados por los trabajadores de los pueblos sojuzgados.

Una parte, pues, permitió solventar el esfuerzo de trabajadores esclavizados y de *mitayos* que levantaron ciudades fortificadas y ampliaron y mejoraron la red vial. Otra fracción del excedente permitió alimentar, vestir y renovar el armamento de las huestes de ocupación. Y otra parte de ese excedente fue a parar, en las ciudades, y en particular en Wari, durante siglos, para financiar los privilegios de la élite imperial.

Tributos llevados desde lejanas comarcas estaban destinados –afirma Lumbreras<sup>54</sup>– a satisfacer las apetencias de lujo de la élite *chanka*. De allí que, entre otras evidencias –y como avala Del Busto– “nace una industria suntuaria que gira en torno a las joyas”<sup>55</sup>.

Privilegiando el desarrollo urbano y el consumo suntuario, también citado, el Imperio Wari concretó la transferencia de grandes cantidades de riqueza, desde la periferia hacia el centro: Wari. O, si se prefiere, gran parte del excedente generado fluyó desde los pueblos sometidos a las manos del grupo hegemónico del pueblo *chanka*.

Los pueblos y naciones conquistadoras siempre tuvieron muchísimo cuidado en apropiarse, para luego potenciar en su propio beneficio, las mejores conquistas tecnológicas de los pueblos a los que sometieron. Como se ha visto, también lo hicieron los *chankas* llevando a la sede imperial los mejores arquitectos y picapedreros de Tiahuanaco, y los más calificados metalurgistas y orfebres *moches* y *mochicas*.

No lograron sin embargo arrebatarse a los *paracas* ni a los *nazcas* los secretos de la incipiente escritura que éstos tomaron de aquéllos y que posiblemente en uno y otro pueblos se había seguido desarrollando. ¿No alcanzaron a entender el significado y potencialidad de esa conquista, que además habrían estado desarrollando también los *moches*? ¿Se habrían percatado de su gravísimo error cuando ya era tarde, cuando ya habían exterminado a los miembros de las élites que dominaban ese crucial conocimiento? Quizá nunca lo sabremos. Pero sí debe endosarse al imperialismo Wari la total frustración de ese importantísimo avance cultural que había estado incubándose en la costa peruana.

El proyecto imperial *chanka* estuvo en vigencia entre finales del siglo VI y los albores del siglo XI –según Lumbreras<sup>56</sup>–. Del Busto en cambio postula que desde alrededor del siglo IX y los siglos XII o XIII<sup>57</sup>. De cualquier forma, aunque no deja de sorprender la significativa diferencia entre una y otra versión, fue –como asegura Lumbreras<sup>58</sup>–, tiempo suficiente para lograr una cierta homogenización de los patrones de vida en gran parte del territorio andino.





La declinación y caída del Imperio Wari fue el resultado de sus propias contradicciones –afirma Lumbreras<sup>59</sup>–.

Algunas de ellas, quizá las más importantes –según creemos– fueron:

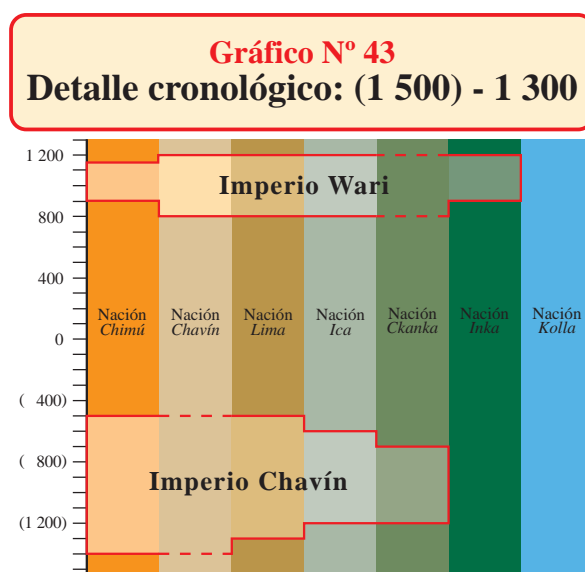
- entregar el abastecimiento alimenticio de Wari a sus enemigos;
- alentar el gasto en desarrollo urbano en desmedro de la inversión que asegurara e incrementara la producción alimenticia básica;
- alentar la formación de centros de poder que progresivamente habrían ido adquiriendo mayor autonomía relativa;
- sustentar la expansión física y material del imperio en la sobreexplotación de *yanaconas*, *mitimaes* y, en general, de los pueblos dominados;
- trasladar y concentrar en la capital, a expensas del empobrecimiento de inmensas áreas rurales, casi el íntegro de la riqueza producida en el territorio, e;

- implementar un modelo económico que, privilegiando el gasto, terminó degenerando en consumo ostentoso y ocio, en detrimento de la capacidad de inversión reproductiva, así como de la capacidad de creación, administración y control.

Una a una, en un proceso largo y pausado, que quizá durante mucho tiempo fue imperceptible para la élite *chanka*, las contradicciones fueron debilitando cada vez más al imperio. Quizá sólo a la postre, cuando el proceso era ya irreversible, fueron absolutamente evidentes. Mas ya era muy tarde.

La sobreexplotación de los pueblos dominados exacerbó la animadversión contra los *chankas* en el vasto territorio del imperio. Ello podría haber sido aún más acusado, de confirmarse la hipótesis de una gravísima sequía planetaria en torno al siglo X –como ya se mencionó–.

La sobreexplotación habría facilitado y alentado que, al interior de las naciones *ica* y *moche-mochica* (*chimú*), y del resto de los pueblos sojuzgados, lograran reconstituirse grupos dirigentes independentistas. A éstos tocaría la responsabilidad de liderar el proce-



so de liberación del yugo *chanka* <sup>60</sup>. En los centros urbanos periféricos, a su vez, arreciaron, probablemente también, los afanes autonomistas.

De otro lado, sólo era cuestión de tiempo para que la naturaleza contribuyera con lo suyo para que quedara en evidencia que haber dejado el abastecimiento alimenticio de la capital Wari a sus enemigos era un peligrósimo bumerán.

La desertificación <sup>61</sup> del territorio central de los *chankas* —que según Lumbreras siguió a la caída del Imperio Wari—, da pie para estimar que, efectivamente, una nueva, grave y prolongada sequía ocurrió en la zona. Sin embargo, la imprecisión de las fechas sobre la vigencia del Imperio Wari, hacen muy difícil concluir rotundamente si la grave y prolongada sequía se inició antes o después de la caída de Wari.

Aquí, ateniéndonos a la propuesta de Linares Málaga, que define la caída del Imperio Wari en torno a 1200 dC, estamos pues considerando esta fecha como el centro más probable del lapso dentro del cual habría ocurrido el suceso.

Pues bien, hoy se sabe —como se ha adelantado hablando del Fenómeno océano-atmosférico del Pacífico Sur— que una “pequeña edad glacial” habría afectado todo el globo con sequías y procesos de desertificación. El proceso, científicamente comprobado, se inició en 1240 dC con anomalías climáticas notorias y llegó a su clímax hacia 1270 dC.

Con evidencias de desertificación en Ayacucho, y “simultáneas” evidencias de sequías y desertificación en Europa, es pues muy probable que la “pequeña edad glacial” afectara íntegramente a todo el globo. Y muy probable también entonces que fuera ésta la

circunstancia que desencadenó una gravísima crisis de producción alimentaria en los Andes.

En ese contexto, cualquier acción de sabotaje de los *yanaconas* esclavizados que residían en Wari, y de los *mitimaes* de los pueblos sojuzgados que en torno a la ciudad estaban encargados del abastecimiento alimenticio de la misma, tuvo, necesariamente, consecuencias catastróficas para el poder imperial. Máxime cuando, como debió ocurrir ya en ese momento, los recompuestos ejércitos de las naciones *ica* y *moche-mochica* (*chimu*), además de los ejércitos *huancas*, *inkas* y de otros pueblos, tenían virtualmente cercados y desabastecidos a los *chankas*.

La desertificación de las tierras ayacuchanas probaría, también, que los *mitimaes* las abandonaron presurosos durante el cerco que los pueblos seguramente tendieron a Wari. Con ello pusieron de manifiesto que había estado allí descontentos, contra su voluntad. Desertaron reincorporándose en masa al seno de sus pueblos.

Los ejércitos del Imperio Wari, que aglutinaban a muchos soldados de los pueblos dominados, se hicieron también, muy probablemente, eco de la rebelión que se generalizó contra el dominador. Tal como lo hicieron los *yanaconas* y *mitimaes*, también los soldados desertaron, debilitando al ejército imperial y, en cambio, fortaleciendo proporcionalmente a las huestes rebeldes.

Minimizado el ejército imperial, el ejército Wari, compuesto ahora sólo por *chankas*, fue incapaz de soportar la arremetida conjunta de todos sus enemigos. El Imperio Wari fue liquidado y los *chankas* cayeron finalmente derrotados.

De los pobladores urbanos de la capital Wari, es posible que la mayoría fuera exter-

minada y que sólo unos pocos sobrevivientes alcanzaran a huir apresuradamente refugiándose en lejanos parajes.

Quizá ese fue el contexto en el que un numeroso grupo de la élite *chanka*, por la única vía que les quedaba libre (la cara este de la cordillera oriental de los Andes), emprendió la fuga hacia el norte.

Esa sería la causa y origen del suceso que, rodeado de gran imprecisión cronológica y de matices mitológicos, la historiografía clásica –desde los cronistas–, conoce como la “retirada a Moyobamba”, que explicaría la ocupación y posterior desarrollo de ésta y de su vecina Chachapoyas (ver ubicación en el Gráfico N° 42, pág. 207), donde habrían sido los constructores, entre otras, de la gran y todavía semioculta fortaleza de Kuélap.

La metrópoli Wari, saqueada, se convirtió en un fantasma: caídas sus estatuas de piedra, sus muros enterrados, sin agua, sin vida –a firma Lumbreras–<sup>62</sup>.

Necesariamente el deterioro, el colapso y la caída final del Imperio Wari fue un proceso. Todos los antecedentes históricos –pero también el sentido común– permiten plantear esa hipótesis. Y permiten plantear también que fue un proceso en sí mismo coherente y explicable. Sin embargo, por ahora casi no hay forma de probar cuán largo y penoso fue.

¿Acaso de siglos, como podrían dejar entrever las imprecisiones en las que incurre el historiador Del Busto, que en un lado afirma que la ciudad Wari “conoció su fin hacia el año 1000 dC”, para luego (cuatro páginas después) afirmar que la capital “languidece y muchos de sus habitantes la abandonan (...) en el siglo XII o XIII dC”<sup>63</sup>.

¿En base a qué indicios o a qué evidencias, pues no las explícitas, Del Busto sostiene que Wari conoció su fin hacia el año 1000 dC, “en que pueblos invasores

la redujeron a estado ruinoso”? ¿Y en base a qué, cuatro páginas después, resulta que cien o doscientos años más tarde “una nación serrana, acaso la de los Chancas (...) le da el golpe de gracia”? ¿Insinúa el período entre el primer golpe y el de gracia, efectivamente un tránsito largo y penoso como el que seguimos suponiendo? Claro que lo insinúa, mas no ofrece seguridad porque no sabemos si la diferencia de fechas no es más que un error historiográfico.

Por otro lado, ¿qué le permite a Del Busto, sin haber ofrecido el más mínimo antecedente, afirmar que “pueblos invasores” fueron los que redujeron la ciudad Wari?

¿Qué pueblos anónimos habrían sido aquellos? ¿Dónde habrían estado durante el apogeo imperial? ¿Cómo adquirieron tanta fuerza como para atravesar buena parte del territorio imperial sin ser detenidos y llegar hasta la capital y saquearla?

¿Por qué luego abandonaron el territorio saqueado, cuando bien pudieron quedarse en esas tierras que durante siglos habían alimentado a cientos de miles de habitantes?

¿Y qué fue de esos poderosos pero anónimos invasores después de su destructiva acción? ¿Cómo se podría explicar que al cabo de tan protagónica tarea volvieran sin más al más absoluto anonimato?

Por su parte, y si los primeros invasores no fueron los de esa “nación serrana de los chancas” –de la que habla Del Busto–, ¿dónde habría estado entonces ésta durante el apogeo Wari? ¿Y no deberíamos hacernos también para ésta las restantes preguntas precedentes?

Como en el caso de Chavín, aquí también, pues, la casi unánimemente sacralizada hipótesis de los “pueblos invasores” no resiste el más mínimo análisis. Pero no obstante gratuita, insustancial y artificiosa, se ha recurrido a ella para llenar ni más ni menos que uno de los acontecimientos más importantes de la historia andina, esto es, en palabras del propio Del Busto: la “muerte del Horizonte Medio”.

Mas, ¿cómo llegó ésta, además de llegar, según la historiografía tradicional, de la mano de “invasores”? Pues dice textualmente Del Busto: “...era de esperar[la] –no en vano han transcurrido muchos años– surge la decadencia, empieza la desintegración”.

Es decir, la historiografía tradicional no tiene ningún reparo en afirmar –en la pluma de unos– y de

aceptar –con el silencio de los más– que se habría tratado de un asunto pura y simplemente mecanicista: decadencia y desintegración inexorables a cargo del tiempo, y sólo de él.

Resulta obvio que con ese prosaico mecanicismo, con la gratuita invención de los “invasores anónimos”, y recurriendo además a términos tan anodinos como “Horizonte Medio”, se logra disimular y encubrir dos aspectos históricamente sustantivos e íntimamente relacionados:

- a) la suma de desaciertos y crímenes de la élite y de buena parte de la nación imperial, y;
- b) las luchas, acciones independentistas y guerras de liberación de los pueblos sojuzgados.

No deja de resultar curioso que, contradiciéndose con su implícita hipótesis mecanicista, Del Busto admita que, aunque sólo tras el golpe de gracia, “el presunto Imperio se desploma. Entonces las *naciones sojuzgadas se emancipan...* –afirma<sup>64</sup>–.

Pues bien, admitiendo él sin ambages que hubo *naciones sojuzgadas*, qué otras condiciones –que no explicita– se habría requerido para hubiese dejado de hablar de un “presunto imperio” y lo admitiera categóricamente?

¿Por qué no se explicita esas razones? ¿Es que acaso la diferencia entre “imperio” y “presunto imperio” es anecdótica e irrelevante?

¿En qué sustenta la historiografía tradicional tamaña laxitud en sus premisas y vacíos? ¿Y tamaña orfandad e incongruencia en sus conclusiones? Cada vez es más evidente, pues, que hay varios y muy importantes capítulos de la historia andina que merecen ser íntegra y seriamente reformulados.

Pues bien, la caída del segundo imperio de los Andes, como había ocurrido después de la debacle del Imperio Chavín, significó el resurgimiento autónomo de pueblos y naciones en el espacio andino.

El grueso del propio pueblo *ckanka*, es decir, la numerosa y pobre población rural que no conoció los beneficios del imperio, inició también, dispersa y estigmatizada, una

nueva etapa. En el nuevo contexto, cada pueblo ensayaría, una vez más, la aplicación de su propio proyecto nacional.

## Consolidación de las naciones andinas

Algunos pueblos como los *tallanes* de Piura y Tumbes, protegidos por el vasto, hostil y tórrido desierto de Sechura; y pequeñas poblaciones norcordilleranas que luego serían denominadas como *bracamoros*, en Jaén, y *chachapoyas*, en Chachapoyas; así como los desperdigados *antis* en la amazonía, los *huancavilcas*, *cañaris*, y *cayambis* de Ecuador, no llegaron a ser incorporados al proyecto imperial Wari. Durante esos siglos fueron llevando a cabo su proyecto nacional.

No obstante esa privilegiada situación, aun cuando no vieron mermados sus recursos humanos, ni se vieron en la obligación de trasladar excedente a conquistador alguno, ninguno de ellos alcanzó a registrar gran desarrollo material ni cultural. Es pues también importante tratar de entender las razones de tan singular historia.

El desarrollo material es, sin duda, sólo una parte de la creación cultural de los pueblos. Intuitivamente todos aspiran a él y los dirigentes siempre han sido concientes de ello. En ese contexto, lenta y progresivamente, los pueblos han ido resolviendo sus problemas de alimentación, vestido y vivienda. Poco a poco, para resolver esas necesidades, se fueron explotando más recursos: fauna terrestre, aves, bancos de peces, bosques, tierra agrícola, canteras, minas, etc., así como desarrollando las técnicas más adecuadas para su explotación.

Se daba, además, una estrecha relación entre el desarrollo de las técnicas necesarias para disponer de un recurso y la posesión del mismo. Los pueblos asentados a orillas de mares y lagos desarrollaron habilidad pesquera, que no ponían tener los que se hallaban en la cordillera. Quienes poseían canteras de piedra devinieron en flamantes constructores, fortuna a la que no podían aspirar aquellos que habitaban zonas arenosas. Los que poseían vetas y minas desarrollaron la minería y metalurgia, que estaban condenados a desconocer los pescadores.

Por otro lado, como no hubo posibilidad ni oportunidad de avistar primero todo el espacio andino para luego escoger una ubicación, la localización final de los pueblos fue un hecho fortuito, completamente azaroso.

En virtud de ello, no todos los habitantes de la costa, por ejemplo, tuvieron igual fortuna. Para algunos, como los de las áreas central y sur de la costa, el mar resultó pródigo en peces y mariscos, mientras que a otros, los de la costa norte, les fue más aparente para la navegación. La fría temperatura del mar en el caso de aquellos, les proveyó de gran riqueza pesquera; y, por el contrario, la cálida temperatura de las aguas en el caso de éstos, se la negó.

En la cordillera, a flor de tierra, a unos se les ofreció grandes canteras de piedra apa-







## La importancia de la riqueza agrícola

Antes de empezar a ser trabajados, algunos valles eran, potencialmente, muchos más ricos que otros –los gráficos del Anexo 3 (en el Tomo I) y del Anexo 10 (en éste) resultan a este respecto muy elocuentes–.

En extensión, gradiente, calidad del suelo, disponibilidad de agua, etc., la naturaleza había dotado a unos del doble, quíntuple o muchísima más riqueza explotable en comparación con otros.

A efectos de alimentar a la población, poco importaba de cuánto espacio total se disponía. Mucho más importante era, en cam-

bio, contar con mayor área aparente para uso agrícola y con mayor disponibilidad de agua para fertilizarla.

Sin duda, pues –y más allá de su voluntad–, unos pueblos resultaron significativamente más afortunados que otros.

Esa diferencia de base –quizá hasta deberíamos hablar de distintas posiciones de la “línea de partida”–, objetiva y cuantificable, necesariamente habría de ponerse de manifiesto en la diferencia de objetivos que habrían de alcanzar los pueblos en la historia.

Quienes disponían de la mejor combinación de riqueza agrícola e hidrológica tenían más posibilidades de llegar tanto más lejos en sus objetivos de desarrollo económico y social y, en definitiva, cultural.

### Anexo N° 8

#### Chavín - Perú / Egipto



*Egipto, en un solo valle, tiene más tierras agrícolas que el Perú en todos sus valles.*

En los casos de pueblos que, como los *moches* y los *limas*, controlaron varios valles, por obvio que resulte decirlo, fue la suma de la riqueza potencial, agronómica e hidrológica la que en definitiva contó. La significativa mayor riqueza agrícola de que dispusieron y explotaron aquéllos, explica suficientemente porqué pudieron concretar obras mucho más grandes y espectaculares que éstos.

Quizá debe reclamarse a la historiografía tradicional que poco o casi ningún énfasis haya puesto en ese sustantivo aspecto de la historia de los pueblos. Virtualmente nunca se ha explicitado qué condiciones objetivas permitieron a un pueblo alcanzar ésto y a otro sólo aquéllo. ¿Acaso para los períodos de la historia que venimos revisando no hay explicaciones objetivas, o hipótesis verosímiles que expliquen los distintos niveles de desarrollo que se alcanzaron en un mismo período en las diversas porciones del territorio –andino y mundial–?

¿No es razonable suponer que si un pueblo dispuso del doble de tierra agrícolas que otro, tenía mayores posibilidades de desarrollo que éste, no sólo porque podía alimentar al doble de población, sino porque podía también duplicar el excedente con el cual financiar la construcción de infraestructura?

Quizá – aunque parezca tardío presentarlo aquí– la comparación entre Chavín y Egipto sea una magnífica base para la formulación de la hipótesis que venimos planteando.

Los jóvenes y adultos de hoy estudian su propia historia y la de otros pueblos. Así, los peruanos estudiamos las historias de Chavín y Egipto. ¿Pero se nos ha dicho alguna vez en algún texto cómo se explica que, siendo ambas culturas largamente coetáneas, mientras Egipto ha dejado innumerables y gigantescas obras materiales regadas en un amplísimo territorio, Chavín sólo dejó un castillo cuyas dimensiones empalidecen frente a aquéllas? Sin duda podrá formularse un cúmulo de razones. Pero una de ellas, y quizá la primera y más importante, es la enorme diferencia de riquezas agrícolas de que dispuso Egipto en comparación con Chavín.

A efectos de ilustrar cabalmente esta afirmación –y como claramente se insinúa en los gráficos de la página anterior– considérese los siguientes datos:

|                                   | Egipto<br>(a) | Perú<br>(b) | Relac.<br>(a / b) |
|-----------------------------------|---------------|-------------|-------------------|
| Territorio (Km <sup>2</sup> )     | 1 001 449     | 1 285 216   | 0,78              |
| Área cultivada (Km <sup>2</sup> ) | 55 000        | 19 000      | 2,89              |
| % área cult. / territorio         | 5,5           | 1,5         | 3,70              |

Egipto, con menor territorio (78 % del Perú), dispone de casi tres veces más (2,89) tierras cultivadas. Y, si se acepta el ratio o relación matemática final, puede afirmarse que, “agrícolamente”, Egipto es casi cuatro veces más (3,70) rico. Si además se considera la calidad del suelo, la ventaja aumenta. Debe reconocerse también que gran parte de las tierras agrícolas peruanas, para disponer de agua de riego, han demandado construir infinidad de kilómetros de canales y acequias, mientras que en Egipto eso lo hace el Nilo que, casi sin intervención del hombre, inunda y fertiliza los campos. Es posible afirmar, pues, que la ventaja “agronómica” de Egipto es aun mucho mayor.

Tómese en cuenta además que, en el caso de Egipto, el área agrícola está reunida en uno solo y enorme valle, íntegramente vertebrado por el Nilo, que permite una amplísima comunicación; y, en el caso del Perú, está atomizada, constituida por infinidad de pequeñas y pequeñísimas fracciones, separadas por obstáculos naturales difíciles de superar (desiertos, altas montañas, profundas quebradas, ríos no navegables pero muy torrentosos, etc.). En síntesis, la potencialidad agrícola es abrumadoramente mayor en Egipto que en el Perú.

Si la comparación se hace entre los imperios Chavín y Egipto, las cifras (tentativa e hipotéticamente ajustadas) proporcionan diferencias aún más saltantes.

|                                   | Egipto<br>(a) | Perú<br>(b) | Relac.<br>(a / b) |
|-----------------------------------|---------------|-------------|-------------------|
| Territorio (Km <sup>2</sup> )     | 1 000 000     | 300 000     | 3,33              |
| Área cultivada (Km <sup>2</sup> ) | 30 000        | 2 000       | 15,00             |
| % área cult. / territorio         | 3,00          | 0,66        | 4,5               |

Para la época en que coexistieron ambos imperios, la agricultura era prácticamente el único sector productivo capaz de generar los grandes excedentes que permitían dinamizar al resto de las actividades productivas, pero, en particular, a la construcción.

Con las cifras mostradas, sin contar la mayor productividad del suelo, ni las otras condiciones favorables mencionadas, el Imperio Egipcio disponía de quince veces más producto agrícola que Chavín. Y asumiendo que los *egipcios* hubieran sido tres veces más numerosos (hoy Egipto tiene el doble de población que el Perú), el producto agrícola seguía siendo cinco veces mayor.

En esas condiciones, no es difícil imaginar que el Imperio Egipcio dispusiese de un excedente abrumadoramente mayor del que dispuso Chavín. En todo caso –repetimos– el norte de África alberga los monumentos suficientes como para dar testimonio de la gigantesca diferencia de riqueza de que dispusieron uno y otro imperio.

El tiempo de ocupación de un territorio agrícolamente trabajado era, no obstante, un factor compensatorio, por lo menos parcial. Así, un valle pequeño y poco fértil, trabajado por espacio de miles de años, rendía quizá tantos frutos como uno más amplio y fértil pero en manos de un pueblo con menor tiempo de experiencia agrícola.

Es decir, independientemente de la voluntad de los grupos humanos, la naturaleza se constituyó pues en importantísimo factor limitante para el desarrollo de unos pueblos, y una fantástica catapulta para el despeque de otros.

Para los pueblos, la riqueza agrícola era el más preciado de todos los intereses ajenos al hombre mismo. No sólo porque tenía que ver directamente con la alimentación y, por consiguiente, con la supervivencia; o, si se prefiere, no sólo porque permitía garantizar el primero y más importante de todos los intereses propios del hombre: la vida. Sino, fundamentalmente, porque fue el primer sector productivo capaz de generar grandes volúmenes de excedente socialmente utilizable.

Desde muy antiguo, casi todos los sectores productivos fueron capaces de generar un abastecimiento mayor que el que deman-

daban las poblaciones. Sin embargo, no todos esos excedentes generables podían ser de gran magnitud. Las limitaciones técnicas, por ejemplo, impedían almacenar grandes volúmenes de pescado o de carnes rojas. Rápidamente se descomponían. Era inútil, pues, que, aun cuando pudieran hacerlo, porque había los recursos suficientes, los pescadores se esmeraran en generar grandes excedentes de captura.

Por otra parte, era difícil acarrear grandes volúmenes de excedentes forestales o mineros y, más aún, la producción excedente de las canteras de piedra o arcilla. Y, aunque hubiera sido posible movilizar esos sobrantes, era muy poco práctico durante las *mitas* retribuir el trabajo de las cuadrillas de trabajadores con excedentes de madera, metal o piedra. Sí, en cambio, con excedentes agrícolas.

El excedente agrícola, por el peso y tamaño de los productos, representaba gran simplificación para el almacenamiento. Por su composición química, ofrecía mayor tolerancia y mejor resistencia para su conservación. Y por su uso, tenía demanda permanente. Por todas esas razones, el excedente agrícola se convirtió en el más importante agente de dinamización de las sociedades.

Disponiendo de grandes excedentes agrícolas los pueblos tenían cómo solventar *mitas*, no sólo masivas sino también prolongadas. Con ellas se emprendió, precisamente, la construcción de centros cívico-religiosos, palacios, plazas y jardines, pistas y veredas; en fin, ciudades. Con las *mitas* se hizo también caminos, puentes, canales, bocatomas, derivaciones, andenes, reservorios, etc.

Disponiendo de grandes excedentes, la agricultura liberaba, además, fuerza de trabajo que, con el sustento alimenticio asegurado, quedaba disponible para otras actividades: artesanía, textilera, alfarería, arquitectura,

ingeniería, astronomía, hidráulica, medicina. Solo disponiendo de estos especialistas, eminentemente urbanos, pudieron los grupos alcanzar el desarrollo material y cultural.

En síntesis, a partir del desarrollo de la agricultura, la materialización del proyecto nacional de los pueblos estaba muy estrechamente relacionado con la disponibilidad –o no– de excedentes agrícolas y con la magnitud que de éstos se obtenía.

Por cierto, las guerras de conquista, o el uso improductivo de los recursos, hicieron variar el resultado. Pero en condiciones de autonomía y paz la concretización de mayores objetivos como parte del proyecto nacional estaba supeditada a la existencia de los excedentes agrícolas. Y objetivamente ello dependía de la disponibilidad real de riqueza agronómica: valles con adecuada disponibilidad de agua y climas templados.

Pues bien, tanto los *tallanes* en Piura y Tumbes; como los *bracamoros* en Jaén; los *chachapoyas* en Chachapoyas; los *antis* en la Amazonía; los *huancavilcas*, *cañaris*, *ca-yambis* y otros más en la zona ecuatorial, aun cuando no sufrieron la conquista *chanka*, y pudieron por consiguiente avanzar durante esos siglos en su proyecto nacional, carecieron, sin embargo, de la insustituible riqueza agronómica que les hubiera permitido la materialización de grandes culturas <sup>65</sup>.

No hay en todo caso evidencias de un gran desarrollo agrícola entre esos pueblos. Lo que además, excepción hecha de los *tallanes*, en los demás se explicaría también por la tardía ocupación y explotación de sus respectivos territorios.

Con dicha enorme limitación, éstos y otros pueblos, debieron aceptar que los objetivos susceptibles de ser alcanzados sólo eran más bien discretos. En efecto, y en razón de

tal restricción, esos pueblos asomaron al siglo XI con un desarrollo material muy limitado.

## El pueblo *tallán*: condicionamientos histórico–geográficos

El sur del extenso y tórrido desierto de Sechura (de casi 200 Kms. de largo), había marcado el límite norte del territorio que alcanzó a tener el Imperio Wari.

Quizá para las poco numerosas huestes de vanguardia de los ejércitos *chankas* que llegaron hasta esos confines era demasiado riesgoso –y muy poco rentable– internarse en territorio tan hostil.

Al norte del desierto, los *tallanes* estaban posesionados de los valles de Tumbes, Chira y Piura, cuyos ríos suman probablemente más descarga que todo el restante conjunto de los ríos de la costa peruana.

El primero es de una exhuberancia tropical poco apropiada para la agricultura, peor aún entonces. Pero la enorme potencialidad de los dos últimos podría haber sustentado un desarrollo enorme. ¿Qué lo impidió?

Que se sepa, no hay investigación empírica que proporcione datos para una respuesta concluyente. Sólo cabe suponer que los *tallanes*, en el “ojo de la tormenta” periódica del fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, no habrían podido superar sus reiterativos embates, tanto en sus versiones de inundaciones como de sequías.

Ningún otro pueblo sufrió como él intensamente todos y cada uno de los eventos

climáticos de los que se ha hablado en el Tomo I de este libro.

No obstante, los *tallanes* alcanzaron su mayor desarrollo durante la Cultura Vicús, en Ayabaca (Frías) y Morropón (Vicús). Es decir, aparentemente no por una simple casualidad, algo menos expuestos a las inundaciones, sólo en una parte alta del valle del Piura, entre 2 000 – 3 000 msnm. El precio de la protección fue sin embargo ocupar una de las partes más estrechas y de grandes pendientes del largo valle, de proporcionalmente baja productividad agronómica.

Según parece más probable, esa cultura se habría extendido entre el 1000 aC y el 600 dC. Habría sido entonces –como hemos afirmado antes–, contemporáneamente influida y luego víctima de Chavín. Libre de éste, habría alcanzado su apogeo años más tarde, entre el 500 aC y el 300 dC <sup>66</sup>.

Sorprendentemente, tanto el fin del apogeo de la cultura como el fin de la cultura misma, coinciden en el tiempo con las fechas dadas por Kaulicke <sup>67</sup> para dos grandes y muy destructivos períodos de eventos océano-atmosféricos.

Quizá fue pues a raíz de las catástrofes del 250–300 dC que la cultura Vicús sufrió un gravísimo debilitamiento que facilitó su conquista por los *moches–mochicas* –del que surge el estilo cerámico *tallán–mochica*–. Y que luego, conquistadores y conquistados sufrieran los embates de la naturaleza del período 550–600 dC., que los colocó a expensas del Imperio Wari (véase Gráfico N° 46).

Con el pueblo *tallán* estamos ante un nuevo caso de imprecisión historiográfica. En efecto nunca se ha dicho claramente qué pueblo fue el protagonista de la Cultura Vicús <sup>68</sup>. Ni se nos dice a qué pueblo dominaron más tarde los *moches–mochicas*, primero, y a

qué pueblo conquistaron en Piura los *chimú*, después <sup>69</sup>. Ni, por último, a qué pueblo sojuzgaron los *inkas* en “Ayabaca y la comarca piurana” –en palabras de Del Busto <sup>70</sup>–. Obsérvese sin embargo que, mil años después de Vicus, Ayabaca aún seguía ocupada.

En la historiografía tradicional, recién nos son formalmente presentados los *tallanes* para el siglo XVI, durante la conquista española. Y entonces, de sopetón, haciéndose referencia al primer viaje de Pizarro en 1528, se nos habla de “una gran población con murallas almenadas y torreones cuadrados. Era Tumbes, la ciudad buscada. Coronaba a toda la urbe una imponente fortaleza”. Era –como precisará Del Busto líneas después– “la gran población de los *tallanes* tumbesinos” <sup>71</sup>, “compatriotas” de los “*tallanes* piuranos” <sup>72</sup>.

¿Cómo y cuándo apareció de improvviso esa gran población, tan bien equipada y guardada? ¿Por qué recién resultan compatriotas los *tallanes* tumbesinos y piuranos? ¿No resulta entonces razonable que, en salvaguarda del principio de continuidad histórico–geográfica subyacente, reconozcamos como *tallanes* a los viejos creadores de la Cultura Vicús, y de allí en adelante a todos los pobladores de los territorios de Piura y Tumbes?

Pues bien, fue en ese primer viaje de Pizarro que se capturó en el mar a los “tres indiezuelos tallanes” <sup>73</sup> que habrían de ser llevados hasta España, y rápidamente castellanizados para que, a la vuelta, desde 1531, sirvieran de intérpretes. Del Busto, refiriéndose al más conocido de ellos, hasta en tres ocasiones repetirá “Felipillo, el tallán perverso” <sup>74</sup> ¿Cuál fue la perversidad de Felipe, el joven intérprete *tallán* que, por el oficio para el que se le raptó y entrenó, asistió al juicio en el que se condenó a Atahualpa?

Las deformaciones de la historiografía han sido tales, que buen tiempo se descargó a Pizarro y al imperialismo español, de la responsabilidad de la muerte del *Inka*, endosándose a “Felipillo”, que supuestamente habría tergiversado frases de aquél –como bien recuerda John Hemming <sup>75</sup>–.



A partir de allí, sibilinaamente, la historiografía ha sembrado –con eficiencia digna de mejores causas– la infeliz asociación:

Felipillo = tallán perverso = traidor

(tan equívoca como la que en la Historia de México identifica “Malinche” con “traidora”). Repetida la ponzoñosa frase por décadas y décadas, sin tregua, ¿quién podría hoy en el Perú sensatamente identificarse como *tallán*? ¿Se excluirá también la historiografía tradicional de este atentado innoble contra la identidad legítima de un pueblo al que hoy pertenecen cientos de miles de peruanos?

En el apogeo de Vicús, los *tallanes* alcanzaron un gran desarrollo en la metalurgia del oro, logrando esculturas antropomorfas con láminas de oro soldadas. Quizá su mejor testimonio lo constituye la famosa estatuilla a la que se ha denominado la “Venus de Frías”. Pero se postula que incluso conocieron una aleación dura de cobre, oro y plata <sup>76</sup>.

Vicús muestra además una hermosa cerámica en la que sorprendentemente están una y otra vez presentes distintos tipos de instrumentos musicales: antaras, tambores y trompetas. Por cierto se ha encontrado también tejidos, agujas, depiladores y cascabels. Pero además cinceles y cetros, así como armas: porras, hachas y petos protectores.

Como está dicho, mientras su sede principal fuera el valle alto de Piura, sus posibilidades de desarrollo agrícola era muy escasas. Así, no es de extrañar que, muchos siglos más tarde, el núcleo poblacional más importante de los *tallanes* se hubiera desplazado a la costa, y a otra actividad para la que, por azar, estaban magníficamente bien ubicados, y a la que si podían en cambio dedicar los doce meses del año: el comercio internacional.

¿Fue una conquista propia? ¿Fue precipitada después por la conquista *moche–mochica*? ¿La desarrollaron luego y mientras todo el sur de los Andes estuvo bajo hegemonía *chanka*? O, finalmente, ¿fue inducida o exi-

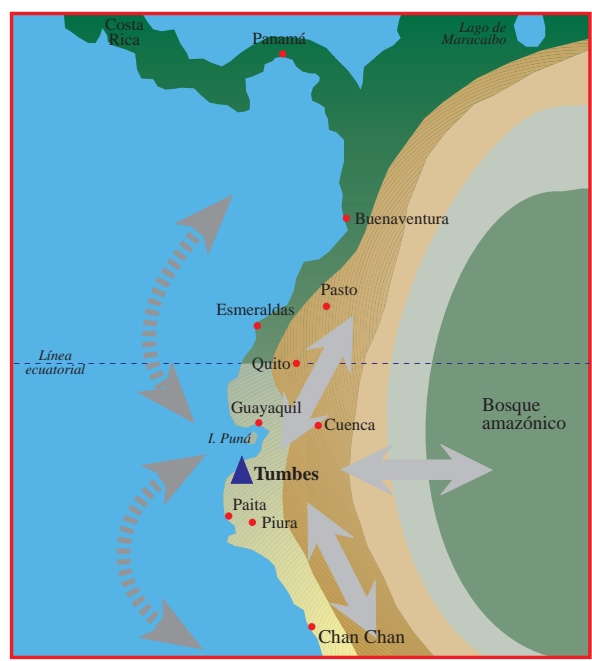
gida por los conquistadores *chimú*, y/o por los ulteriores conquistadores *inkas*?

Nada hay que permita una ofrecer una respuesta empíricamente convalidada. No obstante, ni la gran ciudad que “buscaban” los conquistadores españoles, ni el magnífico desarrollo náutico–comercial que encontraron los *inkas* y aquéllos, eran el fruto de pocas décadas, sino de siglos de desarrollo.

En todo caso, puede pensarse que la fortificación de Tumbes se habría iniciado ya durante el período de autonomía que vivieron los *tallanes* durante el Imperio Wari, y para defenderse no tanto quizá de éste, del que los separaba el largo y tórrido desierto, sino de sus vecinos del norte: los isleños punás (Isla Puná), los costeños *hualcavilcas* (en torno a Guayaquil) y hasta los cordilleranos *cañaris* de Cuenca (véase los Mapas N° 20 y 25).

Estaban pues asentados en un especialísimo vértice de la geografía americana. Ocu-

### Mapa N° 20 Ubicación estratégica de Tumbes



paban, en efecto, parte de aquel singular territorio que divide las calurosas áreas septentrionales del trópico sudamericano, Centroamérica y el Caribe, de las templadas y frías áreas meridionales. Hacia el este, el denso bosque amazónico era una barrera muy difícil de flanquear. Así, el punto de paso obligado, entre el norte tropical y el sur andino, era la tierra *tallán*.

Todos los pueblos, sin embargo, limitan con otros por el norte y por el sur. Y comercian con cada uno de ellos. E, incluso, sirven de puente entre sus vecinos. Hasta allí no se daba ninguna diferencia entre la situación de los *tallanes* en las costas de Piura y Tumbes, y, por ejemplo, la de las colonias *lupacas* en las costas de Moquegua y Tacna.

La importancia de la ubicación geográfica de los *tallanes* —a diferencia de la de los *lupacas*, por ejemplo— residía en que la propia naturaleza determinó que, en el tropical y enorme espacio al norte de su territorio, la producción pesquera, pecuaria, agrícola y minera fuese completamente distinta de la que se daba en el templado y frío territorio andino del sur. Y, a partir de ello, la producción artesanal o manufacturera era, también, muy distinta.

Esas grandes disimilitudes alentaban el intercambio. Y los *tallanes* ocupaban, precisamente, el territorio puente.

Los *tallanes*, pues, estaban asentados en un territorio—bisagra de gran importancia. Su ventaja comparativa natural, era, sin duda, comercial. Máxime —como está dicho— ante las graves y reiterativas agresiones de la naturaleza contra la producción agrícola.

En razón de ello, los *tallanes*, libres de la hegemonía *chanka*, habrían adquirido durante ese prolongado período una mayor especialización en el comercio que en otras ac-

### Mapa N° 21 Tumbes - Galápagos - Chan Chan



tividades productivas. Así, mantuvieron intenso intercambio con los pobladores de la isla Puná, en el Golfo de Guayaquil, con quienes además se vieron envueltos en constantes conflictos (como constataron los conquistadores españoles al conocerlos). ¿Eventualmente y por encima de todo por rivalidad comercial? Quizá.

Pero hay además múltiples y sólidas evidencias de comercio con la costa de Colombia, el istmo de Panamá y, en América Central, con Costa Rica y Oaxaca (México) —como específicamente asume Hernán Buse<sup>77</sup>—. Y acaso —como también podría desprenderse de lo que recientemente ha demostrado Del Busto<sup>78</sup>—, navegaron hasta las lejanas islas Galápagos e, incluso, hasta la remota Oceanía (Melanesia y Polinesia), retornando por la Isla de Pascua.

Mal podría sorprendernos este último itinerario, si como bien se conoce hoy, los vientos alisios que vienen del sur toman precisa-

mente la dirección hacia el oeste frente a las costas de Piura y Tumbes (como se vio en el Gráfico N° 4 –Tomo I–)

Más que canjear con sus propios productos –que poco podían ofrecer a este respecto–, navegando en infinidad de balsas de vela, y cuando correspondía por vía terrestre acarreado “caravanas de auquénidos”<sup>79</sup> se constituyeron entonces en intermediarios entre los pueblos tropicales situados al norte y noreste de Tumbes y los pueblos y naciones subtropicales y andinas que ocupaban el sur y sureste del desierto de Sechura.

Hacia Centroamérica eran llevadas múltiples y voluminosas variedades de tejidos de uso masivo y espejos de obsidiana, así como cacabeles y sartales de chaquira. Pero también armaduras, petos y tenazas de metal. Así como productos de mayor valor como perlas negras de Sechura y nacarinas de La Libertad. Pero sus productos más preciados, que atravesando el istmo de Panamá habrían llegado incluso hasta las playas e islas del Caribe, serían las coronas y diademas de oro y plata, y costosas y muy apreciadas vasijas de oro.

Desde el norte, a cambio, traían hacia el mundo andino central, perlas desde Panamá; esmeraldas, de las costas de Ecuador y Colombia; y, desde Oaxaca y Panamá, *spondylus victorum* y *strombus galeatus*, las célebres conchas míticas que, desde Chavín, tuvieron un enorme valor místico-religioso (pero también de predicción meteorológica –como ya se ha postulado–). Lo cierto es que, para muchas de las élites de los Andes, aquéllas valían “más que el oro y la plata” –como textualmente asegura Buse<sup>80</sup>–.

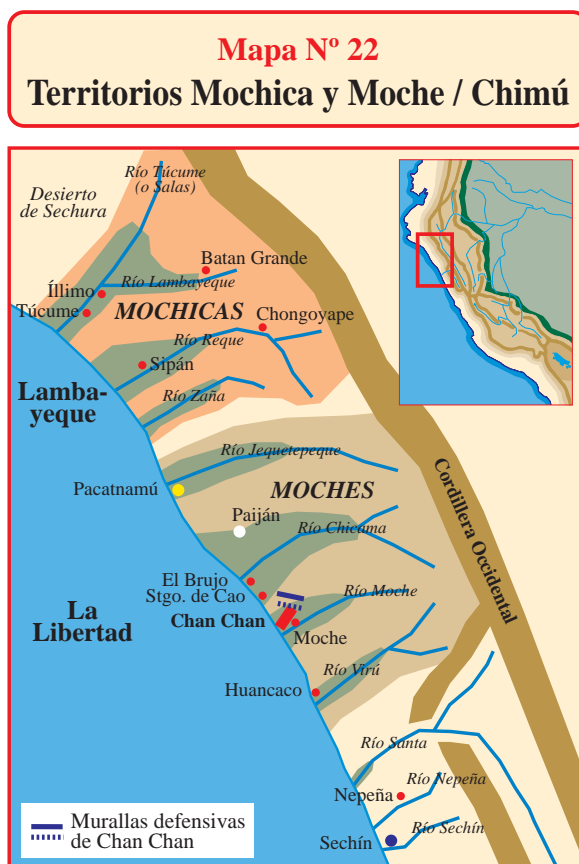
Así, desarrollándose fundamentalmente como comerciantes, pero por sobre todo como grandes navegantes, los *tallanes* arribaron al siglo XIII, en que –como veremos

más adelante–, cambiaría radicalmente su historia. Fueron primero conquistados por los *chimú* y, sin solución de continuidad, por los *inkas* y luego por los conquistadores españoles (y hoy forman parte del Perú dominado desde Lima).

## La nación *chimú*

Un caso muy especial habría de consumarse al sur del desierto de Sechura donde, tras la hegemonía Wari, surgiría definitivamente consolidada la nación *chimú*, con el aporte directo de *mochicas* de Lambayeque y *moches* de La Libertad.

Asentados en territorios equidistantes y próximos a Paiján (que hemos destacado en



círculo blanco casi en el centro del mapa), resulta bastante razonable considerar a unos y otros como descendientes de aquéllos viejos recolectores-cazadores.

El tiempo, la posesión de distintos territorios y la disputa de los territorios fronterizos, daría sin embargo curso a dos historias diferentes, a dos identidades distintas, en suma, a dos pueblos: *mochicas* y *moches*, que, no obstante –y para lo que habremos de encontrar una explicación–, terminaron comunicándose en dialectos del mismo idioma: el que la historia a la postre reconocería como *muchik*.

Miles de años después de la ocupación inicial de Paiján, tras derrotar y liquidar el poder militar de los *sechín*, y tras sojuzgar por siglos a *moches* y *mochicas*, la hegemonía *chavín* dio origen a dos sucesos con los que las historias de dichos pueblos empezarían a converger nuevamente:

- a) los derrotados –pero asombrosos– personajes *sechín* (desde su ubicación inicial, que ha sido destacada en círculo azul en la parte inferior del mapa), muy presumiblemente habrían huido en gran número hacia el norte, incorporándose y –con el tiempo– confundiendo étnica y culturalmente tanto con *moches* como con *mochicas*.

Innumerables indicios permiten concluir que los *sechín* –inadvertida, pero inexorablemente– no sólo difundieron entre *moches* y *mochicas* sus leyendas, idioma y otros elementos culturales, sino que terminaron imponiendo muchos de ellos, que –como se vio en la Ilustración N° 6 –Tomo I–, habrían de mantenerse y manifestarse durante muchísimos siglos.

- b) por su parte, reforzando de hecho aunque involuntariamente la integración étnico-cultural *sechín-moche-mochica* que había

empezado a darse, la milenaria hegemonía *chavín* contribuyó decididamente al proceso de homogenización entre *mochicas* de Lambayeque y *moches* de La Libertad, hasta hacer virtualmente indistinguibles sus diferencias.

Debe destacarse sin embargo que, aunque larguísima y geográficamente muy próxima, la dominación *chavín* no logró imponer su propio idioma (el *proto-quechua*) entre *moches* y *mochicas*, ni erradicar el idioma que finalmente éstos terminaron creando con el aporte de los *sechín*: el *muchik*., aunque sin duda el idioma de la nación hegemónica lo impactó fuertemente. La lingüística, en todo caso, tiene allí grandes secretos que desentrañar.

Pero debe destacarse además que –como seguiremos viendo más adelante–, la dominación *chavín* tampoco logró borrar de la conciencia de *mochicas* y *moches* los viejos mitos y leyendas fundacionales –que lograría rescatar la Historia para la posteridad–, que asumieron en el mestizaje con los *sechín*.

Mas –como se ha visto en el Tomo I–, tras la caída de Chavín, y sin poder disimular sus grandes similitudes, *mochicas* y *moches* emprendieron otra vez, y durante casi un milenio, desarrollos autónomos.

Muy probablemente porque la guerra de independencia contra Chavín la concretaron, bajo su propio liderazgo, primero los *mochicas* lambayecanos, más alejados del centro hegemónico; y, con otros líderes, poco más tarde los *moches*. Así, aquéllos, sobre los valles de Túcume, La Leche, Reque y Zaña, plasmaron la Cultura Lambayeque. Y éstos, posesionados de los valles de Jequetepeque, Chicama, Moche y Virú, la Cultura Moche.

Unos y otros sin embargo –como se ha visto en el primer capítulo de este Tomo–

sufrieron luego la conquista y hegemonía de Wari. Fueron largos y nuevos quinientos años de muy violento sojuzgamiento que tuvieron un desenlace especialísimo.

Un indicio importante permite presumir que los conquistadores *chankas* (y *quechua* hablantes) habrían sido incapaces de reconocer diferencias entre *mochicas* y *moches* que hablaban el mismo idioma, se vestían y ataviaban de manera casi idéntica, sus comidas y bebidas eran prácticamente las mismas, pues sus territorios eran climática y ecológicamente idénticos, dominaban casi las mismas técnicas, etc.

Así, los habrían tratado como si fueran grupos de una sola nación.

Asumir que los *chankas* habrían incurrido en un error como ése –que a la larga habría de tener significativas consecuencias– no es forzado y menos gratuito. Hay en efecto en la historia andina clarísimos antecedentes que permiten postular dicha hipótesis.

Se sabe, por ejemplo, que los conquistadores españoles tardaron bastante en reconocer las diferencias que había entre *inkas* y *chankas*, entre *kollas* y *lupacas*, y, entre otras, entre *chimú* y *chinchas*, o, mejor, entre todos y cada uno de ellos.

Y, a la inversa, los pueblos andinos tardaron muchísimo en reconocer las diferencias entre *castellanos*, *andaluces*, *catalanes*, *gallegos*, *vascos*, *moros* e incluso los *griegos* y *judíos* que llegaron a la conquista de los Andes.

Es muy probable entonces que, a partir de su inadvertido error, los *chankas* decidieran controlar militarmente y administrar desde un mismo y equidistante punto, Pacatnamú (destacado en círculo amarillo en el Mapa N° 22, pág. 220), el conjunto de los valles sobre los que se asentaban *mochicas* y *moches*.

Desde allí, y a la postre mezclándolos –uniformizándolos étnico-culturalmente–, se habrían constituido brigadas comunes de *mi-*

*tayos* y *mitimaes mochica–moches* con distintos propósitos: trabajar las tierras de los conquistadores, construir viviendas y poblaciones, ampliar caminos, erigir fortificaciones. Habrían sido también comunes (o mixtas y fusionadas) las levas destinadas a reforzar y renovar las huestes de los ejércitos imperiales, etc.

Así, en quinientos años, miles de miles habrían sido los casos de mestizos de padre *chanka*, madre *mochica* y abuela *moche* (y/o a la inversa).

Es decir, el Imperio Wari, también inadvertidamente, habría terminado por convertirse entonces en una sola nación, *chimú*, a *mochicas* y *moches*.

**Gráfico N° 44**  
**Mochicas + Moches —> Chimús**



Tras la liquidación del Imperio Wari, se consolidó en el valle de Moche, y específicamente en Chan Chan, un solo gran centro administrativo, militar y religioso. Ello permite afianzar aún más nuestra hipótesis sobre la filiación etnohistórico-cultural de *mochicas*, *moches* y *chimú*.

Mas no puede concluirse que esa consolidación habría sido política y socialmente simple, ni necesariamente pacífica y consensual. Porque ciertamente hay hasta dos im-



portantes indicios que permiten asumir que, tras la derrota de Wari, la nación *chimú* habría asistido a una cruenta lucha por la hegemonía interna. Y Chan Chan habría sido el exitoso resultado final de la misma.

En efecto, un primer indicio lo provee la legendaria tradición *chimú*. De ella puede presumirse que no necesariamente los héroes de la epopeya independentista contra el Imperio Wari hubieran sido nativos de exclusivo origen étnico *chimú*. Bien pudo ocurrir que el liderazgo antiimperialista estuvo en manos de mestizos (y/o “criollos” de origen *chanka*), por cuyas venas corría tanta sangre cordillerana como *chimú*. Y eventualmente hasta pudieron ser los últimos jefes políticos–militares del destacamento de Pacatnamú quienes impulsaron y lideraron la autonomía e independencia del territorio que controlaban.

Esta conjetura, no por sorprendente, deja de ser verosímil. Porque –según registra Del Busto–, el primer gran líder *chimú* del que se tiene noticias se llamó nada menos que Tacaynamo<sup>81</sup>. ¿No hay acaso una enorme filiación fonética entre “Pacatnamu” y “Tacaynamo”? ¿No parece este nombre una deformación de aquél? ¿Y no resulta claramente insinuante del muy probable origen mestizo *chanka* de Tacaynamo, el hecho de que su hijo tuviera un nombre de inocultable apariencia *quechua*: Guacri–Caur<sup>82</sup>?

¿No hemos visto siglos más tarde, cómo de similar manera oficiales realistas cumplieron destacadísimo papel como patriotas en las guerras de la Independencia contra España, incluido el propio don José de San Martín? ¿Fue quizá Tacaynamo un símil de éste, así como de Pumacahua y del mariscal Gamarra?

Es quizá imposible que algún día se logre probar esta última hipótesis específica. Por-

que ni *chankas* ni *chimú* dejaron testimonios escritos. Pero la importancia de plantearla estriba en mostrar cuán verosímilmente parecidos a sucesos que sí se conoce bien, pudieron haber sido muchos de los de la antigua historia andina. Con lo que ésta tendría bastante menos de la inútil y artificiosa originalidad que gratuita e innecesariamente le ha concedido la historiografía tradicional. Y bastante más coherencia lógica y explicabilidad que las casi insondables y enigmáticas versiones a que nos tiene mal acostumbrados aquélla.

No es difícil imaginar que estando Pacatnamú hartamente distante de Wari, sus guarniciones se relevaban con mucha menos frecuencia que otras más próximas a la sede imperial. Ni que –como ocurrió entre los romanos, y como también se vería después entre los *inkas*– fueran destacados –y exiliados– allí los generales menos afines con el entorno imperial Wari.

Y, por último, que habiendo entrado en crisis el imperio se hubiera dejado de hacer relevos, con lo que se habrían sucedido varias generaciones de familias de oficiales *chankas* sin moverse de Pacatnamú. Así, varias generaciones de “criollos *chankas*” se habrían casado con mujeres del territorio dominado e, inadvertidamente, habrían ido identificándose cada vez más con la población *chimú*, y cada vez menos con la élite imperial *chanka* de la lejana Wari, que muy probablemente al final los abandonó a su suerte.

Pues bien, el segundo indicio nos lo ofrece un “detalle” mostrado en el Mapa N° 22. Allí, en efecto, hemos destacado (con leyenda en la parte inferior izquierda), la ubicación de las únicas dos grandes murallas defensivas que están en las inmediaciones de Chan Chan<sup>83</sup>: extraña y coincidentemente ambas de cara al norte de la ciudad.

Del Busto, que habla con bastante detalle de las interioridades de Chan Chan, apenas precisa que las dos murallas daban frente al noreste <sup>84</sup>. ¿Es que un despliegue defensivo, económico y material de tanta envergadura no amerita siquiera un mínimo análisis? ¿Por qué al norte y no en otra ubicación geográfica, al sur por ejemplo? ¿Los pueblos deciden la ubicación de sus sistemas defensivos de manera arbitraria y azarosa?

¿Cómo entender pues que la élite que tuvo a Chan Chan como su centro urbano, administrativo, militar y religioso más importante, identificara que las mayores acechanzas llegaban desde el norte? ¿Quién o quiénes podían amenazar a Chan Chan desde esa dirección? Había muy pocas posibilidades.

¿Acaso de Pacatnamú y/o desde Lambayeque, los únicos centros amenazantes en los que cabría pensar para aquella época? Sí, la hipótesis es también verosímil.

En efecto, la posición norte del gran sistema defensivo externo de Chan Chan, y el hecho de que efectivamente ésta fuera a la postre el centro de poder de la nación *chimú*, sugieren la posibilidad de que con posterioridad a la independencia de Wari, se hubiera dado una cruenta lucha por el poder al interior de la nación *chimú*, entre las fuerzas en torno a Pacatnamú y/o los herederos de los *mochicas* lambayecanos, contra los herederos de los *moches*, de la que éstos últimos habrían resultado en definitiva victoriosos.

Si la triunfante élite *moche-chimú* estaba ya emplazada en la misma ubicación actual de Chan Chan durante esos enfrentamientos, o se optó por su construcción y la de las murallas defensivas posteriormente, es un asunto de menor importancia que, en todo caso, debe cronológicamente definir la arqueología. Al fin y al cabo muchas murallas se construyen en el interín de diferentes guerras.

Mas no podemos negar que la hipótesis de una cruenta lucha por el poder entre los *chimú* después de su independencia de Wari, ha sido fácilmente imaginable a partir de la conciencia de las igualmente cruentas y prolongadísimas guerras intestinas que se dieron en el Perú tras la Independencia de España. Y las murallas de Chan Chan han sido un buen asidero.

### De Sechín a Chimú: la historia vs. la Historia

La historiografía tradicional reconoce unánimemente que en gran parte de la costa norte, en el período 1000 – 1400 dC, floreció la “Cultura Chimú”, que habría alcanzado su apogeo muy probablemente a partir del 1200 dC. Por lo demás, le atribuye ciertamente la autoría a los “chimú” o “chimúes”.

Este es, sin embargo, uno de los capítulos en los que –a nuestro juicio– más gravemente se confunde y yerra la historiografía tradicional. Veámoslo revisando una vez más la paradigmática versión tradicional que proporciona el historiador Del Busto.

“Los chimús –inicia diciendo en el capítulo correspondiente <sup>85</sup>– (...) florecieron (...) al agonizar ese Horizonte Medio” que acabó con la cultura de los habitantes de los valles de Virú, Moche, Chicama y Jequetepeque. Ese horizonte –decimos– no fue otro que el Imperio Wari. Mas, como destacamos en páginas anteriores, queda todavía pendiente de saber si para nuestro historiador el Imperio Wari, además de acabar con la cultura de esos pueblos, los “aniquiló” o exterminó.

Dice Del Busto líneas más adelante: “...Tacaynamo (...) fue el verdadero fundador de la nación de los chimús”. ¿Fue? ¿Así de categórico? Quizá no deba dudarse que Tacaynamo arbitrariamente se autoatribuyó también ese portento (al fin y al cabo ¡la “Historia” la escriben los vencedores!). ¿Pero significa eso que la ciencia debe también tragarse tamaña piedra de molino, en la que un hombre, por sí y ante sí, se pretende resumen y síntesis de una historia milenaria? ¿Puede ser y científicamente hablarse de “fundadores de naciones”? No.

Las leyendas y las tradiciones de los pueblos tienen todo el derecho de sostener y mantener esos y otros mitos. La ciencia no. Ésta debe reconocer y ponderar cabalmente los hechos objetivos. Si Tacaynamo fue un héroe, no debe recortársele ese reconocimiento, pero tampoco adicionársele gratuitamente frutos veleidosos de la imaginación. ¿O debemos también reconocer a San Martín y Bolívar el mérito de haber fundado la nación peruana?

Pero tan o más importante es destacar que, siendo que Tacaynamo no aparece en lo más mínimo en la versión que Del Busto da de la historia de los *moches*, debe colegirse, necesariamente, que para él, en efecto, *moches* y *chimú* habrían sido, pues, dos naciones o pueblos distintos, con historias distintas y, sobre todo, sin vínculos que las unan.

En abundamiento agrega que a Tacaynamo: “Se le hacía llegado en una flota de balsas...”. ¿Llegado de dónde y cuándo? –nos preguntamos–, dado que Del Busto no lo hace. ¿Cómo si se ha podido guardar el nombre del personaje no ha quedado el nombre del lugar de procedencia, ni el momento del suceso, que para la Historia habrían sido datos tan o más relevantes? Tampoco él se hace estas interrogantes.

¿Los llegados en balsas encontraron el territorio baldío y desocupado? ¿O conquistaron a sus ocupantes? ¿Y quiénes entonces habrían sido éstos?

Nada. Sin preguntas ni respuestas Del Busto discurre hablando del “fundador” y de su hijo Guacri–Caur, y de su nieto Ñancen–Pinco... y así ocho páginas sin mostrarnos el más mínimo antecedente histórico de los *chimú*. Nos los muestra así, a todas luces, como un pueblo sin ninguna relación histórica con quienes habían ocupado antes, y por milenios, los mismos valles.

Del Busto, pues, se hace bastante eco de la tradición *chimú*. Muy extrañamente, sin embargo, y aunque sin asomo de sorpresa ni explicación, observa nuestro historiador que a Tacaynamo “la tradición *chimú* identifica” con Naylamp (esto es, el personaje de leyenda que habría también llegado en balsas pero a fundar el pueblo *mochica* lambayecano).

¿No podría tratarse –como creemos– eventualmente de la misma leyenda, recreada en distintas circunstancias, y en distintos espacios, por distintas élites? O, en su defecto, ¿cómo explicar entonces que los *chimú* tuvieran una leyenda tan extraordinariamente

parecida a la de Naylamp? ¿Acaso una simple coincidencia irrelevante? No, creemos que sí hay explicación.

Nada hay en la cultura *chimú* que permita relacionarla directamente con algún remoto origen geográfico desde el que se hubiera llegado en balsas. Tampoco en las culturas *mochica* ni *moches*. Aquélla, sin embargo, tuvo y mantuvo la leyenda de Naylamp. Y ésta tuvo un notable desarrollo naval (que como dijimos antes quizá tuvo su punto de partida en el mismo hecho que dio lugar a la citada y famosa leyenda).

Sería pues mucho más remoto –como se vio bastante atrás– el origen de la leyenda náutica que reivindicaban los *chimú*. Y se remontaría tan atrás como el episodio que explica el extraordinario parecido entre los monolitos *olmeca* y *sechín*, que hemos atribuido hipotéticamente al probable origen centroamericano de estos últimos, que llegando en balsas dieron origen a la leyenda náutica.

Podemos pues volver a plantear nuestra hipótesis sobre el viejísimo vínculo de filiación que uniría a los *olmecas* y *sechín* con *mochicas* y *moches* y, en definitiva, con los *chimú* (véase a este efecto el Anexo N° 9 en la página siguiente).

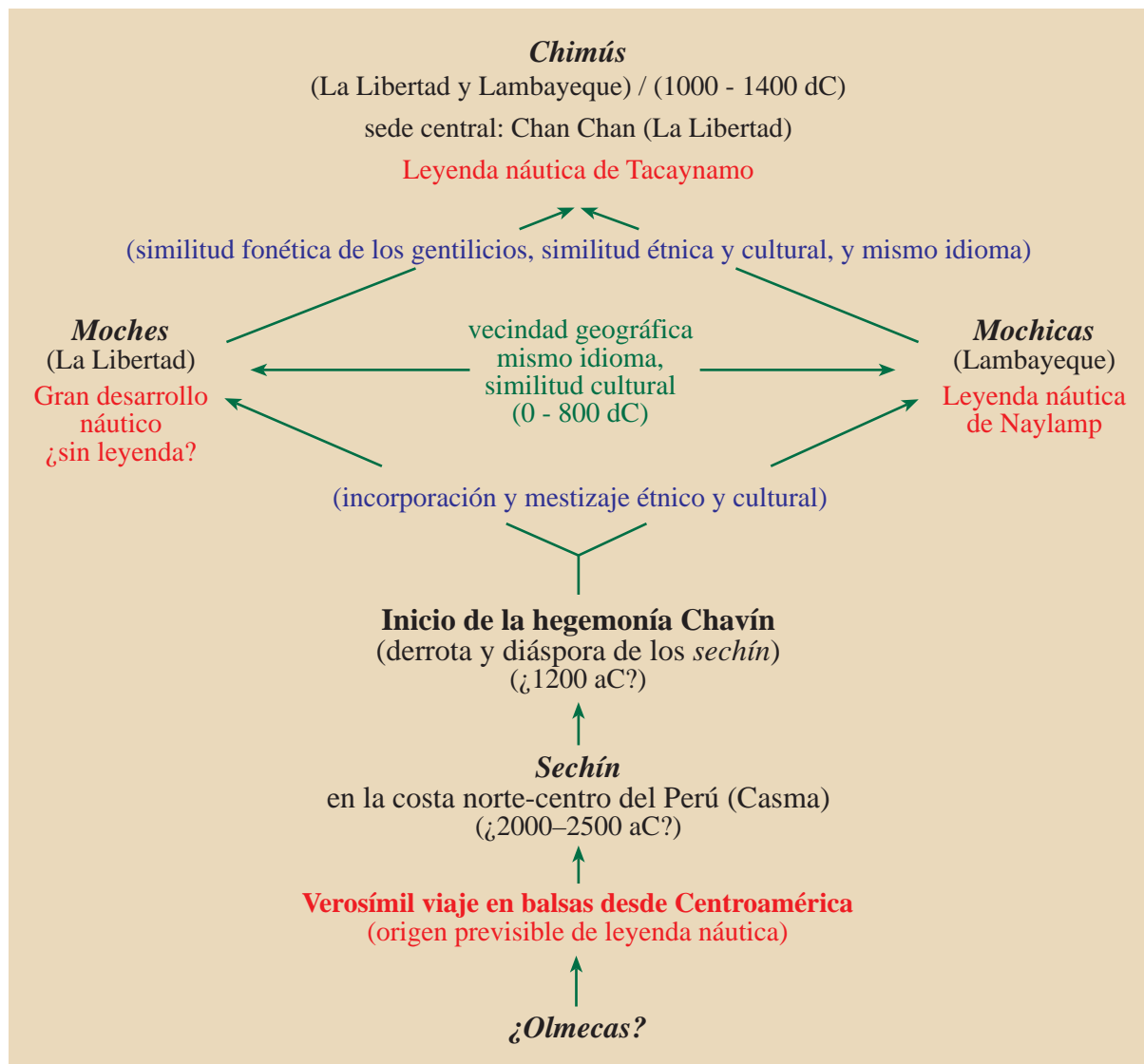
Volvamos sin embargo sobre el texto de Del Busto, que sin haber explicitado en lo más mínimo alguna probable relación histórica entre *moches* y *chimú*, de repente, otra vez de sopetón, tras un largo desarrollo sobre detalles de la Cultura Chimú, nos sorprende afirmando: “Los *chimú*s se expresaron en la lengua de sus antecesores los [moches–mochicas]”. “Antecesor” significa “anterior en el tiempo” y no necesariamente denota antecedente filial o ancestro. Pero en este caso sí significa esto último. De lo contrario no se podría explicar que los nuevos ocupantes, los *chimú*, tuvieran el mismo idioma que sus predecesores, los *moches–mochicas*. Éstos, pues, necesariamente fueron sus padres y quienes les enseñaron el idioma.

Así, los *moches*, que según Del Busto habían sido “aniquilados” por los ejércitos de Wari (*Perú Preincaico*, p. 278) ahora nos son presentados como “antecesores” de los *chimú* (idem, p. 293), y sus maestros del idioma. No habrían sido entonces aniquilados.

Mas queda una posibilidad lógica para salvar la aparente inconsistencia: que, en represalia por su resistencia a la conquista, el Imperio Wari hubiera ani-

## Anexo N° 9

### Hipótesis: Presencia *Sechín* en *Moche-Mochica* y *Chimú*



quilado sólo a la población masculina de los *moche* o a la población masculina adulta. No es tampoco forzado plantear esa posibilidad porque bien se sabe que, siglos más tarde, los ejércitos imperiales *inkas* cometieron ese tipo de genocidio en más de una ocasión.

Si así hubiera ocurrido, los enigmáticos balseros *chimú*, con Tacaynamo en proa, habrían llegado pues a un territorio mestizo *chanka-moche* y lo habrían conquistado. Pero ahora cómo explicar entonces el hecho absolutamente insólito de que los conquistadores terminaran hablando el idioma del pueblo conquistado? Y más aún, en un período tan breve.

¿Podemos explicarnos cómo y por qué en este caso –aunque también en muchos otros– la historiografía tradicional llega a tan lamentables enredos, incongruencias e inconsistencias?

A nuestro juicio es bastante más simple de lo que parece. Todo parte del hecho de que arbitraria y anti-históricamente las versiones clásicas de Historia se niegan a admitir explícita y claramente que los *moches*, conjuntamente con otros pueblos, en guerra de liberación, liquidaron al Imperio Wari. Pero como éste había liquidado a la élite *moche* a la que derrotó, fue una nueva, a su turno, la que llevó a cabo la guerra

antiimperialista y, obviamente también, la reconstrucción de su propia historia.

Así la historia tiene la continuidad, coherencia y verosimilitud que le ha quitado la historiografía tradicional (al presentándonosla en compartimentos estancos –“culturas” y “horizontes”– sin relación filial e histórica entre antecesores y herederos). Así no es necesario apelar al “languidecimiento” de las culturas (Del Busto, p. 222). Ni a la “muerte” de los horizontes (idem, p. 118, p. 279). Y menos a sacar de la manga, aquí y allá, “invasiones bárbaras”.

Y para terminar esta larga digresión, ¿cómo explicar que los gentilicios “moche” y “mochica” fueran finalmente sustituidos por “chimú”? Tal parece que los “chimú” –que conocieron primero los *inkas* y luego los españoles– llamaban “Chimor” a su valle más importante, o, más probablemente, a todo el territorio que dominaban. Posiblemente, pues, en el *quechua* de los *inkas* que los conquistaron en el siglo XV, el sonido fue convertido en “chimós”, vocablo que a su turno los conquistadores y cronistas españoles entendieron como “chimús”.

Desde la caída del Imperio Wari hasta su conquista por el Imperio *Inkas*, la nación *chimú* tuvo un desarrollo extraordinario. Más aún, alcanzó a constituirse en la protagonista del único imperio exclusivamente costeño que se conoció en los Andes.

## El Imperio Chimú

El Imperio Chimú –como veremos– fue sin duda el caso paradigmático de un modelo de desarrollo eminentemente oligárquico, despótico, centralista y urbano.

Chan Chan fue convertida en “ciudad de ciudadelas” –a decir de Kauffmann<sup>86</sup>–. La mayor ciudad del mundo andino –como refiere Del Busto<sup>87</sup>–, fue dotada de belleza increíble –según afirma Lumbreras<sup>88</sup>–. En sus dieciocho kilómetros cuadrados pudo dar cabida a 75 000 o 100 000 habitantes<sup>89</sup>.

Gigantescos palacios, anchas y largas avenidas, plazas, jardines, templos, edificios públicos, viviendas, reservorios y acueductos, almacenes y depósitos, talleres, cementerios, todo, Chan Chan exhibía todo lo mejor del desarrollo urbano alcanzado en los Andes. Los palacios, en particular, lucían vistosos estucados en altorrelieve, así como pinturas murales y hornacinas. Chan Chan lució esplendorosa en su época, y fue vista con gran deleite –como, por cierto es vista también en nuestra época, como acertadamente anota Porras Barrenechea<sup>90</sup>–.

Pero las ostentosas construcciones de Chan Chan, y la recargada y sofisticada indumentaria de la élite *chimú*, pusieron de relieve otro aspecto importante a considerar.

En efecto, quedó de manifiesto que tanto el uso directo como el indirecto del excedente podía tener forma sencilla, discreta –como en Tumbes y Piura o en Lima y Cañete–; o, en su defecto, como había ocurrido entre *mochicas* y *moches*, y como ocurrió en Chan Chan, hacer alarde de ostentación y derroche.

Coincidentemente, en la zona surcordillerana, en el valle del Cusco, al interior del pueblo *inka*, se venía poniendo en práctica una parecida política económica –de derroche–.

La ponderación y discreción observada en unos pueblos, ¿era necesariamente el resultado de una generación de excedentes de menor cuantía? El caso de Cañete –como veremos–, mostraría que no: su valle era riquísimo; tanto o más que el conjunto de los cuatro valles que explotaron los *mochicas* en Lambayeque, por ejemplo. ¿Era ésta quizá la excepción que confirma la regla? Y el derroche de otros, ¿necesariamente el resultado de haber dispuesto objetivamente de una gran riqueza, como en el caso de Chavín, Wari, Tiahuanaco y Chimú, y como luego harían los *inkas*? ¿Era esta la regla?

¿La mayor riqueza disponible daba necesariamente lugar al desarrollo de modelos oligárquicos, consumistas, centralistas y urbanos, a la postre intrínsecamente débiles y de vida cada vez más efímera? Es



difícil dar respuesta a esas preguntas. Menos aún respuestas concluyentes, por lo menos por ahora. Quizá con el concurso de estas hipótesis una investigación multidisciplinaria logre encontrar indicios y eventualmente pruebas suficientes.

El proceso político-social que se había estado dando en los Andes era, sin duda, complejo y dinámico. En ese contexto, en algún momento la situación empezó nuevamente a violentarse. El desarrollo material se vio reflejado en incremento poblacional. Supuso entonces mayor demanda de alimentos. Mas este crecimiento del consumo debió generar una disminución equivalente en el excedente. Con ello disminuyó la posibilidad de consumo suntuario de las élites dirigentes.

Las demandas alimenticias de la población y de consumo suntuario de las élites fueron quizá los factores que más empujaron a los pueblos, nuevamente, a la guerra. No obstante, no era ésa, por supuesto, la única alternativa.

Pudo emprenderse el camino pacífico de incrementar la producción, aumentando la productividad. Ello, sin embargo, significaba invertir en infraestructura agrícola. Es decir, desplazar excedente que se destinaba al consumo suntuario de la élite y aplicarlo a inversión en más andenería, canales, bocatomas, caminos, etc. Esta solución aseguraba los intereses de toda la población en el largo plazo. Pero, en lo inmediato, atentaba contra los intereses suntuarios de las élites.

La guerra de agresión, por el contrario, atentaba contra los intereses inmediatos de la mayoría de la población que, así como podía perder la vida en las batallas, o caer prisionera, podía perder la guerra y, con ella, gran parte de sus intereses. Por eso los campesinos no iban de buen grado a la guerra. El rechazo de los trabajadores del campo se expresaba en huidas masivas de la leva —como se atestiguaría durante el Imperio Inka<sup>91</sup>—.

Las élites dirigentes, en la disyuntiva de atentar contra sus propios intereses inmediatos o atentar contra los intereses del resto de la población, optaron, lógicamente, por esto último. Lanzaron así a sus pueblos o naciones a las guerras de agresión y de conquista.

La élite de la nación *chimú* emprendió y concretó la conquista de los pueblos vecinos. Por el norte sometió a los *tallanes* de Piura y Tumbes. Por el sur expandió sus territorios conquistando primero a los pueblos pescadores del Santa y luego a los campesinos de la costa de Ancash y llegando luego hasta el valle del Chillón<sup>92</sup>, arrebatando así parte de su territorio al pueblo *lima*. Con ello, a partir del siglo XIII, la élite *chimú* acabó encaramada en la cima de un novísimo imperio andino: el Imperio Chimú.

Durante gran parte de los siglos XIV y XV, esos territorios y pueblos conquistados estuvieron sometidos por completo a la do-



minación *chimú*. Además, en los siglos precedentes, el intercambio comercial había sido intenso entre esos mismos pueblos costeros. Ambos hechos permiten pues entender que la lengua *muchik* de los dominadores *chimú* –que los cronistas españoles rebautizaron como *yunga*–, se hablara, aparentemente en varias versiones dialectales, en el vasto territorio comprendido entre Guayaquil y Lima <sup>93</sup>.

En el extremo norte se hablaba el dialecto *tallán*. El *sec* en algunas partes de Piura, pero, según parece, también en Lambayeque. Los *chimú* lambayecanos hablaban tanto en *muchik* como en *quignam* –según refiere Porras Barrenechea <sup>94</sup>–.

Eventualmente, *sec* y *quignam* no serían sino diferentes nombres de un mismo dialecto, que bien pudo ser, incluso el idioma original de los *sechín*. Cierto y definitivo es, en cambio, que la última persona que habló *sec* murió en Lambayeque en la década del 70 de este siglo.

Del *muchik* se conserva la “Gramática de la lengua mochica”, trabajada en 1644 por fray Fernando de la Carrera <sup>95</sup>, cuando ese idioma era todavía hablado por 40 000 personas –afirma a su turno Del Busto <sup>96</sup>–.

Esta última cifra es absolutamente discutible y probablemente constituye un error muy serio (un “cero” de menos en estos menesteres es bastante significativo). En efecto, con una población en todo el territorio de algo más de nueve millones hacia 1400 dC, puede asumirse que tanto como tres millones habitaban en el territorio dominado por los *chimú*.

Hacia 1644, esto es, a un siglo de iniciada la conquista española, la población andina efectivamente se había reducido casi a la décima parte de la que encontraron los conquistadores europeos. Pero no fue precisamente la costa norte sino el área surcordillerana la que llevó la peor parte del monstruoso genocidio. Puede entonces asumirse que tanto como 400 a 500 mil personas hablaban todavía *muchik* para esa época.

No obstante, no deja de parecer extraño que el *muchik* desapareciera, aparentemente al menos, antes incluso que el *sec*. Podría sin embargo explicarse la pervivencia de éste a la muy especialísima devoción de un grupo, luego una familia y al final un individuo. No obstante, la desaparición de un idioma tan masivamente hablado en la costa, como el *muchik*, demanda un análisis exhaustivo. Nuestras hipótesis a ese respecto aparecen en *En las garras del imperio*, porque la responsabilidad de la final desaparición de ese idioma se concretó en el contexto del dominio imperial español.

De entre los pueblos que estuvieron sometidos a la dominación *chimú*, puede presumirse que ninguno sufrió cambio tan drástico como el pueblo *tallán* de Tumbes.

En efecto –como se adelantó en la Nota 45 del Tomo I–, a la llegada de los primeros conquistadores europeos a Tumbes, esto es, pocas décadas después de la caída del Imperio Chimú (y en consecuencia también del Imperio *Inkas* que había conquistado a éste y todos sus dominios), el valle de Tumbes tenía ya tanto como 114 000 hectáreas cultivadas.

Es decir, durante la prolongada dominación Chimú (porque la dominación *inkas* sobre Tumbes fue comparativamente muy corta), el pueblo *tallán* habría experimentado un extraordinario e inusitado crecimiento de la actividad agrícola: el territorio cultivado se había multiplicado varias veces. ¿Acaso por una repentina gran vocación agrícola de los *tallanes* tumbesinos?

No, más verosímil es que los conquistadores *chimú* hubieran alejado a miles de aquéllos de su actividad ancestral, el comercio, y en particular el marítimo internacional, orientándolos compulsivamente hacia la agricultura. ¿Por qué? Porque el comercio marítimo internacional que realizaban los *tallanes* no sólo era una actividad muy lucrativa y estratégica, sino que rivalizaba con la de los propios y al fin y al cabo buenos navegantes *chimú*. Casi con seguridad, fue la con-

quista de los *inkas* mediterráneos y cordilleros, la que devolvió a gran parte de los *tallanes* a su ancestral oficio mercantil.

La conquista de todos esos pueblos y territorios, de casi 150 000 Km<sup>2</sup> <sup>97</sup>, que a fines del siglo XIII habría albergado a tanto como tres millones de personas, permitió a la élite, pero también a la nación *chimú*, incrementar significativamente sus intereses: más fuerza de trabajo disponible, mayor variedad de recursos, y eventualmente incluso nuevas tecnologías, etc.—.

Las guerras de este período, tanto desde las perspectiva de los agresores como de los pueblos que se veían amenazados, pusieron de manifiesto la necesidad de modificar significativamente la importancia de algunos de los rubros a que se destinaba el excedente. Así, habrían crecido los presupuestos de las fuerzas armadas (instalaciones, armas, aviatallamiento, etc.), inteligencia y relaciones internacionales.

Si cada élite, en función de sus intereses y para alcanzar sus objetivos, era capaz de lanzar a su nación a la guerra, era entonces también conciente —o intuía— que de otro tanto eran capaces las élites vecinas. Había pues que cuidarse estudiando los intereses y objetivos de los vecinos, así como sus fortalezas y debilidades, tanto políticas y militares como económicas y sociales.

La inteligencia estratégica —que no otra cosa era aquello— y el espionaje, permitían advertir las probables acciones futuras de los vecinos. Y permitía también diseñar acciones de manipulación y zapa, en unas circunstancias, y alentar alianzas tácticas y estratégicas en otras.

Clara y nítidamente apareció esto último, por ejemplo, cuando más tarde, ante la amenaza *inkas* (que ostensiblemente recurría a

acciones de manipulación diplomática, y amedrentamiento y zapa), los *chimú* pactaron alianza con los *cajamarcas*, con quienes lucharon juntos contra el ejército imperial *inkas* —como reconoce Del Busto <sup>98</sup>—.

Para los *chimú*, pues, ya no eran suficientes las dos grandes murallas que protegían a Chan Chan de cualquier amenaza que pudiera llegar desde el norte. Conforme fueron avanzando hacia el sur fueron destinando grandes sumas y esfuerzos (de los pueblos conquistados) para consolidar militarmente la ampliación de sus territorios.

Así se explica la construcción de la gigantesca muralla del Santa o “Mayao”, de 66 kilómetros de largo y con una altura prome-

### Ilustración N° 27 Fortaleza de Paramonga



Fuente:  
— Kauffmann, *Manual...*, p. 478.

dio de 3 mts. y las catorce fortificaciones de que está acompañada <sup>99</sup>; así como la construcción de la gran la fortaleza de Paramonga, al norte de Lima (que habría de servirles, décadas más tarde, para detener por algún tiempo a los ejércitos imperiales *inkas* <sup>100</sup>).

El novísimo Imperio Chimú hizo pues crecer significativamente su territorio. Capturó nuevas tierras, cursos de agua, bancos de peces y canteras, acrecentando la producción agrícola, ganadera, pesquera y minera de que dispuso. Y asimismo capturó gran número de prisioneros de guerra –el más antiguo tipo de *mitimaes*–, que quedaron convertidos en *yanaconas* <sup>101</sup>, al servicio personal de la élite dominante. En Chan Chan, por ejemplo, una amplia zona de casas modestas –“la barriada” <sup>102</sup>–, albergó a miles de esos *yanaconas*.

En resumen, todo muestra que el proyecto nacional que emprendieron los *chimú* tras librarse del yugo Wari, había quedado sustituido, en los albores del siglo XV, por un proyecto de grupo: el de la élite. Élite que, en esas circunstancias, dejó de ser dirigente para convertirse en dominante e imperialista.

El proyecto de grupo de la élite dominante *chimú* fue equivalente a aquel otro que había imperado siglos atrás entre los *moche*.

Fue, efectivamente, consumista, porque privilegió el consumo; centralista, porque hizo confluir una cantidad extraordinaria de riqueza desde todo el territorio imperial hasta el valle de Moche; urbano, con Chan Chan como el mejor testimonio; ostentoso, porque dio énfasis al consumo suntuario; oligárquico, porque la élite dirigente acaparando el poder acaparó los beneficios y privilegios; despótico, porque prescindió de considerar los intereses y objetivos del resto de la población; e imperial, porque se impuso por la fuerza sojuzgando a otros pueblos y naciones andinas.

El existencia de Chan Chan como el único centro urbano altamente desarrollado e implementado en el vasto territorio imperial, pone de manifiesto cuán castrante y frustrante resulta el modelo imperialista para los pueblos sojuzgados. Ninguno de éstos alcanza a lucir sino el más pobre subdesarrollo material e infraestructural de su época.



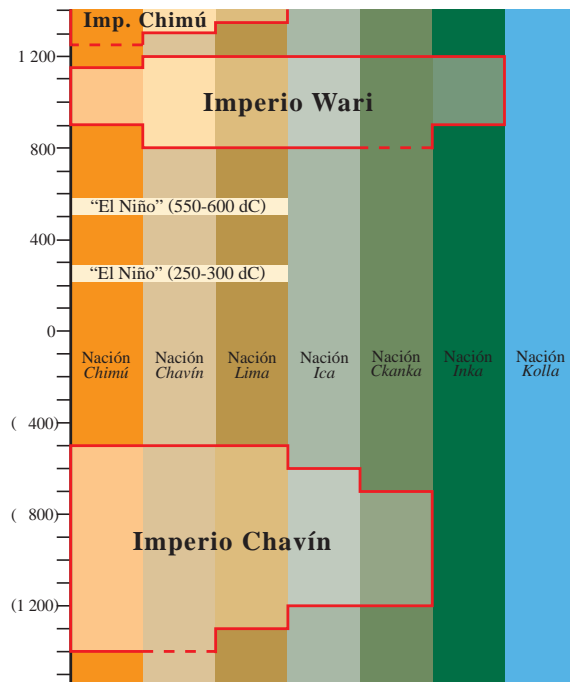
Por el contrario, y para demostrarlo una vez más, resulta suficiente el hecho de que allí donde los pueblos pudieron seguir teniendo un desarrollo autónomo, dieron muestras de una mayor y propia capitalización “descentralizada”.

Fue el caso, en las áreas cordilleranas norte y central, de los pueblos que dejaron los testimonios arqueológicos de Collur y las Ventanitas de Otuzco, en Cajamarca (1); Marcahuamachuco, en Huamachuco (2); Tantamayo, en Huánuco (3); Hatunmarca, en Jauja (4); Vinchos y Korivinchos, en el valle del Mantaro (5); Kuelap”, en Chachapoyas (6), y; Pajatén (7) <sup>103</sup> y la recientemente descubierta “ciudad perdida” de Conturmarca <sup>104</sup>, en provincia de Mariscal Cáceres en el departamento de San Martín.

Es decir, estamos hablando pues de los *cajamarcas*, *huamachucos*, *huánucos*, *tar-*



**Gráfico N° 46**  
**Detalle cronológico: (1 500) - 1 400**



*mas, huancas ychachapoyas*, que pugnaban –cada uno, e independientemente del resto–, por materializar su propio proyecto.

Pues bien, hacia el año 1400 dC, la sociedad que albergaba el Imperio Chimú lucía marcadamente estratificada. Al poderoso grupo dominante sucedían el conjunto de especialistas que habitaban Chan Chan y, rodeados de algunos privilegios, los dirigentes sumisos de los pueblos conquistados. A éstos seguían la población campesina *chimú* y luego las poblaciones campesinas de los pueblos sometidos. Y, finalmente, los esclavizados *mitimaes* y *yanaconas* de esos pueblos sojuzgados.

Cada estrato, ya fuera explícita o quizá sólo implícitamente, reivindicaba para sí sus propios intereses y objetivos. Éstos no solamente eran distintos entre cada estrato, sino que incluso, y aunque por lo general de manera encubierta, muy probablemente eran

mutuamente opuestos y contradictorios. Ello sería particularmente obvio en el caso de la confrontación entre la élite y los *yanaconas* y *mitimaes* esclavizados por aquélla.

A la postre, como había ocurrido ya en múltiples ocasiones anteriores, ese profundo agrietamiento y división de los grupos sociales del imperio, tendría gravísimas consecuencias: era su más ostensible fuente de debilidad. En particular y dramáticamente, cuando, amenazándolos por igual a todos, cayeron sobre la costa los ejércitos imperiales *inkas*, éstos, sin pena ni gloria, casi de un plumazo, terminaron conquistando al Imperio Chimú y a los pueblos que éste había mantenido sojuzgados.

## La nación *lima*

Inmediatamente al sur, pero ya en la costa central del territorio andino, ocupando una franja desértica de 250 Kms. de largo, interrumpida por los estrechos valles de Huaura, Chancay, Chillón, Rímac y Lurín, los distintos grupos del pueblo *lima* materializaron en este período las que se ha dado en llamar “Cultura Chancay”<sup>105</sup> y “Cultura Ichma”.

Su actividad principal, como en el caso de los *chimú*, fue la agrícola. No obstante, el carácter marcadamente estacional en la variación del volumen de todos esos cursos de agua, pero sobre todo la pobreza de las descargas anuales de los ríos de los valles de Lima, fue siempre una gran limitación. El excedente producido nunca fue por eso de gran magnitud.

La pluralidad de valles y su equivalencia agronómica fue el signo distintivo de esta parte de la costa andina. De allí quizá que, en el área, ninguna de las respectivas fracciones



de población alcanzara a predominar, prolongada y significativamente, sobre las otras. Es probable que ese condicionamiento de la naturaleza explique la ausencia de una gran ciudad en la costa central de los Andes y, en cambio, sí la presencia de varios pequeños poblados.

Cajamarquilla, el más grande de todos los centros urbanos del área, a orillas del Rímac, floreció bajo el Imperio Wari. Albergó a los representantes del poder central, a las huestes militares y *mitimaes chunkas* que llegaron destinados a sojuzgar y administrar esa parte del territorio y, seguramente, a sectores del pueblo *lima* más sumisos a los conquistadores.

Es de suponer que, por esa razón, fueron drásticas en Cajamarquilla las consecuencias de la guerra de liberación contra los *chankas*, al cabo de la cual fue abandonada <sup>106</sup> como testimonio y símbolo de la debacle del Imperio Wari.

Abandonada Cajamarquilla, y quizá hasta saqueada, en este período de autonomía compartieron importancia diversos pequeños centros poblados entre los *lima*: Chancay, Zapallal, Mangamarca, Lurigancho, Huaycán, Limatambo, Maranga, Carabayllo, Mateo Salado, Pucllana y Armatambo, principalmente.

Dentro de los dominios del pueblo *lima*, aunque quizá como tierra santa neutral, Pachacámac logró mantener su condición de gran centro religioso.

Siguió concitando la atención de muchos pueblos de la costa norte y sur y de diversos pueblos de la cordillera. Incluso –como está dicho– de gentes que llegaban desde la lejana zona ecuatorial <sup>107</sup>. Mas, como todo el resto del territorio andino, cayó en el siglo XV bajo la férula de los *inkas*.

Pachacámac era en verdad un pueblo construido de adobe –como la mayor parte de las edificaciones costeñas–.

Era, pues, altamente vulnerable a los reiterativos aunque episódicos temblores y terremotos que asolan con frecuencia al área sur de la costa. Al fin y al cabo, el territorio de Lima, después del de Ica –y más específicamente del de Nazca–, es el más próximo a la “placa tectónica de Nazca”, y próximo también a la zona más densamente volcánica del territorio andino.

Así, los derrumbes producidos por los movimientos sísmicos obligaban a un trabajo de refacción constante y oneroso.

En irrepetible coincidencia, durante su primera y fugaz “visita” a Pachacámac, en 1533, el conquistador español Hernando de Soto y sus acompañantes fueron testigos de excepción de un temblor de tierra y sus destructivas consecuencias <sup>108</sup>.

El gran templo, no obstante, fue durante muchísimos siglos el edificio más importante del pueblo *lima* –y de toda la zona central de la costa peruana–.

*Esta mezquita [está] entre tierras muy pobladas y ricas...*

dijo al conocerla el veedor y cronista español Miguel Estete, precisamente uno de los privilegiados acompañantes de De Soto.

Y no se equivocó Estete en cuanto a la densidad demográfica. Pero tampoco en cuanto a la riqueza del territorio “visitado”: no por simple casualidad ésa y la que fue con destino al Cusco, fueron las únicas expediciones que envió Pizarro para apresurar la cobranza del “rescate” de Atahualpa.

¿Se desilucionaría De Soto de recoger en Pachacámac sólo el 7 % de lo que fue el total del “rescate”? El hecho es que reunió tanto como 90 000 pesos de la época <sup>109</sup>. ¿Mucho? ¿Poco? Pues depende de cuánto se considere que son 407 kilos de oro, que –según calculamos–, es su equivalente actual más probable <sup>110</sup>.

Al cabo de siglos de acumulación de “ofrendas”, el templo-oráculo de Pachacámac –como había ocurrido con el de Delfos en la Grecia antigua–, había logrado reunir una gran riqueza.

Los postes que soportaban los techos estaban “guarnecidos de hoja de oro y plata” –afirmó Estete <sup>111</sup>–, que también vio por lo menos una puerta tejida “de corales y turquesas y cristales y otras cosas”, y, en torno al “ídolo” de madera mal tallada que tanto los desilusionó, vio “cosillas de oro y de plata” .

Dicho sea de paso, De Soto y sus compañeros no dejaron ni el santo ni la limosna. Resultó una buena cosecha para venticinco días de “trabajo”.

En otro orden de cosas, vale la pena recordar que el “sacerdote mayor del santuario costeño” –como lo llama Del Busto <sup>112</sup>–, estando con Atahualpa en Cajamarca a la llegada de Pizarro, fue precisamente comisionado por el *Inka* para guiar y asegurar la rápida llegada de De Soto y su pelotón hasta Pachacámac (y el pronto acopio del “rescate”).

¿Cómo entender que el “obispo” de Pachacámac –como lo titularon los primeros cronistas–, estuviera en plena guerra fratricida imperial al lado de Atahualpa? Aparentemente al menos, él no podía haber estado allí, como su par de Chíncha, por razones comerciales. ¿O sí?

Si se revisa otra vez el Mapa N° 15 (Tomo I), se observará claramente la ubicación de Cajamarca (6), Chíncha (15), Pachacámac muy cerca al norte de ésta, y Cusco (17).

Es decir, como Chíncha, también el célebre santuario estaba más cerca del Cusco que de Cajamarca. ¿No parecería así más razonable que tanto el altísimo funcionario religioso panandino como el gran *kuraka* de Chíncha fueran aliados de Huáscar, y no de Atahualpa?

Por lo demás, mientras a la élite tradicional *inka* del Cusco la conocían bien ambos altos dignatarios, la que desde Quito quebrantaba gravemente el orden imperial debía resultarles completamente desconocida. Aún más extraño el asunto entonces. Sin embargo, como el análisis atañe también al comportamiento del

gran *kuraka* mercader de Chíncha, dejaremos el común análisis para más adelante, cuando hablemos de la nación *ica* y su élite *chinchana*.

## Los pueblos *Cañete* y *Yauyos*

En la vecindad, al sur de Lima, estuvo asentado el pueblo *cañete* que dio intensa explotación agrícola al valle regado por el río del mismo nombre.

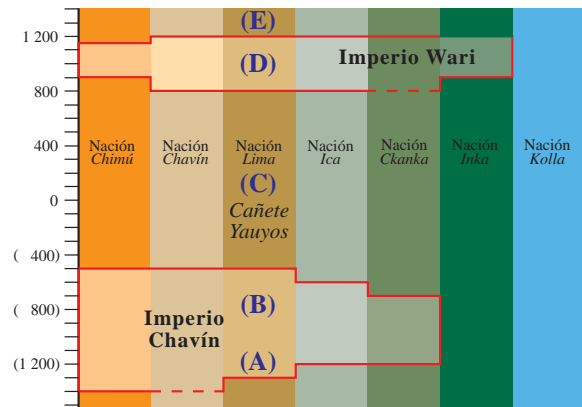
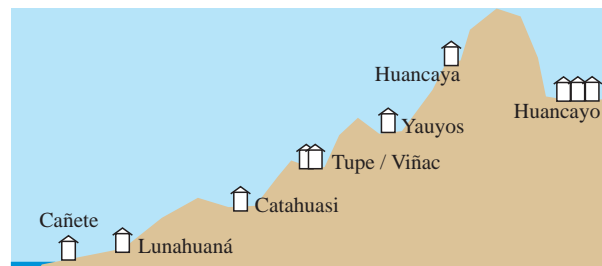
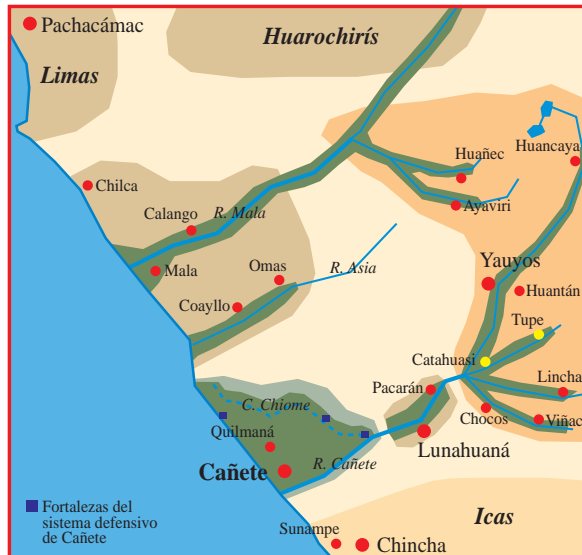
Su historia –como veremos– es quizá una de las más sugerentes y diríase que hasta paradigáticas del mundo andino. Extraña y sorprendentemente, debe no obstante contarse sin embargo entre las menos conocidas y difundidas.

¿Quiénes y cuándo se establecieron allí, que ciertamente no era un valle común de la costa peruana?

¿Qué explica que la historiografía le haya prestado tan poca atención a este singular pueblo, que estando tan cerca de los *lima*, no se le puede incluir como parte de ellos; y tan cerca de la nación *ica*, tampoco formó parte de la misma? ¿Y que ni siquiera el tiempo permitiera que se fundieran con los *lunahuaná*, sus inmediatos vecinos del este, siendo que entre sus centros poblados más importantes hay apenas 40 kilómetros de distancia?

Más hacia el este, posesionados de las cabeceras de los ríos Mala y Cañete, se ubicaban los *yauyos*, cuyo mayor centro poblado está a 140 kilómetros de la costa siguiendo el curso del río Cañete. Al norte, controlando la faja costera de los valles del Mala y Asia, se ubicaban los *malas*. Tampoco éstos entre sí, ni con aquéllos, habían logrado integrarse en un solo gran pueblo. ¿Cómo explicar su terco, vehemente y centenario aisla-

**Mapa N° 24**  
**Cañete y Yauyos**



cionismo, aún cuando en conjunto ocupaban menos del 1 % del territorio andino, en el que estaban pues tan cerca unos de otros?

La interrogante es aún más acuciante si se pone atención a los nombres de las distintas localidades incluidas en el mapa. Recuérdese a este efecto el análisis que se hizo anteriormente de la toponimia que seguimos presumiendo es de origen *sechín* y a la postre *centroamericana*.

En este caso, la “ch” está presente con insistencia en Pachacámac, Huarochirí, Chilca, Chiome, Lincha, Chocos y Chíncha.

La partícula “hua”, en Huarochirí nuevamente, pero además en Huañec, Huantán, Catahuasi, Lunahuaná y Huancaya –que no debe sorprendernos tiene como vecina precisamente a Huancayo, pero al otro lado de la cordillera, como se ve en la ilustración de perfil–.

A su turno, la sílaba “ya”, estando en Huancaya, está también en Ayaviri y Yauyos.

La terminación “ec”, también en Huañec –y acaso además en el original de los emblemáticos y geográficamente cercanos Pachacámac y Rímac–. La terminación “pe”, en Tupe y Sunampe. La terminación “an”, una vez más en Huantán, pero también en Pacarán.

En relación con la terminación “que”, es imposible dejar de asociar, tanto en sus grafías como sonidos, Viñac con Viñaque, denominación ésta con la que –como está dicho– se nombraba también a la célebre capital del Imperio Wari.

Y, por último, Quilmaná –como Camaná, que veremos más adelante– tiene presumiblemente también las mismas raíces ancestrales *centroamericanas*. Pero como ellos, muchos otros nombres que no hemos registrado en el mapa, como Ayauca, Huampara, Huangáscar, Quinches y Quinocay, por ejemplo.

Todo pues sugiere que el área involucrada habría sido también un importante y millenario refugio final de parte de los derrotados campesinos y guerreros *sechín*.

Mas –para el período que venimos analizando, “E” en la representación cronológica de la página anterior–, habían ya transcurrido tanto como 2 500 años desde la traumática derrota de los *sechín* de manos de Chavín. Cien generaciones habían pasado pues bautizando, en su propio idioma, los distintos espacios que ocupaban.

Entre tanto –recordamos–, siglos después de haber sido inicialmente derrotados y diseminados (en torno al 1200 aC, “A” en la cronología), el Imperio Chavín, en su fase militarista, volvió a caer sobre ellos (quizá alrededor del 700 aC, “B”), pues se proyectó hasta más de doscientos kilómetros al sur de Cañete –como se mostró en el Mapa N° 12, Tomo I–.

Así, la que quizá fue percibida como una persecución implacable, habría exacerbado la diáspora *sechín* en el territorio que estamos analizando, de allí topónimos de acentro *centroamericano* en recónditos espacios del territorio cordillerano al este de Cañete.

Siglos más tarde llegarían dominándolos desde el sureste los ejércitos del Imperio Wari (“D”).

Muy probablemente para atenuar las consecuencias de esta nueva traumática experiencia, los descendientes de los inmigrantes originales se desperdigaron aún más profusamente en el territorio, en porciones cada vez más altas, estrechas y pobres de los valles.

Quizá todo ello contribuya a explicar, a su vez, el enraizado y empecinado aislamiento mutuo, y la sensible ausencia de integración entre los distintos pequeños pueblos del área.

El área total del territorio dominado por *malas*, *cañetes*, *lunahuanás* y *yauyos* es sólo de 10 000 Km<sup>2</sup>. Sin embargo, las estribaciones de la cordillera que llegan hasta la costa,

apenas dejan de aquél un 1 % de área cultivable, esto es, no más de 10 000 hectáreas.

Asumiendo una población total de 72 000 habitantes para el siglo XIII <sup>113</sup>, cada familia, en promedio, vivía entonces de la producción de 0,7 hectáreas, aunque con hasta dos campañas agrícolas por año, pero en tierras que, en promedio, eran de escasa productividad. Era, pues, a duras penas, una economía de subsistencia mínima, virtualmente sin posibilidades de capitalización de excedentes.

La situación sin embargo –como de alguna manera insinúa el Mapa N° 24–, no era similar para todos los pueblos citados. Largamente muy por encima del promedio estaban los *cañete*, asentados en la parte más baja, de menor pendiente, más ancha y de suelos más fértiles de, por añadidura, uno de los mejores valles de toda la costa peruana.

Con casi 250 kilómetros de curso y varios pequeños tributarios, el Cañete es uno de los pocos ríos costeros que cuenta con abundante agua todo el año, a diferencia de los prolongados períodos secos que tienen los ríos Mala y Asia, con descargas anuales por lo demás muy pobres. El de Cañete, pues, era un emporio agrícola, si se le compara con los míseros valles que explotaban los *malas*, *lunahuanás* y *yauyos*. Éstos, pues, tenían razones objetivas y suficientes para envidiar y ambicionar la suerte de los *cañete*.

Según refiere María Rostworowski, en torno al siglo XIII –y muy probablemente desde antiguo– las ubérrimas tierras de Cañete y su abundancia de agua atraían a sus vecinos <sup>114</sup>, entre los que ciertamente debe incluirse a los ricos y poderosos *chinchas* de entonces.

Puede suponerse pues que, para entonces, el único vínculo entre todos esos pueblos era el idioma, habiéndose perdido a través de los

siglos, del aislamiento defensivo y las disputas territoriales, todos los sentimientos de relación filial que podían derivarse de su eventual común origen mestizo.

Los enormes excedentes generados en el valle del Cañete, permitieron a sus habitantes solventar un modelo de desarrollo muy especial de inversión y defensa. Concretaron en efecto valiosas inversiones agrícolas, entre las que destacan los canales de riego Chiome y Chumbe <sup>115</sup>. Pero simultáneamente se vieron obligados a destinar una proporción muy alta del excedente a la construcción de un costoso, descentralizado y eficaz sistema defensivo, que sin duda alcanzó su máximo desarrollo en este período de autonomía que siguió a la caída del Imperio Wari.

Todo parece indicar que en los siglos de autonomía, en que Cañete no formó parte ni del Imperio Chavín ni del Wari, ese pueblo no pudo ser conquistado nunca por ninguno de sus vecinos, aun cuando los intentos debieron ser sistemáticos. Los *cañete* —como afirma la etnohistoriadora María Rostkowski <sup>116</sup>—, estaban acostumbrados a defender sus tierras de las pretensiones vecinas, habiendo sostenido diversas guerras <sup>117</sup>, pudiendo presumirse que específicamente con los *chinchas* del sur y los *yauyos* del este.

Para hacerles frente erigieron en Cerro Azul una fortaleza costera destinada a repeler los ataques de las flotillas de balsas enviadas desde Chincha <sup>118</sup>. Hacia el este levantaron la fortaleza de Canchari, para controlar los intentos de invasión de los *yauyos* y para defender sus inversiones en canales de riego <sup>119</sup>. La tercera, y más impresionante de las fortalezas, fue la de Ungará, para la defensa del inicio del sistema hidráulico de todo el valle <sup>120</sup>. El sistema defensivo incluía una muralla de grandes proporciones, que envolvía con sus enormes paredes los campos y poblados del valle <sup>121</sup>.

Ningún otro pueblo en el territorio andino realizó pues, proporcionalmente, tanto esfuerzo y gasto en defender sus intereses. Y no sólo en términos proporcionales. También, respecto de otros, en términos absolutos. En la nación *ica*, por ejemplo, asentada no en uno sino en cinco valles, y con una población significativamente mayor, la suma de todas sus realizaciones materiales es quizá de menor cuantía que la de los *cañete*.

Ciertamente tenían mucho que defender. Y lo hicieron con éxito durante siglos. Fueron ciertamente combativos <sup>122</sup>. Mas nada sugiere que se les pueda caracterizar como agresores. Por el contrario, los *cañete* demostraron hasta la saciedad, con el vasto conjunto de sus construcciones militares, una actitud y una conducta eminentemente defensivas.

No obstante, ni su presunto remoto origen guerrero, ni la necesidad de defender sus grandes intereses, son suficientes para explicar su carácter tan aguerrido y el sostenido y consistente gran esfuerzo defensivo que mantuvieron durante su historia. En efecto, otros pueblos, con similar ancestro y con equiparables intereses, no los defendieron, ni tanto ni con tanto éxito.

Las cuantiosas y titánicas construcciones permiten reconocer que los *cañete* tuvieron una eficaz estructura jerarquizada que facilitó la administración, la toma de decisiones productivas y las acciones militares de defensa. Sin embargo, no es ostensible la presencia de un gran centro urbano, ni de palacios y grandes centros ceremoniales que, por lo general, reflejan la existencia de una élite privilegiada. Ello sugiere, pues, la existencia de una sociedad poco estratificada, y de carácter más bien democrático.

Frente a estos importantes indicios, es posible, entonces, registrar que el modelo de



desarrollo nacional que puso en práctica el pueblo *cañete* era descentralista, rural, no ostentoso y democrático.

En el “Diagrama desarrollado de alternativas y opciones de consumo e inversión” (Gráfico N° 52 que se muestra más adelante) ésa bien podría corresponder a una solución final como la “32” –que destacamos en él–.

Ese proyecto nacional consolidó una sociedad internamente homogénea. Sin fisuras. Compacta, y, por ende, sólida. De pequeñas dimensiones territoriales y reducida población –quizá no más de 60 000 habitantes–, pero con la convicción, en cambio, de que la gran riqueza era de toda la población. Y, en consecuencia, fue defendida por toda la población. Allí habría residido su fuerza extraordinaria. Ninguno de sus pares, los pueblos o naciones vecinas, pudo por eso doblar a los *cañete*.

Sólo pudieron ser conquistados –como ocurrió con muchísimos otros pueblos–, por los tres más grandes imperios andinos: Chavín, Wari e Inka.

A este último sin embargo, según se ha podido conocer, la conquista de los *cañete* le supuso una guerra de casi tres años –como precisa María Rostworowski<sup>123</sup>–. Es decir, un asedio y esfuerzo muchísimo más dilatado y oneroso que la conquista del enorme pero socialmente fraccionado Imperio Chimú. Nada como esa dilatada y tenaz resistencia explica que la represalia *inka* –como veremos– fuera tan violenta. Y a su turno –insistimos–, nada explica mejor esa inusitada gesta heroica, que la composición homogénea y democrática de la población *cañete*.

Arqueológicamente ha sido poco estudiado el territorio de los *yauyos*. No obstante, puede presumirse que, aunque en un contexto de abrumadora precariedad económica y

militar, fuera también una sociedad homogénea y democrática. Eso explicaría también la no menos heroica resistencia de por lo menos algunos de sus poblados a la acometida imperialista *inka*. Porque –como también veremos–, hay indicios que advierten que igualmente sufrieron durísimas represalias.

No se conoce el topónimo original de Cañete. Parece haber sido bautizada como tal poco después de 1556, a raíz de la llegada del tercer virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza<sup>124</sup>. Quizá –como veremos– ese territorio de la cercanía de Chíncha pudo llamarse “Asto”.

En algunos textos, desde los cronistas españoles, a los *cañetes* se les denomina “guarcos” o “huarcos”<sup>125</sup>. Éste, sin embargo y aunque sin duda de manera inadvertida, es un tratamiento historiográfico inadecuado, por despectivo y ofensivo. Como lo registra la etnohistoriadora María Rostworowski<sup>126</sup>, de acuerdo al Lexicón de Domingo de Santo Tomás, “guarco” en *quechua* equivaldría a “ahorcado”.

Así, podemos presumir que Guarco, o “pueblo de ahorcados”, fue la agravante y amedrentadora denominación dada por los *inkas* tras la terrible represalia de que fue objeto Cañete por su heroica resistencia militar. El castigo habría consistido pues en el ahorcamiento masivo de la población masculina adulta. Como veremos después, hay indicios suficientes para creer que el presunto y cruel genocidio efectivamente se habría llevado a cabo, afectando también a algunas poblaciones de *yauyos*.

Los cronistas Diego Ortega y Morejón y fray Cristóval de Castro<sup>127</sup> hacen referencia...

*a un asiento llamado Asto, ocho leguas de [Chíncha], que era cárcel del inca, y mandó encarcelar allí a todos los cura-*

cas y hijos de curacas, de diez años arriba, y sin dejar ninguno los mandó despeñar desde una peña de donde todos se hicieron pedazos.

Tal parece, pues, que Asto habría sido efectivamente la que hoy conocemos como Cañete.

María Rostworowski, en *Guarco y Lunahuaná, dos señoríos prehispánicos de la costa sur central del Perú*<sup>128</sup>, afirma que en el censo español de 1577 esto es, poco antes de cumplirse medio siglo de la conquista española, la población de ese pueblo se componía de:

|                               | Homb. Censo | Muj. Censo | Muj. Hipót. |
|-------------------------------|-------------|------------|-------------|
| Tributarios / Mujeres adultas | 740         | –          | 1 067       |
| Viejos / Viejas               | 89          | –          | 178         |
| Niños / Niñas                 | 601         | –          | 601         |
| Mujeres de toda edad          | –           | 1 846      | –           |
| Total                         | 1 430       | 1 846      | 1 846       |

Resulta impensable que todo el valle de Cañete tuviera en aquella fecha sólo 3 266 habitantes. Ésta era quizá la población del centro poblado más importante del valle. No obstante, se desprende del cuadro que, poco más de un siglo después del presunto genocidio *inka*, la población femenina *cañete* era todavía 29 % más numerosa que la masculina.

Sin embargo, un análisis más exhaustivo da resultados todavía más convincentes. En efecto, asumiendo conservadoramente que la población infantil femenina fuera la misma que la masculina (601 niñas)<sup>129</sup>, y que el porcentaje de mujeres ancianas fuera el doble que el de ancianos, dado que la matanza habría sido de hombres, la población femenina adulta sería entonces 43 % mayor que la de varones adultos: prueba irrecusable de una catástrofe demográfica exprofesamente selectiva.

Tal parece pues que el ahorcamiento masivo de los hombres adultos de Cañete no forma parte de la leyenda sino de la historia.

María Rostworowski refiere que los pobladores de Huarochirí y Yauyos se declararon desde el principio como aliados de los conquistadores *inkas*<sup>130</sup>. Mal podrían haber podido sufrir entonces cualquier tipo de represalia.

Sin embargo, un valioso y muy reciente reportaje periodístico deja entrever una conclusión diametralmente distinta, por lo menos y específicamente para el caso de los *yauyos* del pueblo de Tupe que, aparentemente al menos, habrían sufrido también el genocidio de su población masculina adulta.

En *El último bastión jacaru*, la periodista Doris Bayly<sup>131</sup> hace en efecto un hermoso y encomiable reportaje a Tupe, un recóndito y pequeñísimo poblado de *yauyos* de apenas 600 habitantes. Tupe –como se ha destacado en amarillo en el Mapa N° 24– se haya en la cabecera de uno de los tributarios del río Cañete. Está pues a no más de 125 kilómetros de la costa –y a sólo 270 kilómetros de Lima–.

No obstante, objetivamente Tupe ha quedado inmobilizado en el siglo XV. Mas, en términos relativos, ha regresionado quizá hasta el siglo I de nuestra era: no cuenta con energía eléctrica, ni con agua potable ni sistemas de alcantarillado; no tiene posta médica y su escuela no merece siquiera ese nombre. Sin camino carrozable que lo una siquiera al deplorable afirmado que desde Lunahuaná llega a Yauyos, los *yauyos tupinos* tardan hoy en día 6 horas en llegar a pie a Catahuasi, distante apenas a 25 kilómetros.

Los *yauyos tupinos* no saben que el nombre de su pueblo –como también ocurre con Motupe, Mocupe, Úcupe, Chacupe, Supe, el Sunampe de su cercanía, y el lejano Chacacupe cusqueño–, tiene un origen característicamente *sechín-moche-mochica* de ancestro *centroamericano*. Como también presumiblemente lo tiene *jacaru*, la voz con la que hoy identifican a su lengua los *yauyos tupinos*, y que –según refiere Doris Bayly–, sólo significa “idioma de la gente” o, simplemente, “idioma”.

Éstos, pues, probablemente sean entonces los únicos habitantes del Perú que todavía hablan –aunque quizá enormemente deformado–, el que habría sido el viejo idioma de los *sechín* y que, pasando por Chimú, se habría mantenido masivamente usado hasta bien

entrado el período republicano. Así, la importancia extraordinaria de rescatar y estudiar el *jacaru* no es sólo lingüística o paleolingüística, sino eminentemente histórica.

Pues bien, Tupe –nos dice Doris Bayly– es “un pueblo sostenido por la fuerza de sus mujeres extraordinarias...”. “Son la fuerza productiva de la comunidad” –nos refiere más adelante–. “Son tan fuertes que levantan un saco de papas a la espalda y lo cargan” con la misma resistencia que los hombres.

Durante siglos las mujeres de Tupe asumieron las tareas del “riego, cultivo, deshierbe, cosecha y trilla, además de las labores propias del hogar”. Para más señas, “los tupinos son independientes y agresivos” –como señala la lingüista Martha Hardmann<sup>132</sup>–. Más que los hombres, las tupinas “son las que conservan la tradición” –precisa a su turno Rosina Ávalos en el mismo reportaje–.

¿Cuál podría ser el sustento objetivo y relevante de tan acusadas e insólitas características de las mujeres de Tupe, que Doris Bayly no ha dudado en calificar además como “indomables”? Ella no plantea ninguna hipótesis. Mas proporciona un nuevo valioso dato. Porque refiere en efecto que durante el fenómeno terrorista que sacudió el Perú durante el período 1980–95, abandonado durante muchos años el pueblo, “fueron las mujeres las que volvieron. Muchas de ellas se habían casado con hombres de otros pueblos”.

¿Puede colegirse de ello que había originalmente más mujeres que varones? Sí, aunque no necesariamente. Pero si además se relaciona esa hipótesis con todas y cada una de las características anotadas, se está entonces sin duda frente a un cuadro sico-sociológico muy especial.

¿No asoma pues la posibilidad de un espíritu aguerrido curtido por el sufrimiento, la constante adversidad y el heroísmo? ¿Es acaso inverosímil que las mujeres de Tupe –como ocurrió con las de Cañete– desde su ancestro *sechín* hayan sufrido reiterativamente el drama heroico del sacrificio masivo de sus esposos, por ejemplo durante los imperialismos Chavín, Wari e Inka –y recientemente durante el terrorismo de nuestras últimas décadas–?

Hay pues aún muchísimo por desentrañar en las excepcionales historias de Cañete y Tupe. Mas de todo lo antedicho, resulta virtualmente inaudito conjeturar que las mujeres de Tupe habrían aceptado una vergonzante claudicación de sus esposos frente a los ejércitos *inkas*.

Porque son las mismas que orgullosas reivindican que “tampoco fueron sometidas a la hacienda feudal de los españoles” –como refiere Martha Hardmann–.

Por lo demás, nunca será muy difícil demostrar, a la luz de la historia, que los caracteres indómitos y aguerridos que con legítimo orgullo exhiben algunos pueblos del planeta, son el resultado de siglos y siglos de forja continua e indesmayable, y siempre en contextos muy específicos de lucha, en sucesivas pero honorables derrotas, y en continuas pero honrosas victorias.

Pero siempre además en el seno de poblaciones socialmente homogéneas y políticamente democráticas. De allí que esos espíritus singulares y admirables no aparecen de la noche a la mañana, ni simplemente por azar. Se crean y cultivan. Terca y tenazmente, aunque quizá muchas veces los propios protagonistas no sean concientes de ello.

Todo parece indicar pues que, tanto la población de Cañete como la de su vecina y ancestralmente filial Tupe, fueron portadoras de ese espíritu indómito y aguerrido. No obstante, hoy son dos pueblos sustancialmente distintos.

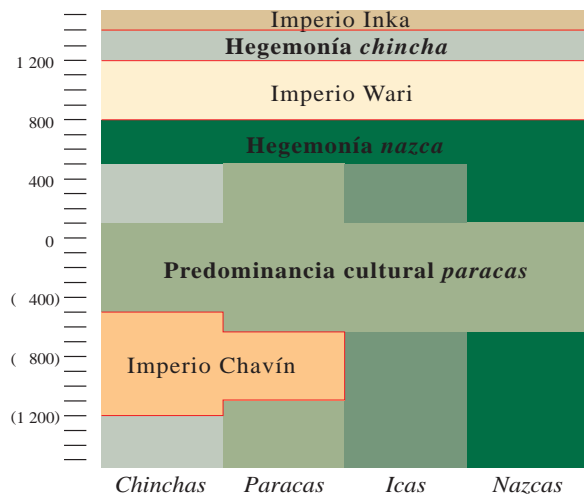
A partir de la conquista española, la posición costeña, proximidad a Lima y riqueza agronómica de Cañete exacerbaron allí un intensísimo proceso de mestizaje, urbanización y aculturación en el que, al cabo de siglos, virtualmente ha desaparecido todo rastro de su enaltecedora cultura original. Y, sin que la mayoría de su población actual lo sepa, sólo queda de ella, como mudo y pobremente estudiado testimonio, el amplio abanico de sus ancestrales topónimos.

Tupe, en cambio, sin ninguna riqueza que ofrecer a Occidente, lleva cinco siglos física y culturalmente casi aislado, y casi congelado en el tiempo. Así, hoy, a las puertas de Lima, es una reliquia viviente del siglo XV.

## La nación *ica*

En la vecindad sur de los *cañete*, la derrota *chanka* y consiguiente liquidación del Imperio Wari, representó un cambio muy importante en la historia de la nación *ica*.

**Gráfico N° 47**  
**Detalle cronológico: Nación Ica**



**Mapa N° 25**  
**Territorios de la nación ica**



Ésta venía ocupando, secularmente, una franja costera de 250 Kms. de largo, de características típicamente desérticas. En ella, comportándose como oasis, los valles de Chincha, Pisco, Ica, Palpa, El Ingenio, Aja, Nazca y Grande interrumpen a duras penas la drástica sequedad del suelo.

Pero no obstante que históricamente su actividad más importante había sido siempre la agricultura, en ninguno de esos valles se dio nunca un desarrollo agro-económico extraordinario. Lo impidió siempre la pobre descarga anual de sus ríos y, en definitiva, la relativamente pequeña dimensión de los valles.

Durante la mayor parte del año, los cinco últimos de los ríos nombrados, recortando las dimensiones naturales del abanicado gran valle de Nazca, tras reunirse, se secan en el desierto antes de llegar al océano. Y otro tanto ocurre en el caso del río Ica.

### El hombre tras la huella del agua

Hoy las ciudades de Ica y Nazca –y siglos atrás Cahuachi–, en la costa central del

Perú, están desusadamente ubicadas a 50 kilómetros del mar. No son pues ciudades costeras sino típicamente mediterráneas.

¿Cómo explicar una ubicación como ésta, que asoma antojadiza y errática, e incluso absurda, siendo que, aparentemente al menos, bien habrían podido estar asentadas a intermediaciones del océano?

No son sin embargo las únicas excepciones en la costa peruana. Otro tanto ocurre en efecto con Piura y Lambayeque, en el norte; y con Moquegua y Tacna, en el sur. Son también entonces mediterráneas. A diferencia de ellas, el restante 80 % de las ciudades grandes de la costa están virtualmente a orillas del Pacífico. Son, pues, típicamente costeras.

El asunto, como podría parecer a primera vista, no es una simple trivialidad. Por el contrario, reviste singular importancia y trascendencia. Porque –como veremos–, una y otra solución revelan cuán coherentemente racional es la conducta colectiva de los pueblos –sobre todo cuando son conjuntos sociales homogéneos y democráticos–. En nin-

gún caso la ubicación definitiva de una ciudad ha sido el resultado de un capricho absurdo de un supuesto “fundador”. Y cuando ello ha ocurrido, los pueblos se han dado siempre maña para enmendar el entuerto.

¿Qué tienen pues en común las viejísimas ciudades de Piura y Lambayeque, Ica y Nazca, y Moquegua y Tacna, que explique su común condición de mediterráneas? Pues simple y llanamente la escasez relativa de agua dulce. Ello es absolutamente claro en el caso de las cinco últimas. Los correspondientes ríos que las proveen del indispensable e insustituible agua dulce, durante la mayor parte del año son cursos secos en los tramos finales de sus respectivos valles.

En todos ellos, sin duda, la primera localización naturalmente elegida por el hombre fue próxima a la costa, allí donde generalmente el río desemboca en el mar. Pero tan pronto como apareció la primera sequía, y los pobladores descubrieron que el río se secaba, debieron liar sus bártulos y remontarlo hasta encontrar agua dulce nuevamente. Allí volvieron a asentarse, “refundando” su centro poblado.

En los casos que estamos revisando, reiterativas y más graves sequías, habrían obligado a los pueblos a remontar cada vez más sus ríos, hasta finalmente afincarse en un punto en el que el abastecimiento de agua dulce estuviera asegurado, sin excepción, para todos y cada uno de los días del año. De ese modo Ica y Nazca –y antes Cahuachi–, terminaron a 50 kilómetros de la que sin duda fue su posición costera inicial.

El río Piura tiene en cambio un curso muy regular casi todo el año, y enormes picos de aforo en los meses de avenida. Teóricamente, pues, no habría sido aquélla la causa de su mediterraneidad. No obstante, también lo es. Porque recordemos que en 1883 se registró

en dicho valle una sequía tal, que el cauce del río se secó antes de que sus aguas alcanzaran a llegar a la ubicación en la que actualmente se encuentra la ciudad.

Mal podemos suponer que aquél fue el único fenómeno de esa naturaleza en miles de años de historia. Por el contrario, debió ocurrir tantas veces como para explicar que los pobladores que inicialmente se habrían asentado en el costero poblado de Sechura, terminaran en la mediterránea Piura, también 50 kilómetros río arriba.

El asunto, pues, resulta simple de explicar y de entender. Sin embargo no aparece en absolutamente ningún Atlas ni texto de Geografía e Historia del Perú. Así, en ausencia de información, no hay conocimiento; y en ausencia de éste no hay conciencia.

El Perú actual –conjunto social absolutamente heterogéneo y básicamente no democrático– debe contarse entre los países del mundo con menor conciencia sobre la importancia del agua dulce para la vida –humana, animal y vegetal–; sobre la ignominia que representa desperdiciarla en las ciudades o dejarla discurrir al mar en los valles; y sobre la gravedad del asunto cuando la escasez relativa es extrema, o, peor, cuando la escasez llega a ser absoluta.

Entre gobernantes y gobernados, nuestra inconciencia histórica sobre la importancia del agua dulce para la vida es tal que, en el extremo del absurdo, venimos dándonos el lujo de crear artificial e irresponsablemente una cada vez mayor escasez relativa de dicho elemento. Porque no otra cosa representa el hasta suicida crecimiento macromegálico de Lima. En ese contexto, cada vez es más escasa el agua potable. Y cada vez son muchísimo más costosas las derivaciones de aguas cordilleranas al Rímac, para satisfacer la sed de los millones de habitantes que se concentran en la ciudad, y que representan ya el 32 % de la población peruana.

Todo ello fomentado en los últimos doscientos años por un deliberado centralismo, seudo-paternalista, autocrático y demagógico. Y, por lo demás, sería ingenuo desconocer los mezquinos y corruptos intereses que merodean siempre en torno a las grandes y millonarias construcciones públicas, en este caso de derivación de aguas cordilleranas, ampliación de tron-



cales, ampliación de redes de agua potable, y sus equivalentes de alcantarillado.

Entre tanto, campea en los valles agrícolas el más absoluto desorden y displicencia en torno al uso del agua de riego. Nadie paga además un centavo por su uso. Nunca se ha castigado el dispendio. Nunca se ha premiado el ahorro. Nunca se ha estimulado el uso de sistemas tecnificados de riego, con el agravante de contarse con millones de hectáreas costeras que, si bien desérticas, harto han probado su bondad agrícola en presencia de agua. Cómo soslayar, pues, la enorme responsabilidad que en todo esto tienen la Geografía y la Historia.

Si siquiera mostraran cuán pernicioso es a todos estos respectos el centralismo. Si siquiera mostraran cuántas ventajas en esto y en todo ofrece la descentralización. Pero cómo van a mostrárnoslas si ni siquiera han “descubierto” todavía las maldades de aquél y las bondades de ésta.

Los pueblos que ocuparon el territorio del actual departamento de Ica vieron alternarse a lo largo de su historia –como muestra el del Gráfico N° 47–, a distintos grupos dominantes y/o culturalmente más destacados .

Primero, contemporáneos e incluso sometidos por los *chavín*, destacaron ampliamente los *paracas*, asentados en el valle de Pisco. Después, en el período de desarrollo autónomo que siguió al Imperio Chavín, dominaron los *nazcas*, que fueron los que precisamente cayeron derrotados por los *chankas*. Y en los siglos que sucedieron a la caída del Imperio Wari, y hasta caer bajo la hegemonía *inkas*, la nación *ica* fue dominada por los *chinchas*.

El Mapa N° 25 –por otro lado– nos enfrenta una vez más a una realidad insoslayable: está también atiborrado de nombres de muy probable y remoto ancestro *centroamericano*.

He ahí Chincha, Cahuachi, Chavincha y Changuillo, en primer lugar. Pero también Sunampe y Guadalupe; Huaytará, Huancano,

Huac-Huas, Hualhua y Huanca; Ocoyo y Yauca; Ocucaje, Aquije y Jaqui. Y eventualmente quizá además lo sean Ica, Nazca, Acari, Palpa y Tate.

No se sabe de ninguna leyenda inmigracionista referida al remoto período en el que dominaron los *paracas*. Ni de ninguna que corresponda a aquel en el que hegemonizaron los *nazcas*.

Sin embargo, durante la hegemonía de los *chinchas*, éstos orgullosamente se proclamaban hijos de una remota migración. Dice a este respecto Garcilaso<sup>133</sup>, cuya versión en este caso resulta inobjetable:

*los naturales de Chincha se preciaban de haber venido sus antepasados de lejanas tierras, aunque no dicen de dónde.*

Como ya se dijo, fue el antropólogo alemán Friedrich Max Uhle quien postuló la hipótesis de una migración *centroamericana* que habría llegado precisamente a algún punto de la costa de la nación *ica*. A la luz de los extraordinarios efectos que habría tenido esa migración *centroamericana* en los Andes –que consistente y reiteradamente venimos mostrando–, resulta irrelevante discutir si hubo un único ingreso por Ica, Casma, Moche o Lambayeque; o por dos, tres o todos esos puntos de la costa, y en uno, dos o más momentos distintos.

La hipótesis de una migración múltiple, tanto en el espacio como en el tiempo, contribuiría a explicar, por ejemplo, ese vasto y masivo impacto en la toponimia andina que hemos mostrado en diversos mapas y secciones del texto. Mas obligaría a admitir que la presencia física de migrantes *centroamericanos* fue numerosísima.

Pero ello a su turno, paradójicamente, dificultaría seriamente explicar cómo enton-

ces no se consolidó un vasto y sólido “horizonte cultural centroamericano” en los Andes; o, como también podríamos denominarla, una gran “civilización sechín”; o, por último, un gran y eventual “Imperio Sechín”, en el entendido de que los migrantes eran aguerridos y bien equipados soldados–agricultores.

Más aún, sería casi imposible explicar cómo entonces “desapareció” esa cultura que, hacia el 1500 aC, era sensiblemente más avanzada que cualquiera de sus contemporáneas de los Andes.

Por los múltiples aspectos que hemos venido analizando hasta aquí, nos resulta más verosímil la hipótesis de una remota y originaria migración *sechín* que finalmente recaló y se afincó en Casma, allí donde han quedado los célebres monolitos de ese pueblo. Y desde donde, al cabo del triunfo definitivo de Chavín, se habría iniciado la gigantesca diáspora de refugio por los Andes.

Así, para el caso de la costa sur, los remotos y casi primitivos pobladores agrícolas *chinchas*, *paracas*, *icas* y *nazcas*, habrían por igual recibido también a los pequeños grupos de asombrosos y adelantados refugiados *sechín*.

Éstos, aun cuando numéricamente minoritarios, en mérito a los notables avances tecnológicos con los que llegaron, presumiblemente habrían alcanzado un rápido y sólido ascendiente dentro del seno de las poblaciones que los recibieron.

Así, al cabo de siglos, y antes de que los *chinchas*, *paracas* e *icas* cayeran bajo la hegemonía de la fase militarista de Chavín, habrían impuesto su acreditado idioma, por ejemplo, en la definición de la toponimia del territorio que los albergaba.

¿Acaso no lograron lo mismo los también poco numerosos *fenicios* en casi toda la cuenca del gigantesco Mediterráneo? ¿Debemos por lo demás creer

que el éxito de los extranjeros en el seno de sus pueblos anfitriones fue un fenómeno privativo de la Europa antigua y de la América moderna?

Por las mismas razones habrían logrado también imponer la práctica del atavío personal con cabezas–trofeo, de la que profusamente hacen gala los afamados mantos *paracas*, *icas* y *nazcas*. Y habrían concretado la inclusión de su fenotipo facial tanto en mantos como en cerámica y orfebrería.

Por lo demás, a lo largo de siglos habrían sembrado y mezclado su sangre con la de sus viejos anfitriones, con lo que habrían dejado de ser extranjeros. Y hasta habrían obtenido entonces que aquél que ahora era “su” propio pueblo, asuma como genuinamente originales y comunes a todos sus miembros las leyendas y tradiciones de los migrantes iniciales –como aquella a la que hace referencia Garcilaso–.

Así, al cabo de siglos de asentamiento y mestizaje, los herederos de los primeros refugiados *sechín* eran ya *chinchas* y *paracas* aquí, *icas* allá y *nazcas* acullá. Pero la impronta común había quedado marcada en todo el territorio de la nación.

A la caída del Imperio Wari, desde Chíncha se alcanzó a administrar y dominar un territorio de casi 45 000 Km<sup>2</sup>, comprendido entre Chíncha y Yauca <sup>134</sup>, incluyendo en las alturas del sureste –según parece dominados desde la hegemonía *nazca*– a los pobladores de Puquio y Lucanas, con una población total del orden de 500 000 habitantes.

Pero hay razones para suponer que, en algún momento de su máximo apogeo, la élite *chíncha* haya alcanzado a dominar también una parte del pueblo *lima*, imponiendo normas que se hicieron efectivas incluso en Huaura <sup>135</sup> (150 Kms. al norte de Lima), en cuyo caso sus predios aumentaron otros 15 000 Km<sup>2</sup>.

Todo parece indicar, sin embargo, que el vecino valle de Cañete, larga e intensamente ambicionado, no llegó a ser conquistado. Habría quedado así, como un bolsón, encerrado dentro de los dominios que controlaba el grupo dirigente en Chíncha. Las flotas navieras de ésta permitían sortear eficazmente el escollo terrestre de los *cañete*.

La hegemonía del Imperio Wari había representado la liquidación del poder de la élite dominante *nazca*, con lo que quedó minada la importancia de su centro urbano más importante: Cahuachi.

Pero, muy probablemente, fueron razones de índole estrictamente económicas –aunque derivadas de decisiones políticas imperiales– las que terminaron por restar toda importancia a la ciudad de los *nazcas*.

En efecto, durante la vigencia del Imperio Wari, la tecnología, así como la riqueza agrícola, textil y minero–metalúrgica de los pueblos dominados, estaba concentrada en manos de *cañetes*, *limas*, *moches* y *mochicas*. Es decir, en el amplio territorio al norte del valle de Chíncha.

De allí que seguramente el mayor tráfico económico y poblacional desde el área norte del imperio hacia Wari, y viceversa, se fue dando por la ruta Cañete–Lunahuaná–Huanavelica–Wari (destacada en el Mapa N° 25, pág. 241).

Bajo esas circunstancias, la urbe *nazca*, a 250 Kms. al sur de dicha ruta, fuera del circuito comercial, fue languideciendo paulatinamente.

A la caída del Imperio Wari, el surgimiento de un nuevo núcleo urbano de poder, esta vez en el valle de Chíncha, hace suponer que el grupo allí residente fue el que encabezó y triunfó en su guerra de liberación contra los

*chankas*. A partir de entonces, la élite *chíncha* ejerció dominio sobre el resto de la nación *ica*.

Se requiere sin embargo entender más y mejor cómo habría alcanzado esa élite a tener poder suficiente para llegar a enfrentar al poder hegemónico Wari, físicamente tan próximo. Veamos.

La ruta Wari–Castrovirreyna–Pisco era la vía más corta entre el enorme mercado de la ciudad Wari y la costa adyacente. Los poblados costeros de Pisco y Chíncha tenían que ser pues los proveedores naturales de productos del mar que constante e insistentemente demandó ese mercado. Ello permitiría explicar la presencia entre los *chinchas* de una población desproporcionadamente numerosa de pescadores <sup>136</sup>.

Mas Wari demandaba también muchísimos productos que sólo se ofrecían en lejanos territorios. De allí entonces también la presencia en Chíncha de grandes flotas de balsas, sobre las que se concretaba el tráfico marítimo internacional. Los marinos mercantes *chinchas*, también desde el lejano norte ecuatorial, traían el preciado *mullu* <sup>137</sup>, y se estima que por el sur llegaron comerciando hasta las australes costas de Valdivia, en Chile <sup>138</sup>.

Así, a instancias de la hegemonía Wari, los *chinchas* habrían experimentado un cambio significativo en su estructura ocupacional y productiva: habían sido probablemente impelidos a dejar casi íntegramente la agricultura para reorientarse preferentemente a la pesca, el comercio marítimo y el acarreo terrestre de mercancías.

Así, miles de hombres dejaron la agricultura para constituirse en el numeroso contingente de la actividad mercantil y de transporte. Navegando en numerosas y grandes

balsas movilizaban significativos volúmenes de mercadería. Y tanto la que llegaba a la costa para ser exportada, como la que venía del exterior, eran transportadas en miles de auquéridos por cientos de arrieros.

Si bien corresponde al período inmediatamente siguiente (esto es, directamente incentivado por el Imperio Inka), una pauta de la enorme actividad comercial que Wari había gestado en Chincha es la cifra de 6 000 mercaderes que reporta María Rostworowski para el siglo XVI <sup>139</sup>.

El cronista Pedro Pizarro, por su parte, afirmó que oyó decir al *Inka* Atahualpa (en 1532, por consiguiente) que en Chincha había 100 000 balsas <sup>140</sup>. La cifra como reconoce Torero, siendo sumamente exagerada e inverosímil, insinúa un orden de magnitud que no deja de llamar la atención.

Considérese además lo siguiente: asumiendo que las llamas pueden transportar, en promedio, 35 kg., y que la capacidad de las balsas era de 20 ton., cada una de éstas podía acarrear lo que transportaba una tropilla de 600 a 700 llamas <sup>141</sup>. Así, cientos de hombres y miles y miles de animales cumplían organizadamente la tarea del acarreo terrestre de grandes volúmenes desde Chincha a Wari.

Es por último también indiciario el hecho de que en el siglo XVI todavía uno de cada tres adultos tributarios era pescador en Chincha –según se puede colegir de las cifras que ofreció el cronista Lizárraga <sup>142</sup>–.

Bajo la hegemonía Wari la economía de la nación *ica* sufrió pues grandes transformaciones. Ya sea desde la perspectiva de los *nazcas*, que virtualmente lo perdieron todo, o de los *chinchas*, que resultaron inopinada y extraordinariamente fortalecidos. El Imperio Wari pues, inadvertidamente, tras liquidar el poder de los *nazcas*, había terminado por

desarrollar el poderoso núcleo organizacional, político y eminentemente comercial de Chincha que, paradójicamente, fue el que lideró la guerra de independencia de la nación *ica* contra él.

Pero no puede soslayarse que, a la sombra de la dominación Wari, la economía de la nación *ica* se había convertido en altamente dependiente: tres de sus más importantes actividades productivas y, por consiguiente la mayoría de su población trabajadora, funcionaban a exigencia de los requerimientos de un mercado extranjero: Wari.

Si Wari aumentaba en población y/o en capacidad de consumo, los pescadores debían incrementar la captura, y por su parte los comerciantes y transportistas asegurar mayor abastecimiento. Así, Chincha floreció mientras floreció Wari. La relación de dependencia era muy evidente. Pero tan obviamente evidente como intrínsecamente peligrosa.

La liberación del Imperio Wari representó que el excedente que antes fluía a Wari quedaba en la nación costera. Pero, a diferencia de otras naciones, la nación *ica* no podía beneficiarse mucho con retener en su suelo todos los excedentes que había estado generando. Ello sólo era posible con el generado en el sector agrícola: podía ser almacenado y destinado luego al consumo; o, a través de la *mita*, permitía solventar algunas inversiones.

No pudo sin embargo ocurrir lo mismo con la producción pesquera, ni con el comercio. La captura pesquera que se había estado llevando a la capital ayacuchana tuvo que eliminarse drásticamente. Y durante el prolongado período de guerra de liberación, y quizá durante muchos años después también, se vio interrumpida la ruta comercial que pasando por Wari llegaba a Abancay, Cusco y al Altiplano. La pesca y el comercio de

Chincha sufrieron pues una gravísima merma como consecuencia de la caída de Wari.

Es decir, para gran parte de la nación *ica*, la independencia tuvo un paradójico perjuicio inmediato. Era consecuencia inevitable de la situación de dependencia económica que se había establecido en relación con el liquidado imperio.

En el nuevo contexto, la nación *ica*, hegemónizada por los *chinchas*, debió lanzarse entonces a resolver sus grandes baches económicos, y a recomponer su estructura productivo-poblacional. Por un lado, buscar e integrar muchísimos nuevos pequeños y medianos mercados que pudieran absorber el volumen de pesca que permitía su enorme capacidad de captura. Y colocar en ellos la restante y variadísima demanda de otros productos que había estado consumiendo Wari.

A la postre lo lograron, y con extraordinario éxito. No obstante, tuvieron que pagar un precio altísimo por ello –si así puede considerarse–. En efecto, su fama, o la imagen que de ellos se tuvo en los Andes, fue muy especial –para llamarlo de alguna manera–.

Los términos del intercambio, o, si se prefiere, los precios, estaban estrechamente relacionados con la mayor o menor disponibilidad circunstancial de bienes, esto es, con la oferta y la demanda.

Así, en el trueque de carne de auquénico por maíz, los *kollas* altiplánicos daban “una” llama a cambio de “tres” fanegas de maíz que entregaban los *yungas* (nombre que genéricamente daban los pueblos cordilleranos a los costeños, en este caso a los *chinchas*). Mas, cuando las sequías y heladas afectaban la producción agrícola del Altiplano, es decir, cuando en torno al Titicaca la demanda de alimentos superaba a la oferta, los *yungas* aprovechaban las circunstancias y obligaban

a los *kollas* a “pagar” el doble: “dos” llamas, por las mismas “tres” fanegas de maíz –refiere el cronista Diez de San Miguel–<sup>143</sup>.

Si bien esta información está referida a hechos registrados por los cronistas a partir del siglo XVI, presumimos –como hemos hecho en múltiples casos anteriores–, que esas reglas de intercambio eran muy antiguas. ¿Hay alguna razón para presumir que esas prácticas se estrenaron sólo con la presencia de los conquistadores europeos? Ninguna.

Este ventajismo, que quizá ejercitaron los *yungas* en muchas ocasiones, les reportó fama de comerciantes inescrupulosos.

Según refiere Torero<sup>144</sup>, el estereotipo de los comerciantes *yungas* queda de manifiesto en las palabras con que Manco Inca increpó a los conquistadores españoles:

*...peores sois que los yungas, los cuales por un poquillo de plata matarán a su padre y negarán todo lo del mundo.*

Es presumible sin embargo que, cuando las circunstancias se invertían, los *yungas* (*chinchas*) costeños, en situación de escasez, tuvieran que dar el doble de guano de islas o de maíz o pescado por las misma cantidad de auquénidos, por ejemplo.

Pues bien, los mercaderes *chinchas* surcaron incesantemente muchísimas vías. Y al cabo de varios siglos de recorrer caminos y pueblos, debieron alcanzar la privilegiada situación de conocer en profundidad gran parte de la sinuosa y complicada red vial de los Andes.

### **Mercaderes, conquistadores nativos y toponimia**

Todo parece indicar que, luego de la caída del Imperio Wari, el *chincha* se convirtió en



el más grande e importante de los pueblos eminentemente comerciales de los Andes. En rigor, el más grande de los pueblos comercial-itinerantes.

Porque, como se vio, los *tallanes* también eran grandes comerciantes. Mas casi no hay indicios de que transitaran por todo el territorio andino comerciando con lo que traían del extranjero, por ejemplo. Todo parece indicar que ese intercambio se hacía fundamentalmente en su propio territorio. No eran pues, dentro del territorio andino, comerciantes viajeros. Quizá podría tipificárseles como comerciantes-importadores.

A su turno, el rol comercial-itinerante de los *moches* y *mochicas*, primero, y de los *chimú*, después, fue importante, pero casi exclusivamente en el norte costero y cordillerano. Por lo demás, parece que nunca fue porcentualmente grande la cantidad de *moches*, *mochicas* y *chimú* que se dedicaron al comercio itinerante. En el conjunto de la economía de cada uno de esos pueblos, el comercio fue una actividad secundaria.

Habrían sido los *chinchas*, pues, el único pueblo en el que casi toda la estructura económico-productiva giraba en torno al comercio, que, incluso dentro de los Andes, era pues comercio internacional itinerante. Unos, como comerciantes marítimos en las rutas del norte y del sur. Otros, como comerciantes terrestres, seguidos de multitud de arrieros y sus tropillas de auquénidos cargados, recorriendo de cabo a rabo todo el territorio andino. Y otros, por último, mayormente los pescadores, proveyendo a los comerciantes marítimos y terrestres.

En el comercio marítimo internacional compitieron con los *chimú* y *tallanes*, y seguramente también con los comerciantes *huancavilcas* y *punás*, así como con *colombianos* y *centroamericanos*. Nada permite deducir

que los *chinchas* hubieran tenido hegemonía absoluta en ese medio.

En cambio, en el comercio terrestre internacional dentro de los Andes peruanos, lograron hegemonía absoluta e indiscutida. Alcanzaron entonces aquí, durante los siglos XIII y XIV, lo que en la antigüedad de África, Medio Oriente y Europa lograron los *fenicios*, en la ribera sur del mar Mediterráneo, y lo que luego consiguieron los *griegos* en la costa norte del mismo.

Es decir, y entre otros resultados, terminaron fonéticamente transformando y en definitiva bautizando y rebautizando los nombres de los territorios extranjeros por donde sistemáticamente transitaban. De ese modo regaron en su idioma –de raíces *centroamericanas*–, un amplio espectro de topónimos en el territorio andino.

Como los *moches*, *mochicas* y *chimú*, pero también los *lima*, hicieron otro tanto en el norte –en el mismo idioma de raíces *centroamericanas*–, se explica, por ejemplo, que nombres tan extraordinariamente parecidos como Chacupe y Checacupe estén, aquél en el norte, en las inmediaciones de Lambayeque, y éste en el sureste, en las inmediaciones del Cusco –como puede verse en el gráfico del Anexo N° 4–. O Cajamarca, en la cordillera norte, y Cajamarquilla, cerca a Lima, a 500 Kms. de distancia una de la otra.

O Chuquitanta, en Lima, y Chuquibamba, en el valle de Majes, también a 500 Kms. de distancia entre sí. O, Chucuito, en Lima (Callao), y Chucuito, en el Altiplano, con más de 1 500 Kms. de separación. Chilcal, en Paita, y, a 1 200 kilómetros, Chilca, en Lima, .

Y, para terminar con nuestros ejemplos, el muy emblemático Chan Chan, en el valle de Moche, y Chen Chen, en el del río Tambo (Arequipa), a 1 200 Kms. de separación.

Probablemente muchas de esas reiteraciones tengan mucho que ver con los trasplantes poblacionales –*mitimaes*– que realizaron tanto el Imperio Wari como el Inka. No obstante, difícilmente lo explica en todos los casos. Mas una y otra posibilidad merecen ser seriamente más estudiadas.

En el siglo siguiente los conquistadores *inkas*, pronunciando a su manera los nombres originales de esos y muchos otros lugares, volvieron a transformarlos fonéticamente.

Así, en el siglo XVI los conquistadores y cronistas españoles se encontraron con sonidos y pronunciaciones distintas para cada nombre y a las que, necesariamente, les dieron entonces grafías distintas, quedando como dos, tres y hasta más voces, la que en principio teóricamente era sólo una.

Garcilaso, por ejemplo, refiriéndose a Nazca, la llamaba Nanasca<sup>146</sup>; y Anello Oliva parece referirse a ella como Hascala<sup>147</sup>.

A ese respecto, aunque para un ámbito tan reducido como el entorno del valle de Camaná, el cuadro siguiente resulta muy ilustrativo<sup>145</sup>.

| Nombre actual | Otras versiones (¿ <i>Nazca, Inka, Kolla?</i> ) |   |
|---------------|---|---|
| Camaná        | Camata *, Camaña, Cabanas, Ccmera, Camanay      | 5 |
| Ocoña         | Ucuña *, Ucunna, Ocuña, Acoña                   | 4 |
| Quilca        | Quellca *, Quelca, Qquellco                     | 3 |
| Atiquipa      | Atiquipa *, Atiquepay, Aliquipa                 | 3 |
| Pucchún       | Pujchuna, Pajchana                              | 2 |
| Acarí         | Hacarí *  | 1 |
| Atico         | Aticu *   | 1 |

Quizá nunca sepamos los nombres originales que a cada uno de esos pequeños territorios les pusieron sus más remotos ocupantes, que quizá fueron sencillos y primitivos pescadores y recolectores–cazadores que remotamente llegaron probablemente desde la lejana Oceanía.

Pero muy presumiblemente fueron los comerciantes viajeros *nazcas*, cuando hegemonizaban en el sur del Perú, quienes rebautizaron a todos esos pobladores como *changos* (denominación que todavía se da hoy a los solitarios y trashumantes recolectores de conchas de las playas de Ocoña, Camaná y Quilca).

Y respecto de ésa –cuando menos extraña, pero hartamente sugerente denominación–, cómo no recordar aquí que *chango* es un sustantivo de inocultable procedencia mexicana: tanto “chango” como “chavo”, equivalen a “muchacho” –hoy mismo en México–.

Los hegemónicos comerciantes viajeros *nazcas* habrían cumplido pues, exitosa e inadvertidamente, una gran tarea toponímica en todo el sur del Perú: hacia el norte hasta Chíncha; hacia el sur hasta Moquegua, pasando por Camaná; hacia el noreste hasta Ayacucho, la tierra de los *chankas* –gentilicio que a su vez es difícil dejar de asociar con *changos*–; y hacia el sureste hasta Tiahuanaco –que luego difundiría muchos de esos nombres en dirección al Cusco–.

A su turno, los viejos topónimos *nazcas* fueron recreados por los *chinchas*. Porque, aún cuando hablaban el mismo idioma, entre la hegemonía de unos y otros no habían pasado en balde tanto como 800 años. Necesariamente, pues, impusieron variantes.

De la misma manera que puede demostrarse notables diferencias entre el castellano de Cervantes y el de nuestros días. Así y todo nos resulta fácil entender que éste, diciendo “fermosa”, estaba diciendo “hermosa”.

Y es que, casi invariablemente, las raíces o los radicales sustantivos originales por lo general se conservan o resultan nítidamente identificables, ya por sí mismas o por su contexto. Así, por ejemplo, fuera de él, nos sería difícil desentrañar qué representaba o significa para los primeros cronistas, “cháraca”. Mas cuando Diego de Ortega Morejón y Fray Cristóval de

Castro dicen “las chacaras que se labraban y regaban...”<sup>148</sup>, toda incógnita queda ya despejada.

El contexto pues, más allá de la recreación o deformación del vocablo, ha ayudado entonces a “descubrir” su contenido. Pero en ausencia de fuentes escritas de su época, nada nos permite conocer cómo y cuáles habrían sido las recreaciones o deformaciones que, dentro del mismo idioma, introdujeron los *chinchas* a los topónimos creados o impuestos por sus predecesores *nazcas*. Pero de que los deformaron no debe cabernos la más mínima duda.

Con *nazcas* y *chinchas*, durante siglos, y en gran parte del territorio surandino, se cruzaron en el camino los comerciantes y arrieros *kollas*. Así, con el concurso del *aymara*, empezaron a aparecer versiones fonéticas distintas para un mismo nombre. Y en el siglo XV, la conquista *inka*, por intermedio del *quechua*, hizo aún más complejo el panorama toponímico. Poco fue sin embargo lo que lograron. Su hegemonía de sólo un siglo no fue suficiente para imponer todo lo que seguramente quisieron. No obstante, con su intervención se concretaron, en muchos casos, varias versiones para un mismo nombre —como se ha visto en el cuadro—.

Ese cuadro precedente ofrece los casos de las variantes idiomáticas conocidas de sólo siete poblaciones. Entre las primeras, aquellas que aparecen con un asterisco (\*) corresponden a Garcilaso<sup>149</sup>. Si bien numéricamente la muestra no parece pues muy representativa, cualitativamente, en cambio, sí sugiere serlo. Y permite ensayar una hipótesis. ¿Por qué en algunos casos, como en el de Camaná, hay hasta cinco versiones, en otros cuatro o tres y en otros sólo una? El número de variantes parece estar en razón directa de la importancia objetiva que, a lo largo del tiempo, han tenido los distintos grupos humanos y/o los territorios que ocupaban.

En medio del pobre desarrollo económico-cultural que en los siglos anteriores han tenido dichos siete espacios, es imposible

dejar de reconocer que el valle de Camaná es más grande e importante que el de Ocoña, y ambos muchísimo más grandes que el puerto de Quilca. A su turno, las lomas de Atiquipa sólo florecen cuatro meses del año. Acarí es un valle insignificante. Y Atico una humilde caleta, hoy casi sin abastecimiento de agua dulce.

En tal virtud, las dimensiones poblacionales, debieron ser pues también directamente proporcionales. Así, Camaná habría sido por siglos un mercado y/o proveedor mucho más importante que Atico. Y, en consecuencia, Camaná mucho más visitada, nombrada y fonéticamente deformada que Atico, por *nazcas*, *chinchas*, *kollas* e *inkas*. Con ello, resultaron más variantes fonéticas para aquél que para éste.

De la misma manera que hoy, Miami, sólo con “Maiami” y “Mayami”, tiene seguramente más variantes que Sebastopol. O que “peruano”, que con por lo menos el anglófono “peruano”, el nipófono “perguano” y el francófono “peguano”, seguramente tiene más variantes que “piurano”, por ejemplo.

## La toponimia andina y los conquistadores españoles

En algunos casos, apelando a su idioma y/o a su historia, los comerciantes o los conquistadores terminan imponiéndoles a otros un nombre absolutamente nuevo. Fue el caso de los conquistadores españoles cuando, por ejemplo, impusieron Cañete y *cañetes* en sustitución de un topónimo que no conocemos a ciencia cierta. O cuando impusieron Trujillo por Moche o Chan Chan, en homenaje a la tierra natal del jefe de la conquista.

O cuando bautizaron como Perú —aunque se presume derivaría de Birú, Pirú y eventualmente hasta de *Chimú*— a esta parte de los Andes, que sólo un siglo y transitoriamente tuvo un nombre: *Tahuantinsuyo*; y como *peruanos* a sus habitantes que, como conjunto, nunca habían tenido gentilicio.

Es decir, cambios radicales equivalentes a los que, miles de años antes, habían hecho los *cretenses* bautizando a los comerciantes del extremo este del Mediterráneo como *fenicios*. O como hicieron los *romanos* rebautizando como *griegos* a los *helenos*. O, por último, como presumiblemente hicieron los *fenicios* bautizando como *conejos* –“keltoi”– a los primeros habitantes que encontraron en la península ibérica.

Allí donde no hubo radical cambio de nombre, ha sido la deformación fonética del nombre original, atribuible por lo general a los comerciantes hegemónicos o los conquistadores, la que termina imponiéndose. De la misma manera que el fonema fenicio “keltoi”, por deformación fonética, derivó en “celtas”; y de la misma manera que el “span” de los *celtas*, por deformación fonética de los *romanos*, derivó en “hispania”; que a su vez, por deformación de los *visigodos*, derivó finalmente en “España” y “españoles”<sup>150</sup>.

Nombres tan emblemáticos como el del *Inka* Atahualpa, y el del lugar de su captura y ejecución han tenido varias versiones en manos de los cronistas españoles: Atagualpa (J. de Betanzos), Atahuallpa y Atahualpa (P. Cieza de León), Atabalipa (D. de Ortega y C. de Castro), Atabaliba (B. de las Casas). Y Cajamarca: Caxamarca y Caitamarca (Cieza de León)<sup>151</sup>. Mas, en cada caso, es relativamente fácil asociar todas sus variantes fonéticas.

Estos últimos casos de deformación de nombres y topónimos nos prueban, fehacientemente, que incluso usando el mismo idioma diferentes personas pueden oír, entender y escribir un mismo nombre de varias distintas maneras. Y, más todavía, una misma persona –como en el caso de Cieza de León– puede dar dos y eventualmente hasta más versiones, dependiendo de cuántas distintas fuentes orales haya escuchado.

Puede también constatar que otro tipo de deformación o alteración de un topónimo, y el gentilicio correspondiente, se genera por transposición de sílabas. Es el caso del topónimo que hoy se conoce como Poechos, pero que Cieza de León escribía Pocheos<sup>152</sup>. ¿Cuál de las dos versiones habrá reproducido más fielmente el nombre original? Es muy difícil saberlo. Pero sin duda ambas tienen mucho de él. Y en tanto en este caso específico no hay homonimia, es fácil concluir que una y otra variante, por el contexto en que aparecen, se refieren al mismo lugar.

En nuestro caso y hasta la fecha, como es obvio, son la fonética y grafía de los conquistadores espa-

ñoles las que finalmente se impusieron y venimos utilizando. Pocos pero significativos ejemplos hemos dado de cómo ni siquiera han sido siempre las versiones de Garcilaso las que terminaron imponiéndose. No obstante todas las deformaciones, en la inmensa mayoría de los casos puede reconocerse raíces comunes. Y eso es, finalmente, lo que importa y facilita el rastreo en busca de su remoto origen geográfico y cultural más probable.

Desde 1492 –oficialmente al menos–, esto es, desde cuarenta años antes de la conquista del Perú, cronistas y conquistadores españoles se estuvieron familiarizando con los nombres de los territorios y gentilicios de los pueblos que fueron conquistando en América.

En 1502 Colón, y en 1505 Yáñez Pinzón, iniciaron el reconocimiento de las costas de Guatemala, Nicaragua, Honduras y México hasta Tampico, casi en el centro del Golfo de México. En 1502 se había iniciado también el descubrimiento y poblamiento de la costa caribeña de Panamá, a la que Francisco Pizarro llegó el año siguiente. En 1508 se funda la gobernación de Castilla del Oro o Veraguas, para administrar Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Así, en 1511 ya estaban confeccionados los primeros mapas de las costas de México<sup>153</sup> (seguramente con innumerables nombres nativos, como algunos de los mencionados). En 1513, con el descubrimiento del Pacífico –al que Pizarro asistió como lugarteniente de Núñez de Balboa–, se inicia la explotación de sus costas. En 1519 Hernán Cortés, por su parte, inició la conquista de México desde la desembocadura del río Pánuco, desde donde nuevos mapas fueron elaborados con la ayuda de los nativos del lugar<sup>154</sup>.

Después de residir nueve años entre Nicaragua y Panamá, Pascual de Andagoya realizó en 1523 el primer viaje exploratorio que llegó al extremo norte del Perú. En muy extraña coincidencia, al año siguiente Pizarro y Almagro se asocian para la conquista del Perú. Mas sólo en 1528, pero cuando ya tenía veinticinco años en el istmo, acopiando invariablemente una gran experiencia e información, Pizarro llegaría en su primer viaje exploratorio hasta la desembocadura del río Santa (500 kilómetros al norte de Chincha). Pasó pues de ida y vuelta reconociendo detenidamente toda la costa norte del Perú y muchos de sus centros poblados, entre ellos por cierto Tumbes y Chan Chan, confirmando los gentilicios ya conocidos de algunas de sus gentes: *tallanes* y *chimú*.

Y es que, uno y otro, residiendo en Panamá, habían tenido allí la experiencia de toparse, centenares de veces, con los mercaderes *tallanes*, *chimú* y *chinchas* que llegaban hasta allí –y por los que se enteró de la existencia e importancia de Chíncha sin conocerla–. Aquéllos, concientemente o no, dejaban una valiosa información geográfica, política, social, económica y militar sobre el mundo andino, y hartó reiteradamente repetían los nombres de muchos pueblos andinos.

Por lo demás, todos de los cronistas españoles que coadyuvaron a definir la versión final de los topónimos andinos, antes de llegar al Perú, habían estado en familiarizándose con las voces nativas en Panamá. Y más de uno, además, en otros rincones de América. Pedro Sarmiento de Gamboa, por ejemplo, había estado antes en México. Y Pedro Cieza de León en Ecuador y Colombia.

En definitiva, nuestra hipótesis en esta parte es que los conquistadores y cronistas españoles estuvieron hartó familiarizados, aunque unos más que otros, a muchos topónimos y gentilicios nativos de México, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, y las costas caribeñas de Colombia y Venezuela, antes de llegar al Perú. Ello, por un simple azar de la historia, habría permitido pues que las deformaciones, que a pesar de todo introdujeron a los nombres andinos, no fueran tan grandes como para que dejaran de tener relación fonética alguna con los vocablos nativos.

Y ello, a su vez, permite reconocer entonces que muchas raíces idiomáticas *centroamericanas* –necesariamente más antiguas que las andinas– estén archi-presentes en muchísimos topónimos del Perú.

Como acabamos de ver una vez más, es el caso de la partícula “gua” –o “hua”–, quizá la más socorrida de cuantas existían en la antigua América del Norte próxima al golfo de México, y existían y existen en Centroamérica, el Caribe y los Andes.

Estaba ya en Guanahaní (hoy Watling), el célebre primer punto que tocó Colón. Está en Guáimaro de Cuba. En Guajataca de Puerto Rico. Estaba en Guasco, Coligua y Guasili, inmediatamente en torno a la península de la Florida <sup>155</sup>.

En el territorio continental puede además ser rastreada desde Chihuahua, al norte de México; pasando por Guatemala y Nicaragua; el antiguo Veraguas y el actual Gualaca de Panamá; Guapá y Guáitara en el oeste de Colombia; Guayaquil, Gualaceo, Gualaquiza

y Guamote, en Ecuador; e innumerables topónimos del Perú, como Huaraz, Huántar, Huánuco y Moquegua; hasta Pisagua, Rancagua y Guaitecas, en el norte, centro y sur de Chile, respectivamente.

¿Equivaldría acaso el nativo “gua” o “hua” al “land” del inglés?

Por lo demás, y como últimos ejemplos, Huánuco, el nombre de una de las más importantes ciudades cordilleranas del Perú, además de “Hua” tiene la misma terminación que Pánuco, el nombre del célebre puerto donde inició Cortés la conquista de México; y las islas Guaitecas, al sur de Chile, comparten “Gua” con “tecas”, reiterada raíz de innumerables gentilicios *centroamericanos*: *olmecas*, *zapotecas*, *toltecas*, *aztecas*, etc. ¿Puede considerarse que todo ello son simples coincidencias?

Eventualmente, la o las partículas originales de las que derivaron “gua” y “hua”, que nunca sabremos cuál o cuáles fueron exactamente, fueron confundidas e identificadas, sobre todo por el españoles del sur y centro de la península, con aquella –de probable origen *árabe*– a la cual estaban tan acostumbrados, y que está presente en: Gua–dalquivir, Gua–dajoz, Guadiana y Gua–daira; como en Gua–dalajara, Gualupe, Gua–darrama y Gua–diz, por ejemplo.

En España, sin embargo, casi no hay ninguna escrita con “h”. En fin, los lingüistas tienen la palabra sobre qué espacio y cultura influyó sobre cuál o cuáles otras?

No obstante, transitoriamente al menos, y con cargo a las precisiones que haga la lingüística, asoma más verosímil y consistente la hipótesis de una vieja, sólida y remota influencia *centroamericana* en la historia antigua del Perú y de gran parte de la América Meridional.

La historiografía tradicional ha rastreado con gran detalle las influencias culturales que habrían dado origen a la expansión de la agricultura, la cerámica, la textilería, el comercio y, entre otras, la metalurgia. Mas ha obviado el hecho de que el ser humano, muchísimo antes de todas y cada una de esas conquistas culturales materiales, era poseedor de un lenguaje que fue, a fin de cuentas, lo primero que podía expandirse y así debió ocurrir.

Habiendo desaparecido virtualmente todos los idiomas primitivos, allí están los topónimos para ras-



trear su origen, y las direcciones y formas de expansión como se regaron por el mapa americano.

Pues bien, durante los siglos XIII y XIV la presencia de los mercaderes y transportistas *chinchas* debió resultar familiar a todos los pueblos andinos con los cuales comerciaban. En ese sentido habían quedado, de hecho, convertidos en buenos mediadores y mejores guías<sup>156</sup> e intérpretes.

### **Chinchas, los primeros aliados de los *inkas***

Ello podría contribuir a explicar que, aunque ciertamente más tarde, fuese precisamente el *kuraka* de Chincha uno de los grandes acompañantes del *Inka* Atahualpa en Cajamarca, cuando se produjo el trascendental encuentro de éste con los conquistadores españoles. Otro de los testigos de excepción fue el sumo sacerdote de Pachacámac.

El *kuraka* de Chincha, según todo lo indica, ya no estuvo en Cajamarca cuando, meses después de la captura, se enjuició y sentenció al *Inka*. Qué duda puede haber de que, como buen y pragmático comerciante, de manera expeditiva y resuelta hizo saber a los españoles que estaba de su lado. De haberse quedado, pudo eventualmente haberle sido de alguna utilidad al *Inka*. Porque mientras Felipe, el traductor e intérprete *tallán*, daba cuenta a Pizarro de las expresiones de Atahualpa, el *kuraka* de Chincha habría podido confirmarlas y hasta corregirlas con su prolijo bilingüismo. Poco probable era, en cambio, que el “obispo” de Pachacámac fuera bilingüe.

Por la cercanía geográfica de sus sedes centrales, parecería más razonable que el *kuraka* de Chincha fuera aliado de Huáscar y no, sorprendentemente, de Atahualpa. Asoman pues dos primeras posibilidades: a) el gran *kuraka* de Chincha fue capturado y mantenido como rehén mientras comerciaba en el lejano norte norcordillerano; y b) efectivamente su poder era tal que, como en el caso del “obispo” de Pachacámac, Atahualpa había hecho lo indecible por atraerlos como aliados o como informantes: nadie como ellos podía ponerlo al tanto de cuanto ocurría al sur, en el territorio dominado por Huáscar.

La primera hipótesis avalaría el extraordinario desarrollo comercial al que habían llegado los *chinchas*. Y la segunda confirmaría el enorme poder efectivo que reportaba el comercio terrestre internacional que monopolizaba Chincha en los Andes, y el no menos poderoso rol del santuario de Pachacámac. En todo caso, es presumible que tanto el desarrollo mercantil de Chincha, como el poder de ésta y Pachacámac, se hubiesen reafirmado durante los siglos de autonomía que estamos revisando, y no tanto durante el breve siglo de hegemonía imperial *inka* –que sin duda también los catapultó–.

Una tercera hipótesis tiene en todo caso repercusiones históricas más trascendentes. Porque en efecto, permitiría presumir que, mucho antes de que pueblos andinos supieran de la llegada de los conquistadores españoles, ya importantes élites de importantes pueblos y naciones andinas habrían tomado partido en la suicida guerra civil imperial. Así, las de las naciones *ica* y *lima*, por mediación del *kuraka* de Chincha y el “obispo” de Pachacámac, deliberada y voluntariamente, se habrían colocado del lado de Atahualpa, aún cuando les era casi absolutamente un desconocido. Quizá habrían razonado que resultaba preferible “mallo por conocer que pésimo conocido”.

Y si efectivamente ésa fue una decisión previa y conciente, cuánto más sencillo –podemos imaginar– les habría resultado poco más tarde redefinirse y alinearse del lado de quienes habían inutilizado su primera opción. La debacle del Imperio Inka –como la del Azteca– no resulta pues tan enigmática e inexplicable como siguen diciendo cientos de textos. Pizarro y Cortés, cada uno desde el primer día, contaron con enormes e importantísimos aliados en sus conquistas.

Recordemos no obstante, antes de continuar, al propio Garcilaso de la Vega cuando relata la conquista *inka* de Chincha, que habiendo tenido algo de violencia, fue casi tan fácil y sencilla como hemos adelantado: *pudiendo haberles hecho la guerra a fuego y sangre, la había hecho con mucha mansedumbre*.

A sólo algunas semanas de estar rodeados por el ejército imperial *fue el curaca, acompañado de sus deudos y otros nobles, a besar las manos del Inca y a darle la obediencia personalmente*<sup>157</sup>.

¿Por que no entraron a sangre y fuego a Chincha los ejércitos *inkas*? Porque no les convenía aniquilar a los dueños de los secretos del comercio ultramarino. ¿Por qué éstos manifestaron tamaña obsecuencia?

Porque tenían mucho que perder: se les estropearían sus privilegiados y exclusivos viajes marítimos al trópico centroamericano y sur de Chile, y sus intercambios con el Altiplano –como afirma acertadamente María Rostworowski<sup>158</sup>–.

En el mar los *chinchas* llegaron a dominar las corrientes marinas de las costas sudamericanas, y a conocer sus islas, penínsulas y bahías. De hecho, han quedado evidencias del enorme prestigio de que gozaba Chíncha en rincones tan distantes como el istmo de Panamá y buena parte de la costa oriental centroamericana. Prestigio bien ganado que, como se ha visto, se habría labrado desde la época de la dominación Wari, o quizá incluso desde antes.

### Chíncha y sus mercaderes: la historia vs. la Historia

El renombre internacional ultramarino que terminó alcanzando el emporio comercial–naviero de Chíncha fue enorme. Tanto que, en 1529, es decir, dos años antes de iniciar la conquista del Perú, Pizarro, sin conocerla –como nos lo recuerda el cronista Cieza de León<sup>159</sup>–, solicitó al rey Carlos V, que incluyera a esa ciudad como parte de los territorios que anhelaba conquistar, explotar y gobernar. La denominada “Capitulación de Toledo”, esto es, el plan de conquista que el rey aprobó a su representante expedicionario, aprobó en efecto ese pedido.

Por lo demás, y ratificando su nombradía, el primer mapa que incluía a una buena parte del Perú, elaborado en el mismo 1529 por el cosmógrafo Diego de Ribero, mostraba a Chíncha, pero no incluía el Cusco<sup>160</sup>. Chíncha, pues, en los tiempos en que sólo podía hablarse del “proyecto imperial español para los Andes”, esto es, cuando recién se estaba en los preparativos de la conquista, ya formaba parte de la imaginada Nueva Castilla. No así el Cusco.

La existencia del Cusco, la esplendorosa sede de la hegemonía *inka*, era pues aún desconocida por quienes se preparaban a conquistar los Andes. La no inclusión del Cusco en la “Capitulación de Toledo”, y su inexistencia en el mapa de Diego de Ribero, no representaron ciertamente poca cosa. Porque cuando los conquistadores peninsulares la conocieron, la definición de su pertenencia acarreo –como se sabe–, cruen-

tos enfrentamientos militares entre pizarristas y almagristas, de los que salieron sin vida ambos socios y jefes expedicionarios.

¿Cómo entender que en 1529, tras un siglo de total y absoluta hegemonía *inka*, se conociera en Panamá y con altísima reputación la existencia de Chíncha y no la del Cusco, ni la del Imperio Inka de la que aquélla formaba parte?

Nuestra primera conjetura es que, en los siglos de actividad comercial autónoma del período que estamos analizando (entre la caída de Wari y el surgimiento del Imperio Inka), los *chinchas* habrían autoestimulado, reforzado y vendido legítimamente su propia imagen, la única que por lo demás podían vender. Y luego, conquistados por los *inkas*, aunque sin ninguna violencia –en mérito a una sagaz negociación típicamente comercial–, soslayando su dependencia respecto de aquéllos, siguieron presentándose en Centroamérica sólo como *chinchas*, y sin informar a nadie de la existencia de un poder mayor que el de ellos. Seguramente intuían que, de hacerlo, sus interlocutores habrían querido conocer a los nuevos poderosos personajes, con el riesgo para los *chinchas* de ser dejados de lado.

Esta hipótesis, sin embargo, valdría también pues para el caso de los comerciantes *tallanes* y para quienes posteriormente los conquistaron y sustituyeron: los *chimú*. Éstos y aquéllos, pues, también habrían callado en todos los idiomas, en las costas del norte sudamericano y de Centroamérica, la existencia del Imperio Inka del que eran súbditos. Cuán consistentes con sus propios intereses, y cuán homogéneas parecen haber sido pues las actitudes y conductas de los comerciantes andinos, pero, en particular, la de esos mercaderes marítimos internacionales.

Hablándose de *tallanes*, *chimú* y *chinchas*, se está hablando de tres de los grandes pueblos conquistados que formaron parte del “gran imperio inka” –como con fruición gusta seguir diciendo la historiografía tradicional<sup>161</sup>; o, si se prefiere, se está hablando, de tres de los grandes pueblos que asistieron como testigos de excepción de la “gran expansión incaica” –como elíptica y encubridoramente se dice en otros textos recientes<sup>162</sup>–.

Así, la muestra –como se diría hoy en estadística–, resulta altamente representativa. Porque, llegado el momento de la verdad, unos y otros *tallanes*, *chimú* y *chinchas* –por igual–, se pusieron del lado de los

españoles. Como también lo hicieron, con pocas excepciones, casi todos los restantes pueblos del mundo andino. Aquí damos cuenta del hecho incontrovertible. En *Tahuantinsuyo, el cóndor herido de muerte* analizaremos sin embargo en detalle las causas más probables de esa conducta que, por lo demás, tiene tantos antecedentes y equivalentes en toda la historia de Occidente.

Basta recordar cuántos pueblos de los Alpes y de las Galias se pusieron del lado de los conquistadores *romanos* en su tiempo. O, siglos más tarde, cuántos pueblos de España se aliaron con los *árabes* cuando ingresaron a conquistar la península. Y, en nuestra América, cuántos pueblos de México facilitaron la tarea de Hernán Cortés contra los *aztecas*.

Entre tanto, interesa aquí constatar que, antes de devenir aliados de los conquistadores españoles, *tallanes*, *chimú* y *chinchas*, por igual, tres y más veces negaron en el Caribe, con su pragmático silencio, pertenecer a un “gran imperio”. ¿Sería acaso –como postula Del Busto– porque ésas y otras muchas naciones del imperio “carecieron de conciencia imperial...”<sup>163</sup>. No, no hay que dejar llegar tan lejos la deformación historicista.

No es necesario llegar a conjeturas tan bárbaras como ésa. ¿Algún pueblo conquistado y sojuzgado ha tenido en la historia de la humanidad “conciencia imperial”? ¿Uno, siquiera uno? ¿Acaso la tuvieron los *franceses*, *españoles*, *suiños*, *judíos* o *egipcios* durante el Imperio Romano? ¿La tuvieron los distintos pueblos *españoles* mientras estuvieron conquistados por los *moros*? ¿Los *belgas* y *holandeses*, o los *peruanos* y *mexicanos* durante el imperio de Carlos V? No, “conciencia imperial” sólo han tenido y tienen las élites de las naciones imperialistas –y sus correspondientes socios en las naciones dominadas–. Por lo demás, casi no ha habido pueblo que no se arrepintiera, más temprano o más tarde, de su alianza táctica inicial con algún conquistador.

Así, la conducta de *tallanes*, *chimú* y *chinchas* en el Caribe fue, simplemente, pragmática y ventajista. En el más puro y legítimo estilo del hombre que defiende sus intereses, sin sentirse obligado a defender los de otros, y, menos aún, los de aquel que le ha recortado su libertad, conquistándolo, humillándolo y sojuzgándolo.

En otro orden de cosas, fue decisivo, sin duda, el papel que cupo a Chíncha –y en particular, a sus co-

merciantes terrestres–, en la difusión del *quechua* en el vasto territorio andino –conforme lo consigna Tore-ro<sup>164</sup>–. Pero cuidado –decimos–, no porque fuera su idioma materno, que no lo era, sino porque lo conocían de antiguo: desde la época del esplendor Nazca. Lo cultivaron aún más durante la dominación Wari. Y creció su conocimiento de esa lengua durante la hegemonía imperial *inka*, período en el que, además, era nada menos que el idioma hegemónico.

Como es lógico entender, en el contexto de la historia de la humanidad los comerciantes no aprenden idiomas extranjeros por deleite cultural. Sino porque lo necesitan para acrecentar la rentabilidad de sus actividades de intermediación. El bilingüismo, y más todavía el multilingüismo, les permite acceder más eficientemente a más mercados de proveedores y a más mercados de consumidores.

O, si se prefiere, les facilita conseguir productos de mejor calidad, a más bajo precio; y les permite vender productos de menor calidad al más alto precio. Los comerciantes, políglotas por antonomasia, son, con todo derecho, la quintaesencia del pragmatismo. He ahí a los muy pragmáticos comerciantes *fenicios* y *griegos* en el Mediterráneo hablando tres, cuatro y hasta siete idiomas.

Así, los comerciantes políglotas generalmente se cuentan entre los primeros en aprender, asimilar y difundir las “lenguas” de las “naciones” hegemónicas. Porque, en todos los tiempos y en todos los espacios del orbe, son aquéllas las portadoras de los nuevos y mejores conocimientos; y éstas las proveedoras de los nuevos y mejores productos, de las nuevas y mejores técnicas, y de las nuevas y más sofisticadas tecnologías.

Son las naciones hegemónicas las que imponen las modas e innovaciones, y, en consecuencia, las que incentivan la demanda en los territorios que dominan y en aquellos donde más influyen. Y, entonces, son las que acrecientan el trabajo –y los beneficios que éste reporta– a los comerciantes. Éstos, intuitivamente –pero también por estímulo y refuerzo–, lo han aprendido bien: mientras más difunden el idioma hegemónico más venden... y más ganan. Cómo entonces no aprenderlo y difundirlo. Hoy, por ejemplo, son los comerciantes, y esta vez a través de los medios de comunicación masiva, quienes más y mejor difunden el *inglés*. Ello pues, en su tiempo, y en los Andes, hicieron también los *chinchas* –como seguramente también los *tallanes* y *chimú*– con el *quechua*.

Pues bien, conjuntamente con la agricultura, la pesca y el comercio, aunque en una escala económica de menor significación, los pobladores de la nación *ica*, hegemónizada desde Chincha, realizaron otras actividades productivas como la minería, y metalurgia, y la textilera y cerámica.

La minería quizá se desarrolló en las zonas altas, en las proximidades del territorio ayacuchano, en Acarí y otras áreas donde las minas y canteras son abundantes. Quizá durante el Imperio Wari los mineros y metalurgistas *icas* aprendieron mucho de sus dominadores *chankas*. Trabajaron el oro, la plata, el cobre y el bronce. Con este último confeccionaron adornos, herramientas y armas <sup>165</sup>.

Durante la dominación Chincha, los hilanderos y tejedores *icas*, herederos de quienes habían confeccionado los afamados mantos *paracas* e *icas*, no eran, por cierto, menos diestros.

Auténticas muestras las ofrecen los tejidos en que emplearon hasta 398 hilos por pulgada lineal <sup>166</sup>. Obra sin par que –como afirma Rafael Larco Hoyle– pone de manifiesto una destreza extraordinaria <sup>167</sup>. La presencia remota del algodón en el área; su vieja escuela hiladero–textil; y la singular calidad de confección que se mantuvo por siglos; sugieren pues que la población *ica* tuvo en ese rubro una amplia ventaja comparativa sobre otros pueblos andinos.

En cerámica no mostraron el virtuosismo de que hicieron gala en los tejidos. Sin embargo, en los vasos, jarras, platos, vasijas y cántaros confeccionados para el uso cotidiano en comidas y bebidas, estuvieron significativa y preponderantemente presentes imágenes textiles y de la actividad pesquera.

Con dichos motivos, en efecto, están decorados muchos utensilios de tales géneros. A

### Ilustración N° 28 Cerámico *chincha* con motivo textil



Fuente:  
– Del Busto, *Perú Preincaico*, p. 315.

su vez, muchos remos de pesca, fueron tallados con trazos textiles <sup>168</sup>.

¿Cómo entender esa obsesiva mezcla e identificación de la textilera con la alfarería y la pesca? ¿Por qué esa mutua devoción?

La hipótesis implícita –harto discutible como veremos–, y a la que ha dado curso la historiografía tradicional, es que entre los *chinchas*, a pesar de cuanto se ha dicho hasta aquí, no se habría dado en el fondo un fenómeno de división del trabajo tan pronunciado como en otras naciones del área andina.

Así, muchos de ellos, o eventualmente todos, alternaban sus actividades agrícolas estacionales con la pesca y el comercio marítimo, complementándolas con trabajo textil y alfarería. Todos, pues, habrían hecho de todo.



Multifacéticos, no habrían sido entonces especialistas en nada.

### Chincha: el subjetivismo en la Historia

Los resultados de esa presunta menor especialización –que Del Busto supone que queda en evidencia en muchos testimonios arqueológicos de Chincha–, dan pie para que esa sociedad, comparada con la *chimú*, sea calificada por él y otros historiadores tradicionales como “organización inferior”<sup>169</sup>.

A la luz de ese epidérmico, insustancial y estrecho criterio, aún “más inferior” que la *chincha* habrían sido entonces las sociedades de Cañete y Tupe, pobladas casi exclusivamente por rústicos soldados–agricultores.

La historia sin embargo atestigua, sin ápice de duda, que la relativamente “inferior” sociedad *chincha* no pudo conquistar nunca a la relativamente “más inferior” sociedad *cañete*. Y atestigua también que mientras la “ultra superior” sociedad *inka* conquistó Chincha casi sólo con el aliento, y al “superior” y enorme Imperio Chimú en sólo unos meses, tardó en cambio largos tres años en conquistar al “más inferior” pueblo *cañete*.

Así, la conceptualmente pobre hipótesis termina dando contraproducentes resultados como estos:

| Sociedad       | “Calificativo”   | Resistencia<br>ante el agresor |
|----------------|------------------|--------------------------------|
| <i>Cañete</i>  | “más inferior”   | 1 000 días                     |
| <i>Chincha</i> | “inferior”       | 150 días                       |
| <i>Chimú</i>   | “superior”       | 90 días                        |
| <i>Inka</i>    | “ultra superior” | 2 días                         |

Es decir, la teóricamente pobre conjetura termina “probando” exactamente lo contrario

de lo que sus mentores imaginaban (y subjetiva y sesgadamente esperaban): mientras más “simple” socialmente es un pueblo –o, si se prefiere, mientras más homogéneo–, más intrínsecamente poderoso.

¿No lo demuestran hoy, por ejemplo, casi todos los pueblos de Europa pero también Japón, por igual “poco” jerarquizados socialmente; por igual homogéneos étnicamente; y en los que a los extremos socio–económicos sólo pertenecen núcleos poblacionales numéricamente marginales, perteneciendo las inmensas mayorías a una sólida “clase media”?

Pero aún cuando ello es abrumadoramente evidenciable hoy –y a lo largo de la historia–, igual se ha rendido –y sigue rindiendo– la historiografía tradicional ante la “magnificencia de los imperios” que, sin embargo, siempre muestran precisamente todo lo contrario: múltiples escalones en la jerarquía social; complejísimos archipiélagos étnicos; y extremos de riqueza inverosímiles, donde el 1 % de la población concentra el 90 % de la riqueza, y el 90 % de aquella el 1 % de ésta. De allí que todos, sin excepción, hayan siempre terminado derrumbándose con estrépito.

A despecho de las deleznable hipótesis implícitas de la historiografía tradicional, ningún pueblo ha admirado jamás a los “grandes imperios” que lo sojuzgaron. Admiración y pleitesía ha habido, sí, pero de manos de las élites de las naciones sojuzgadas. Lo han hecho, siguen y seguirán haciéndolo, con alboroso, desbordante simpatía e inocultable identificación, pero no siempre por devoción, pero sí siempre por interés.

Ello convalida la hipótesis más general de este libro: cada individuo, cada grupo y cada nación defiende y tiene legítimo derecho a defender sus intereses: económicos, materiales, familiares, étnicos, simpatías, aficiones, valores ideológicos y estéticos, etc. Nadie pues podrá negar nunca a las élites hegemónicas y a las élites dominadas el derecho a defender lo suyo, en este caso, sus intereses económicos, políticos, sociales y su espíritu imperial e imperialista, excluyente y segregacionista. A lo que no tienen ningún derecho es a mentir y a divulgar groseramente que el imperialismo es bueno para todos, cuando en verdad sólo lo es para ellos.

Bajo el mismo principio, nadie puede negar entonces tampoco a los pueblos el derecho a luchar por



su libertad y autonomía, y a aborrecer a todos los nefastos imperialismos que los sojuzgan y les expropián la riqueza. Y, por añadidura, nadie puede tampoco negar a los pueblos el derecho a apreciar y estimar los más genuinos espíritus democráticos y libertarios.

Y, finalmente, a lo que tampoco tiene derecho la historiografía tradicional, escudándose en un presunto y hasta hoy nunca probado carácter científico y objetivo–, es a pretender y seguir machacando tozudamente que “su versión de la historia” –elitista y en consecuencia subjetiva e interesada– “es la verdadera”, la única, la que los pueblos deben aceptar a rajatabla y como válida <sup>170</sup>.

### **Chincha: el pueblo y la élite hegemónica**

Pues bien, muy extraña y sospechosamente, la cerámica *ica* durante el período de hegemonía *chincha* no refleja que ese pueblo fuera uno de los grandes adalides del comercio internacional.

¿Por qué ese sesgo? ¿Qué lectura podemos hacer de esa omisión? ¿Es de verdad relevante la pregunta? Sí: parece develar intimidades y debilidades que no muestran explícita ni directamente la forma, ni el color, ni la técnica de producción de la cerámica, en cuya auscultación tanto énfasis ha puesto la historiografía tradicional, y a pesar de lo cual ha llegado a conclusiones tan insustanciales y erróneas.

Veamos entonces nuestra hipótesis, ateniéndonos a dos hechos concluyentes e incontrovertibles: a) Chincha fue durante siglos la mayor sociedad marítimo–comercial de la costa surandina –aún más renombrada y prestigiada internacionalmente que la norteña Chimú–, y; b) sus “textos” –es decir, su cerámica, textilería y otras artesanías–, paradójicamente no reflejan aquello.

¿Por qué decimos “paradójicamente”? Pues porque apriorísticamente hay derecho a suponer que el pueblo *ica* –durante la “Cultura Chincha”– debió expresar y exteriorizar, de todas las formas a su alcance, un legítimo orgullo por el enorme desarrollo comercial internacional, marítimo y terrestre. ¿Por qué no lo hicieron?, cabe entonces preguntarse.

En respuesta, nuestra hipótesis es que la sociedad *ica* durante la hegemonía *chincha* sí habría tenido una profunda división y especialización del trabajo, pero muy sui géneris. Así, sólo dos grandes grupos sociales y económico–productivos asomaban dentro de ella.

Uno era el de los altamente especializados y grandes comerciantes internacionales, que además de dominar el mar y sus corrientes, sus flotas, tripulaciones y puertos; y el amplio territorio andino y sus vericuetos geográficos, y sus grandes tropas de auquénidos; dominaban grandes mercados; así como productos y precios mil, y prestigiosos e importantes contactos comerciales internacionales e idiomas.

Pero también –como refiere Del Busto–, dominaban “la balanza y un completo sistema de pesas y medidas” <sup>171</sup>.

Y el otro sector, por cierto, era pues el de los multifacéticos agricultores–ceramistas–pescadores–textiles.

Uno era pues el grupo de la élite y el otro entonces el de la gran masa de trabajadores de la sociedad *ica*. Casi podría hablarse hasta de castas. Porque difícilmente los integrantes de la masa tenían cómo acceder socialmente a las posiciones de la élite.

Con un lenguaje y enfoque distinto, Del Busto llega a este respecto sin embargo a idéntica e importantísima conclusión. Dice

en efecto que la élite *chíncha*, creó “un poderoso sistema monárquico – burocrático – teológico [...que...], impedía el ascenso social a la masa”<sup>172</sup>.

### **Chíncha: aparición de la “propiedad privada” en los Andes**

Más la especificidad de esta originalísima división económico social del trabajo no era sólo su dicotomía extrema. Sino que ponía en evidencia, además, que la sociedad *ica* fue la primera y única gran nación en los Andes en la que su élite, la élite *chíncha*, fue eminentemente comercial. La diferencia con la sociedad de los *tallanes* fue que en ésta casi todo el conjunto de la sociedad habría estado fundamentalmente orientado al comercio, y no sólo entonces la élite.

Pues bien, el monopolio comercial de la élite *chíncha* representó pues que ella dominaba:

- a) una actividad económica de servicios y productiva;
- b) una actividad económica no agrícola y/o ganadera;
- c) una actividad económica no asociativa;
- d) la actividad económica técnica y tecnológicamente de vanguardia, y;
- e) la tuvo y controló directamente en sus manos.

Pero, no por simple casualidad, era precisamente el sector económico-productivo más rentable y prestigiado y, lo que es más importante, era, para entonces, el sector productivo más moderno, el tecnológicamente de vanguardia.

En el resto de las sociedades e imperios andinos, tanto el conjunto social como las élites fueron eminentemente agrícolas. O ganaderas, como en el caso de las sociedades altiplánicas; salvo Tiahuanaco, donde la agricultura alcanzó un desarrollo extraordinario, aunque históricamente efímero.

No obstante, ya desde Chavín las élites de las grandes naciones e imperios habían dejado de tener directamente en sus manos cualquiera de las grandes actividades productivas asociativas de sus sociedades. Se habían reservado actividades de servicios no productivos, aunque siempre las más prestigiadas y, a la postre, las más remunerativas. En definitiva, las que aseguraban la mayor cuota del poder.

La de Chavín lo hizo controlando en su primera fase el aparato buro-teocrático; y en la segunda el aparato burocrático político-militar. Las de Wari e Inka, monopolizando el control de los aparatos burocrático-administrativo y político-militar. Y otro tanto habría ocurrido en Chimú. Las élites de los *limas*, *cajamarcas*, *huancas*, *cañetes*, etc. monopolizando sus correspondientes pequeños aparatos burocrático-administrativos.

Es decir, salvo en el caso de Chíncha, en todas las demás sociedades andinas, las élites, fueran nacionales o imperiales, dirigiendo, organizando y administrando la agricultura y/o la ganadería, controlaban sectores productivos intrínsecamente asociativos, porque, dadas las limitaciones técnicas y tecnológicas de su tiempo, eran actividades productivas todavía intrínsecamente estacionales: sólo se podía sembrar en una estación, y sólo en ella; y sólo se debía cosechar en otra, y sólo en ella.

Y otro tanto ocurría en el caso de la ganadería: tanto la saca –sacrificio y/o venta masiva de animales–, como la esquila, sólo

podían hacerse en temporadas específicas, y casi exclusivamente sólo en ellas. Así, masivamente pues, o si se prefiere, asociativamente, tenían que realizarse ésta y aquélla.

Las implicancias del carácter estacional y económicamente asociativo de la agricultura y ganadería de entonces –y en gran medida todavía de hoy en los países subdesarrollados– resultaban –y resultan– enormes. Ello representaba, en definitiva, que también era asociativa, social o colectiva la generación del excedente económico que se producía. Por lo demás, de una u otra manera, antes o después, todo el conjunto social era testigo de cuánto excedente había sido finalmente generado.

La generación colectiva del excedente obtenido implicaba, pues, que la apropiación y usufructo de la riqueza producida “debían y podían” también ser colectivos o asociativos. De hecho, toda la sociedad, implícitamente al menos, tenía el legítimo derecho a velar porque así fuera.

Pero –como veremos más adelante–, salvo el idealismo y la fantasía, nada implicaba que la apropiación y usufructo del excedente “tenían”, necesaria e invariablemente, que ser colectivos. De hecho, también en los Andes se dio la apropiación y usufructo elitista y excluyente de la riqueza colectivamente generada. Mas, a su turno, esa apropiación no implicaba que los demás perdieran el derecho implícito de enjuiciar, protestar y hasta de rebelarse contra aquélla práctica marginatoria y lesiva.

Por otro lado, a diferencia de la agricultura y la ganadería, el comercio no ha sido nunca una actividad productiva intrínsecamente estacional. Y menos aún cuando, como en el tiempo de la élite *chíncha*, se controlaba y actuaba en infinidad de mercados: cuando unos estaban vendiendo otros estaban

comprando, y cuando éstos vendían aquéllos compraban; si en un espacio el fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur desataba graves crisis económico–productivas, en otros desataba auges comerciales; así, lo que dejaba de venderse a aquéllos lo compraban éstos.

Pero, a su vez, el comercio tampoco ha sido nunca una actividad necesaria e intrínsecamente colectiva o asociativa. Ha sido y es, por lo general, una actividad productiva grupal y hasta individual. Así, el excedente generado fue también grupal o individual, según los casos. Y, entonces, el derecho implícito a la apropiación y usufructo del mismo era también grupal o individual. Nadie más tenía derecho, ni explícito ni implícito sobre él. Había aparecido, pues, la legítima apropiación grupal y privada del excedente.

Por lo demás, en el comercio, siendo una actividad productiva pero no necesariamente colectiva, nadie más que el protagonista era testigo de sus éxitos, o de sus fracasos. Ya sea que fueran individuales o grupales. En ausencia de testigos, muy rápidamente, la experiencia le mostró al comerciante que siempre era más ventajoso dejar de reconocer sus éxitos, porque despertaban envidia; y dejar de reconocer sus fracasos, porque acarreaban mofa y descrédito. Así, en función de sus legítimos intereses, el comerciante hizo de la “mentira” una práctica indispensable y una política consuetudinaria.

Así –como los *fenicios* y *griegos* en el mar Mediterráneo–, los comerciantes *chínchas* se ganaron también aquí –como muy ilustrativamente se ha visto–, mala fama y desprecio generalizados. Mas, para su fortuna –como también aquéllos–, habían alcanzado la excepcional condición de “indispensables”.

Resta sin embargo aclarar que, ya desde los siglos IX o X, el comercio internacional,

pero por sobremanera el ultramarino, se había convertido en la actividad productiva más moderna, aquella que dominaba las técnicas y tecnologías de vanguardia de su tiempo.

Tal como tres o cuatro mil años antes había ocurrido en el Viejo Mundo, primero con los *fenicios*, luego con los *cretenses* y más tarde con los *griegos*.

Es decir, la principal actividad económico-productiva de los *chinchas* era pues precisamente aquella que había pasado a ser la relativamente más eficiente y rentable. Y, en consecuencia, la que generaba a sus protagonistas los mayores excedentes privada –y legítimamente– apropiables.

Culturalmente formados en un mundo agrícola y mediterráneo, los conquistadores cordilleranos *chankas*, primero, y sus parientes y vecinos *inkas*, más tarde, fueron incapaces de percibir el carácter técnica y tecnológicamente vanguardista y altamente rentable del comercio marítimo internacional. Así, con inadvertida ceguera, los primeros casi expresamente fomentaron el despegue y consolidación comercial de la élite *chinchas*; y los últimos sólo atinaron a seguir dejando esa actividad en aquellas manos extrañas.

Ninguna de ambas élites imperiales, ni en siglos la *chanka* ni en décadas la *inka*, alcanzó a tener conciencia lúcida de su gravísimo error. Quizá sólo cuando agonizaban se habrían percatado de que habían criado los cuervos que contribuyeron a sacarles los ojos. Ya era muy tarde cuando repararon en que, en grave error, habían incubado el germen de la “traición” final de los *chinchas*.

Para terminar, mencionemos pues –porque habremos de desarrollarla más adelante– la que creemos era la última implicancia de la apropiación privada de la riqueza generada por la actividad comercial: virtualmente creaba la imposibilidad de financiar grandes *mitas* masivas para grandes obras públicas, ya

fuera del tipo “gasto” (G) y/o del tipo “inversión” (I).

Así, los siguientes cuadros parecen ser una buen extracto de lo que en este acápite hemos venido expresando:

#### Actividades productivas en Proyectos Nacionales

|                              | Agricult. | Ganad. | Com.   |
|------------------------------|-----------|--------|--------|
| Producción                   | Social    | Social | Social |
| Generación de excedentes     | Social    | Social | Social |
| Derecho sobre los excedentes | Social    | Social | Social |
| Usufructo de los excedentes  | Social    | Social | Social |
| Uso de los excedentes        | I > G     | I > G  | I > G  |
| Ejemplo en los Andes         | Cañete    | Pukará | Tallán |

#### Actividades productivas en Proyectos Imperiales

|                              | Agricult. | Ganad.     | Com.    |
|------------------------------|-----------|------------|---------|
| Producción                   | Social    | Social     | Priv.   |
| Generación de excedentes     | Social    | Social     | Priv.   |
| Derecho sobre los excedentes | Social    | Social     | Priv.   |
| Usufructo de los excedentes  | Social    | Social     | Priv.   |
| Uso de los excedentes        | G > I     | G > I      | G > I   |
| Ejemplo en los Andes         | Chavín    | Tiahuanaco | Chincha |

Entre tanto, pues, la élite *chinchas* había dejado el resto de las “bagatelas productivas” en manos del “populacho”. Es probable entonces que fuera esa discriminación la que diera origen a que los versátiles artesanos *icas*, en réplica, como reacción de rechazo a ese injusto modelo societal, se negaran a dejar a la posteridad el “retrato cerámico y/o textil” de los exitosos negocios de quienes los dominaban y excluían.

Era entonces precisamente ese injusto orden social la razón de la debilidad intrínseca de la sociedad *chinchas*. La élite comercial intuía que, llegada una prueba de fuego, la gran masa de la población la abandonaría a su suerte, para que defendiera, por sí misma, los privilegios exclusivos que había acaparado en esta etapa de su historia. De allí que, cuando efectivamente más tarde se presentó en toda su crudeza la amenaza *inka*, “enviaron sus embajadores suplicando al Inca los perdonase y recibiese por súbditos...” –como nos ha dicho ya Garcilaso–<sup>173</sup>.

La patética escena se repetiría, casi idéntica, un siglo más tarde ante los conquistadores españoles en Pachacámac.

En efecto, cuando De Soto llegó a ésta y ordenó que se apersonaran con oro y plata los *kurakas* de los pueblos del entorno, llegando uno en representación de Mala, otro por Yauyos, un tercero por Cañete, etc., destacó el hecho de que el gran *kuraka* de Chíncha –que nadie atina a decir cómo y cuándo dejó a su suerte al Inka rehén–, se presentó nada menos que “acompañado por diez principales” –como precisa Del Busto recogiendo al cronista Estete<sup>174</sup>–.

Como para que ni De Soto, Estete, y luego Pizarro, ni nadie, dudara de nada. Y como para que la señal se esparciera como reguero de pólvora por todos los Andes. “¡He ahí el aliado!”, resultó siendo entonces la señal implícita, aunque categórica.

Pues bien, nuestra hipótesis sobre la original división social del trabajo en Chíncha, conduce a un nuevo y probablemente también sui géneris fenómeno en los Andes. En efecto, hasta entonces el grueso de los excedentes en las sociedades andinas era de origen agropecuario. Con él se solventaba en el resto del territorio las jornadas de trabajo masivo –*mitas*– con las que se ejecutaron grandes construcciones.

El excedente del comercio marítimo internacional de Chíncha era, en cambio, absolutamente distinto: productos raros y costosos para los que en esta etapa prácticamente no había mercados tras la caída de Wari.

Larga y muy lenta debió ser pues la recuperación de los mercados que habrían de sustituir a Wari. Entre tanto, y durante buen tiempo, los excedentes obtenidos no eran sino proporcionalmente magros. Y, como se ha visto, no eran susceptibles de usufructo

colectivo sino privado. De allí que Chíncha no pudo exhibir las grandes realizaciones materiales colectivas con que, por ejemplo, deslumbraron los *chimú* en igual espacio de tiempo –desde su común liberación de Wari–.

No obstante, la comercial élite de mercaderes de este período concentró en su sede central en Chíncha (Tambo de Mora) la mayor proporción del discreto excedente total que logró materializarse en la nación.

Resulta sin embargo lógico presumir que buena parte de los excedentes no materializados en el territorio, eran atesorados por la élite bajo la forma de joyas, perlas y utensilios de oro y plata.

Así, mucho de lo acumulado hasta el siglo XV, habría formado parte del botín de guerra que tomaron los sorprendentes conquistadores *inkas*. Y mucho de lo que –sin duda a espaldas de éstos– atesoró la élite *chíncha* durante la vigencia del *Tahuantinsuyo*, vía la colecta de Pachacámac, y en manos de De Soto, terminó en la fundición de los 5 993 kilos de oro que logró reunir Pizarro en Cajamarca –y mucho más que eso, en los saqueos posteriores–.

### **Chíncha y su población: enjuiciamiento a la crítica**

Hacia el siglo XV, en el valle de Chíncha habría residido una población de algo más de 100 000 habitantes, cuya distribución hipotética mostramos en el Cuadro N° 6 (en la página siguiente).

En su época el cronista Lizárraga reportó 100 mil personas<sup>175</sup>; y Torero habla de 100 a 150 mil habitantes<sup>176</sup>. Las cifras son pues razonablemente consistentes, pero hemos preferido optar por las más discretas.



**Cuadro N° 5**  
**Población *chinha***

| Composición     | Urbana        | Rural         | Total          |
|-----------------|---------------|---------------|----------------|
| Niños y jóvenes | 16 000        | 26 200        | 43 200         |
| Hombres         |               |               | 29 000         |
| Pescadores      | 10 000 a/     |               |                |
| Agricultores    |               | 12 000 b/     |                |
| Mercaderes      |               | 6 000 b/, c/  |                |
| Otros           | 1 000         |               |                |
| Mujeres         | 11 000        | 18 000        | 29 000         |
| Ancianos        | 2 000         | 3 300         | 5 300          |
| <b>Total</b>    | <b>40 000</b> | <b>65 500</b> | <b>105 500</b> |

Elaboración propia.

Fuentes:

a/ Kauffmann, **Manual...**, p. 519.

b/ Rostworowski, **Mercaderes...** (separata citada).

c/ Si se incluyeran –con sus esposas e hijos– como parte de la población urbana, ésta se habría elevado hasta 61 800 habitantes, cifra difícilmente aceptable.

La anotada población urbana del valle de Chíncha, concentrada mayoritariamente en Tambo de Mora, pero también en pequeños poblados como Pozuelo, Sunampe y Tacaraca, habría representado aproximadamente un 38 % del total. Del Busto menciona 30 000 habitantes en Tambo de Mora<sup>177</sup>. Hay pues también una razonable consistencia.

La historiadora peruana Liliana Regalado –como se vio en páginas anteriores–, se sorprendió ingratamente de nuestras cifras demográficas, expresando no tener “idea de dónde se ha obtenido cálculos tan precisos...” –según dijo–.

No era difícil tener una idea de cuál había sido nuestro recorrido para llegar a ellas: a) los totales figuraban desde décadas y hasta siglos en los libros; b) varios importantes datos parciales, también –en el cuadro se anota escrupulosamente las fuentes–; c) el dato de la población urbana de Tambo de Mora lo había proporcionado Del Busto desde tiempo atrás, y en este caso, dadas las características especialísimas de la actividad urbano–comercial de Chíncha, era razonablemente consistente con el total general que siglos atrás había registrado el cronista Lizárraga, y; d)

nuestra única hipótesis fue que la distribución por grupos de edad de Chíncha fue la misma del Perú subdesarrollado de la mitad de este siglo. Las demás cifras no son, pues, sino simples deducciones aritméticas, cuya mayor sofisticación fue aplicar simples reglas de tres.

La absurda, injustificada y desproporcionada crítica contra nuestras cifras debió ser, entonces, una aireada y justificada autocrítica profesional: “¿por qué no hicimos esos mismos cálculos antes, si era tan sencillo?!”. Todavía hay tiempo de hacerlo. No sólo para revisar, afinar y eventualmente corregir esas cifras, sino porque miles de datos cuantitativos están aún escondidos entre los más viejos textos de Historia, en espera de ser rescatados (cuando los historiadores tradicionales le pierdan el “temor” a los números y/o cuando descarten del todo su anticientífica fobia contra ellos, y/o cuando se tenga conciencia de que lo cuantitativo ayuda profundamente a la comprensión de lo cualitativo).

Mas, como en los restantes valles dominados por los *chinchas* la población era casi exclusivamente rural, la de sus centros poblados era pues virtualmente toda la población urbana de la nación *ica* de entonces. Asumiendo que en el resto de la nación se daban las mismas proporciones por grupos de edad y sexo, la población total de la nación *ica*, que asumimos en no más de 500 mil personas, habría estado compuesta entonces como se indica en el cuadro siguiente.

**Cuadro N° 6**  
**Población total de la nación *ica***

| Composición     | Urbana        | Rural          | Total          |
|-----------------|---------------|----------------|----------------|
| Niños y jóvenes | 16 000        | 184 000        | 200 000        |
| Hombres         | 11 000        | 126 500        | 137 500        |
| Mujeres         | 11 000        | 126 500        | 137 500        |
| Ancianos        | 2 000         | 23 000         | 25 000         |
| <b>Total</b>    | <b>40 000</b> | <b>460 000</b> | <b>500 000</b> |

Elaboración propia. El valor de las cifras debe considerarse en orden de magnitud.

Así, siempre en el siglo XV, la población urbana total de la nación *ica* habría sido del 8 % de la misma (cifra que es consistente con la que resulta de comparar la población estimada de Chan Chan –100 mil habitantes– con la población total estimada de la nación *chimú* –1 500 000 personas–).

El cuadro sin embargo muestra también que el contingente máximo de posibles *mitayos* –hombres adultos– de que podía disponer la élite *chincha* era del orden de 137 500 personas (27,5 % del total de la población de la nación). Ese conjunto sí era significativamente menor que el que –aplicando el mismo porcentaje–, podía disponer la élite *chimú* al interior de su propia nación, esto es, antes de emprender sus conquistas: algo más de 400 000 varones adultos.

Es decir, la élite dirigente de la nación *ica* sólo podía disponer de un tercio de la capacidad de trabajo físico de que disponía su homóloga *chimú*. Más aún: el limitado volumen de excedente de que era capaz la economía *ica* impedía movilizar esos brazos tanto como seguramente hubiera querido hacerlo la élite dirigente.

Todo ello permite entender por qué en esa área de la costa sur no se dio el fenómeno de concentración materializada de excedente, en una magnitud tan grande como la que se dio en el valle de Moche, y cuya mejor evidencia es Chan Chan.

Los “números”, pues, aunque sólo fuera a título de simple conjetura o hipótesis, permiten llenar vacíos muy grandes. Y, tanto o más importante, ayudan a la postre a enriquecer el análisis y a llegar a conclusiones más solventes.

El complejo arquitectónico de Tambo de Mora, que incluye el “Centinela”, la “Cumbre” y las “Huacas”, no resiste comparación con Chan Chan. En dimensiones y en acabados, Chan Chan es el resultado de una con-

centración de esfuerzo y riqueza de magnitud inmensamente mayor, dada la mayor capacidad de generación excedente y la mucho mayor cantidad de brazos de que pudo disponer la élite *chimú*.

Tambo de Mora, como Chan Chan, son, sin embargo, las únicas grandes realizaciones urbanas en sus respectivas naciones. Es decir, a cada una de estas naciones correspondió un sólo centro al que convergía la riqueza que se creaba en el resto del territorio. Centro que en ambos casos corresponde, no por simple casualidad, al lugar de residencia del grupo de poder.

En Tambo de Mora destaca la presencia de palacios, fortalezas y templos <sup>178</sup>. Ello muestra que el comparativamente magro excedente generado en la nación *ica* fue administrado por la élite de Chíncha, preferentemente, también con criterio consumista, centralista, urbano, ostentoso y oligárquico.

Ha quedado sin embargo, aunque aparentemente como el único ejemplo de inversión en el área, un gran sistema de irrigación en la parte alta del valle de Pisco <sup>179</sup>, a más de 40 kilómetros de Chíncha y separado de ésta por una franja desértica.

¿Por qué en el valle de Pisco y no en el de Chíncha? ¿Quién y cuándo ejecutó esa valiosísima inversión? ¿Acaso el propio pueblo *pisqueño*, antes de que cayera bajo la hegemonía de Chíncha? ¿No resulta coherente esta conjetura? Porque nada sugiere que la élite urbana y marítimo–comercial de Chíncha hubiera volteado algún día a atender las expectativas e intereses de los agricultores de Pisco, Ica, Palpa, ni de Nazca, y acaso ni del propio valle de Chíncha. No obstante, la obra ha quedado como evidencia rotunda de la conciencia en los pueblos de alternativas más productivas que la del despilfarro en la utilización del excedente.

Así, puede sostenerse que de una u otra manera, con mayores o menores niveles de conciencia, virtualmente todos los años al final de cada cosecha, todos los pueblos advirtieron de la necesidad de decidir sobre el destino del excedente: consumo y/o inversión.

## El Estado y el dilema consumo – inversión

Los grupos y naciones tenían población numerosa. Dispersa en territorios más o menos grandes, en muchas de cuyas distintas porciones existían serios problemas de acceso. Esos factores atentaban contra la adopción de formas deliberantes y plebiscitarias para decidir el uso del excedente. No todos los habitantes, pues, tenían posibilidad efectiva de participar en las decisiones.

Los pueblos, sin embargo, desde muchos siglos atrás, conocían mecanismos de delegación del poder: estaban organizados jerárquicamente. Era a los dirigentes, entonces, a quienes correspondía decidir sobre el uso del excedente, en representación del conjunto de su sociedad.

La relación “kuraka – resto del pueblo” no era igual en todo el espacio andino. En algunos pueblos, en efecto, el *kuraka* era “uno más” de los habitantes. Es decir, había una relación igualitaria, simétrica, entre él y aquellos a quienes lideraba y representaba. En estos casos se daba una típica configuración social homogénea en la que, por lo general, el *kurakazgo* era rotativo. Un ejemplo paradigmático y especialísimo de este tipo fue quizá el del pueblo *cañete*.

En los pueblos y naciones más numerosas la situación era casi siempre distinta a la descrita. La cúspide del poder la ocupaba ya no una persona, sino un grupo: la élite dirigente,

en cuyo más alto sitio se ubicaba un gran *kuraka*.

De la historia de la élite dirigente de Chíncha se dice que el *kuraka* gobernante al momento de la conquista *inka* habría sido Guavía Rucana –según refiere Del Busto<sup>180</sup>–. Ese nombre, como se sabe, provino de versiones orales recopiladas por los cronistas españoles.

Más entre éstas y el momento en que se había producido la conquista *inka* de los *chinchas* habían pasado tanto como 120 años. Se interponían, pues, no sólo el tiempo, sino la influencia de los usos y costumbres *inkas* y su idioma, y las distorsiones fonéticas en las que seguramente incurrieron los propios cronistas y los intérpretes nativos a los que recurrieron.

“Rucana” no es sino una deformación de “lucanas”, gentilicio del pueblo –hoy ayacuchano– de las alturas al este de Nazca (véase el Mapa N° 25, pág. 241). Es pues muy poco probable que un *lucanas*, cordillerano mediterráneo, haya llegado a ser el gran *kuraka* de los *chinchas* durante el apogeo marítimo-comercial de éstos. Parece entonces un dato poco confiable. Más probable es, en cambio, que Guavía Rucana hubiera sido *kuraka* de los *nazcas*, por ejemplo.

En las grandes naciones los máximos gobernantes de este período muy probablemente ya no tenían carácter rotativo. Es más verosímil que fueran vitalicios y hereditarios.

Desde muy antiguo se había establecido una relación asimétrica, inequitativa, entre las élites y el resto de los pobladores de cada nación. Era el caso de las sociedades configuradas en estratos. En ellas se marcaba y reconocía con claridad las diferencias de derechos y obligaciones de los miembros de los diversos estratos.

Eran sociedades jerarquizadas en las que la inequidad se reflejaba, precisamente, a la hora de administrar el excedente generado por toda la sociedad. El caso de la sociedad *chimú* fue quizá el más representativo de este género.

La división social en estratos implicaba, entre otras cosas, insistimos, que cada uno de los grupos o estratos tenía, objetiva y necesariamente, un conjunto de intereses distinto de otro:  $I_K \neq I_E \neq I_C$ . Además, el conjunto de intereses del grupo dirigente era, siempre, mayor que los conjuntos de intereses de los grupos dirigidos:  $I_K > I_E > I_C$ .

Con intereses distintos cada grupo tenía, entonces, conjuntos distintos de objetivos:  $O_K \neq O_E \neq O_C$ . Sus respectivas aspiraciones no eran pues las mismas y menos idénticas.

Así, cada vez que había que decidir el uso de la producción excedente, se estaba, involuntaria pero ineludiblemente, frente a por lo

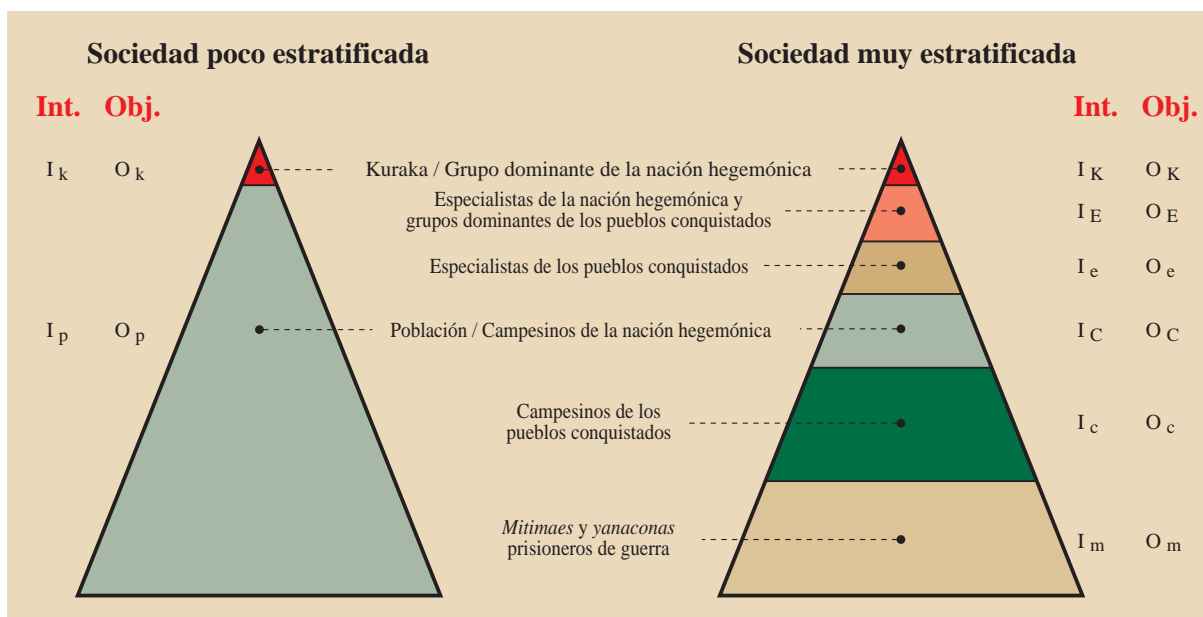
menos dos disyuntivas sucesivas: a) consumo vs. inversión –con infinidad de soluciones alternativas–, dependiendo de cuánto se destinaba a ésta y/o a aquél, y; b) alcanzar los objetivos del grupo dirigente, o, en su defecto –y también con todas sus variantes posibles– los objetivos de todos o algunos de los otros grupos sociales.

La decisión final aparecía después de enfrentar hasta dos series de respuestas alternativas –en típicos árboles de decisión–. Por lo general eran procesos casi mecánicos. No siempre los protagonistas eran concientes de la racionalidad con que actuaban cada vez que tomaban una decisión.

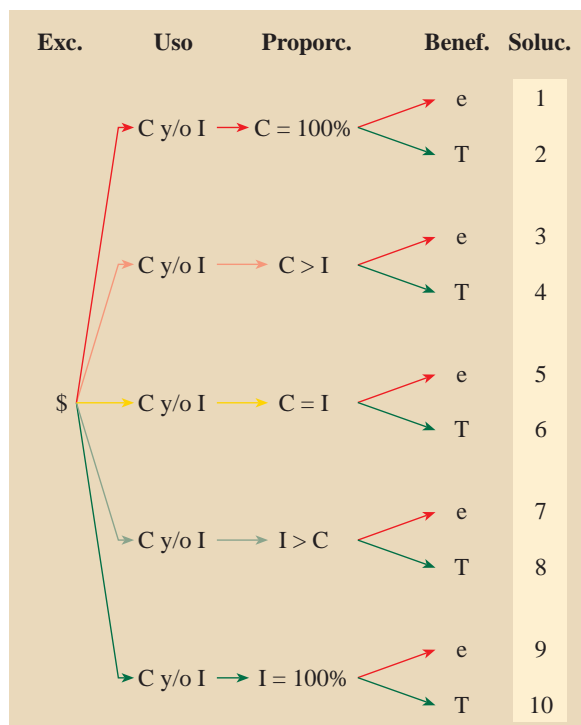
A la postre, concientemente o no, los dirigentes resolvían sus disyuntivas siguiendo un esquema lógico como el que se presenta en el Gráfico N° 49.

- Dado que el excedente sólo puede tener dos usos –y nada más que dos–: consumo

**Gráfico N° 48**  
**Intereses y objetivos en la estratificación social**



**Gráfico N° 49**  
**Diagrama básico de alternativas y opciones de consumo e inversión**



(C) o inversión (I), la primera disyuntiva era definir en qué proporción se usaba el excedente disponible para cada uno de esos propósitos: ¿todo a consumo?, o, ¿cuánto a éste y cuánto a inversión?

- Y luego –a través del destino específico del excedente–, quedaba definido qué grupo (o grupos) resultaban finalmente beneficiarios: la élite dirigente (“e”), ella y otro grupo, o toda la sociedad (“T”).

Es decir, implícita pero indefectiblemente, se tenía que optar entre alcanzar los objetivos de unos, otros o todos los miembros de la sociedad. Muy difícilmente –quizá sólo por excepción– se daban soluciones transaccionales, de concertación. Así, aunque inadvertidamente, cada vez que se tomó una decisión se adoptó por una de entre no menos de diez soluciones posibles.

Una de ellas, por ejemplo, era la solución final “3”: destinar la mayor proporción del excedente a consumo ( $C > I$ ). Piénsese en los casos en que, al finalizar la temporada agrícola, se tomaba la decisión de destinar el 70 % del excedente a solventar la construcción de un nuevo palacio para el *kuraka* (consumo indirecto ostentoso), y el restante 30 % dedicarlo, por ejemplo, a concretar la construcción de andenes o canales de riego.

En esas circunstancias, y a menos que se reconsiderara la decisión adoptada, habían quedado efectivamente desechadas nueve posibles soluciones, entre ellas, por ejemplo, la solución “8”: aquella en que, para beneficio democrático de toda la población (T), el excedente se destinaba más a inversión reproductiva (andenes, canales de irrigación, etc.) que a consumo improductivo ( $I > C$ ).

Es decir, considerando sólo tres variables –uso, proporcionalidad de la distribución y beneficiarios–, la utilización del excedente tenía un amplio espectro de soluciones posibles, y no sólo las diez que esquemáticamente hemos presentado. De hecho, muchas de las “soluciones básicas” encierran un conjunto de matices.

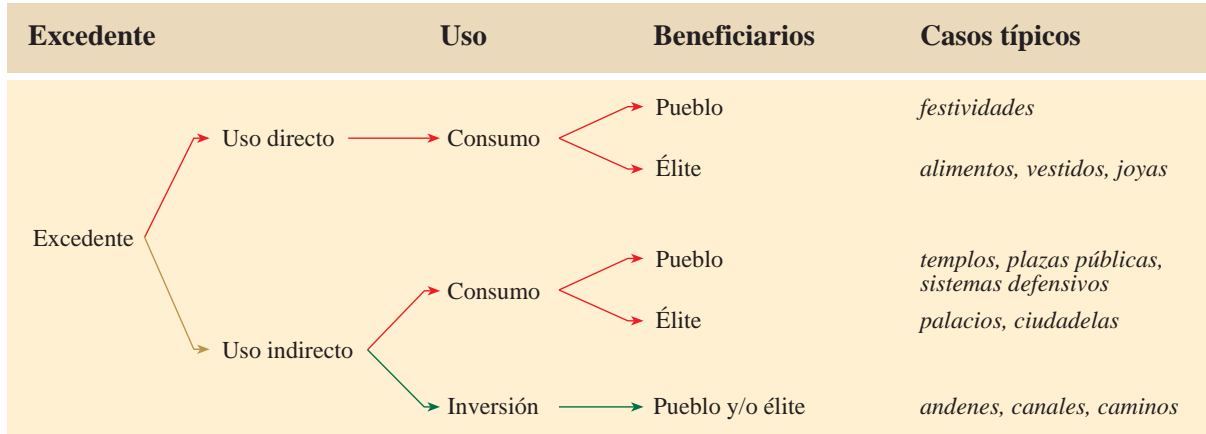
Así, en la solución “8”, si bien se da énfasis a la inversión sobre el consumo en beneficio de toda la población, no se obtendrían los mismos resultados destinando al consumo el 40 % del excedente que, por ejemplo, destinando sólo el 5 %.

De allí que, en ese sentido, cualquier solución que se adoptara no fue nunca la única disponible. Y, menos aún, la “decisión natural” –como implícitamente dejan entrever generalmente los textos de Historia, cuando presentan las realizaciones ostentosas de muchas civilizaciones, como si hubieran sido las únicas posibilidades de destino de los excedentes generados por sus pueblos.



### Gráfico N° 50

## Alternativas tradicionales de consumo e inversión en los Andes



En los Andes –como muestra el Gráfico N° 50–, los distintos usos que se dio a los excedentes tuvieron muy diversos destinos, ya fuera como consumo o como inversión.

Mas a diferencia de lo que había ocurrido en los períodos de dominación imperial –Chavín y Wari–, en los períodos de autonomía, cualesquiera fueran las combinaciones consumo–inversión que se adoptase, todas tenían un importante común denominador: el excedente, al fin y al cabo, se utilizaba dentro del propio territorio del pueblo o de la nación en cuestión.

Haciendo uso interno del excedente, los pueblos fueron alcanzando mayor desarrollo

material. Y la población andina creció hasta llegar posiblemente a más de siete millones de habitantes en los albores del siglo XIII –según presentamos en el Cuadro N° 7–.

Éste es el primer cuadro en el que, para efectos comparativos, hemos podido incorporar la población de Europa (que presumiblemente era sólo la de Europa Occidental) <sup>181</sup>.

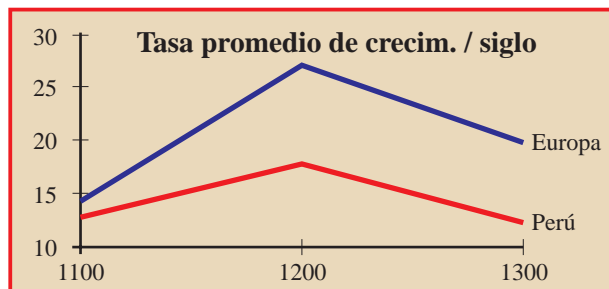
No debe extrañarnos la gran similitud en la forma de las curvas que grafican la evolución de las tasas promedio de crecimiento y decrecimiento por siglo de las poblaciones. Al fin y al cabo –como se ha dicho bastante atrás–, la curva de evolución de la población andina ha sido construida a partir de la correspondiente de la población mundial.

La brecha entre las curvas, o si se prefiere las mayores tasas de crecimiento en Europa, reflejan el

### Cuadro N° 7

## Población 1 000 - 1 400 : Perú - Europa

| Año aC | Población (millones) |        | Tasa prom. crec. / siglo |        |
|--------|----------------------|--------|--------------------------|--------|
|        | Perú                 | Europa | Perú                     | Europa |
| 1 000  | 5,5                  | 42,0   | 12,7                     | 14,3   |
| 1 100  | 6,2                  | 48,0   | 17,7                     | 27,1   |
| 1 200  | 7,3                  | 61,0   | 12,3                     | 19,7   |
| 1 300  | 8,2                  | 73,0   |                          |        |
| 1 400  | 9,2                  |        |                          |        |



significativo mayor avance en alimentación, higiene y medicina que hacia esos siglos había alcanzado Europa en comparación con el mundo andino.

Como también se ha visto antes –cuando hablábamos del Fenómeno océano–atmosférico del Pacífico Sur, y cuando hablábamos de la caída del Imperio Wari–, la caída de la población europea en el siglo XIII –entre 1200–1300 dC–, habría estado relacionada con graves alteraciones climáticas que, en aquella área del planeta, habrían empezado a manifestarse desde 1240.

Si el fenómeno –como bien puede presumirse–, fue de alcances planetarios, también entonces la población andina habría comprensiblemente decrecido. Así, tendría pues asidero objetivo asumir que efectivamente ese descenso poblacional se produjo también en los Andes, como lo señalan las cifras y la curva.

El avance técnico que se acumuló en agricultura, ganadería, pesca y minería durante los siglos XI y XII permitió que, cada vez en menos tiempo, o con la participación de menos trabajadores, pudiese extraerse o producirse todo lo que la población y los mercados de trueque demandaban. Cada vez fue mayor el tiempo de ocio y creciente el número de trabajadores, días y horas de que podían disponer los *kurakas* y las élites para la ejecución de obras.

El trabajador desruralizado se hizo ciudadano, ya sea como artesano o como constructor. Y sin participar más en el proceso de producción de alimentos, tenía garantizado el sustento con el excedente agrícola o ganadero que generaban los productores rurales.

Los constructores, como los soldados, oficiales, sacerdotes y otros especialistas, formaban ahora parte del aparato estatal que de hecho había quedado formado.

De manera imperceptible se había estado concretando pues otro cambio en la sociedad: la vieja y primigenia relación “familia–jefe–familia” había pasado por “pueblo–kuraka–pueblo”, y, al cabo de muchos siglos,

devino en “nación–kuraka–nación”, para terminar en una relación “nación–Estado–nación”.

Mas el tránsito “jefe de familia → kuraka → grupo dirigente → Estado” no fue un proceso de simple y caótica agregación de gentes y de responsabilidades. Mucho tiempo atrás, el *kuraka* había organizado, a partir de él y en torno a él, al grupo dirigente. Y, de la misma manera, a lo largo de siglos, el grupo dirigente organizó en torno a sí el aparato estatal.

En éste el *kuraka* ocupaba la posición más alta. Sus allegados, relacionados familiarmente, desempeñaban los puestos de mayor jeraquía. Y conforme decrecían las responsabilidades, decrecía el estrato social al que pertenecían los componentes del aparato estatal. Es decir, y como no podía ser de otra manera, el Estado reproducía la estratificación que se daba en el conjunto de toda la sociedad.

Resultaban remotos los tiempos en que el sustento y los pequeños privilegios del *kuraka* del *ayllu* representaba sólo una fracción pequeñísima del excedente que creaba un pueblo. El Estado, en cambio, para el sustento de sus numerosos componentes, absorbía ahora porcentajes cada vez mayores de recursos económicos. Y con eso quedaba asegurado que, por lo menos en la fracción corres-



pendiente al sustento de los gastos del Estado, gran parte del excedente tendría como fin el consumo, en detrimento cada vez mayor de las disponibilidades para inversión.

En las nuevas circunstancias, era pues el aparato estatal el que decidía, en nombre del conjunto de la sociedad, el uso del excedente. Y en ese naciente Estado, la responsabilidad decisoria más importante recaía a su vez en el grupo dirigente, con el *kuraka* a la cabeza.

Así, la responsabilidad y los derechos colectivos habían quedado finalmente individualizados: el Estado decidía en nombre de toda la Sociedad; la élite en nombre del Estado; y, en definitiva, el *kuraka* en nombre de la élite.

A la postre, pues, el *kuraka* –con a lo sumo su entorno inmediato (no siempre honesto, no siempre sensato, no siempre objetivo)– decidía en nombre de toda la Sociedad. Cómo negar que en dicha presunta “representación” o “delegación de funciones” estaba la esencia misma de cuantas sesgadas, arbitrarias y privilegiadas decisiones se tomaban –y toman–.

Era esa élite la que decidía las distintas modalidades de uso directo (o consumo propiamente dicho), al cual destinar una parte del excedente: consumiendo alimentos y bebidas en festividades públicas; proporcionando vestidos y otras prendas finas trabajadas por artesanos estatales; y produciendo joyas por mediación de mineros, metalurgistas y orfebres estatales, o adquiriéndolas de fuera. En todos los casos, para el uso de la élite y el *kuraka*.

En nombre del Estado, el mismo grupo dirigente decidía, además, las formas de uso indirecto del excedente. Ya sea disponiendo la construcción de obras que a la postre significaban formas indirectas de consumo,

público o privado, como los templos, palacios o fortalezas. O decidiendo la materialización de inversiones, es decir de obras que potencialmente eran capaces de generar otra vez excedente: andenes, canales de riego o caminos por ejemplo.

Definiendo los diversos usos y las proporciones de excedente que se destinaba a cada uno de ellos, el *kuraka* y el grupo dirigente estaban también decidiendo de hecho –y aunque no necesariamente de modo explícito–, quiénes iban a ser los beneficiarios. O –reiteramos–, cuál o cuáles iban a ser los grupos cuyos objetivos habían sido implícitamente privilegiados.

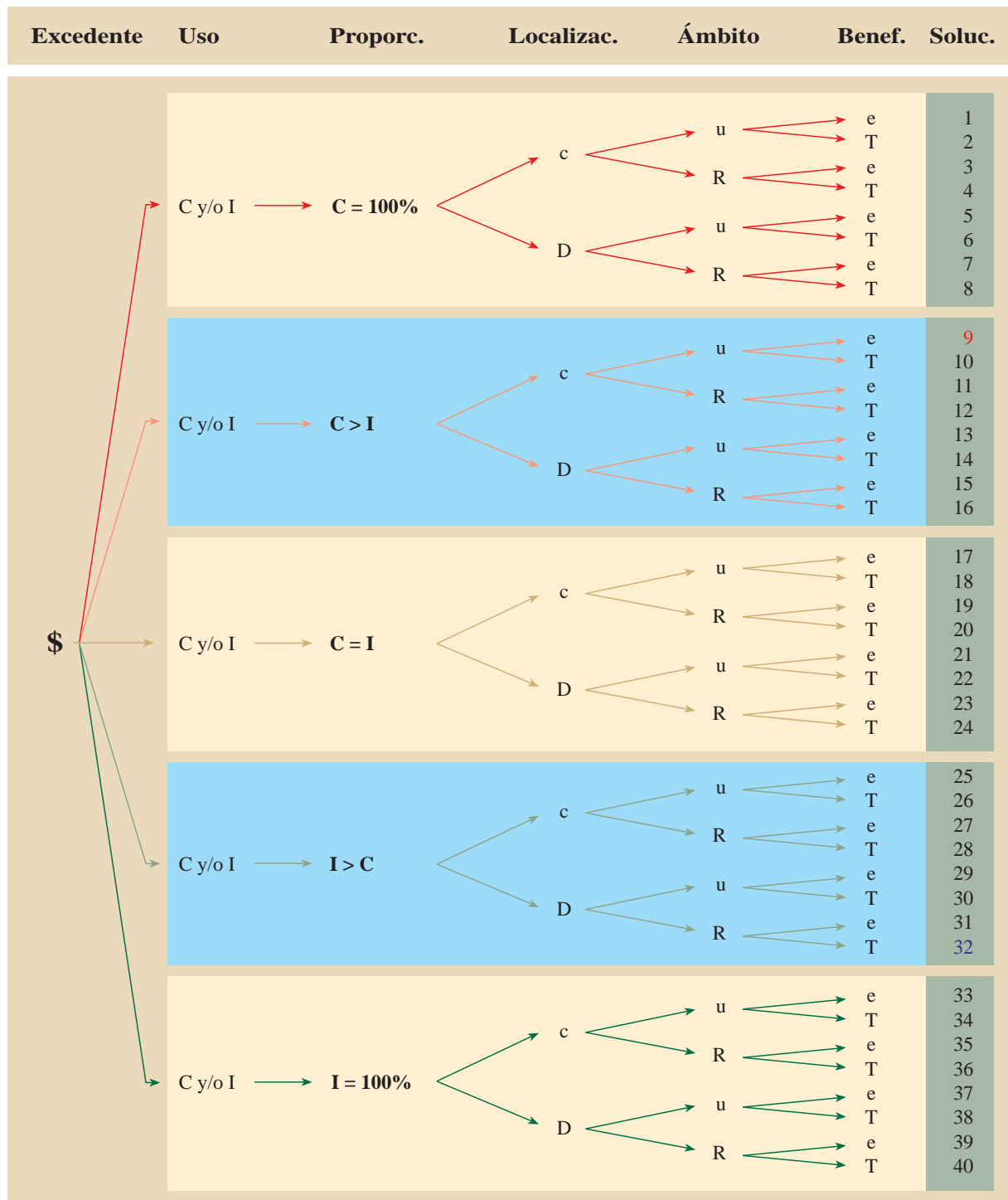
La ubicación geográfica de las obras tenía gran implicancia en los pueblos y naciones: beneficiaba directamente a los pobladores del área circundante a donde se materializaban, y, de manera indirecta –o, simple y llanamente, no los beneficiaba–, a los de las áreas alejadas.

Esa localización de las obras podía hacerse dando énfasis a la dispersión en el territorio o a la concentración en un área determinada. Mas no era suficiente hacer la discriminación geográfica. Escogida la localización era necesario decidir si la obra se ubicaría en el ámbito rural o en el urbano del territorio seleccionado. Sólo después quedaba definido –de hecho– qué grupo de la población sería, directa y finalmente, beneficiario de la obra.

La incorporación de estas dos nuevas variables –localización (dispersa o concentrada) y el ámbito (rural o urbano)– aproxima cada vez más el “Diagrama de alternativas y opciones de consumo e inversión” a su versión más verosímil.

Así, las que en la versión original (Gráfico N° 49, pág. 267) eran diez soluciones

**Gráfico N° 52**  
**Diagrama desarrollado de alternativas y opciones de consumo e inversión**



posibles, resultan entonces en no menos de cuarenta posibilidades, por cada una de las cuales realmente podía optarse.

Si se optaba por ejemplo por construir un reservorio de agua en el centro geográfico de la nación, en esa ubicación, la obra no cum-

plía el mismo objetivo si se erigía en el ámbito rural, con fines agrícolas, o si se construía en el ámbito urbano. Y si se optaba por esto último, los beneficiarios no serían los mismos si el reservorio se destinaba para abastecer de agua a la élite o, en vez de ello, al resto de la población citadina.

Para la construcción de una vía o de un edificio se seguían, aunque no deliberadamente –insistimos–, los mismos pasos. Al final, la vía podía servir a toda la sociedad o sólo a un grupo de ella. Si se emprendía la construcción de un palacio, era evidente que éste iba a servir sólo y directamente al *kuraka* y al grupo que lo rodeaba. El resto de la población sólo podía resignarse a “usufructuar” del prestigio que la magnitud de la obra eventualmente reportaba en comparación con las de los pueblos vecinos.

Cuando el Estado, a través de la élite que lo controlaba, decidía qué construir, estaba pues decidiendo acercar o no a los distintos grupos de su sociedad, a la materialización o postergación de sus objetivos. Y así, de manera generalmente sutil, muchas veces rodeado de discursos engorrosos y encubridores, estaba decidiendo qué grupo o grupos obtendrían mayores beneficios, y cuáles quedaban postergados.

Cada vez que el naciente Estado optó por una obra, estuvo beneficiando más a un grupo que a otro. O beneficiando a un grupo y perjudicando a otro u otros. Ello era objetivamente así, independientemente de si los *kurakas* y el resto del grupo dirigente eran o no conscientes de ello.

Frente a un espectro tan amplio de disyuntivas como las que muestra el último “Diagrama desarrollado de alternativas y opciones de consumo e inversión” (Gráfico N° 52), ¿optaron de manera azarosa, unas veces por una solución y otras por una muy dis-

tinta? ¿O, por el contrario, fueron consistentes y recurrentemente adoptaron siempre la misma solución o el mismo conjunto básico de soluciones?

¿Actuaban de manera arbitraria, de modo tal que los beneficios que se alcanzaban en unas ocasiones quedaban neutralizados con los perjuicios o postergaciones en otras? ¿O, por el contrario, fueron coherentes y adoptaron soluciones de las que al menos un grupo obtenía siempre beneficio?

De hecho, fueron consistentes y coherentes. Mas, ¿a la luz de qué criterio las decisiones que cotidianamente se tomaron a lo largo de esos siglos fueron consistentes y coherentes?

En condiciones de libertad o autonomía nacional, las élites dirigentes, como cualquier otro grupo humano, decidían y actuaban en función de sus intereses y objetivos. Cada vez que estaban frente a una disyuntiva, optaban pues de manera tal que quedarán protegidos “sus” intereses y pudieran alcanzar “sus” objetivos.

Así, coherentes y consistentes consigo mismas –aunque siempre en la miope perspectiva del corto plazo–, las élites se beneficiaron, larga y sistemáticamente, por encima del resto de sus sociedades.

De ese modo, hacia el siglo XII dC muchos dirigentes pertenecían a minorías que cada vez se diferenciaban más del resto de sus respectivas naciones, acentuando su carácter urbano. Sus intereses eran discriminatoria y eminentemente ciudadanos. Y, por consiguiente, sus objetivos eran también segregacionistamente urbanos.

En la disyuntiva consumo / inversión, los grupos dirigentes –ahora entendemos bien por qué–, por lo general optaron, reiterativamen-



te, por una fórmula que dio énfasis al consumo, geográficamente concentrado, de carácter urbano, y dirigido, fundamentalmente, en beneficio de sí mismos. Esto es, por la opción “9” que se ha destacado en el Gráfico N° 52.

Las viejas experiencias de Chavín, Moche, Nazca, Tiahuanaco y Wari; y las de Chimu y Chíncha en la etapa de la historia que venimos analizando, son concluyentes. Mas los emperadores *inkas* harían también lo propio –como a su turno lo harían los virreyes y la Corona de España, y la aristocracia, la oligarquía y, hoy, la presunta “tecnocracia” republicana.

**Gráfico N° 53**  
**Excedente, Nación, Estado**

| Estado      | Generación del Exc. | Decisión de Uso | Ejecución     | Usufructo |
|-------------|---------------------|-----------------|---------------|-----------|
| Democrático | Todos               | Dirigentes      | Constructores | Todos     |
| Oligárquico | Nación              | Estado          | Estado        | Élite     |

Así, en el período de consolidación de las naciones andinas, los pueblos asistieron a la profusión de Estados oligárquicos. Sólo excepcionalmente, confirmando la regla, se dieron Estados democráticos: el de Cañete habría sido el mejor ejemplo. Y todo parece indicar que otro tanto habría ocurrido en los valles de Lima, pero también en el extremo norte, entre los *tallanes*.

## El extremo sur: una historia sin Historia

En la primera edición de *Los abismos del cóndor*, buena parte de nuestros mapas dejaban un extraño vacío en el territorio surpe-

ruano occidental, costeño y cordillerano. Correspondía, nada menos, que al área de lo que hoy son los departamentos de Arequipa, Moquegua y Tacna, que, en conjunto, constituyen –hoy– la segunda área económico-social más importante del Perú, después de Lima. Pero que, en el pasado, no fueron cuna de ninguna de las más grandes civilizaciones andinas.

Nuestros propósitos, aquí, serán: a) mostrar cuán rica ha sido por el contrario la historia de esa gran porción del territorio peruano, aun cuando en efecto no logró incubar y desarrollar ninguna gran civilización, y; b) tratar de desentrañar las causas objetivas de ese fenómeno histórico-social tan especial. Esto último en particular porque, descuidada completamente su atención por la historiografía tradicional, sigue siendo un enorme vacío en la conciencia histórico-social de los peruanos.

Ateniéndonos a las fuentes más conocidas y divulgadas de la historiografía tradicional, poco o nada podía decirse de ese amplio espacio. Su historia antigua casi no aparece en esos textos. En muchos de los cuales ni siquiera se cita una sola vez ese espacio. Y en otros no merece siquiera un subtítulo para referirse a los pueblos que allí habitaron <sup>182</sup>.

¿Fueron verdaderamente Arequipa, Moquegua y Tacna tierras sin historia? ¿O es más bien una historia sin Historia? Ni lo uno ni lo otro. Ahí están, entre otras, las extensas y meticulosas versiones de Eloy Linares Málaga y de José María Morante, a las que ya hemos citados varias veces.

El territorio del extremo suroccidental peruano –entre los valles de Yauca y Caplina (véase el Mapa N° 19, pág. 212)–, es sin duda muy especial. Es quizá, el área de más frecuentes y violentos movimientos terráqueos

de los Andes. Sean de origen tectónico, por su cercanía a la placa de Nazca; o de origen volcánico. Sus temblores de tierra resultan absolutamente incontables. Ocurren, sobre todo en Arequipa, casi diariamente –para decirlo con buena dosis de patetismo, aunque rigurosamente no exento de verdad–.

Sus destructivos terremotos, aunque no tan frecuentes, lo son lo suficiente para que se le considere el área sísmica más activa del Perú y quizá de toda América. Desde que hay testimonios escritos –o modernas investigaciones–, y hasta la primera década del siglo XX se han registrado, cuando menos, en los años 1300, 1582, 1599, 1600, 1604, 1687, 1725, 1784, 1802, 1821 y 1903 <sup>183</sup>.

Algunos de ellos, como los de 1599, 1604 y 1868, originados quizá en las profundidades del océano, dieron origen además a muy destructivos maremotos que asolaron sus costas.

Y otros han sido un subproducto de violentísimas erupciones volcánicas. Como la de 1300, que asoló totalmente una enorme porción del territorio sur peruano. O los de 1600 y 1802, a consecuencia de las erupciones del Tutupaca, en la zona cordillerana de Tacna, y el Huaynaputina, en Omate, el área cordillerana de Moquegua.

La más antigua referencia a una catástrofe de origen volcánico está contenida en *Otoya y los gigantes*, una poco conocida leyenda recogida por el jesuita y cronista español Anello Oliva <sup>184</sup>. Allí se refiere que sobre Ocoña –a la que identifica como Otoya–...

*llovió copos de fuego, de manera que consumió y abrasó a todos sus habitantes.*

Como todos esos desastres naturales debieron ocurrir también en la más remota an-

tigüedad, puede presumirse que esa sistemática, impredecible y destructiva violencia de la naturaleza ahuyentó al hombre durante muchísimo tiempo en ese espacio de los Andes. No obstante –como se ha visto en el Mapa N° 7–, hay evidencias de ocupación muy remota en el área.

Quizá haya sido la violencia de la formación geológica del área, la que le ha dado a la costa del extremo sur una configuración topográfica sumamente distinta a las del centro y norte peruano, por ejemplo.

Cualquiera de nuestras representaciones gráficas completas del Perú –como el citado Mapa N° 7–, muestra que es en el extremo sur donde más retirada de la ribera oceánica se encuentra la línea de las cumbres de la cordillera Occidental. Ello podría hacer pensar que esa costa es entonces amplísima.

Paradójicamente no sólo no es así. Sino que casi podría decirse que el sur peruano no tiene costa. Las estribaciones cordilleranas llegan, en la mayor parte de ella, hasta el borde mismo del océano.

Así, sin excepción, desde que nacen hasta su desembocadura en el mar, sus muy diversos valles son estrechísimos. Algunos de ellos, flanqueados por montañas hasta su misma desembocadura en el océano, como el Yauca, Sihuas y Ocoña –que, como parte de su recorrido de 270 kilómetros, forma en su parte alta el famoso y más profundo cañón del mundo, el de Cotahuasi–, se ensanchan apenas uno a dos kilómetros cuando sólo restan cuatro o cinco para llegar al mar. Resultan, pues, valles minúsculos, incapaces de asentar grandes poblaciones y, menos, de solventar el desarrollo de grandes culturas.

Dicho territorio, sin embargo, alberga a otro de los ríos más largos de la costa peruana, y de mayor descarga anual: el Colca-

## Anexo N° 10

### Los ríos del surperuano: grandes limitaciones para la agricultura



Majes–Camaná, de 210 kilómetros de recorrido. Y es, además, uno de los pocos de la cuenca del Pacífico con agua todo el año. En los meses de sequía arroja al mar 30–40 m<sup>3</sup>/seg. Y en los meses de avenida tanto o más que 1 000 m<sup>3</sup>/seg. Podría entonces pensarse que, cuando menos en torno a él, habría podido formarse y sustentarse una civilización importante.

Mas ello tampoco fue posible. Como todos los del extremo sur, corre encajonado durante el 95 % de su recorrido.

En las alturas cordilleranas, forma el célebre Cañón del Colca. En su penúltimo tramo, forma un pequeño valle de llanura alta, en Majes, y vuelve a circular encerrado. Finalmente, alcanza a abrirse nuevamente, a escasos kilómetros del océano, dando forma al amplio abanico del valle de Camaná que,

siendo el más grande de la costa sur, no alcanzó nunca a ser un gran centro agrícola.

Y es que dos fueron todavía sus adicionales agravantes restricciones. De un lado, el hecho absolutamente inusual de que el río llega a la costa paralelo a ella y, tras estrellarse en la montaña norte del valle final, desemboca en la planicie de Camaná.

Así, en los períodos de avenida, nunca fue precisamente una bendición: sus aguas rompientes salían despedidas en todas direcciones, inundando íntegramente el pequeño gran valle, y formando un complejo delta con lagunas y zonas húmedas y pantanosas casi permanentes –de allí el carácter palúdico y insalubre que insistentemente le atribuyeron los conquistadores españoles; tradición y concepto que ha estado presente hasta bien entrado el siglo XX–.

Y, de otro lado, cuando no era el río, era entonces el mar el que inundaba con cierta frecuencia el valle, además de los terribles maremotos a los que ya hemos aludido. Muy probablemente esas fueron las razones por las que, salvo Chule, remoto pueblo de pescadores, las otras dos ocupaciones más antiguas de Camaná, Huacapuy y Pucchún, se ubicaron en partes altas –como se aprecia con claridad en el detalle del gráfico–.

Tras la prolongada ocupación de los más remotos y escasos pobladores originales, se cree que aparecieron los changos, cohabitando con aquéllos en playas, lomas y valles –excepción hecha probablemente del de Camaná, por su insalubridad–.

Dice Morante que habrían sido también recolectores–cazadores. Y que la tradición los reputa descendientes de “gigantes”<sup>185</sup>. Quizá ha dado pie a esa versión, la ya citada leyenda recogida por Anello Oliva<sup>186</sup>, que habla precisamente de seres excepcionales. Así, refiere de la llegada a Ocoña –57 kilómetros al norte de Camaná–, de...

*unos gigantes tan disformes y temerarios en el aspecto, cuanto crueles en las obras; éstos tiranizaron la tierra y se hicieron señores de todos...*

Esos presuntos gigantes *changos*, como los *moches* y *mochicas* del norte, construían ligeras embarcaciones de pesca “caballitos de totora”, con los arbustos de las lagunas y demás zonas húmedas próximas a las desembocaduras de los ríos. No resulta extraño por ello que, en el área de la llanura de Majes, hayan sido encontrados además petroglifos antropomorfos de gran parecido con los de Alto de las Guitarras, en el principal valle de los *moches*: Chicama<sup>187</sup>.

Por lo demás, Morante sugiere que, en su origen, los *changos* podrían tener alguna relación con la misma enigmática migración

que en el norte pasando por *moches* y *mochicas*, habría derivado finalmente en la formación de la Cultura Chimú, y en el sur pasando por *paracas* y *nazcas*, en la de Chincha<sup>188</sup>.

Una vez más, entonces, estamos ante la sombra de *sechín*:

- a) la reiterada versión historiográfica de una nunca bien precisada “enigmática migración”;
- b) “changos”, gentilicio de irrecusable origen *mexicano*;
- c) “gigantes”, como los de la tradición de Cajamarca;
- d) “crueles”, como se mostraron los *sechín* en sus monolitos;
- e) “caballitos de totora” y “petroglifos antropomorfos”, como los de los *moche*.

Por añadidura, Ca–maná, el nombre más importante de esa larga costa, parece tener también inocultables raíces *centroamericanas*. Él –y el ya visto Quil–maná de Cañete–, tienen la misma terminación que Cu–maná, un célebre poblado antiguo de Guatemala<sup>189</sup>.

Y asimismo, las mismas poco frecuentes sílabas iniciales de Cama–guy y Cama–juaní, en Cuba; y Cama–guán, en Venezuela. Por transposición de sílabas, tiene una también inocultable filiación fonética nada menos que con Pa–namá. Y eventualmente hasta tiene filiación con el Ata–cama de Chile.

A su vez, los otros tres más antiguos topónimos del valle de Camaná: Hua–capuy, por la partícula “hua”, y Puc–chún y Chu–le, por la “ch”, sugieren otro tanto. Mas, como también se ha advertido en páginas precedentes, Chule parece ser una deformación del Chu–lec original, cuya terminación “ec” es irrecusablemente de origen *centroamericano*.

Por último, del entorno cercano a Camaná, Yauca, Otoya –hoy Ocoña–, Chira, Quil–

ca, Sihuas, Majes, Cahuacho, Chala, Cháparra, Huanuhuanu, Jaqui, Quicacha, y muchos otros en las zonas altas de los valles, podrían tener esa misma procedencia.

De lo dicho hasta aquí, hasta tres asuntos ameritan investigaciones futuras más exhaustivas. En primer lugar, si como presumimos, muchos *changos* habrían sido la oleada más austral de la diáspora *sechín*, ¿cómo entender que se los defina como recolectores-cazadores, siendo que al iniciar su búsqueda de refugio estaban ya en un avanzado estadio de agricultura?

Asoma como hipótesis provisional que quienes, dejando atrás Nazca, escogieron refundirse en el poco habitado extremo sur del Perú, habrían sufrido una sensible involución en su desarrollo cultural. Y es que, como se ha visto, el territorio no sólo era muy pobre en términos agronómicos, y por añadidura enfermizo, sino que las estribaciones cordilleranas, dificultando enormemente las comunicaciones, conducían al aislamiento y estancamiento.

En segundo lugar, con el concurso de la arqueología, la antropología y la medicina, amerita ser estudiado el probable trasfondo objetivo de la recurrente versión sobre gigantes en la remota historia peruana. Debe tenerse presente que hasta los propios cronistas se vieron tentados a ver gigantes, por ejemplo, y muy significativamente, en Tiahuanaco. Así, Cieza de León<sup>190</sup>, comentando unas figuras humanas en piedras de esa cultura, dice:

*son tan grandes, que parecen pequeños gigantes...*

Si, como seguimos presumiendo, esos “gigantes” habrían sido los derrotados *sechín*, y/o las primeras generaciones de sus descendientes, más de un elemento de juicio permite dar entonces verosimilitud a esa

repetida imagen de gigantismo. Nuestras hipótesis específicas son:

- 1) proviniendo de territorios mucho menos accidentado que el andino, como son las costas centroamericana y norperuana, tendrían columna erguida, lo que daría cuenta de una probable mayor estatura;
- 2) habrían llegado tras haber acumulado centurias de desarrollo agrícola, con grandes cosechas de maíz, esto es, más y mejor alimentados que sus involuntarios anfitriones andinos, y;
- 3) no puede considerarse una simple casualidad que hallan hablado de “gigantes” precisamente pobladores andinos del área cordillerana –como Cajamarca, por ejemplo–, y de los valles costeros más pobres –como Ocoña–: unos y otros necesariamente de baja estatura.

Porque además del encorvamiento de la columna, los primeros, muy probablemente en los tiempos de la dispersión *sechín* –1200 aC aprox.–, todos esos circunstanciales anfitriones, predominantemente pre-agrícolas, aún no empezaban pues a superar la precaria calidad de su dieta alimenticia.

¿Habrá todavía forma de medir y comprobar estadísticamente que (1) los antiguos pobladores de México, (2) los *sechín* y (3) las primeras generaciones de descendientes de éstos, eran en promedio por ejemplo 10–15 cms. más altos que los viejos *cajamarcas* y/o los que por aquella época eran todavía recolectores-cazadores en el surperuano?

Y en tercer lugar, merece un mayor estudio aquella insólita referencia que hemos subrayado sobre la disformidad o deformación de los gigantes que habrían tiranizado Ocoña –y seguramente también Yauca, Atico, Quilca, etc.–.



José María Morante, en su *Monografía de Camaná*, refiere que, hasta hace pocos años, era frecuente ver en Camaná individuos con notorias deformaciones físicas, como secuela –afirma–, de la picadura de una pequeña especie de arácnidos del valle.

¿Ha sido efectivamente confirmada esa hipótesis médica? ¿Habrá forma de probar que los *changos* sufrieron en los valles del extremo sur graves deformaciones físicas? ¿De probar que la causa fue precisamente aquella que reporta Morante? ¿Y de probar que al inicio de su asentamiento en dicho territorio los *changos* eran bastante vulnerables a los agentes patógenos que encontraron?

Sin duda alguna, la dilucidación final de estas dos últimas cuestiones puede contribuir a sumar o, eventualmente por el contrario, a restar validez a las hipótesis sobre el probable origen *centroamericano* de los *sechín*, y su presunta diáspora y gran influencia ulterior en el mundo cultural andino.

A despecho de aquello de lo que dan cuenta las versiones historiográficas más difundidas (recogidas en el Mapa N° 7), el historiador arequipeño Eloy Linares Málaga muestra que son 33 los sitios en el departamento de Arequipa en los que hay vestigios de ocupación humana remota, de tanto como 8000 a 10 000 años de antigüedad.

Él afirma que, en las provincias costeras, han sido encontrados en: Yauca, en el valle del mismo nombre, que, como está dicho, podría ser además el sitio de ocupación humana más antigua del Perú.

Asimismo en Puyenca o Pollenka, en el valle de Atico; en Quebrada de la Huaca, conocida hoy como Puerto Inka, cerca a Chala; y Chaviña, en el valle de Acarí; todos ellos en la provincia de Caravelí. Asimismo, en Pampa Colorada, Playa Chira, Quilca y Quebrada

Jaway, en la provincia de Camaná. Y Catarindo, Mollendito, Punta Islay, Matarani, Pascana y Corio, en la de Islay.

Y en las provincias cordilleranas, en: Gentilar, Charcana y Huacarama, en La Unión; Arcata–Cayrarani y Pintasayoc, en Condesuyos; Querullpa Chico, Punta Colorada, Qollpa Viraco y Yana Orco, en Castilla; Viscachani, Pillones, Mollepunco, Q'ellicatani, Aquelata y Huambo, en Cailloma; y, por último, en Qollpa–Sumbay, Quebrada Honda, Wanaqueros y Siguas, en Arequipa.

En su vasto y minucioso trabajo, *Pre-Historia de Arequipa*, Linares Málaga ha reunido información de 189 sitios arqueológicos distintos, sólo en ese territorio. Siendo que algunos de ellos han sido ocupados más de una vez, aunque no siempre sucesiva, dan cuenta de un total de 223 ocupaciones humanas en distintos momentos de la historia.

Asumimos que esa exhaustiva recopilación resulta absolutamente representativa de la historia antigua de Arequipa. Así, es improbable que en ese territorio estén todavía ocultas las evidencias de alguna gran civilización que haga alterar sustancialmente la imagen que se tiene de la historia de ese especialísimo espacio de los Andes.

Pues bien, consistente con la precaria hospitalidad que habría tenido la costa arequipeña en la antigüedad, fue el valle medio del río Sihuas, a 1 300 msnm, el único sitio con ocupación continua desde el 8000 aC hasta y durante el Imperio Inka<sup>191</sup>. Y, a pesar de su presunta insalubridad, consistente con las mayores dimensiones del valle, fue Huacapuy, en el valle de Camaná, el único con cuatro ocupaciones físicas continuas. Mas no por simples casualidades, sólo a partir del 200 dC, y a buenos metros por encima del nivel del valle.

Es decir, como parece evidente, Camaná sólo habría sido ocupada cuando la saturación poblacional del resto de los valles y lomas del área no dejaron otra alternativa de expansión.

Pero, con sensatez, advertidos quizá al cabo de múltiples y nefastas experiencias, sus primeros pobladores permanentes se asentaron fuera del alcance destructivo de las avenidas del río y de los maretazos.

Del total de sitios arqueológicos de Arequipa a los que hace referencia Linares Málaga, que estimamos una muestra absolutamente representativa de esa realidad histórico-social *pre-inka*, 137 se ubican en las provincias cordilleranas y 52 en las costeras.

En ausencia de grandes ciudades antiguas en el área, podemos presumir además que era entonces característica una ocupación predominantemente rural, con muchos y pequeños centros poblados demográficamente equivalentes.

De allí que puede asumirse que cada una de esas cantidades de centros poblados es una buena referencia de sus correspondientes totales de población. Puede entonces consistentemente relacionarse una cifra con la otra. Así, la resultante aritmética ( $137 \div 52 = 2,6$ ) muestra que el área cordillerana era casi tres veces más poblada que la costera.

A su turno, la relación aritmética entre el área geográfica de las provincias cordilleranas (41 760 Km<sup>2</sup>) y su correspondiente de las costeras (21 580 Km<sup>2</sup>) es 1,9.

Finalmente, la relación entre ambos ratios ( $2,6 \div 1,9 = 1,36$ ) evidencia una significativa mayor densidad poblacional de casi 40 % en dicha área cordillerana, respecto de su correspondiente costera, e –insistimos–, en el período *pre-inka*.

Hasta aquí pues, sin ser definitivas –y con cargo a estudiar si hay diferencia, y cuánta, en la relación entre área cultivable vs. área total, tanto en los territorios de costa como en los de cordillera–, adquieren provisionalmente cierta validez: a) las conjeturas y versiones sobre la hostil insalubridad de la faja costera arequipeña en el pasado, y en particular de su valle más grande y potencialmente más rico: Camaná; y b) la presunción de la escasa potencialidad agrícola de éste y los otros valles del área.

Habida cuenta de las características geomorfológicas casi insalvables de la gran mayoría de los valles cordilleranos del sur peruano –muy estrechos y sinuosos, de erosivas altas pendientes, de delgada capa de tierra agronómicamente útil, y escaso e irregular volumen efectivo de agua aprovechable (véase los Anexos N° 3 y 5, y el Gráfico N° 19, en el Tomo I)–, no resulta nada comprometido asumir entonces que era bajísima la productividad agrícola–ganadera de esos densamente poblados valles altos de Arequipa.

Así, la producción era casi exclusivamente para autoconsumo. Y los excedentes de producción, entonces, casi insignificantes. En ningún caso suficientes para solventar *mitas* masivas, que las reducidas magnitudes demográficas tampoco permitían.

Por lo demás, la fuerza de trabajo potencial, dividida en minúsculos pueblos con rivalidades entre sí –como también se pretende insinuar en el Gráfico N° 19 (extremo inferior derecho)–, minimizaba las posibilidades de emprender obras conjuntas de envergadura. Con esas saltantes y objetivas restricciones, los resultados no podían ser otros que:

a) Sólo podía realizarse elementales y rudimentarias obras hidráulicas para ampliación de la frontera agrícola bajo riego, que, por lo demás, era factible en pocas y

pequeñas áreas. En todos los casos, desde antiguo y durante siglos, la expansión del área agrícola se concretó con la titánica, lenta y costosísima construcción de andenes.

Mas, por lo general, eran sólo tierras de secano. Esto es, de cultivos que iban a ser fertilizados sólo con las aguas de las lluvias. Cada vez a mayor altura respecto del valle, y a mayor altitud sobre el nivel del mar. O, si se prefiere, con productividad cada vez más decreciente, pero, paradójicamente, con costos cada vez más altos.

- b) No podía emprenderse la construcción de buenas vías de comunicación. Así, el aislamiento era muy severo, y sin duda agravadamente restrictivo.
- c) En razón de la casi ausencia de excedentes intercambiables y del aislamiento, el trueque comercial resultaba limitadísimo, limitándose a su turno las posibilidades de aprender de otros pueblos.
- d) Con reducida población, deficiente alimentación y ausencia de estímulos, eran casi nulas las posibilidades de surgimiento de la inventiva. Y sin excedentes no había tampoco posibilidad de solventar el trabajo de especialistas.

Agréguese a todo ello las siempre impredecibles e implacables agresiones de la naturaleza –terremotos episódicos, temblores frecuentes y, sobre todo, *huacos* e inundaciones casi todos los años–. Ellas, de manera indefectible, impusieron innumerables reposiciones del escaso capital invertido.

Así, de modo sistemático se difería la realización de nuevos proyectos. Siempre resultaba más apremiante rehacer las viviendas, centros comunales, obras hidráulicas y andenes destruidos, y desbloquear los caminos y reconstruir los puentes. Así, cíclica y

reiteradamente se estaba siempre “partiendo de cero”. En tanto otros pueblos acumulaban sin cesar.

Resulta, pues, hartamente comprensible que la abrupta área cordillerana suroccidental de los Andes, y su agrícolamente pobre e insalubre costa adyacente, no pudieran engendrar una gran civilización en la antigüedad. Y ni siquiera una cultura que merezca la atención de los textos más difundidos.

No obstante, para abundar en la búsqueda de explicaciones objetivas que nos ayuden a entender más y mejor ese especialísimo fenómeno histórico-social, habremos de apelar a información que, siendo más fresca, puede ayudarnos a entender el pasado e incluso “acercarnos” a él.

De los diez departamentos peruanos bañados por el Pacífico, sólo Tumbes es exclusivamente costero. Todos los demás tienen buena parte de su territorio en área cordillerana. Pero en sólo tres de ellos – Ancash, La Libertad y Arequipa –, el área cordillerana es significativamente más grande que la costera. En Ancash es el 71 %, en tanto que en La Libertad y Arequipa son 66 y 55 por ciento, respectivamente. Es decir, a este respecto, La Libertad y Arequipa resultan topográficamente muy homogéneos–.

No obstante, para los análisis que siguen, debe tenerse siempre presente el hecho de que La Libertad fue precisamente la cuna de la cultura Moche, y luego el centro de la cultura e Imperio Chimú.

En números redondos, las extensiones geográficas de ambos departamentos son muy disímiles: 25 600 Km<sup>2</sup>, La Libertad; y 63 400 Km<sup>2</sup>, Arequipa. Es decir, Arequipa es 2,5 veces más extensa que La Libertad. Pero su población (940 000 hab.), es sólo 0,7 veces la de aquélla (1 290 000 hab.). De ello resulta

que La Libertad es tres veces más densamente poblada que Arequipa.

Si así hubiera sido la realidad demográfica del pasado, sólo la mayor población y la mayor densidad poblacional serían razones absolutamente suficientes para explicar sus sendas diferencias de historia. ¿Pero fue así en el pasado? ¿Tenemos alguna otra forma de “acercarnos” aún más a él? Como veremos, parece que sí.

Como se aprecia en la parte superior del cuadro –en la que se incluye íntegra la población del censo de 1993 en ambos departa-

### Anexo N° 11 Arequipa - La Libertad: poblaciones actuales

#### Incluyendo la población de la capital departamental

|             | % de poblac. |          | Dens. demogr. |          |
|-------------|--------------|----------|---------------|----------|
|             | Costa        | Cordill. | Costa         | Cordill. |
| Arequipa    | 13           | 87       | 5,6           | 19,1     |
| La Libertad | 70           | 30       | 69,7          | 24,3     |

#### Excluyendo la población de la capital departamental

|             | % de poblac. |          | Dens. demogr. |          |
|-------------|--------------|----------|---------------|----------|
|             | Costa        | Cordill. | Costa         | Cordill. |
| Arequipa    | 39           | 61       | 5,6           | 4,4      |
| La Libertad | 50           | 50       | 30,7          | 24,3     |

Elaboración propia. Fuente: Censo Nacional 1993.

mentos–, mientras en Arequipa el 87 % de su población está en el área cordillerana, en La Libertad el 70 % está en el área costera<sup>192</sup>. Es decir, mientras aquella es fundamentalmente *cordillerana*, ésta es fundamentalmente *costera*.

No obstante, dentro del acusado centralismo peruano –severamente agudizado en la segunda mitad del siglo que acaba de terminar–, y que se reproduce internamente en cada uno de los departamentos, la importan-

cia demográfica de las capitales parece distorsionar seriamente la realidad.

De allí pues que en la mitad inferior del cuadro hemos prescindido de ambas poblaciones metropolitanas. Ello con el objeto de que, en ausencia de “grandes ciudades”, cualitativamente nos “acercamos” al pasado remoto, en las –como Wari o Chan Chan– las grandes concentraciones poblacionales se concretaron sólo en contados espacios del territorio andino. El mundo antiguo, sin ápice de duda, era eminentemente rural y descentralizado.

Los impactos de la sustracción no pueden ser más sorprendentes. La densidad de la población *cordillerana* del departamento de Arequipa baja de 19,1 a sólo 4,4 hab./Km<sup>2</sup>. Y la de la población costera de La Libertad de 69,7 a 30,7 hab./ Km<sup>2</sup>.

Ello demuestra, de manera patética y ostensible, cuán desahitado se encuentra –hoy–, en el departamento de Arequipa, el conjunto de sus espacios cordilleranos; y cuán deshabitados en La Libertad sus correspondientes espacios costeros.

Mas para aquello que nos interesa específicamente aquí, obsérvese que, prescindiendo de la población de la ciudad de Arequipa, pasa a ser, aunque por poco, más densamente poblado que el cordillerano el territorio costero del departamento: 5,6 > 4,4.

Si así hubiese dado en el pasado –como presumimos que efectivamente ocurrió–, las cifras demostrarían que, a pesar de su extraordinaria precariedad económica, incapaz de solventar el desarrollo de una gran cultura, la costa arequipeña, por unidad de superficie, tenía incluso mayor capacidad de albergar población que el área cordillerana.

Es decir, habida cuenta de las extraordinarias limitaciones agro-económicas a las

que hemos hecho referencia, la costa arequipeña era, a pesar de todo, intrínsecamente más “rica” que la cordillerana. Ello, pues, abunda en la sospecha de cuán ostensiblemente “pobres” eran los valles interandinos de Arequipa. Y cuán deficitarios e insolventes para generar los excedentes necesarios para la gestación de una gran civilización.

Pero tanto o más destacable en el cuadro de la página precedente –siempre prescindiendo de las poblaciones metropolitanas–, es el hecho de que tanto la densidad poblacional del espacio costero de La Libertad, como de su espacio cordillerano, “habrían sido”, y muy significativamente, más densamente poblados que los de sus correspondientes de Arequipa:  $30,7 > 5,6$  y  $24,3 > 4,4$ .

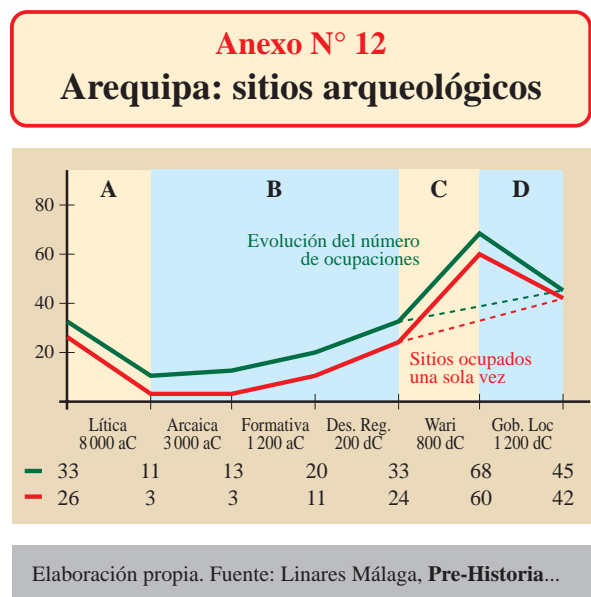
Si la hipótesis es válida, quizá algún día logre demostrarse, de manera fehaciente, que, efectivamente, en la antigüedad, el territorio de La Libertad fue inmensamente más rico que el de Arequipa (porque de otro modo no podría explicarse tan notoria mayor densidad poblacional).

Y habría sido tanto más rico que los excedentes agrícolas generados en él le permitieron, en efecto, ser sede de dos de las grandes culturas de las que se precia el Perú: Moche y Chimú.

Y el territorio de Arequipa, tan agrícola-mente pobre, que a duras penas permitió la subsistencia de sus numéricamente escasos pobladores. De allí, en definitiva, que el territorio suroccidental del Perú no dio a luz ninguna gran civilización en el pasado.

Así –nos atrevemos a decir–, para los pueblos de la antigüedad, el valle de Chicama, en La Libertad, fue al de Camaná, en Arequipa, por ejemplo, como el del Nilo al conjunto del territorio agrícola que alcanzó a dominar Chavín.

No obstante, con la riquísima información de base de la que venimos contando para este capítulo, pueden emprenderse más análisis y extraerse más e igualmente importantes conclusiones. Véase a este efecto el gráfico y el cuadro siguientes, en el que para la cronología utilizamos los conceptos y fechas proporcionados por Linares Málaga.



Pues bien, del total de 223 ocupaciones físicas referidas por Linares Málaga –línea verde en el gráfico–, un insospechado y altísimo 76 % corresponde a sitios ocupados una sola vez –línea roja–, y luego abandonados, en algún período dentro de los 10 000 años comprendidos.

Ese porcentaje, visto como conjunto, sugiere ser –como primera impresión–, una ostensible muestra de cuán sistemáticamente hostil resultaba el territorio. Muchos sitios, sin duda, fueron abandonados porque habían sido drásticamente afectados por algún evento telúrico. O por una inundación provocada por la inopinada crecida del río, o por el repentino surgimiento de un nuevo curso de agua –de cuya evidencia está atiborrada esa parte de los Andes–. O, por el contrario, por



una grave y prolongada sequía que anuló las posibilidades de recolección vegetal y ahuyentó a los animales objetos de caza.

Esa explicación resulta particularmente válida para el largo período que va del 8000 al 3000 aC –tramo “A” en las curvas–. De los 33 sitios más remotamente ocupados, 26 fueron abandonados para siempre y nunca vueltos a ocupar. Y de los siete restantes, Yauca; Chaviña, de Caravelí; Querullpa Chico; y Gentilar, de La Unión, fueron los menos acogedores: fueron ocupados sólo una vez más; y de ellos, sólo Yauca en el período inmediatamente siguiente. Charcana y la Quebrada de la Huaca, otras dos veces. Y, como está dicho, el valle medio de la llanura de Sihuas estuvo más bien permanentemente ocupado: era el más hospitalario de todos.

El hecho de que, de los 33 sitios ocupados en el 8000 aC, sólo Yauca y Sihuas siguieran estando ocupados en el 3000 aC, ratifica cuán azarosa, desprotegida y precaria era la vida humana en ese espacio de los Andes en aquellos tiempos remotos. No puede afirmarse sin embargo que los habitantes de los 31 sitios abandonados fueran invariablemente exterminados por la naturaleza. Muchos quizá lograron escapar de sus rigores y afincarse en otros espacios, dentro del territorio de Arequipa o fuera de él, en Nazca, Moquegua o Ayacucho, por ejemplo.

Pero no puede menos que sorprender que en ese vasto territorio <sup>193</sup>, el hombre tardara 3 800 años –tramo “B” en las curvas– para alcanzar tantas ocupaciones como las 33 iniciales. Parece una prueba suficiente de cuán lento y difícil resultó al hombre conocer, adaptarse y “dominar” a ese complejo y agresivo medio geográfico.

De otro lado, es notorio el brusco salto experimentado en el número de ocupaciones durante el Imperio Wari: de 33 a 68 –tramo

“C”–. ¿Acaso necesariamente porque se habría alcanzado un mayor y gran dominio sobre la naturaleza? Tal parece que no. Porque también es igualmente brusco el salto, de 24 a 60, en el número de sitios ocupados una sola vez, y luego abandonados tras el colapso imperial.

Así, a título de hipótesis, conjeturamos que uno y otro sustanciales incrementos reflejarían que los conquistadores *chankas* habrían puesto en práctica una compulsiva política de traslados poblacionales –*mitimaes*–, hacia espacios cada más hostiles y menos productivos. Pero, no obstante, con el propósito de explorar y explotar nuevos espacios con miras a incrementar el área agrícola, acrecentar la producción, y, en definitiva, asegurar un mayor volumen de excedentes con destino a Wari.

Así, tras la caída del imperio, esas forzadas, precarias e improductivas ocupaciones territoriales, fueron precipitadamente abandonadas.

Ello a su vez explica que, sólo al cabo de los 200 años del período siguiente –tramo “D”–, de “Gobiernos locales” –como lo tipifica Linares Málaga–, se alcanzara el mismo número de ocupaciones territoriales que el que se hubiese logrado de haberse seguido la tendencia histórica acumulada hasta el inicio del segundo imperio de los Andes –y cuya proyección representan las líneas punteadas del gráfico–.

Tres de esas nuevas ocupaciones fueron las de Tres Cruces, Gloria y Cerro Juli, en el valle del río Chili, a las faldas del Misti. Es decir, en el valle interior más grande del territorio de Arequipa –donde a la postre quedaría asentada la gran ciudad colonial y republicana de ese nombre–. Sorprendentemente, a sólo unos pocos kilómetros al sur había estado, miles de años atrás, el asen-

tamiento de recolectores–cazadores de Wanaqueros, en Yarabamba.

El valle del Chili ha resultado con el tiempo, además, el “más grande y económicamente más importante del Perú”<sup>194</sup>. Es decir, desde tiempos remotos sus posibilidades agronómicas, y de generación de excedentes, por consiguiente, eran pues enormes.

Así, a menos que investigaciones ulteriores lo rectifiquen –porque bajo los cimientos de la ciudad podría haber más de una sorpresa, de origen Wari, por ejemplo–, puede pensarse entre tanto que la actividad telúrica del volcán Misti, como quizá también la del Chachani y el Pichupichu que lo flanquean, habría ahuyentado al hombre durante miles de años.

¿Qué otra explicación podría encontrarse a tan gigantesco desperdicio histórico, por lo menos mientras no se descubran evidencias importantes de ocupación intermedia?

El Imperio Wari –como se vio en el Mapa N° 17–, sojuzgó íntegramente el territorio de Arequipa. Bajo sus dominios estuvo entonces el potencialmente rico valle del Chili. Así, es muy poco probable que dejaran de trasladar allí fuerza de trabajo dominada, con el propósito de explotar ese prometedor territorio. Las evidencias, sin embargo, eventualmente están por encontrarse.

Lo cierto es que en el período interimperial 1200–1400 aC –o de “Gobiernos Locales”, como lo llama Linares Málaga–, el valle del Chili fue sede del más importante desarrollo cultural que se dio en la historia antigua del departamento de Arequipa: Churajón o Juli<sup>195</sup>. Mas ésta, no obstante, fue muy poca significativa. Pero además como veremos más adelante, la cultura Churajón o Juli pertenece en verdad más a la historia del pueblo *kolla*.

## La nación *kolla*

En el Altiplano, las extensas tierras que parten desde las orillas del lago Titicaca albergaban desde tiempos remotos a los diversos grupos étnicos de la nación *kolla*. Su más remoto antecesor conocido, el “Hombre de Viscachani”, residió en las proximidades del lago 10 000 años aC<sup>196</sup>.

Hacia el siglo XII dC, aunque libres de la dominación Wari, eran tres los grupos étnicos más numerosos: los *kollas* propiamente dichos, asentados en la porción al norte del lago (1); los *lupaca*, en la parte occidental (2); y los *pacaje*, en la área sureste (3).

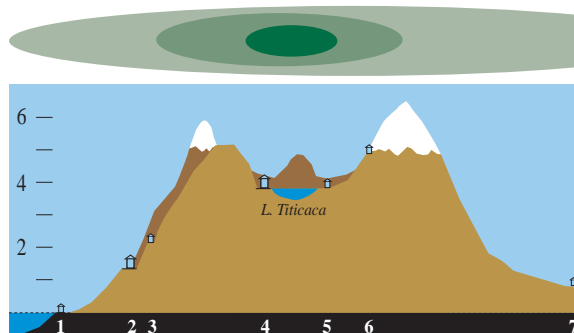
Colindantes, compartían bonanzas y carencias. Las periódicas sequías, tan dañinas en esta zona agrícolamente tan pobre, exacerbaban las disputas y conflictos por aguas, pastos y rebaños, enfrentando a las distintas etnias en sucesivas guerras<sup>197</sup>.

Nunca lograron unificarse. Pero tampoco ninguna alcanzó a imponer su hegemonía sobre las otras. Si eventualmente ello ocurrió alguna vez, durante el esplendor de Tiahuanaco por ejemplo, no se tiene idea exacta de si fueron los *lupaqa* o los *pacajes* quienes predominaron.

La altiplanicie del Titicaca, a 3 800 metros sobre el nivel del mar, fue siempre un gran reto para el hombre. Allí, como en otras áreas de los Andes con similar altitud, el aire contiene menor proporción de oxígeno, por lo que la respiración se hace más costosa que a nivel del mar.

Por su altitud y latitud la meseta del Collao sería un páramo helado y deshabitado<sup>198</sup>. No obstante, en azarosa compensación, la gran masa de agua salobre del lago<sup>199</sup>, de 8 300 Km<sup>2</sup> de superficie, impide que las tem-

## Mapa N° 26 Territorios y expansión (horizontal y vertical) de la nación *kolla*



| Poblaciones | m.s.n.m. | Poblaciones         | m.s.n.m. |
|-------------|----------|---------------------|----------|
| 1 Ilo       | 25       | 5 Huancané          | 3 842    |
| 2 Moquegua  | 1 412    | 6 Ananea (Bolivia)  | 5 000    |
| 3 Omate     | 2 182    | 7 Matagua (Bolivia) | 1 000    |
| 4 Puno      | 3 830    |                     |          |

Los nombres de las poblaciones no necesariamente corresponden (como en el caso de Ilo, y probablemente también Ananea, por ejemplo) a las poblaciones *kollas* de entonces, pero sí pertenecieron a ellas los territorios en las que están asentadas.

Elaboración propia.

peraturas lleguen a ser extremadamente frías. Ese providencial elemento termorregulador brinda, pues, por lo menos, mínimas condiciones climáticas de habitabilidad <sup>200</sup>.

Por la baja productividad del terreno <sup>201</sup> y la escasez de agua de uso agrícola, el territorio altiplánico ha sido siempre agronómicamente pobre. Sin embargo, a pesar de todas esas precarias y desafiantes condiciones, se dio actividad agrícola, extrayéndose del suelo, principalmente, tubérculos: *papa*, *olluco*, *oca*, etc.

Para los primeros europeos que llegaron al Altiplano, esos tubérculos “apenas si [fueron] considerados como comida” <sup>202</sup>. No obstante, sin ellos la ocupación humana de la zona sería imposible sostiene John Murra <sup>203</sup>.

Para superar sus muy posibles estrecheces alimentarias, los pueblos altiplánicos se propusieron el objetivo de mejorar la calidad agrícola del suelo de que disponían. Así, deliberadamente abonaron las tierras con estiér-

col de auquérido e, incluso con guano de islas traído desde las distantes costas del Pacífico <sup>204</sup>. Pese a todo ello, la agricultura alcanzó muy limitado desarrollo, tanto en extensión como en productividad. Agrícola-mente las posibilidades de generación de excedente en el Altiplano eran pues casi nulas.

Pero el suelo altiplánico, en cambio, ofrece generosamente extensos pastizales de ichu. Esa gramínea silvestre, aun cuando de escaso valor nutritivo, es, sin embargo, la base alimenticia de los camélidos sudamericanos: llama, guanaco, alpaca y vicuña. Especies éstas, oriundas precisamente de los Andes, que encuentran su hábitat más favorable en esas rigurosas condiciones.

Es harto explicable, pues, que para los distintos grupos de la nación *kolla* la actividad productiva más importante fuera, ancestralmente, la ganadería. Ella los proveía de *charqui* –carne seca y salada– y de carne fresca. Ésta, a diferencia de los tubérculos –y

a decir de Cieza de León <sup>205</sup>—, fue bien ponderada por los primeros europeos:

*...los corderos son mejores y de más sabor que los de España.*

Constituyó pues una importantísima fuente de alimento cotidiano, e invaluable reserva en las temporadas de heladas, sequías u otras calamidades <sup>206</sup>. Les suministraba además lana y era también fuente para la confección de cuerdas y abrigo, propósitos por los que anualmente se hacía (y hace) la esquila del ganado adulto.

Precisamente —por añadidura—, el manejo de los animales durante la esquila permitía actualizar los registros censales del ganado, así como discriminar entre los animales del rebaño propio y aquellos que inadvertidamente se habían filtrado. El censo anual permitía llevar estadísticas muy exactas, tanto de incrementos —sea por reproducción, mezcla involuntaria o captura—, o de bajas —sea por muerte, sacrificio, intercambio, filtración o abigeato (robo)—.

En ausencia de cercos, los desplazamientos de los animales en busca de alimento y agua, y sus correrías durante el celo de las hembras, dieron origen, secularmente, a múltiples disputas entre pastores y, en el extremo, entre etnias y pueblos. De hecho, inadvertidamente los animales violaban las fronteras entre los hatos, alterando la magnitud que imponían los pastores al tamaño de los mismos.

Sin embargo, desde muy antiguo los pobladores del Altiplano resolvieron el problema, por lo menos en parte, distinguiendo sus rebaños con particulares combinaciones de vistosas cintas de color que ataban a las orejas de los animales.

Pero además de proveer de alimento, cuerdas y abrigo, los auquénidos, mediante

su excremento, fueron siempre una fuente inagotable de abono y combustible.

Por último, y especialmente las llamas, fueron utilizadas también como animales de carga, aunque con muy poca capacidad pues, con un máximo de 35 kg. de carga por ejemplo, nunca fueron aptas para transportar piedras ni troncos y tampoco a un hombre adulto. Ni pudieron tampoco cumplir funciones de tracción, jalando, por ejemplo, arados (o más tarde carretas). No obstante, tropillas de cientos y hasta de miles de llamas <sup>207</sup> facilitaban el tráfico de tubérculos, *chuño*, *charqui*, maíz, *coca*, guano, lana y otros productos.

Los andinos —pero hasta donde se sabe también los centroamericanos— deben contarse entre los pocos pueblos del planeta que tuvieron esa grave limitación técnica, tanto motriz como de transporte. Esta sí fue, objetivamente, una de las grandes diferencias entre nuestras culturas y, en particular, las del norte de África, Mesopotamia, Asia y Europa. Pero fue una limitación que impuso la naturaleza (técnicamente irresoluble por entonces), ante la no disponibilidad de equinos y vacunos.

Por lo demás, en sus condiciones climáticas normales, esto es, en el contexto de precariedad agrícola, las grandes poblaciones de auquénidos resultaban la única fuente de intercambio que siempre pudieron ofrecer los *kollas* lacustres a otros pueblos, incluidos por cierto los lejanos *chinchas* que —como se ha dicho— los proveían de maíz, casi fundamentalmente.

Pero además de tubérculos y *chuño* (harina de papa seca), de carne fresca de auquénidos, y del *charqui*, los pobladores de la altiplanicie se alimentaron de una gran variedad de “truchas” y otros peces del Titicaca, y de la costa.

He aquí, pues, que corresponde traer la crítica al segundo de nuestros supuestos “monumentales” errores, acusiosamente advertido y develado por el historiador Manuel Burga. Dice así, al cabo de destacarlo

bajo el subtítulo “La trucha de los lupaqa”: “Es para sonreír y recordar a Gabriel García Márquez (...) Klauer, llevado por la lógica y fantasía general que invade su libro, hace comer truchas a los lupaqa antes de que éstos peces hayan llegado a las regiones andinas...”<sup>208</sup>.

A ver si nos entendemos. Habría sido monumental, sin duda, afirmar que los *kollas*, *lupacas* y *pacajes* se alimentaban, por ejemplo, de las mitológicas harpías, ¿verdad? ¿Pero utilizar el nombre más conocido y socorrido de los distintos tipos de peces que existen hoy en el Titicaca? No, ese tampoco es un error monumental. Lo habría sido en el contexto de un libro de Historia de la pesquería lacustre en el Perú, o en uno de taxonomía ictiológica. Pero bien se sabe que este texto no es ni lo uno ni lo otro (como también se sabe –digámoslo de paso–, que las truchas no “llegaron” al Titicaca, sino que fueron deliberadamente “llevadas” allí y “sembradas” para enriquecer la población ictiológica del lago).

### Las colonias *kollas* fuera del Altiplano

La dieta altiplánica típica de los *kollas* resultaba monótona y desbalanceada. La mayoría de los pueblos andinos podía usufructuar, dentro de su propio territorio, con áreas en pisos ecológicos muy variados. De 0 a 5 000 metros sobre el nivel del mar, en el caso de los costeros *icas*, por ejemplo. O de 1 000 a 5 000 metros sobre el nivel del mar, en el caso de los cordilleranos *chankas*. El Altiplano habitable de la nación *kolla*, en cambio, sólo fluctúa básicamente entre casi 4 000 y 5 000 metros sobre el nivel del mar –como se vio en el Mapa N° 26–.

Aquéllos pudieron disponer entonces de una amplia gama de alimentos vegetales y animales. Frente a la misma necesidad, en ausencia de un abanico equivalente de pisos ecológicos, los *kollas* se vieron impelidos entonces, desde muy antiguo, a buscar y ocupar territorios que se lo proporcionaran, a fin de poder contar con una variedad más amplia de nutrientes e insumos.

En *El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas*<sup>209</sup>, John Murra desarrolla extensamente esta tesis, tanto para el caso de los *kollas* como de otros pueblos andinos. Debemos, sin embargo, observar lo siguiente. La historiografía tradicional, que incurre en tantos y tan graves defectos por omisión, incurre también en defectos por exceso: por ejemplo cuando se atribuye “gratuitamente” méritos extraordinarios.

Y este es precisamente el caso de lo que ha ocurrido a partir de la tesis de Murra sobre la expansión y control *kolla*, y de otros pueblos andinos, sobre variados pisos ecológicos.

¿Corresponde acaso a ese tipo de expansión un mérito extraordinario –como el que explícitamente se concede en muchos textos–? ¿De qué otro modo sino verticalmente –hacia pisos ecológicos más altos y/o más bajos– podían expandirse los pueblos que habitaban la cordillera de los Andes?

Era, pues, su única alternativa de expansión agrícola–geográfica. Como la horizontal resultaba la natural para los pueblos de las planicies. Una y otra no eran más que conductas sensatas (y punto). El Gráfico N° 19, en el Tomo I, y el Mapa N° 26, que acabamos de mostrar, son muy elocuentes a estos respectos.

Frente a tan natural exigencia de diversificación alimenticia, los *kollas* se encontraron con que, al occidente de su territorio, había uno de características muy especiales: el territorio cordillerano y costero de Arequipa, que acaba de ser ampliamente descrito.

Sin embargo, desde la perspectiva e interés de los *kollas*, aquél tenía una característica única y especialísima. Y que, para ese estadio de la historia andina, era excep-



cional: era un territorio prácticamente desocupado, sin un gran dueño que lo reivindicase como propio y lo defendiera de incursiones extranjeras. Era, pues, virtualmente, de libre disponibilidad.

En el amplio territorio al oeste de los grandes volcanes de Arequipa, sus ocupantes nativos no pasaban de ser grupos pequeñísimos y completamente aislados en sus minúsculos valles, separados entre sí por los desiertos y las estribaciones de la cordillera que llegan hasta el mar.

Así, según se cree, incluso desde antes del 200 dC, habían ya empezado a ocupar las partes altas de los valles de la vertiente del Pacífico. Durante tanto como cinco siglos fueron explotando y abandonando uno tras otro pequeños valles muy poco productivos, pero que cumplían cuando menos un mínimo de exigencias de diversificación alimenticia.

Puede suponerse –como hemos dicho anteriormente– que durante el esplendor de Tiahuanaco podría haberse producido un gran repliegue hacia el Altiplano, en mérito a los grandes excedentes que allí se obtuvieron. Aunque muy rápidamente, quizá, se dio marcha atrás, y volvieron a ser ocupados los espacios que precipitadamente habían sido abandonados.

Porque el esplendor agrícola tiahuanacoense sólo les garantizaba abundancia dentro de la monotonía alimenticia. La diversificación sólo podía asegurarse tras la cordillera Occidental. Así, de veinte sitios arqueológicos que en el territorio de Arequipa corresponden en el tiempo al esplendor de Tiahuanaco, en la inmensa mayoría de ellos hay evidencias de la presencia de pobladores de esa cultura.

El colapso de Tiahuanaco debió dar origen a grandes hambrunas en el Altiplano. Las

necesidades de proveerse desde espacios distintos debieron entonces incrementarse. Mas sobrevino inmediatamente el expansionismo Wari, que, precisamente, pasó a dominar, entre otros, los territorios de las viejas colonias *kollas* de Arequipa. No hay evidencias de si fueron sojuzgados en ellas o expulsados. Es obvio, sin embargo, que difícilmente pudieron seguir abasteciendo de nada al Altiplano.

Es muy probable entonces que, en ese contexto, los *kollas* volcaran su atención sobre la Amazonía, y aquellos otros espacios del sur de los Andes –Arica y Antofagasta, en el norte de Chile; el sur de Bolivia; y el noroeste de Argentina<sup>210</sup>, a donde por cierto no llegaba ni llegó la dominación Wari.

Hacia 1200 dC, tras la caída de Wari, volvieron pues a darse las condiciones para reocupar libremente sus viejas colonias occidentales. Mas esta vez las necesidades habían quedado exacerbadas por la gravísima sequía que se dio en el Altiplano a partir de esa misma fecha, eventualmente en el contexto de la “pequeña era glacial” que reiteradamente se ha mencionado.

Así, *kollas* y *lupacas*<sup>211</sup>, pero también *pacajes*<sup>212</sup>, volvieron a establecer en los valles costeros y cordilleranos de Arequipa, Moquegua y Tacna, verdaderos enclaves poblacionales, trasladando grupos de colonos *mitimaes* de las propias etnias a muy diversos espacios.

La exploración del territorio fue vehementemente. Diríase que hasta desesperada. Una idea de ello la da el hecho de que, de 68 sitios arqueológicamente estudiados, correspondientes al período 1200–1400 dC, 60 de ellos tuvieron, aparentemente, ocupación efímera. A menos que el abandono se explique porque la dominación *inka* que sobrevino inmediatamente después, dispusiera un uso completa-

mente distinto del espacio. Mas sobre ello no hay información específica.

John Murra <sup>213</sup> presume que las distintas etnias *kollas* lograron disponer sus respectivas colonias, simultánea y paralelamente intercaladas, unas al lado de otras, constituyendo verdaderos archipiélagos étnicos.

Murra supone que estos sugerentes “archipiélagos étnicos” que formaron las distintas etnias *aymaras* (o *kollas*) en torno al Altiplano, podrían haberse dado también en los demás pueblos del resto de los Andes. Si eso fuera así –dice Murra– “el mapa étnico de la región andina debe dibujarse con múltiples pinceles y con criterios distintos a los que se usan en otros continentes, donde etnias y territorios suelen coincidir...” <sup>214</sup>.

Sin embargo, y a menos que las investigaciones posteriores den finalmente la razón a Murra, todo parece indicar que tales archipiélagos étnicos deliberados y pacíficos sólo se dieron entre los *kollas*, que compartieron sus territorios periféricos de la misma manera que compartieron, aunque con tensiones y pugnas, las tierras del Altiplano. Y, más aún, las aguas y riqueza del lago.

En el resto de los Andes, en cambio –como en otros espacios del planeta–, las cordilleras, los ríos, los desiertos, etc., marcaron por lo general, y nítidamente, las fronteras (naturales y/o artificiales) de los pueblos, haciendo así coincidir etnias con territorios –como lo vienen mostrando hasta la saciedad nuestros gráficos–.

No puede desconocerse, sin embargo, que durante muchísimos siglos el territorio andino fue, efectivamente, un “archipiélago étnico” como el que describe Murra (como reiteradamente se ha mostrado en este texto en múltiples mapas). Mas ello se dio no sólo por la existencia de múltiples pueblos y naciones.

Sino además como resultado del forzado traslado de *mitimaes* que durante siglos practicaron los cuatro grandes imperios de los Andes: Chavín, Wari, Chimú e Inka.

Muchas de esas poblaciones compulsivamente transplantadas, sobre todo probablemente aquellas de más larga data de asentamiento, jamás regresaron a sus tierras de origen. La toponimia de muchísimos de los pequeños centros poblados de los Andes hoy es una prueba irrefutable de ello.

A través de esas colonias pudieron entonces abastecer al Altiplano de diversos productos marinos, así como de maíz, algodón, guano de las islas del Pacífico, y madera y coca de la Amazonía <sup>215</sup>.

Según refiere Linares Málaga, de las innumerables colonias *kollas* en el vasto territorio de Arequipa, alcanzó ligeramente a destacar Chuquibamba, en la vertiente izquierda y alta del río Majes. Mas no sería una simple coincidencia que ese pequeño valle, así como el de Chaupimiq’o, en las pobrísimas alturas del Colca; y Huacapuy, en el insalubre valle de Camaná, fueran los únicos que venían siendo cultivados desde la dominación Wari.

Chuquibamba tenía pues, como aquéllos, siglos de explotación. Pero, sin duda, mayor productividad. Quizá esas fueron pues la razones por las que destacó. Pero si la antigüedad en producción y la productividad fueran las únicas razones, quedaría por desentrañar el enigma de por qué Sihuas, que era aún muchísimo más antigua, no destacó entonces aún más. ¿Acaso porque la dominación Wari la desbarató? Es posible.

Complementariamente, la ocupación *kolla* del valle del Chili merece un análisis muy especial. Entre otras razones, porque fue la sede la cultura Churajón o Juli, la única que en verdad se dio en el vasto territorio com-

prendido por los actuales departamentos de Arequipa, Moquegua y Tacna. Pero que, no puede desconocerse, fue en realidad una subcultura *kolla*.

El valle del Chili, está dicho, era potencialmente muy rico. Sin embargo, para concretar un gran desarrollo cultural, debía reunirse en él, necesariamente, un conjunto poblacional muy grande. Mas, en un plazo tan breve como ése, de 200 años hasta la caída bajo dominación *inka*, era imposible que un grupo humano numeroso se concretara sólo con el crecimiento demográfico de los primeros migrantes que se asentaron allí tras la caída de Wari, y ni siquiera con el aporte demográfico de los que –seguimos presumiendo– habrían sido trasladados a él por los dominadores *chankas*.

Libre de la dominación Wari, el valle de Arequipa o del Chili podía haber sido pues escenario del asentamiento de oleadas numerosísimas de *kollas*. Oleadas hubo, pero sólo en tránsito. Su destino eran las tierras más alejadas: las llanuras bajas de La Joya, Majes y Sihuas, y los valles costeros de Yauca, Atico, Atiquipa, Quebrada de la Huaca, Ocoña, Camaná y Quilca. Sus antepasados –como está dicho– habían estado en esos territorios desde antes del esplendor de Tiahuanaco.

La a todas luces repentina y explosiva reinmigración *kolla*, y su paso por el valle de Arequipa sobre el Chili, resulta una buena evidencia de que algo lo había estado impidiendo en el período anterior. Sólo habría podido ser la dominación Wari. Y, además, sólo porque ésta, por medio de *mitimaes* de pueblos dominados, lo habría estado explotando. Hay, pues, buenas razones para seguir presumiendo que bajo los cimientos de Arequipa colonial, y/o bajo los escombros de la precedente dominación *inka*, estarían aún enterradas las pruebas de ello.

Definitivo es, en cambio, que el mayor porcentaje de migrantes hacia la costa estuvo aportado por las etnias de la margen occidental del lago: los *kollas* propiamente dichos, y los *lupacas*. Aquéllos salieron desde el área norte del Titicaca, en torno a donde hoy se asienta la ciudad de Juliaca; y éstos de la zona suroccidental, y en particular desde el entorno de Juli (véase el Mapa N° 26).

De allí que Linares Málaga sostenga que el nombre correcto de la cultura que se desarrolló en el valle del Chili sea precisamente “Juli” –que no por simple casualidad está en ambos topónimos–.

El hecho de que los *kollas*, una vez más desaprovecharan la ocasión de un numeroso afincamiento en el riquísimo valle de Arequipa, y su consiguiente explotación agrícola, resulta una clara demostración de cuán temido era todavía el asentamiento en él. Allí se estaba, pero sólo en tránsito. O, bajo férula imperial, a fuerza de sojuzgamiento y violencia. No voluntariamente. Los temblores de la tierra seguían ahuyentando a la inmensa mayoría de la gente.

Así, la población estable en el asentamiento de Cerro Juli o Arequipa debió ser escasa. En su mayoría debió ser población flotante: arrieros en tránsito, desde y hacia los extremos del territorio *kolla*. Mal podía ser entonces una gran ciudad. Nadie tenía interés en que lo fuera. Cerro Juli debió ser apenas una posta de intercambio. Pero de intercambio físico, no comercial.

Como está dicho, las colonias agrícolas *kollas* en territorios “ajenos”, tenían básicamente como propósito abastecer a las poblaciones altiplánicas de aquella producción que no podía obtenerse en el entorno agrícola-pobre del lago. De haberse podido alcanzar buenos o grandes excedentes en las colonias, habrían sido sólo éstos los que se

habría movilizado en dirección al centro de la nación *kolla*. Sin embargo, como se ha mostrado, dadas las enormes limitaciones agrícolas de los pequeñísimos valles costeros, las colonias en ellos establecidas no podían garantizar sino el autoconsumo.

En ausencia de excedentes –tanto en el Altiplano como en las colonias costeñas–, teóricamente no había posibilidades de intercambio. No obstante, se dio dentro de la propia producción de autoconsumo. Y necesariamente fue incesante. De éstas subían al Titicaca productos costeros, y del Altiplano bajaban a la costa tubérculos propios a los que estaban acostumbrados los *kollas* que, por encargo de sus pueblos, explotaban las colonias occidentales.

El valle de Arequipa era precisamente el punto de intercambio. Los arrieros que llegaban allí con sus productos desde el Altiplano, emprendían el retorno con lo que sus pares de la costa habían a su turno llevado allí mismo; y viceversa. Quizá sólo en ocasiones excepcionales se hacía viajes directos de uno a otro extremo.

Mucho se ha discutido sobre el posible significado del nombre “Arequipa”. Sin embargo, en el contexto que se acaba de desarrollar, ninguna apreciación parece tan válida como la de Alberto Cuentas Zavala. Él afirma que “Arequipa” proviene del vocablo *aymara* “Alquipa”, que significa “lugar de cambio, de permuta, entre los productos que vienen del Altiplano y los que llegaban de Camaná”<sup>216</sup>.

Pues bien, queda claro entonces que no había trueque comercial. Sino sólo intercambio físico entre grupos de un mismo pueblo que, por necesidad, explotaban territorios distintos para hacer más variada su producción de autoconsumo, y más rica su dieta alimenticia. Así, en ausencia de comercio, tam-

poco había por ese lado posibilidades de generación de excedentes y, en consecuencia, de acumulación e inversión, desarrollo material y progreso.

De allí que la subcultura *kolla* Churajón o Juli, la única en el Perú que podría tipificarse como administrativo–logística, dejara tan discretas evidencias materiales de su existencia.

Los norteños vecinos *chinchas*, habiendo alcanzado un extraordinario desarrollo comercial, poco pudieron comerciar con las colonias *kollas*. Éstas no tenían excedentes con qué adquirir los sofisticados productos extranjeros que ofrecían aquéllos. De allí que haya sido excepcional la presencia terrestre *chinchas* en el extremo suroccidental del Perú.

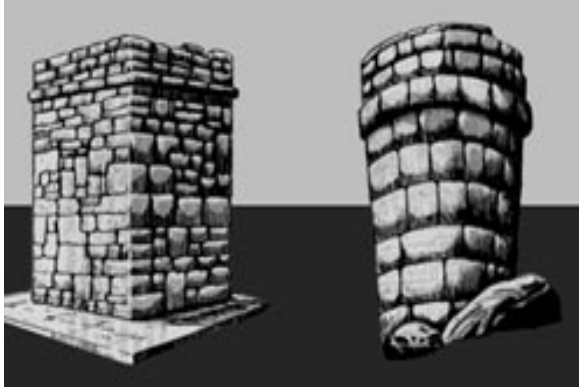
Y, sin que deje de ser una gran sorpresa, nada se sabe del intercambio que, por mínimo que fuera, eventualmente hubo entre las colonias *kollas* de Arequipa y sus vecinos del este: los *inkas*. El vacío es tanto más asombroso desde que, precisamente en estos siglos XIII y XIV, fermentaba ya la eclosión *inkas* sobre los Andes.

### Las *chullpas*: sepulcros de inversión

La ganadería de la época –de tipo extensivo se diría hoy– a diferencia de la agricultura, no tiene carácter estacional: los hatos requieren cuidado permanente. Pero además, la habitual escasa densidad de pasto obliga a la máxima dispersión del ganado en el territorio. Esto explica el carácter eminentemente rural de la población altiplánica.

Una y otra razón abundan para reconocer que, en condiciones climáticas normales, la disponibilidad de fuerza de trabajo en el Altiplano para *mitas* masivas era restringida.

### Ilustración N° 29 *Chullpas kollas*



Fuente:  
– En Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 268.

Peor aún en los períodos de extrema sequía que cada cierto número de años asolaba la región.

Como había estado sucediendo por espacio de milenios, entre 1200–1400 dC, cíclica, aunque irregularmente, se dieron también algunas condiciones climáticas favorables –y aprovechables–. Unas más benéficas que otras, pero sin que volviera a repetirse el boom de Tiahuanaco.

Así, episódicas pero discretamente generosas lluvias cargaron los cinco ríos que aportan sus aguas al lago y, por supuesto también, al curso del Desaguadero que evacúa las aguas del Titicaca.

En esos períodos la agricultura adquirió cierto auge, y los pastos se incrementaron permitiendo mayor densidad de animales.

Sólo en esas fortuitas y pasajeras circunstancias fue posible generar ciertos volúmenes de excedente –agrícola y pecuario–, y organizar *mitas* con las cuales se emprendieron algunas construcciones, muchas de las cuales todavía quedan en pie.

Con población dispersa, de vida eminentemente rural, sólo un reducido porcentaje de la población vivía en pequeños centros urbanos. En ellos residían los poco numerosos grupos de poder, sus *yanaconas* y algunos especialistas <sup>217</sup>.

A diferencia de la mayor parte de sus coetáneos en este período de la historia andina, los pueblos del Altiplano no materializaron bajo la forma de centros poblados los volúmenes de excedente que fueron capaces de crear. Éstos tuvieron fundamentalmente otros dos destinos, aunque impregnados ambos de un gran espíritu religioso, y siempre como modalidad de gasto, pues mal puede considerárseles como inversión.

En efecto, costosos hatos de quinientos animales o más se sacrificaban anualmente en fiestas y celebraciones de carácter religioso <sup>218</sup>. Y el resto, es decir, buena parte del pobre excedente acumulado, fue gastado, básicamente, a través de una singular modalidad de consumo indirecto: la construcción de sus famosas torres funerarias *chullpas*, en las que se presume eran enterrados los jefes *kollas* <sup>219</sup>.

Gran número de *chullpas* ha quedado en pie en Sillustani (en la laguna Umayo, área límite entre las etnias *kolla* y *lupaca*), a 20 kilómetros al noroeste del lago Titicaca. Unas, de piedras toscas, poco trabajadas; y otras, de piezas magníficamente pulidas y ensambladas; han permitido suponer que se trató de entierros correspondientes a individuos de distinto rango. Es posible.

Alternativamente, sin embargo, parece más verosímil –en este caso específico del Altiplano– presumir que sean la evidencia de que la erección de aquéllas ocurrió en períodos de sequía y la de éstas en períodos de abundancia. Durante las sequías, máxime si se prolongaban más de un año, era, en efec-



to, virtualmente imposible disponer de muchos hombres durante mucho tiempo para la realización de esas obras. De allí *chullpas* toscas, poco trabajadas, precipitadamente acabadas. Sobraban brazos, en cambio, en los períodos de abundancia. De allí las otras.

En ambos casos, sin embargo, la construcción de las *chullpas* prueba que los pueblos *kollas* y/o sus grupos dirigentes, privilegiaron, sobre otras posibilidades, destinar sus precarios excedentes a financiar miles de horas-hombre de trabajo para construcciones no productivas.

En resumen, la nación *kolla* enfrentó grave limitación en la disponibilidad de recursos materiales dando, como agravante, un uso improductivo al escaso excedente que fue capaz de generar. Es decir, y desde el punto de vista de la disponibilidad de recursos materiales, un exitoso proyecto nacional *kolla* resultaba poco factible.

Pero la nación *kolla* –insistimos–, no fue capaz de lograr su unificación, con la que habría reunido fuerza suficiente para alcanzar mayores objetivos. Es decir, y en este caso desde el punto de vista de la acumulación de fuerzas sociales, la nación *kolla* nunca pudo además reunir fuerzas suficientes para concretar un proyecto nacional viable. Así, siendo numerosísimos, poco después serían presa fácil del expansionismo *inka*.

Hacia el siglo XV, en el Altiplano se hablaba mayoritariamente *aymara*. No eran numéricamente despreciables, sin embargo, los sectores de la población que hablaban *puquina*. Es probable, incluso, que hubiera grupos *quechua* parlantes –probablemente remanentes de grupos *inkas* que no retornaron al Cusco después de su experiencia en Tiahuanaco–. Y, por cierto, no puede descartarse la posibilidad de distintas combinaciones de bilingüismo <sup>220</sup>. ¿La existencia simultánea de

varias lenguas fue acaso una de las importantes condiciones de la división interna del pueblo *kolla*, o una de las mayores limitaciones para su unificación?

## La nación *chanka*

Por su parte, durante este período de los años 1200 a 1400 dC, el pueblo *chanka*, lenta y costosamente, fue recomponiéndose. La destrucción del Imperio Wari había significado, casi con seguridad, el exterminio de la élite imperial *chanka* y quizá también la liquidación de muchos de los funcionarios y especialistas que habitaron la saqueada ciudad Wari.

Habrían caído también exterminados los administradores, destacamentos militares y *mitimaes chankas* que desperdigó el poder imperial en los territorios conquistados. Y miles de campesinos *chankas* debieron morir ocupando diversas responsabilidades en el aparato estatal imperial.

Pero la cruenta guerra de liberación que habían librado los pueblos contra el Imperio Wari no supuso sin embargo el exterminio del pueblo *chanka*, como sibilinaamente dejan entrever muchos textos.

Tratemos de entender y explicar el grave error en el que han caído muchos historiadores: si inadvertidamente se identifica –y por consiguiente se confunde– la “ciudad” con el “pueblo” –en este caso la “ciudad” Wari con la “nación” *chanka*–, es lógico que frente a la destrucción total de la “ciudad” se haya concluido que también el “pueblo” fue liquidado.

Sin embargo, los habitantes de la “ciudad” (Wari), más aún en aquellos momentos

de la historia andina, eran sólo una porción, y la más pequeña, de los habitantes del “pueblo” o de la “nación” (*chanka*). El resto, es decir, la mayoría, eran habitantes rurales. A estos *chankas* rurales, cuya inmensa mayoría sobrevivió a la hecatombe del Imperio Wari, al vérselos siglos más tarde actuar nuevamente de manera protagónica en escena, se les ha calificado, errónea e injustamente como “bárbaros”.

Si casi 6 millones de habitantes ocupaban los Andes en momentos de la caída del Imperio Wari, razonablemente hemos supuesto ya que habrían pertenecido a la nación *chanka* imperial un conjunto de aproximadamente 550 000 personas o más.

Es posible que ante la inminencia de las invasiones de represalia contra la ciudad, muchos habitantes de Wari alcanzaron a huir, refugiándose en aislados, deshabitados, altos y fríos rincones cordilleranos del propio territorio *chanka*. O en las bajas tierras selváticas inmediatamente adyacentes del mismo. Y —como se presume y se ha dicho antes—, que huyeran además a lejanas tierras de refugio, en el área norcordillerana, que habrían conocido en los tiempos de apogeo del imperio <sup>221</sup>.

Es pues verosímil que muchos habitantes de la ciudad terminaran refugiados y cobijados en el seno de remotos y dispersos *ayllus chankas* rurales de donde, al fin y al cabo, eran originarios. De una u otra forma, ésa habría sido la suerte final de muchos de los 50 000 habitantes de la capital imperial al cabo de su destrucción.

Difícilmente la hecatombe del Imperio Wari representó entonces también el exterminio del resto de aproximadamente 400 000 campesinos *chankas* que siempre estuvieron desperdigados en cientos de *ayllus* de remotas y poco accesibles laderas y pequeñas planicies de la cordillera ayacuchana. Debe pre-

sumirse pues que sobrevivieron miles de familias.

Es decir, quedaron para mantener la posta de la larguísima y milenaria tradición del pueblo *chanka* aquellos que habían ocupado el último peldaño en la pirámide de estratificación social del derruido imperio. Aquellos que, residiendo en recónditos y fríos parajes de la cordillera, a varias jornadas de Wari, no conocieron, ni remotamente, el esplendor imperial.

Aquellos para quienes el proyecto imperial no significó sino permanecer en condiciones de mala alimentación, pobre vestuario, y precarias viviendas con equipamiento doméstico primitivo. Debe no obstante reconocerse que es muy poco, casi nada, lo que se sabe del mundo inmediato que rodeaba a la inmensa mayoría de la población rural de aquellos momentos (ni la historiografía ni la etnografía proporcionan mayor información).

Mayoritariamente, pues, habrían sobrevivido quienes tenían la típica cultura rural andina, tan distante de la cultura urbana de la que se enorgulleció la élite *chanka*. Así, a la caída del Imperio Wari, la región ayacuchana “volvió a formas de organización económica pre-urbanas” —según acertadamente refiere Alfredo Torero <sup>222</sup>—.

Esos miles de sobrevivientes debieron superar muchos obstáculos. Primero, la explorable estigmatización con que los rechazaron y agredieron los pueblos que habían estado sometidos por el imperio. Para minimizarlas, los *chankas* quizá debieron recurrir, en segundo lugar, a recluirse durante décadas sin concretar intercambio con ningún otro pueblo. Con ello las carencias materiales —alimento variado y abrigo, en particular— quizá llegaron a extremos gravísimos. Más aún, en tercer término, si se recuerda que uno de los

factores que eventualmente facilitó la caída del imperio habría sido, precisamente, la ocurrencia de una severa sequía.

Es decir, por todo ello, y en terrible paradoja, la gran mayoría de los campesinos *chankas* sobrevivientes soportó muchas de las represalias y de las penosas consecuencias de la liquidación del imperio, sin haber gozado de ninguno de sus beneficios.

Desestructurada la nación, eliminados los niveles jerárquicos, rotos los vínculos de organización, casi en completa autonomía, cada *ayllu* continuó así el trabajo directo de la tierra. Cultivaron pendientes cada vez más altas y empinadas, emprendiendo quizá la construcción de estrechos y cortos canales de riego y todavía más costosos andenes.

Al cabo de décadas, ese aislamiento fue paulatinamente rompiéndose. Los propios *ayllus chankas* fueron vinculándose unos con otros. Y, conjuntamente, enlazaron sus aldeas para facilitar el intercambio. Y cuando el resentimiento de los vecinos hubo amainado, quedaron nuevamente entabecidos vínculos comerciales con *huancas*, al noroeste; *chinchas* (icas), al oeste; e *inkas*, al sureste (véase el Mapa N° 16, pág. 190).

A su turno, la naturaleza, completando el ciclo que recurrente ofrece desde siempre, habría trocado finalmente la feroz sequía con generosas temporadas de lluvias y bonanza. Ello habría permitido al pueblo *chanka* adquirir mayor desarrollo material. La población creció. Se establecieron otra vez formas de organización nacional y se tejieron nuevas redes jerárquicas.

En ese contexto de recuperación, y en razón a los hechos que sobrevinieron, puede presumirse que alcanzaron a dirigir en el pueblo *chanka* quienes tenían como objetivo reverdecir, por lo menos en parte, el poder

—si no el esplendor—, que generaciones atrás había tenido el Imperio Wari.

Rodeados de *huancas*, *icas* e *inkas*, debieron aquilatar entonces el orden a seguir para las conquistas militares que aparentemente se habían propuesto.

En la muy semejante circunstancia anterior (en el siglo IX dC), entre sus vecinos, los *huancas* quedaban suficientemente protegidos con estar en la margen opuesta del caudaloso río Mantaro. En otra dirección apareció como más fuerte la nación *kolla* de Tiahuanaco (que hegemonizaba incluso sobre el territorio de los *inkas*). Y, hacia el oeste, evaluaron como más débil la nación *ica* dominada por los *nazcas*.

Así, el Imperio Wari, en efecto —y como está dicho—, empezó a formarse con la conquista de los *nazcas* y del resto de la nación *ica*, en la costa.

En cambio, en la nueva coyuntura que se presentó en el siglo XV, a ojos de los nuevos estrategias *chankas* apareció más fuerte la nación *ica*, hegemonizada desde Chíncha. El territorio *huanca*, por su parte, seguía protegido tras el caudaloso y torrentoso curso del Mantaro. Así, enemigo aparentemente más débil fue quizá considerado el pueblo *inka*. Arremetieron entonces primero contra él.

La historia de los Andes transcurría, durante ese episodio, por el año 1438 dC<sup>223</sup>. Contraproducente y paradójicamente, a partir de esa incursión guerrera quedó sellado para los *chankas*, los *inkas* y para todos los pueblos y naciones del territorio andino el comienzo de una nueva era: el Imperio Inka.

## *Colofón:* *reeditemos la historia andina*

Son muchísimos e inmensos los vacíos que aún quedan por llenar en la historia andina *preinkas*. Sólo en este texto hemos planteado innumerables interrogantes que a nuestro juicio ameritan respuesta.

Tiempo no ha faltado para que ésas y muchísimas otras preguntas estuvieran ya resueltas. La historiografía andina, a fin de cuentas, se remonta hasta las primeras décadas del siglo XVI, cuando los primeros cronistas hispanos iniciaron sus escritos; cuando hicieron lo propio los dos primeros y grandes cronistas andinos: Garcilaso de la Vega y Huamán Poma de Ayala, mestizo *inkas* él y mestizo *chanka* éste.

Tiempo ha habido también desde que, en las primeras décadas del siglo XIX científicos europeos como Raimondi y Humboldt empezaran a hacerse preguntas trascendentales, en la mira de encontrar mayor consistencia a la Historia peruana. Y desde que, a principios de este siglo, comenzaran a construirse, en términos modernos y científicos, las versiones historiográficas que aún hoy predominan en la inmensa mayoría de los textos, sean o no especializados.

Tiempo pues no ha hecho falta. Sí en cambio una perspectiva multidisciplinaria, de la que sólo se ha venido a tomar conciencia en las últimas décadas. La mayor dedicación y la mayor buena voluntad de los histori-

adores, arqueólogos y etnohistoriadores no ha sido suficiente para suplir el insustituible concurso de muchas otras disciplinas: economía, ingeniería, arquitectura, agronomía, ingeniería agrícola e hidráulica, zootecnia, genética, edafología, topografía y geodesia, sociología, psicología social y, de enorme desarrollo hoy, informática y tecnología satelital.

No obstante, la participación de unas, algunas o todas ellas no será por sí misma garantía de éxito. Por lo menos mientras se sigue enfrentando el o los problemas que plantea la historia andina:

- a) con el concurso de los mismos factores distorsionantes de que hablamos en la Introducción en este libro, y;
- b) con las mismas graves deficiencias metodológicas en las que generalmente se viene incurriendo aún, donde –como seguiremos viendo más adelante– predominan largamente los prejuicios y deformaciones (que podemos denominar ideológicas) sobre las hipótesis y demostraciones científicas.

Todos debemos internalizar, en primer lugar, que ningún objetivo específico es hoy tan importante para la Historia como entregar a un pueblo una visión de su pasado que le permita:

- 1) comprender cabalmente cómo es que ha llegado a la situación en que se encuentra, y;
- 2) le muestre qué derroteros tomar para –como en el caso del Perú de hoy–, emprender por fin y definitivamente el camino del desarrollo, con cabal y genuina independencia, en el insoslayable contexto de globalización actual.

No puede seguir imponiéndose por más tiempo el prurito de la erudición por sí misma. Y menos todavía cuando los conocimientos reunidos con ella –como dice con bastante conocimiento de causa Pablo Macera– **“son vaciedades, pequeñeces, distracciones o vulgaridades”**<sup>224</sup>. La Historia debe pasar a ser, por sobre todo, explicativa y proyectiva.

Y, en segundo lugar, en perspectiva metodológica, todas las investigaciones históricas deben acometerse con hipótesis generales y/o específicas en el punto de partida; o con preguntas relevantes cada vez que nos encontremos frente a un hallazgo. De lo contrario, como hemos mostrado para el caso de los recientes descubrimientos en el centro arqueológico El Brujo (Ilustración N° 14), seguiremos acopiando presunciones y respuestas insustanciales, cuando no francamente fantásticas e inútiles.

La historiografía tradicional andina, debemos admitirlo con objetividad e hidalguía, ha concentrado virtualmente el íntegro de sus esfuerzos en torno a dos extremos: la apariencia más obvia de los restos arqueológicos (arquitectura y urbanismo, y expresiones artísticas en piedras, huacos y tejidos), y los aspectos místico–religiosos, casi insondables de la ideología de los pueblos andinos. Eran, sin duda, una base fundamental. Hoy sin embargo resultan notoriamente insuficientes.

Entre uno y otro extremos han quedado vacíos abrumadores, que, por lo general, vienen siendo llenados con mitos y falacias a cual más grande. A ese respecto, además de los enjuiciamientos que ya hemos realizado, obsérvese también los siguientes.

- a) Habiéndose medido escrupulosamente las dimensiones de grandes construcciones y de muchas ciudades en los Andes, y contado el número de edificios contenidos en ellas, y habiéndose registrado con gran meticulosidad la cuantía de los ejércitos, por ejemplo; no se ha presentado casi nunca en cambio las dimensiones del área agrícola explotada, su probable producción total, y la probable magnitud de los excedentes generados.

La combinación de unos datos y otros puede aproximarnos a saber cuánto de ese excedente se destinó a gasto y cuánto a inversión. Para luego definir cuán proclives a uno y otro uso fueron nuestros antepasados, y, en función de ello, esclarecer cuán intrínsecamente sólidas o frágiles, y duraderas o efímeras fueron esas sociedades.

Porque –insistimos– resulta imperiosa la necesidad de llegar a saber lo más claramente posible por qué sucumbieron culturas, civilizaciones e imperios. Cuáles fueron sus errores y cuáles sus mayores debilidades. Para finalmente saber cuáles, por desconocimiento de aquéllos y éstas, seguimos absurdamente cometiendo y manteniendo.

Porque es muy probable que la relación proporcional “consumo / inversión” tenga muchísimo que decir al respecto. ¿No es acaso una verdad meridiana hoy que la inversión y no el consumo es el secreto económico del desarrollo?



b) Pero, independientemente de ello, debemos reconocer que la visión del mundo andino antiguo que tenemos es recortada, parcial. Bástenos el siguiente ejemplo. La historia *inka*, que desde Garcilaso, Huamán Poma de Ayala y los cronistas españoles es la que más y “mejor” se conoce, muestra que en el Imperio *Inkas* se dieron, entre muchos otros, además de los que están más divulgados, los siguientes tipos de hechos:

1) Traiciones, 2) corruptelas, 3) magnicidios, 4) atroces genocidios, 5) ambiciones y pugnas por el poder, 6) golpes de estado, 7) guerras civiles, 8) poligamia y sodomia, 9) parricidios, 10) robo, 11) castración y uso de eunucos, 12) cuasi esclavitud de jóvenes mujeres, 13) poligamia extrema, 14) espionaje, 15) cárceles y prisioneros. Y, en otro sentido, hubo: 16) maestros, 17) escuelas, 18) médicos, 19) festividades, 20) teatro y poesía, 21) música y bailes, 22) deportes, 23) premios y estímulos, etc. Y, por cierto, también, 24) odios, pasiones y amores; penas y alegrías.

Pues bien, sobre esos no menos importantes aspectos de la vida de los pueblos no puede decirse sino muy poco en la historia del larguísimo y complejo período *preinka*. Y todo ello, qué duda cabe, debió darse sin embargo también en la antigüedad. Porque nada, absolutamente nada hay que nos sugiera que las poblaciones conquistadas por el Imperio Inka sufrieron una transformación extraordinaria que los habría conducido a comportarse en éste de modo sustantivamente distinto a como se comportaban antes de su sometimiento al imperio.

¿La ausencia de fuentes escritas es un obstáculo que cierra definitivamente las puertas para acceder a ese conocimiento?

No, no necesariamente. Puede y debe hacerse sin documentos escritos si éstos no existen, asegura Lucien Febvre, uno de los grandes historiadores franceses de este siglo <sup>225</sup>.

Más de una muestra se ha dado aquí, por ejemplo, de que la misma arquitectura, los mismos murales, las mismas piedras grabadas, los mismos tejidos y la misma cerámica, que tan escrupulosamente han sido auscultadas por la historiografía tradicional, pueden dar lugar a otra u otras razonables lecturas que llenen vacíos, aclaren perspectivas y alcancen a dar mayor consistencia y verosimilitud a la historia andina.

Para ello, sin embargo, como bien se sabe, no será suficiente volver a observar los testimonios arqueológicos. Es fundamental hacerlo de la mano de conjeturas e hipótesis previas, destinadas a su aprobación o rechazo, porque tanto en uno como en otro caso crece y/o se hace más sólido el conocimiento.

c) Con empecinamiento digno de mejores causas, y haciéndole un flaco favor a nuestros pueblos, la historiografía tradicional ha logrado que cale hondo la idea de la “originalidad” de la historia andina. Nada más falso. Esa presunta y prejuiciosa “originalidad” es absurdamente encubridora y anticientífica.

Falso porque, entre lo efectivamente relevante en la vida de los pueblos, muy poco o casi nada hay en la historia andina que la distinga realmente de la del resto de los pueblos del mundo. Hoy el cine y la televisión –cumpliendo un rol que debió cumplir la Historia (en lo que a la difusión y conciencia de la historia comparada se refiere)–, muestran claramente por ejemplo que, como en la nuestra, en la

historia de muchos pueblos de la Tierra se encuentran:

1) hermosas piedras grabadas y gigantes monolitos; 2) magníficas construcciones de piedras perfectamente ensambladas; 3) pirámides de piedra o adobe; 4) terrazas o andenes; 5) complejas obras hidráulicas; 6) complejos sistemas viales y puentes; 7) enormes figuras en el suelo –geoglifos–, y; 8) magníficas ciudades y ciudadelas. Pero también: 9) sistemas de cuentas; 10) correo de postas; 11) sistemas de señales a distancia; 12) sistemas de pesas y medidas; y 13) calendarios.

Y se practicó: 14) medicina y cirugía; 15) sofisticados enterramientos; y, 16) elaboradas prácticas religiosas. Pero asimismo: 17) traslados forzosos y masivos de población (*mitimaes*); 18) prácticas comunitarias de trabajo (*ayni*); 19) organización de trabajo masivo para el Estado (*mita*); 20) conquistas por medios diplomáticos; y, para concluir con esta incompleta relación, 21) capturas de rehenes para garantizar sumisión, etc.

Ciertamente, en cada cultura, fuera en los Andes, Mesopotamia, Egipto, Creta, Grecia o Roma, cada uno de esos asuntos tenía un nombre y una apariencia externa distinta que en las otras. Y cada solución tenía aspectos o matices distintos aquí que allá.

Pero, en esencia, cada solución en todos los casos era la misma, cumplía el mismo objetivo: ya fuera vestir, guarecer, alimentar, almacenar, transportar, cocinar, distraer, adornar, conocer la naturaleza, enterrar a los muertos, etc. Sí, las increíbles variedades de vestuario que entre sí han hecho gala los múltiples pueblos del planeta, por ejemplo, no cambiaban un ápice el objetivo final de todas y cada una

de ellas: cubrir el cuerpo y abrigar. Pues otro tanto ha ocurrido siempre con las distintas soluciones dadas a los múltiples aunque comunes problemas de todos los seres humanos.

Vistas las cosas de esta manera, el conjunto de todas las soluciones, esto es, la “cultura”, es sustancialmente una sola: la “cultura humana”. Pero como la historiografía tradicional ha puesto todo el énfasis en la diversidad de las apariencias, en la variedad de las manifestaciones externas y visibles, resultan entonces múltiples “culturas”, todas distintas, todas “originales”. Pero la historiografía andina ha ido incluso más allá: la sembrado la idea de que nuestra “originalidad” era aún más “original” que las del resto de los pueblos del planeta.

Y es además absurdamente encubridora y anticientífica porque mientras se siga creyendo y diciendo que cada cultura es “original” –y que la nuestra lo es más–, se seguirá postergando indefinidamente la búsqueda de los patrones, reglas o leyes comunes de la “cultura humana”, o postergando la confirmación de su existencia.

¿Acaso no nos insinúa la existencia de patrones comunes el hecho de que, por ejemplo, sin contacto entre sí, ni en el tiempo ni en el espacio, el Imperio Romano y el Imperio Inka tuvieran tantas y tan notables similitudes –como en extensión podrá verse en la edición corregida y aumentada de *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*–?

Entre tanto, mientras se siga dilatando la confrontación de ésta y otras muchas hipótesis, la Historia seguirá difiriendo también sus posibilidades de convertirse en una ciencia, analítica y proyectiva.

d) Entre la artificiosa originalidad que la historiografía tradicional ha otorgado a culturas, civilizaciones e imperios en los Andes, y su mitificación e idealización, no había sino un pequeñísimo salto. Y claro, ese paso ya se dio hace bastante tiempo. Ésa y no otra es la razón por la que en el Perú, por ejemplo, se admira al Imperio Inka, y se admira el conjunto de la historia de Chavín, siendo que la segunda etapa de ésta fue también imperalista. Ello no es sino una secuela de la nefasta y científicamente insustentable e ideológica admiración por el Imperio Romano ha sembrado en Occidente la historiografía clásica.

La historiografía tradicional más divulgada, aquella que más ha calado en las mentes de los pueblos, no ha logrado discriminar y distinguir adecuadamente cuándo, cómo y por qué prácticamente todas las grandes y admirables civilizaciones –como la *egipcia*, la *greco-romana*, la *chavín* o la *inka*–, en un paso adicional, quedaron convertidas en nefastos y repudiados imperios, brutales y avasalladores como todos, intrínsecamente débiles como todos, y de vida cada vez más efímera (conforme nos acercamos al presente en su revisión).

Sospechamos que más temprano que tarde habrá de probarse concluyentemente la hipótesis de que, a fin de cuentas, los imperios sólo agitan, enervan y envenenan, de manera absurda y contraproducente –en suicida vorágine que termina siempre en decadencia y oscurantismo–, las relaciones de vecindad, intercambio y de comunicación, que son las que, aunque de forma lenta pero sólida y segura, impulsan el desarrollo de los pueblos y sus creaciones culturales. La arqueología y la historiografía andina, por ejemplo, dan muestras irrecusables de no haber asumi-

do nunca sus investigaciones de cara a probar o rechazar una hipótesis como ésa u otra equivalente y alternativa.

El Perú, qué duda cabe, es uno de los países del mundo con los más ricos, bellos y variados testimonios arqueológicos. Fueron el resultado irrefutable del milenario esfuerzo de múltiples naciones. Y no sólo de una.

Chan Chan, de los *chimú*, Chavín de Huántar, de los *chavín*, las Líneas de Nazca, de los *nazcas*, Tiahuanaco de los *kollas*, y Machu Picchu, de los *inkas*, para citar sólo a los más afamados, fueron labradas a pulso por cinco distintas naciones (tan distintas entre sí en idioma, territorio, costumbres, etc., como lo son hoy España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania; ni más ni menos). Todas, sin embargo, igualmente respetables y dignas. Y no sólo una.

Digamos –esta vez a manera de paréntesis– que la existencia actual (aunque en ruinoso condición en su inmensa mayoría) de infinidad de restos arqueológicos en el Perú, no es sólo la prueba de una larga ocupación en el territorio y de la presencia de una población cada vez más numerosa. No. Es también –y muy lamentablemente– una buena prueba de nuestro subdesarrollo económico y material.

¿Puede alguien creer que el Viejo Mundo europeo no tuvo también –y en muchísima mayor densidad, siendo que fue el doble de poblado–, miles y miles de construcciones equivalentes? Ciertamente. Si subsisten pocas, no es sino porque la inmensa mayoría ha sido barrida en el larguísimo proceso de expansión urbana, industrial y vial de los últimos cinco siglos. Algunas sin embargo, yacen aún por descubrirse, como lo demuestran los constantes hallazgos en la construcción de metros subterráneos, por ejemplo. No puede obviarse sin embargo el rol destructivo

que han jugado en Europa cientos de prolongadas y devastadoras conflagraciones.

Así, el pobrísimo desarrollo urbano, industrial y vial del Perú en los últimos siglos (pero también la ausencia de grandes guerras), ha dejado a salvo –paradójicamente– innumerables vestigios arqueológicos. Algún día tomaremos conciencia de que, también paradójicamente, esa enorme riqueza arqueológica (en algún momento técnica y adecuadamente remozada) debe constituirse en uno de los puntales de nuestro desarrollo. Porque, en efecto, a diferencia de otras, ésta sí es una ventaja comparativa absoluta (por lo menos mientras los gigantescos negocios transnacionales no hagan una réplica de Machu Picchu, Chan Chan, etc., al lado de Epcot, por ejemplo. Mas siempre les será difícil reproducir el contexto).

Pues bien, a pesar de esa indiscutible riqueza histórica, y del legítimo orgullo que logramos sentir por ella, esa historia es quizá lo que menos y peor conocemos. Por asombroso y extraño que parezca. Si no fuera real y patéticamente así, nunca alcanzaríamos a comprender la angustia –profundamente crítica y autocrítica, sincera y objetiva, y entrañablemente cargada de amor por el Perú– del historiador y catedrático universitario Fernando Silva Santisteban, cuando hace poco expresó: *...me preocupa el enorme desconocimiento de nuestro pasado...* <sup>226</sup>. Y otro tanto admite el propio historiador Pablo Macera. Ha dicho él, en efecto, que es paradójico *que la cultura andina donde es menos conocida es en el propio Perú y por aquellos que antes la hicieron* <sup>227</sup>.

¿Cómo, si no fuera así, entender entonces que, con esos monumentales testimonios de creatividad y esfuerzo, la mayoría de los estudiantes peruanos cree que somos un país subdesarrollado y pobre porque “somos ociosos”?

Ello, en efecto, cruda y patéticamente mostró una encuesta cuyos resultados se difundieron por televisión, muy significativamente, un día de aniversario de la Independencia Nacional <sup>228</sup>. ¿Cómo ha podido la historiografía tradicional contribuir a inocular tamaña alienación? ¿O se cree que ella no tiene ninguna responsabilidad al respecto? Claro que la tiene. Y muy grande.

Y es que los hechos de la historia, tan abrumadoramente cargados de racionalidad en su inmensa mayoría, han sido volcados en el discurso de la Historia tradicional en versiones más bien repletas de arbitrariedad, inconsistencia e incoherencia, plagadas de subjetivismo y de distorsiones. A la postre, resultan lecturas aburridas, sin sentido e ininteligibles –como todavía seguiremos viendo–.

Nuestros estudiantes, pues, no tienen otra alternativa que memorizarla de paporreta hoy, para de ella no recordar nada mañana. Así, la Historia tradicional, cómplice de facto de la desconcertante alienación, ha servido de muy poco a la población adulta y sirve otro tanto a la población estudiantil. En todo caso, no precisamente para explicarles cómo, de esos tan admirados y trabajadores abuelos prehispánicos, hemos llegado al mundo sus “zánganos” tataranietos de hoy. Y, menos entonces, para sugerirles cómo remontar y deshacernos de ese presunto y penoso lastre.

¿Dudaría alguien que de lo poco que los estudiantes peruanos conocen de nuestro pasado, entre la *preinka* y la del *Tahuantinsuyo* es precisamente ésta la historia que “más conocen”? No, no debe haber duda de ello. Ésta es una, la otra muy diversa. Ésta se presenta como una unidad, la otra en un sinnúmero de compartimentos estancos. Ésta, sustentada en mil y una fuentes escritas, asoma certera e irrecusable; aquélla, a partir de mudos testimonios arqueológicos, es apenas presunta.

Hay pues, aparentemente al menos, sólidas razones para que la Historia del Imperio *Inka* aparezca más inteligible y, así, más asimilable y mejor comprendida.

Mas todo ello, desgraciadamente y como pasaremos rápidamente a revisar, no es más que un débil castillo de naipes. ¿Cómo se puede alcanzar a comprender una Historia *inka* plagada de los gravísimos errores que la historiografía tradicional tercamente sigue sosteniendo a pie firme? Veamos.

- 1) Las más de las veces, las mistificaciones e idealizaciones de los imperios, se sustentan en grotescas falsedades y distorsiones. Obsérvese esta joya de recientísimo tallado: “A diferencia de otros pueblos de la antigüedad, el incario no tuvo contactos con las culturas de otras latitudes” <sup>229</sup>.

Dos gravísimos errores en apenas dos líneas de texto. En efecto, en primer término: ¿el contacto con qué gran civilización catapultó al Imperio Antiguo de Egipto? ¿Y cuál a los pueblos antiguos de Mesopotamia? ¿Y cual a los Mayas? ¿Y cuál a China o a Japón?

Todas ellas, pues, desde esa miope y errónea presunción de “aislamiento”, igualmente habrían surgido sin contacto con “nadie”. La *inka*, entonces, no habría sido la única.

Pero, en segundo término: ¿Acaso el pueblo *inka* no tuvo real y efectivamente “contactos” directos y estrechísimos con Tiahuanaco y el Imperio Wari, que lo dominaron e influenciaron política, económica, militar, cultural e incluso en religión y leyendas; e indirectos con Chavín que culturalmente alimentó a aquéllos? Por cierto éstas no fueron culturas de “otras latitudes”. ¿Pero acaso ello cambia

lo sustantivo?

¿O se pretende que las contemporáneas de otras latitudes eran intrínseca y necesariamente mejores, y que por ello –cuando entraran en contacto– habrían tenido un “mejor” impacto en el pueblo y en el Imperio Inka? Pero, curiosamente, ¿no fue acaso que, paradójica y patéticamente, al primer contacto con una “cultura de otra latitud” el Imperio Inka sucumbió como un castillo de arena?

Mas véase esta otra perla (del mismo párrafo): “Por eso es mucho más admirable que (...) haya logrado dominar la naturaleza...”. ¿Acaso no lo habían hecho también, y antes, Chavín y el Imperio Wari, los *moches* y los *nazcas*, los *chankas* y los *kollas*? ¿Acaso –como ocurrió con algunos de aquéllos– no dominaron también su propia geografía y hasta la ajena los *egipcios*, *asirios* y *babilonios*, *griegos*, *cartagineses* y *romanos*, *mayas* y *aztecas*, *chinos* y *kmer*?

¿Cuál, entonces, el sustento de la admiración, si cada pueblo, sin excepción, hizo lo propio? A menos que no reparemos en que si admiramos todo, en realidad ya no estamos admirando nada.

Cierto es que los dos frescos párrafos que hemos transcrito son de un periodista (elogiando la producción televisiva e “histórica” de un colega suyo). Ni éste ni aquél son pues historiadores. ¿Exime ello de responsabilidad a quienes lo son? Ni en lo más mínimo. Uno y otro periodista (genuina y típicamente irreflexivos y paporreteros, como el promedio de los estudiantes, trabajadores y profesionales peruanos), no han hecho sino recoger y reproducir los más socorridos lugares comunes construidos por la historiografía tradicional.



- 2) Es absolutamente falso, arbitrario y expropiatoriamente injusto que la historiografía tradicional siga atribuyendo al pueblo y al Imperio Inka, méritos que, sin dejar de corresponderle en parte, le corresponden también, aunque con más derecho, al conjunto de todos y cada uno de los pueblos y naciones que, antes que los *inkas*, paso a paso, en miles de años, construyeron la enorme escalera de la cultura andina: todas y cada una de las conquistas técnicas, organizativas, políticas o sociales que se ha enumerado en el acápite (c) precedente, habían sido dominadas por prácticamente todas las grandes naciones *preinkas*.

En su apogeo en el Cusco, antes de su expansión imperial del siglo XV, el pueblo *inka* contribuyó colocando el último peldaño autóctono de la cultura andina. ¿Qué razón, qué derecho y con qué criterio se ha endosado virtualmente todas esas conquistas culturales al Imperio Inka, menoscabándose así sibilinamente un aporte múltiple y milenario? ¿Puede algún historiador serio y responsable mostrar uno, aunque fuera sólo un trascendental aporte original *inka* a la cultura andina?

- 3) En todo caso, resulta de veraz patético que, al cabo de montar ese mitológico gigante, la historiografía tradicional no tenga hasta ahora una respuesta solvente que explique cómo, cuándo y por qué le aparecieron los pies de barro que lo desplomaron. Y así, sin pena ni gloria, permitió que todos los tesoros de los Andes cayeran precipitada y fácilmente en las garras del imperialismo español.

No deja de ser paradójico que, a estos respetos, la moderna historiografía española <sup>230</sup> –más allá de los gravísimos errores que también encierra (como podrá verse en *En las garras del imperio*)– sea

largamente más objetiva, lúcida y consistente que la peruana.

- 4) Harto reveladora de la pobre eficacia pedagógica de la historiografía tradicional andina, es la comprobación cotidiana de que no ha logrado hasta ahora difundir bien ni siquiera los parámetros más elementales del *Tahuantinsuyo*. Apreciemos en primer lugar, aunque una vez más, el ejemplo del recientemente difundido documental de la televisión peruana “Cusco: ombligo del mundo” <sup>231</sup>.

En él, a pesar de una acreditada asesoría historiográfica, se ha reiterado garrafales errores como: los orígenes del *Tahuantinsuyo* se pierden en la leyenda. Bien deberíamos saber hace tiempo todos que esa letanía es falsa en extremo. Se pierden en el tiempo los orígenes mitológicos del pueblo *inka*, mas no sus orígenes históricos. Y mucho menos los orígenes del *Tahuantinsuyo* o Imperio Inka.

Éste, al concretarse las primeras conquistas militares de Pachacútec sobre otras naciones andinas, surgió en las primeras décadas del siglo XV dC. El acreditado historiador peruano Federico Kauffmann –ya hace más de quince años– ha precisado incluso que ese suceso puede fecharse en 1438 dC <sup>232</sup>.

Ese dato –muchísimo más trascendente que las fechas de cientos de irrelevantes episodios–, es, no obstante, casi desconocido. De allí que, habiendo tenido el Imperio Inka a lo sumo entonces 87 años de existencia, no debe extrañar que los menos letrados de los peruanos le atribuyan miles de años de historia. Pero sí extraña, y sobremanera, que en *Mi Tierra, Perú* se haya afirmado en estos días que el Imperio Inka “tuvo en realidad sólo 250 años de vida” <sup>233</sup>.

Y conste que el editor general del libro, Alejandro Miro Quesada, se precia de ofrecer “los más rigurosos datos”, y de que la obra es el “fruto de la labor colectiva de diversos especialistas”<sup>234</sup>. Entre éstos, como podemos presumir, hubo cuando menos un historiador. Por todo ello, y en otro buen indicio de cuán poco sabemos los peruanos del Imperio Inka, no debe extrañarnos que el laureado escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, afirme que ese texto, “sin duda alguna (...) es, hasta el día de hoy, el más importante entre aquéllos que han querido darnos una visión total del Perú”<sup>235</sup>.

- 5) Esencialmente es sin embargo muchísimo más grave que, acto seguido, en el mismo “riguroso” y elogiado texto, se diga que el Imperio Inka “se consolidó como una de las organizaciones estatales más eficientes y sorprendentes de América”<sup>236</sup>. Ello, como extensamente veremos en *Tahuantinsuyo: el cóndor herido de muerte*, no sólo es también falso en todos sus extremos. Sino que, una vez más sibilinamente, con el atributo de “eficiencia”, se soslaya y encubre a uno de los más despiadados, nefastos y efímeros imperialismos del mundo.

Convengamos en todo caso que, con un mínimo de rigor, es bastante endeble sostener que fue “eficiente” aquello que apenas alcanzó a ser “efímero”. Si debemos utilizar el calificativo de “eficiente”, tendrá que ser para definir la enorme capacidad que mostró el Imperio Inka para ganarse el odio y la animadversión de la inmensa mayoría de los pueblos a los que sojuzgó.

Éstos, bien se sabe, a la hora de la verdad, sin el más mínimo reparo, lo abandonaron a su suerte, colocándose incluso la mayor parte de ellos como aliados de los

nuevos conquistadores. Pero también tendrá que usarse “eficiente” para definir la asombrosa capacidad de desatar tan prontamente las desproporcionadas ambiciones que lo llevaron a la guerra civil.

¿No fueron una y otra acaso sus endeble piernas de barro? ¿Cuándo estarán esas verdades meridianas en todos los textos de Historia –tanto en la erudita como en la de divulgación–, con la misma naturalidad y reiteración con que se habla de “axiomas” en la Matemática, de “gravedad” en la Física, o de “huacos” en la Historia tradicional?

- 6) Ya no debe extrañarnos entonces que, en el mismo sentido, uno de los más difundidos textos de secundaria (nada menos que un *Atlas universal y del Perú*), afirme –en su escuetísima versión del *Tahuantinsuyo*– que éste “extendió su poder a amplios espacios del continente sudamericano”<sup>237</sup>.

¿Su poder? ¿Poder patriarcal? ¿Poder eclesiástico? ¿Poder político? ¿Qué poder? ¿Es lo mismo hablar del ascendiente y poder que otorga la hegemonía tecnológica –como las que en algún momento habrían tenido Chavín y Nazca–, por ejemplo; que hablar con total y negligente imprecisión de “su poder”, a secas, obviando que ese poder se sustentó en un avasallamiento militar, típicamente imperialista?

- 7) Dejemos de lado los textos escolares y las ligeras versiones periodísticas que propalan los medios masivos de comunicación. Hablemos pues de las “sólidas verdades” que sostienen los mejores especialistas. En efecto, cuarenticinco reconocidos historiadores peruanos, bajo la dirección del quizá más reputado historiador del Inkario, Franklin Pease, elabo-

raron recientemente la más novísima versión de la *Gran Historia del Perú*.

Se sostiene allí –¡como en los textos escolares!– que “el Tahuantinsuyo (...) constituyó el más importante y poderoso Estado que existió en los Andes...”<sup>238</sup>.

¿Importante? Quizá, pero a condición de que nos refiramos a la gran extensión geográfica que controló y a la numerosa población que mantuvo sojuzgada. ¿Poderoso? Sí, pero sólo en relación con los pueblos y naciones que sojuzgó. Pero no en relación con el primero de sus “pares” que, desde “otras latitudes”, asomó las narices en los Andes. ¿Estado? Sí, pero Estado imperial, que no es lo mismo. ¿No reconocen tampoco los especialistas la diferencia entre nación y nación imperialista, ni entre Estado nacional y Estado imperial?

8) Dicen también nuestros eruditos en la *Gran Historia del Perú*: “los incas llegaron al Cuzco alrededor del siglo XIII dC”<sup>239</sup>. ¿Del siglo XIII dC? Viniendo de quienes viene, aceptemos entonces por un instante tan insólito dato –aunque no pase de ser un monumental disparate–. Razónemos entonces:

- a) Si fueron pocos cuando llegaron, ¿cómo pudieron crecer poblacionalmente tanto (hasta probablemente más de 500 000 personas) en sólo dos siglos, batiendo todos los récords de tasas de crecimiento de la época?
- b) Si eran muchos cuando llegaron, ¿cómo atravesaron el territorio andino sin dejar rastro ni huella?
- c) ¿En sólo doscientos años impusieron su lengua en su entorno inmediato y luego en menos de cien años la impusieron a casi todo el territorio andi-

no? ¿Cómo pudieron lograr ese portento que nunca ha ocurrido en ningún otro espacio en la historia de la humanidad?

¿Acaso no consta a todos que, con la ayuda de más modernos métodos de divulgación, e incluso masivos hoy, esa inaudita hazaña aún no la logra el *castellano* en cinco siglos, ni el *inglés* en su “patio trasero” en estos dos últimos siglos? Sí, pues, la penosa y “erudita” afirmación no resiste el más mínimo análisis.

9) Por lo demás, ¿de dónde llegaron? ¿Puede reputarse como científicamente seria la imprecisa afirmación que dan más adelante nuestros “eruditos”, cuando afirman que los *inkas* llegaron al Cusco al cabo de “su recorrido por el sur andino”<sup>240</sup>.

No, no es una tomadura de pelo (eso no está en el talante de nuestros historiadores).

¿Por el sur andino? ¿Acaso desde el norte del Cusco, por ejemplo desde Ayacucho, que también es parte del sur andino? ¿Desde el este, allende el territorio que hoy ocupa Machu Picchu? ¿Desde el oeste, acaso desde las faldas de Misti arequipeño? ¿Desde el sur, acaso desde el lago Poopo, en el sur de Bolivia?

No, en alarde de exactitud y escrupulosidad, en líneas anteriores, ya habían expresado sus asombrosas precisiones: “Habrían pasado por distintos lugares como Pacaritambo, Guaiacancha y Guanacaure, y dominado, a su paso, territorios y poblaciones”<sup>241</sup>. ¡Pero si esos puntos no están sino a 30 kilómetros de la ciudad del Cusco!

¿Y no habría podido ser, alternativa y más coherentemente entonces, desde el altiplano *kolla* –como hemos postulado–?

¿Qué impide a los “investigadores” plantearse, discutir y debatir esa hipótesis? ¿No hay acaso conciencia de que la versión historiográfica clásica del trascendental episodio de la “aparición” del pueblo *inka* en el Cusco, no sólo no aclara con solvencia nada sino que con imprecisiones y ambigüedades lo confunde todo?

¿Es ése el “lenguaje claro y comprensible” del que se precia el filósofo peruano Francisco Miro Quesada Cantuarias en el prólogo de la *Gran Historia del Perú* <sup>242</sup>? ¿Qué pueden aprender realmente los estudiantes peruanos de ese atroz desaguado, en el que están ausentes la reflexión, la lógica y hasta el sentido común? Sólo les corresponde aprenderlo de memoria, aunque no sirva de nada.

10) Una vez más tenemos entonces derecho a preguntar: ¿qué constriñe a los historiadores, impidiéndoles formular hipótesis como esa última que hemos formulado?

¿Acaso el temor a equivocarse? Pero si por eso es sólo hipótesis: está sujeta a la refutación o a la convalidación científicas. Por lo demás, ¿puede negarse que la refutación de innumerables y hasta célebres hipótesis erróneas –como la de la Tierra plana, o aquella otra que planteaba que todo el universo giraba en torno a nuestro planeta, o más recientemente la del Big Bang– ha contribuido a construir paulatinamente las teorías en casi todas las ciencias?

¿Hay acaso hoy una Inquisición que amedrente a los émulos de Galileo o que calcine a los de Giordano Bruno? En el mundo académico de la historiografía andina, ¿es intocable e irrevisable la versión de los “clásicos”? ¿Es la palabra de las “vacas sagradas” un suedáneo moderno de la Inquisición?

¿No resulta más comprensible ahora, cómo en ausencia de una versión clara y verosímil, hasta los “eruditos” han tenido que optar por esa fantasía que a la postre ha conducido a la mitificación del Imperio Inka?

Sí, en ausencia de racionalidad, ha terminado por imponerse la idealización. Así se explica que en 1985 –como puso en evidencia Gonzalo Portocarrero–, el 67% de los estudiantes expresara una imagen “positiva” del Imperio Inka: lo reconocían “justo, feliz, armónico” <sup>243</sup>.

¿Cuánto han cambiado a la fecha las cosas? Nada <sup>244</sup>. Por todos lados se nos bombardea con la misma monserga. ¿Acaso un erudito enciclopedista de la historia mundial como Geoffrey Barraclough haría reproducido en el Perú, no habla también del “gran imperio del Tahuantinsuyo” <sup>245</sup>?

Es absolutamente incongruente con nuestro dramático presente, esa interminable sucesión de idealizaciones sobre la “grandeza de nuestro pasado” <sup>246</sup>: la “grandeza del Imperio Inka”, la “magnífica herencia que, a pesar de todo, nos dejaron la Conquista y el Virreinato”, y las “inacabables grandezas de nuestros gobernantes republicanos”. Si todo nuestro decurso histórico fue ininterrumpidamente feliz, justo y armónico, tenemos pues derecho a hacernos también la célebre pregunta que puso Mario Vargas Llosa en boca de uno de sus personajes: *¿cuándo entonces se jodió el Perú?*

Bien ha dicho el notable historiador francés Marc Bloch, “la incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado...” <sup>247</sup>.

Ciertamente, que nos consideremos “ociosos” es una clamorosa demostración de

que no comprendemos y distorsionamos nuestro angustiante presente. Y ello, a su turno, porque ignoramos nuestro pasado, nuestra historia.

Mas no porque no la abordemos, que har-tísimas horas se dedica en la escuela a ella. Sino porque no logramos entender un ápice de lo que nos dicen los textos. No es pues que hayamos olvidado nuestra historia. Es, simple y llamanente, que nunca hemos logrado conocerla (porque es ininteligible e irreconocible la que habitualmente se nos presenta).

Pero muy difícilmente habrá de ser con la historiografía tradicional como la conocamos. Podemos y tenemos la obligación de, con criterios científicos, reconstruirla ínte-

gramente y reeditarla por completo. Recién a partir de allí el pueblo peruano tendrá posibilidades de observar, autocrítica y desapasionadamente, cuán graves errores comete, por ejemplo, al endosar ciega y reiterativamente toda su fe en falsos mesías (antidemocráticos, legicidas, corruptos, hipercentralistas, autócratas, falsos y cínicos, etc.).

Y recién a partir de entonces comprenderá también que, para alcanzar el desarrollo, es insustituible –además de revertir y/o deterrar, según corresponda, esas nefastas tendencias, y superar otros muchos obstáculos–, desatar una enorme proclividad a la inversión, y que todos participemos del esfuerzo, y que todos participemos de las decisiones, y no sólo uno.



## Notas bibliográficas y aclaratorias

- 1 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 51.
- 2 Este fechaje proporcionado por Richard S. Macneish en 1970 está sin embargo en revisión (en Kauffmann, **Manual...**, p. 116) / La confiabilidad del testimonio que probaría la ocupación de la cueva con esa antigüedad no es compartida por algunos especialistas./ Véase Augusto Cardich. **Civilización andina: su formación**. CONCYTEC, Lima 1988.  
Sin embargo, como está dicho, la ciencia debe definir con exactitud si los restos encontrados en Yauca –costa norte de Arequipa– son o no más antiguos.
- 3 En Kauffmann, **Manual...**, p. 116.
- 4 Véase por ejemplo Del Busto, **Perú Preincaico**, pp. 271–281.
- 5 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 271 y p. 279.
- 6 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 249.
- 7 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 277.
- 8 Inca Garcilaso de la Vega. **Comentarios reales de los incas**, UNMSM, Lima, 1960, Tomo II, p. 127.
- 9 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 329.
- 10 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 330.
- 11 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 330 y p. 279.
- 12 Torero, **El quechua...**, pp. 128–129. Torero, como Del Busto y otros autores, escribe “chanca”. Murra, entre otros, escribe “chanka” (John Murra. **Formaciones económicas y políticas del mundo andino**, IEP, Lima 1985, p. 158).
- 13 Tan grande como Israel.
- 14 Tan grande como Costa Rica.
- 15 En Rostworowski, **Historia...**, p. 46.
- 16 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 64.
- 17 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 249.
- 18 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 249.
- 19 Cáceres, **Las culturas...**, 38.
- 20 Cáceres, **Las culturas...**, 50.
- 21 Del Busto, **Peru preincaico**, p. 249.
- 22 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 23 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 24 Alternativamente, Torero (**El quechua...**, p. 122) se pregunta “no habría sido llevado el culto (el dios) Huari desde Chavín hasta el Collao, no por acción de los ‘sacerdotes–mercaderes’ (...) sino, más lentamente, paso a paso, por los pastores de la puna, quienes, llegada su hora, lo hicieron florecer con renovado vigor en Tiahuanaco varios siglos después, y luego, desde Tiahuanaco (...) tornaron a difundirlo, esta vez hacia el norte...”. Según Torero, Huari, Inti, etc., es el dios Sol (**El quechua...**, p. 117).
- 25 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 89.
- 26 Collins, **Mitos...**, documental citado.
- 27 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 89.
- 28 Lumbreras. En Del Busto, **Perú preincaico**, p. 271.
- 29 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 30 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 277.

- 31 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 278. La cursiva es nuestra.
- 32 **Larousse...**, p. 71.
- 33 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 34 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 35 Kauffmann, **Manual...**, p. 451.
- 36 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 97.
- 37 Kauffmann, **Manual...**, p. 451.
- 38 Tan grande como España o Suecia / Benavides (**Carácter...**, p. 115), habla, sin embargo, de aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados.
- 39 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 99.
- 40 Kauffmann, **Manual...**, p. 445.
- 41 Wari, según Pablo Macera, habría sido “más ciudad” que la que llegaron a ser posteriormente Chan Chan y el Cusco.
- 42 Del Busto, **Perú preincaico**, pp. 272–275.
- 43 Benavides, **Carácter...**, p. 19.
- 44 Por si fueran útiles, recordamos al lector estas dos conocidas e importantes referencias:  
 La población capitalina de Alemania, hoy, es apenas el 4% de la población total de ese desarrollado país europeo, y;  
 – La población capitalina de Nigeria, hoy, es apenas el 1,5 % de la población total de ese subdesarrollado país de África.  
 En todo caso, a nadie escapará que la realidad demográfica de los Andes, en la época del Imperio Wari, debió ser comparativamente mucho más próxima, cualitativa y cuantitativamente, a la de la Nigeria subdesarrollada de hoy que a la Alemania superdesarrollada que se conoce.
- 45 Kauffmann, **Manual...**, p. 452.
- 46 Lumbreras, **Orígenes...**, p. 97.
- 47 Lumbreras, **El Perú...**, p. 28.
- 48 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 278.
- 49 Según aparece en el Museo Arqueológico de El Cardo, Camaná.
- 50 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 51 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 52 Kauffmann, **Manual...**, p. 457.
- 53 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 99.
- 54 Lumbreras, **Origen...** (manuscrito citado).
- 55 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 277.
- 56 Lumbreras, **El Perú...**, p. 27.
- 57 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 277 y p. 279.
- 58 Lumbreras, **El Perú...**, pp. 27 28.
- 59 Lumbreras, **El Perú...**, p. 28.
- 60 Lumbreras, **El Perú...**, p. 28.
- 61 Lumbreras, **El Perú...**, p. 28.
- 62 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 102. Seiscientos años más tarde, agudizados los signos de destrucción y abandono, los conquistadores españoles sólo encontrarían “grandes y muy antiquísimos edificios (...), gas-

- tados y ruinaos” según atestiguo Cieza de León a mediados del siglo XVI (Cieza de León, **La Crónica...**, p. 207).
- 63 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 275 y p. 279.
- 64 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 279. Los textos en cursiva son nuestros.
- 65 El desarrollo de nueva tecnología agrícola, la relación con lejanos mercados, etc., permitieron, sólo en los últimos siglos, que valles como el Chira y Piura, con gran disponibilidad de agua, pero muy calurosos, sean convertidos en generosos aunque tardíos grandes productores agrícolas.
- 66 Del Busto (en **Perú Preincaico**, p. 155) presenta dos fechaciones entre las que discrepan los especialistas: 1000 aC – 300 dC y 500 aC – 600 dC.
- 67 En Macharé & Ortlieb, **Registros del Fenómeno...**, p. 41.
- 68 Véase Del Busto, **Perú Preincaico**, “La Cultura Vicús”, pp. 149–155.
- 69 Véase Del Busto, **Perú Preincaico**, “La Cultura Chimú”, pp. 285–310.
- 70 Del Busto **Perú Incaico**, p. 58. El reconocimiento de que en Piura y Tumbes los inkas conquistaron a los *tallanes* recién lo hace Del Busto en **La Conquista del Perú** (Edit. Studium, Lima, 1984, 3ª edic., p. 252). Textos especializados hablan de un estilo cerámico “tallán” para el Intermedio Tardío (poco antes de la conquista *inka*, y quizá poco antes de la dominación *chimú* de los *tallanes*).
- 71 Del Busto, **La conquista...**, p. 46 y p. 49.
- 72 Del Busto, **La conquista...**, p. 71.
- 73 Del Busto, **La conquista...**, p. 54. Debemos suponer que Del Busto cree que su condición de historiador le da licencia para reiteradamente utilizar términos despectivos en referencia a muchos antiguos peruanos.
- 74 Del Busto, **La conquista...**, p. 112, p. 142 y p. 150.
- 75 John Hemming, **La conquista de los incas**, FCE, México, 1982, pp. 90–91.
- 76 Leonor Cisneros, en Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 155.
- 77 Hernán Buse, en Del Busto, **Perú Incaico**, p. 264.
- 78 Del Busto, **Perú preincaico**, pp. 58–61 / Rostworowski, **Historia...**, p. 113. Las pruebas más contundentes de un presunto viaje del *Inka* Túpac Yupanqui, y de posibles posteriores expediciones *inkas* llevadas por navegantes de la costa norte al lejano y extenso Pacífico Surecuatorial, han sido difundidas recientemente por Del Busto en *Conversando con A. Cisneros*, Cable Canal de Noticias, Lima, Enero del 2000.
- El patético e inadmisibles error de Del Busto, es endosar al *Inka* Túpac Yupanqui un mérito que en verdad corresponde a los anónimos navegantes que lo habrían llevado: conocían a la perfección la ruta desde muchísimo tiempo atrás (de lo contrario el emperador no se habría embarcado, si en verdad lo hizo).
- 79 Del Busto, **Perú Incaico**, p. 264.
- 80 Hernán Buse, en Del Busto, **Perú Incaico**, p. 264.
- 81 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 286.
- 82 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 286.
- 83 Kauffmann, **Manual...**, p. 470. Véase también el mapa que ofrece Del Busto en **Perú Preincaico**, p. 291.
- 84 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 289.
- 85 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 285.
- 86 Kauffmann, **Manual...**, p. 469.
- 87 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 289.
- 88 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 108.
- 89 Kauffmann, **Manual...**, p. 469. / Del Busto, **Perú preincaico**, p. 289. / Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 108.
- 90 Raúl Porras Barrenechea. **Fuentes históricas peruanas**, Mejía Baca y Villanueva, Lima, 1954, p. 66.
- 91 Lumbreras, **El Perú...**, p. 31.

- 92 Lumbreras, **El Perú...**, p. 31.
- 93 Porras, **Fuentes...**, p. 45.
- 94 Porras, **Fuentes...**, p. 45.
- 95 Bonilla Amado, **Perú colonial**, Edic. Kúntur, Lima, 1988, p. 117.
- 96 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 194.
- 97 Tan grande como Nicaragua.
- 98 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 310.
- 99 Kauffmann, **Manual...**, p. 470.
- 100 Del Busto, **Perú Preincaico**, p. 309.
- 101 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 108.
- 102 Kauffmann, **Manual...**, p. 472.
- 103 Véase Kauffmann, **Manual...**, pp. 523–533.
- 104 El explorador norteamericano Gene Savoy reportó recientemente el descubrimiento de ese “importante hallazgo arqueológico [que] sería mucho más trascendental que el del Gran Pajatén”. “El Comercio”, Lima, 23–09–99.
- 105 Véase Kauffmann, **Manual...**, p. 504 516.
- 106 Kauffmann (**Manual...**, p. 411), afirma “acaso fue abandonada en el Intermedio Tardío, luego de su esplendor alcanzado durante el período Horizonte Medio (Tiahuanaco Huari)”.
- 107 Kauffmann, **Manual...**, p. 511.
- 108 En Del Busto, **La conquista...**, p. 104.
- 109 En Del Busto, **La conquista...**, p. 104.
- 110 Ya se verá en En las garras del imperio cómo se llega a esa equivalencia.
- 111 En Del Busto, **La conquista...**, p. 105.
- 112 Del Busto, **La conquista...**, p. 102.
- 113 Torero (en **El quechua...**, p. 130) refiere que Cañete habría tenido en el siglo XIII una población de entre 100 000 y 150 000 habitantes. Y como tal recogimos el dato en nuestra primera edición de este texto. Ahora parece claro sin embargo que dicha población habría sido, en todo caso, la del conjunto de cañetes, lunahuanás, malas y yauyos. Considerando que la población actual del Perú es tanto como 2,5 veces la de entonces, y que la actual es de dicho grupo de pueblos es de 180 000 habitantes, deducimos pues que a lo sumo habría sido en el siglo XIII de 72 000 personas.
- 114 Rostworowski, **Historia...**, p. 106.
- 115 Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 116 Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 117 Rostworowski, **Historia...**, p. 106.
- 118 Rostworowski, **Historia...**, p. 106.
- 119 Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 120 Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 121 Larrabure y Unanue. En Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 122 Rostworowski, **Historia...**, p. 105 y p. 106.
- 123 Rostworowski, **Historia...**, p. 107.
- 124 “Cañete” devendría del título de Andrés Hurtado de Mendoza, marqués (del valle) de Cañete (en Cuenca, España), tercer virrey del Perú. Éste, en 1555, destacó a su hijo, García Hurtado de Mendoza, como gobernador de Chile. De allí que, muy probablemente, hay hasta dos ciudades de nombre “Cañete” en Chile.

- 125 Cieza de León, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 41.
- 126 Rostworowski, **Historia...**, pp. 99-100.
- 127 Ortega y Castro, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 187.
- 128 María Rostworowski. **Guarco y Lunahuaná, dos señoríos prehispánicos de la costa sur del Perú**, Separata del tomo XLIV (1978-1980), Revista del Museo Nacional, Lima, s/f., p. 190.
- 129 Podría considerarse una población infantil femenina significativamente menor que la de niños. Porque la ciencia ha demostrado que, tras catástrofes demográficas como las de las guerras, se incrementa sensiblemente la población masculina.
- 130 Rostworowski, **Historia...**, p. 104.
- 131 Doris Bayly, *El último bastión jacaru*, "El Comercio", Lima, Revista Somos, N° 689, 19-02-2000, pp. 44-47.
- 132 Martha Hardmann, en **Jaqaru, compendio de estructura, fonología y morfología**, citada en Bayly, *El último...*
- 133 Garcilaso, **Comentarios...**, T. II, p. 189.
- 134 Tan grande como Dinamarca o Suiza.
- 135 Véase Torero, **El quechua...**, pp. 140-141.
- 136 Kauffmann, **Manual...**, p. 519.
- 137 Rostworowski, **Historia...**, p. 103.
- 138 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 317.
- 139 María Rostworowski, **Mercaderes del valle de Chíncha en la época prehispánica**, en Murra, **Formaciones...**, p. 263. / También en Torero, **El quechua...**, p. 85.
- 140 En Torero, **El quechua...**, p. 100.
- 141 En Torero, **El quechua...**, p. 82 y p. 101.
- 142 En Kauffmann, **Manual...**, p. 519.
- 143 En Murra, **Formaciones...**, p. 133. /La fanega (o fanegada) equivale a 55 litros, es decir, a algo más que el quintal de 46 kilos.
- 144 Cieza de León, en Torero, **El quechua...**, p. 86.
- 145 Garcilaso, **Comentarios...**, Tomo I, p. 260.
- 146 En Carrillo, **Cronistas...**, p. 173.
- 147 Extraídos de la **Monografía de Camaná** de J. M. Morante, ob. cit.
- 148 En Carrillo, **Cronistas...**, p. 190.
- 149 Garcilaso, **Comentarios...**, Tomo I, p. 260.
- 150 Frederic Andre Engel, **España, del Oriente hacia el Occidente**, Edit. El Virrey, Lima, 1987, p. 36.
- 151 En Carrillo, **Cronistas...**, ob. cit.; y en Bartolomé de las Casas, **Brevísima relación de la destrucción de las Indias**, SARPE, Madrid, 1985.
- 152 Cieza, **La crónica...**, p. 156.
- 153 **Gran atlas del mundo**, The Times – El Comercio, Lima, 1996, p. 57.
- 154 **Gran atlas...**, p. 58.
- 155 Véase, **Gran atlas...**, p. 59.
- 156 Rostworowski, **Historia...**, p. 173.
- 157 Garcilaso, **Comentarios...**, p. 192.
- 158 Véase Rostworowski, **Historia...**, p. 103.
- 159 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 41.



- 160 Torero, *El quechua...*, p. 98.
- 161 De entre lo más reciente, véase, por ejemplo, **Mi Tierra, Perú**, p. 126.
- 162 Véase, por ejemplo, **Gran Historia del Perú**, Libris – El Comercio, Lima, 1995, p. 44
- 163 Del Busto, **La conquista...**, p. 263.
- 164 Torero, **El quechua...**, p. 102.
- 165 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 314.
- 166 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 314.
- 167 En Del Busto, **Perú preincaico**, p. 314.
- 168 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 314.
- 169 Véase Del Busto, **Perú preincaico**, p. 311.
- 170 Pero si es así, podría con todo derecho preguntarse un lector: ¿por qué entonces recurrir a fuentes como la de Garcilaso, que propala la primera, directa y más extensa versión de la élite inka de la historia andina? Pues porque ésa y otras fuentes proveen muchas veces datos que –como los que utilizamos en este texto–, contrastados con otros, o ubicados en un contexto adecuado, permiten finalmente apreciaciones consistentes y coherentes, y en consecuencia útiles para la Historia. Si se quiere, metodológicamente de lo que se trata es de acometer las fuentes premunidos de hipótesis que permitan seleccionar y discriminar adecuada y objetivamente los datos, vengan de donde vengan.
- 171 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 317.
- 172 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 317. Habría sido más adecuado decir “teocrático”, en lugar de “teológico”.
- 173 Garcilaso, **Comentarios...**, p. 192.
- 174 Del Busto, **La conquista...**, p. 106.
- 175 En Kauffmann, **Manual...**, p. 519.
- 176 Torero, **El quechua...**, p. 130.
- 177 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 317.
- 178 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 311.
- 179 Kauffmann, **Manual...**, p. 522.
- 180 Del Busto, **Perú preincaico**, p. 317 / Diego de Ortega y Morejón y Fray Cristóval de Castro, en Carrillo, **Crónicas...**, p. 183.
- 181 Cifras en millones de K. Bennett, en Flórez, **La Europa feudal...**, en Calderón y otros, **Sociedad y cambio...**, p. 47.
- 182 Véase, por ejemplo, Del Busto, **Perú preincaico**, ob. cit.
- 183 En Morante, **Monografía...**, ob. cit.
- 184 Anello Oliva, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 173.
- 185 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 155.
- 186 Oliva, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 173. Las cursivas son nuestras.
- 187 Linares, **Pre-Historia...**, T. II, p. 236.
- 188 Morante, **Monografía...**, p. 67. Morante indica que una migración de origen desconocido habría dado origen a las culturas Chimú y Chíncha. Eso es hoy insostenible. Bastantes evidencias hay de que habría ocurrido en un tiempo mucho más remoto.
- 189 Cumaná fue la célebre colonización agrícola de fray Bartolomé de las Casas en Guatemala. Véase Cristóbal Colón y otros, **Cronistas de Indias**, antología, El Áncora Edit., Bogotá, 1982, p. 136.
- 190 Cieza, en Carrillo, **Cronistas...**, p. 54.
- 191 Linares, **Pre-Historia**, T. II, p. 150.

- 192 Debemos reconocer que, por simplificación aunque no por ello muy alejados de la verdad–, hemos considerado “costeñas” a las provincias de Chepén, Pacasmayo, Ascope, Trujillo y Virú, en La Libertad; y Caravelí, Camaná e Islay, en Arequipa.
- 193 Casi tan grande como Austria.
- 194 **Atlas universal...**, Bruño, p. 86.
- 195 Linares Málaga insiste en que “Juli” es el nombre correcto.
- 196 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 15.
- 197 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 116.
- 198 Juan Augusto Benavides Estrada, **Compendio de la Geografía del Perú**, Edit. Escuela Nueva, Lima, 1988, p. 73.
- 199 Simone Waisbard. **Tiahuanaco**, Edit. Diana, México, 1987, p. 24. / Benavides, **Compendio...**, p. 73.
- 200 Excepción hecha de las frías punas cordilleranas, sólo la ciudad andina de Cerro de Pasco, a 4 400 m.s.n.m., ofrece condiciones de habitabilidad más hostiles.
- 201 Hoy se considera que las tierras que rodean el lago, por su capacidad de uso, son “moderadamente buenas para cultivos intensivos y otros usos”. En **Atlas histórico, geográfico y de paisajes peruanos**, INP, Lima, 1970, p. 187.
- 202 En Murra, **Formaciones...**, p. 214.
- 203 Murra, **Formaciones...**, p. 46.
- 204 Murra, **Formaciones...**, p. 79.
- 205 En Valcárcel, **Historia...**, T. 2, p. 13.
- 206 Murra, **Formaciones...**, p. 203.
- 207 Zárate. En Murra, **Formaciones...**, p. 140.
- 208 Burga, *Los abismos...*, artículo citado.
- 209 Murra, **Formaciones...**, pp. 59 115.
- 210 Lumbreras, **Los orígenes...**, pp. 119–120.
- 211 Murra, **Formaciones...**, p. 73.
- 212 Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 119.
- 213 Murra, **Formaciones...**, p. 76.
- 214 Murra, **Formaciones...**, p. 79.
- 215 Murra, **Formaciones...**, pp. 71 80.
- 216 En Morante, **Monografía...**, p. 676.
- 217 Véase Lumbreras, **Los orígenes...**, p. 119.
- 218 En Murra, **Formaciones...**, p. 134.
- 219 Kauffmann, **Manual...**, p. 535.
- 220 Véase Torero, **El quechua...**, p. 115.
- 221 Torero, **El quechua...**, p. 129.
- 222 Torero, **El quechua...**, p. 85.
- 223 Kauffmann, **Manual...**, p. 563.
- 224 Macera, **Las furias...**, p. 29.
- 225 Citado por Franklin Pease G.Y., en *La historia y sus fuentes*, **Gran Historia...**, p. 4.
- 226 Silva Santisteban, Fernando. *Me preocupa el desconocimiento de nuestro pasado*, entrevista de Manuel Cisneros Milla. En “El Dominical”, suplemento de “El Comercio”, Lima, 27–7–1997.

- 227 Macera, **Las furias...**, p. 35.
- 228 En “La Revista Dominical”, programa político dominical ya desaparecido de América Televisión, 28 de julio de 1996.
- 229 Alfredo Kato. El ombligo del mundo: la historia es entretenida. “El Comercio”, Lima, 11 de febrero del 2000, p. C7. Escribimos esta observación el mismo día de publicación del elogioso comentario de A. Kato.
- 230 Véase, por ejemplo, María Luisa Laviana Cuetos, **La América española, 1492–1898. De las indias a nuestra América**, Edic. Temas de Hoy, Madrid, 1996, Tomo 16.
- 231 *Cusco: ombligo del mundo* (producido por el periodista peruano Alejandro Guerrero), es un costoso documental que en estos días (febrero 2000) acaba de empezar a difundir Panamericana Televisión, uno de los dos más importantes canales de la televisión peruana
- 232 Kauffmann, **Manual...**, pp. 565– 567.
- 233 **Mi tierra, Perú**, p. 184.
- 234 Alejandro Miro Quesada Garland. *Lo nuestro tal cual es*, Introducción de **Mi tierra, Perú**, p. 3.
- 235 Bryce, *Un agudo repaso...*, p. 15.
- 236 **Mi tierra, Perú**, p. 184. La cursiva es nuestra.
- 237 **Atlas universal...**, Bruño, p. 33. La cursiva es nuestra.
- 238 **Gran Historia...**, p. 41. La cursiva es nuestra.
- 239 **Gran Historia...**, p. 44.
- 240 **Gran Historia...**, p. 44. La cursiva es nuestra.
- 241 **Gran Historia...**, p. 41.
- 242 Francisco Miro Quesada Cantuarias, *El Perú en su historia*, Prólogo de **Gran Historia...**, p. 3.
- 243 Gonzalo Portocarrero, investigador de la Universidad Católica de Lima. En Flores Galindo, Alberto. **Buscando un inca...**, pp. 20–21.
- 244 En el contexto de las absolutamente antidemocráticas elecciones generales del 2000 –grotesca y abusivamente manipuladas por el gobierno del presidente Fujimori–, diversos intelectuales y políticos, entre los que puede destacarse al ex canciller Francisco Tudela, han exteriorizado su admiración por el “gran imperio inka”.
- 245 Barraclough, **Atlas de la historia...**, p. 172.
- 246 Miro Quesada, **Gran Historia...**, p. 3.
- 247 En **Gran Historia...**, p. 3. Las cursivas son nuestras.

## Índice de cuadros, gráficos, ilustraciones, mapas y anexos

| <b>Cuadros</b>  | <b>Pág.</b> |
|---|-------------|
| 4 Población andina 600 –1 000 .....   | 203         |
| s/n Población cañete .....  | 239         |
| 5 Población chincha .....   | 263         |
| 6 Población total de la nación ica .....  | 263         |
| 7 Población 1 000 – 1 400: Perú – Europa .....  | 268         |
| <br>  |             |
| <b>Gráficos</b>   |             |
| <b>Detalle cronológico</b>  |             |
| 43 Detalle cronológico ( 1 500) – 1 300 .....   | 207         |
| 46 Detalle cronológico ( 1 500) – 1 400 .....   | 232         |
| 47 Detalle cronológico: Nación Ica .....  | 241         |
| <br>  |             |
| <b>Ilustraciones geográficas</b>  |             |
| 38 Puentes territorial y temporal entre Chavín – Nazca – Tiahuanaco – Wari .....        | 196         |
| 39 Influencia sobre los chankas: perspectiva geográfica y perspectiva cronológica ..... | 198         |
| 40 Fuerzas sociales y evolución de la correlación de fuerzas .....                      | 200         |
| 41 Imperio Wari: Flujo de excedentes a la sede imperial .....                           | 206         |
| 42 Cerco final contra Wari y huida .....  | 207         |
| 45 Imperio Chimú: flujo de excedentes a la sede imperial .....                          | 231         |
| <br>  |             |
| <b>Pirámides sociales</b>   |             |
| 48 Intereses y objetivos en la estratificación social .....                             | 266         |
| <br>  |             |
| <b>Otros</b>  |             |
| 44 Mochicas + Moches → Chimús .....   | 222         |
| 49 Diagrama básico de alternativas y opciones de consumo e inversión .....              | 267         |
| 50 Alternativas tradicionales de consumo e inversión en los Andes .....                 | 268         |
| 51 Sociedad y Estado .....  | 269         |
| 52 Diagrama desarrollado de alternativas y opciones de consumo e inversión .....        | 271         |
| 53 Excedente, Nación, Estado .....  | 273         |
| <br>  |             |
| <b>Ilustraciones</b>  |             |
| 22 Corte transversal de un andén .....  | 193         |
| 23 Andenería .....  | 193         |
| 24–25–26 Influencia Chavín en Tiahuanaco, Wari y Nazca .....                            | 197         |
| 27 Fortaleza de Paramonga .....   | 230         |
| 28 Ceramio chincha con motivo textil .....  | 256         |
| 29 Chullpas kollas .....  | 292         |
| <br>  |             |
| <b>Mapas</b>  |             |
| 16 Territorios ancestrales de la nación chanka .....                                    | 190         |
| 17 El Imperio Wari .....  | 199         |
| 18 Red vial andina (siglo IX) .....   | 203         |
| 19 Los valles del territorio peruano .....  | 212         |
| 20 Estratégica ubicación de Tumbes .....  | 218         |
| 21 Tumbes – Galápagos – Chan Chan .....   | 219         |
| 22 Territorios Mochica y Moche / Chimú .....  | 220         |
| 23 El Imperio Chimú (siglo XIII) .....  | 220         |
| 24 Cañete y Yauyos .....  | 228         |
| 25 Territorios de la nación ica .....   | 235         |
| 26 Territorios y expansión (horizontal y vertical) de la nación kolla .....             | 285         |

## Anexos

|    |  |     |
|----|--|-----|
| 8  | Chavín – Perú / Egipto . . . . .   | 213 |
| 9  | Hipótesis: Presencia Sechín en Moche – Mochica y Chimú . . . . .             | 226 |
| 10 | Los ríos del sur peruano: grandes limitaciones para la agricultura . . . . . | 275 |
| 11 | Arequipa – La Libertad: poblaciones modernas . . . . .                       | 281 |
| 12 | Arequipa: sitios arqueológicos . . . . .                                     | 282 |



## Bibliografía citada

ARZE, José Antonio

- **¿Fue socialista o comunista el Imperio Inkaiko?** En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de Waldemar Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

BARRACLOUGH, Geoffrey y otros

- **Atlas de la historia universal**, The Times – El Comercio, Lima, 1994.

BENAVIDES CALLE, Mario

- **Carácter el Estado Wari**, Univ. de Huamanga, Ayacucho, 1984.

BENAVIDES ESTRADA, Augusto

- **Compendio de geografía del Perú**, Edit. Escuela Nueva, Lima, 1988.
- **Atlas del Perú**, Edit. Escuela Nueva, Lima, s/f.

BONILLA AMADO, José

- **Perú pre-hispánico**, Edic. Kuntur, Lima, 1988.
- **Perú Colonial**, Edic. Kuntur, Lima, 1989.

BRUÑO

- **Atlas universal y del Perú**, Edit. Bruño, Lima, 1995.
- **Atlas básico universal y del Perú**, Edic. Bruño, Lima, s/f.

CALDERÓN, Gladys, DAJES, Jorge y otros

- **Sociedad y cambio en Occidente, siglos XI – XX**, Univ. de Lima, Lima, 2ª edic., 1998.

CÁCERES, Justo

- **Las culturas prehispánicas del Perú**, Cáceres, Lima, 2ª edic., 1987.

CARDICH, Augusto

- **Civilización andina: su formación**, CONCYTEC, Lima, 1988.

CARRILLO ESPEJO, Francisco

- **Cronistas del Perú antiguo**, Edit. Horizonte, Lima, 1989.

CASAS, Bartolomé de las

- **Brevísima relación de la destrucción de las Indias**, SARPE, Madrid, 1985.

COLÓN, Cristóbal y otros

- **Cronistas de Indias, antología**, El Áncora Edit., Bogotá, 1982.

COOK, Chris

- **Diccionario de términos históricos**, Alianza Editorial, Madrid, 1993.

DEL BUSTO, José Antonio

- **Perú preincaico**, 8ª edic., Studium, Lima 1986.
- **Perú incaico**, 6ª edic., Studium, Lima, 1986.
- **La Conquista del Perú**, 3ª edic., Edit. Studium, Lima, 1984.

EL COMERCIO

- **Gran Historia del Perú**, Libris – El Comercio, Lima, 1994
- **Mi Tierra, Perú**, Edit. El Comercio, Lima, 1999.

ENGEL, Frederic Andre

- **España, del Oriente hacia el Occidente**, Edit. El Virrey, Lima, 1987.

ESPINOZA, Waldemar (compilador)

- **Los modos de producción en el Imperio de los Incas**, 1ª reimpr., Amaru, Lima, 1985.

FERNÁNDEZ URIEL, Pilar y VÁZQUEZ HOYS, Ana María

- **Diccionario del mundo antiguo (Próximo Oriente, Egipto, Grecia y Roma)**, Alianza Editorial, Madrid, 1994.

FLORES GALINDO, Alberto

- **Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes**, I. de Apoyo Agrario, Lima 1987.

GARCILASO DE LA VEGA, Inca

- **Comentarios reales de los incas**, UNMSM, Lima, 1960.

GODELIER, Maurice

- **Teoría marxista de las sociedades precapitalistas**, Edit. Laia, Barcelona, 1975.
- *El concepto de formación económica y social: el ejemplo de los incas*. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

GOLTE, Jürgen

- *La economía del Estado Inca y la noción de modo de producción asiático*. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

HEMMING, John

- **La conquista de los incas**, FCE, México, 1982.

HERODOTO

- **Los nueve libros de la historia**, antología de Natalia Palomar Pérez, Edit. Oveja negra, Bogotá, 1983.

HUARCAYA, Luis (Apu Warkay)

- Kusi Huarcaya, **La Historia Prohibida de los Inkas**, C de Arquitectos, Lima, 1999.

INSTITUTO FRANCÉS DE ESTUDIOS ANDINOS

- **Registro del Fenómeno El Niño y de eventos ENSO en América del Sur**, Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, IFEA, Lima, 1993, Tomo 22, N° 1.
- **Importance et conséquences des événements El Niño**, Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, IFEA, Lima, 1998, Tomo 27, N° 3.

INSTITUTO NACIONAL DE PLANIFICACIÓN

- **Atlas histórico, geográfico y de paisajes peruanos**, INP, Lima, 1970.

KAUFFMANN DOIG, Federico

- **Manual de arqueología peruana**, Edic. PEISA, Lima, 1983.

LAVIANA CUETOS, María Luisa

- **La América española, 1492–1898. De las indias a nuestra América**, Edic. Temas de Hoy, Madrid, 1996, Tomo 16.

LINARES MÁLAGA, Eloy

- **Pre-Historia de Arequipa**, Tomo I, CONCYTEC–UNSA, Arequipa, 1987.
- **Pre-Historia de Arequipa**, Tomo II, CONCYTEC–UNSA, Arequipa, 1993.

LÓPEZ, Robert

- **El nacimiento de Europa**, Edit. Labor, Barcelona, 1965.

LUMBRERAS, Luis Guillermo

- **La arqueología como ciencia social**, Edic. PEISA, Lima 1981.
- **El Perú prehispánico**. En **Nueva historia general del Perú**, Mosca Azul, 3ª edic., Lima, 1982.
- **Los orígenes de la civilización en el Perú**, 6ª edic., Milla Batres, Lima, 1983.
- **Organización y economía inka**. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.
- **Aparición de la propiedad, el estado y la guerra**, manuscrito.

MACERA, Pablo.

- **Los proyectos nacionales**. Versión mimeografiada.
- **Las furias y las penas**, Mosca Azul Edit., Lima, 1983.

MAGUIÑA CUEVA, Teófilo

- **Chavín, la epopeya jamás contada**. Edit. Impulso, Lima, 1988.

MILLA VILLENA, Carlos.

- **Génesis de la Cultura Andina**, Edic. Colegio de Arquitectos, Lima, 1983,

MURRA, John

- **Formaciones económicas y políticas del mundo andino**, IEP, Lima, 1975.

NACHTIGALL, Horst

- ***El Estado estamental de los Incas peruanos***. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

NÚÑEZ, Carlos

- ***Teoría y desarrollo incásico***. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

PEREÑA, Luciano; CUADRÓN, Alfonso y otros

- **Descubrimiento y conquista, ¿genocidio?**, Univ. Pontificia de Salamanca, Salamanca, 1990.

PORRAS BARRENECHEA, Raúl

- **Fuentes históricas peruanas**, Mejía Baca y Villanueva, Lima, 1954.

ROEL, Virgilio

- ***El modo de producción Inca***. En **Los modos de producción en el Imperio de los Inkas**, compilación de W. Espinoza, Amaru, Lima, 1985.

ROSTWOROWSKI, María

- **Historia del Tahuantinsuyu**, IEP, Lima, 1988.
- **Guarco y Lunahuaná, dos señoríos prehispánicos de la costa sur del Perú**, separata del tomo XLIV (1978–1980), Revista del Museo Nacional, Lima, s/f.

STINGL, Miloslav

- **Templos, fortalezas, observatorios y otros enigmas del Perú preincaico**, Mosca Azul, Lima, 1984.

TIMES, The

- **Gran atlas del mundo**, The Times – El Comercio, Lima, 1996.

TORERO, Alfredo

- **El quechua y la historia social andina**, Edit. de Ciencias Sociales, La Habana, 1980.

TOYNBEE, Arnold

- **Estudio de la historia**, compendio de D.C. Somervell, Alianza Editorial, 5ª edic., Madrid, 1981.

VALCÁRCEL, Luis E.

- **Historia del Perú antiguo, a través de la fuente escrita**, 6 tomos, Edit. Mejía Baca, 5ª edic., Barcelona, 1985.

WAISBARD, Simone

- **Tiahuanaco**, Edit. Diana, México, 1987.